¿PODRÁN DETENERLO ANTES DE LLEGAR A LA ÚLTIMA ESTACIÓN?

ANDREW REID



EL ASESINO DEL METRO

UN VERTIGINOSO *THRILLER* EN EL METRO DE NUEVA YORK.

MOTUS

EL ASESINO DEL METRO

Andrew Reid

Traducción: Noelia Staricco

MOTUS

Título original: *The Survivor*
Edición original: Mushens Entertainment Ltd.
Derechos gestionados por MB Agencia Literaria.

© 2026 Andrew Reid

© 2026 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2026 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 979-13-992274-1-3

Para Lisa

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Si te ha gustado esta novela...
Andrew Reid
Manifiesto Motus

CAPÍTULO 1

South Ferry

Justo en la entrada a la estación de metro, las escaleras descienden desde la calle hasta ser finalmente devoradas por la oscuridad total. Ben Cross se para tras haber avanzado solo cuatro escalones, se sujeta con fuerza de la barandilla y observa cómo la gente pasa a su lado y baja las escaleras sin dudarlo: turistas recién llegados del ferry, entrenadores personales que vuelven de alguna sesión en el parque y suficientes oficinistas de traje como para montar una pequeña pero elegante tienda de ropa masculina. Todos pasan de largo y desaparecen en la oscuridad, como si bajaran y supieran que allí hay escalones para recibir un pie y luego otro, y como si eso fuera lo más cotidiano y normal que puede hacer una persona.

Ben ya lo había hecho esa mañana, pero ese era otro Ben, un Ben que había dormido bien, con un café fuerte recorriéndole las venas y la promesa de una vida nueva esperándolo al final del viaje.

Pero han cambiado muchas cosas en las seis horas transcurridas desde entonces.

Alguien le roza el hombro, y Ben se estremece con el contacto. No es gran cosa; sin embargo, le sudan las manos sobre la barandilla, como si en cualquier momento su propia sujeción fuera a ceder y a enviarlo rodando escaleras abajo. Tiene miedo de que, si intenta aferrarse con más fuerza, el resultado sea todo lo contrario a lo esperable. El tipo que lo roza dice algo al pasar que Ben no llega a captar con exactitud porque las palabras son dichas de cara a la larga sombra que engulle los últimos escalones. Pero no hay tanta gente en las escaleras, por lo que la intención de rozarlo resulta bastante clara: "¿Por qué te quedas ahí parado? ¿Eres idiota?".

No tiene por qué hacerlo. El metro es veloz, pero no demasiado práctico (al menos, no para él) y tampoco tiene que estar en un determinado sitio a una determinada hora. Un taxi habría sido ideal: un espacio exclusivo donde sentarse e intentar darle algún sentido a lo sucedido en la última media hora.

Pero Ben puede oír el sonido del tráfico a lo lejos con la misma energía frenética que una discusión de pareja que se oyera dos apartamentos más allá. Después de considerarlo un momento, reconoce que el simple riesgo de terminar atrapado en el tráfico a setenta céntimos el minuto le parece demasiado caro para su bolsillo.

También podría ir en autobús, pero todos los que ha cogido han sido un verdadero infierno. La última vez, había una señora con un cochecito lleno de gatos.

Siempre está la opción de ir caminando.

Ben se detiene antes de dejar que ese pensamiento siga dándole vueltas en la cabeza. Hace casi treinta y ocho grados allí fuera, y el pronóstico es aún peor. Lleva un traje que se supone que es de color azul oscuro, pero ahora se parece más a uno de esos trajes negros que absorben el cien por cien del calor que reciben.

Ben se imagina en qué condiciones quedaría ese traje después de los primeros diez minutos de caminata. Hasta puede imaginar lo mal que quedaría una hora más tarde.

La idea de disfrutar del aire acondicionado gratis en el metro le hace bajar dos escalones más, una mano detrás de la otra en la barandilla, tres puntos de contacto en todo momento, cual alpinista, antes de que la oscuridad vuelva a paralizarlo.

Una mano amistosa se posa sobre su hombro y lo zarandea suavemente. No lo hace lo bastante fuerte como para sobresaltarlo, sino más bien como para traerlo de vuelta al presente. Como para anclarlo. Pero el efecto es exactamente el contrario. Ben siente como si los escalones se estuviesen desmoronando bajo sus pies, y con ellos los últimos quince años.

"Creíste que la gente lo olvidaría". La idea trepa en su interior, una oleada de calor crece y culmina en el pecho. "Creíste que tú también lo olvidarías".

Uno de sus terapeutas le dijo una vez que todos tenemos pensamientos malos todo el tiempo. Que tenerlos es parte de vivir: pensamos primero en las peores cosas para luego intentar evitar que ocurran. Como cuando vas conduciendo a lo largo de un puente y, por una milésima de segundo, contemplas el impulso de pegar el volantazo y lanzarte al vacío.

Ben nunca preguntó si los pensamientos malos de los demás les hablaban en voz alta como los suyos. Incluso cuando la voz no está, sigue sintiéndola, como si alguien apoyara la mano en su hombro para decirle lo inútil que es.

—El primer paso siempre es el más difícil, ¿no crees?

La voz del hombre es grave y tiene acento sureño. Ben tuvo un profesor nacido en Charlotte que hablaba igual, y esa asociación más que nada es la que rompe su hilo de pensamiento y lo endereza para responderle.

—Pero yo… —empieza Ben, y se descubre tropezando con sus propias palabras. El rectángulo negro de sombra parece contraerse sobre sí mismo cuando lo mira—. Creo que voy a coger el autobús —termina diciendo.

—Esa es tu elección —agrega el hombre—. Y es perfectamente válida.

Ben no lo mira. No quiere cruzar la mirada con él, pero casi que puede imaginarlo con exactitud: camisa a cuadros, chaqueta color caqui, vaqueros sobre un par de botas bien gastadas.

—Pero viniste primero al metro. ¿Vas a dejar que te gane?

—No me está ganando.

Ben escupe las palabras; el rubor de la vergüenza las empuja rápidas y furiosas.

—Claro que sí —dice el hombre, imperturbable, la mano aún firme en el hombro de Ben.

Hay un movimiento, como si sacara algo del bolsillo. Por un instante, Ben piensa que es una navaja, y que así es como todo termina finalmente: morir acuchillado por un cantante country a la salida del metro de Nueva York.

—Puede que no sepa exactamente por lo que estás pasando —continúa el hombre—, pero lo reconozco.

Ben inclina la cabeza. Allí está la otra mano del hombre, a la altura de su pecho. Sostiene en la palma de la mano una ficha de póker a modo de ofrenda. De cerca, ve lo que está escrito: tres palabras que forman los lados de un triángulo. "Unidad", "Recuperación", "Servicio". Es una ficha de Alcohólicos Anónimos, y el "XV" que resalta en el frente está allí para indicar que quien la porta lleva quince años sobrio.

Ben se pregunta qué clase de borracho habrá sido ese hombre: uno callado que lo oculta todo, con botellas escondidas en la cisterna del váter o pegadas con cinta debajo de su silla en el trabajo; o tal vez algo peor: el que siempre está al borde del abismo, con el instinto de la violencia bien afilado por lo que sea que hubiera estado bebiendo ese día. Hay solo un puñado de razones para ayudar a un desconocido y, según la experiencia de Ben, la mayoría son actos de penitencia.

—¿Cree que necesito ayuda?

—Todos necesitamos ayuda, hijo. —La mano se cierra sobre la ficha y la hace desaparecer para devolverla al bolsillo sagrado del que salió—. Pero ahora mismo… es tu decisión.

Ben está a punto de hacer un comentario sarcástico sobre ese cliché, esa frase trillada que acaba de escuchar, pero el peso de la mano del hombre lo mantiene a raya.

—Puedes coger el autobús —sigue el hombre—. Pero, si lo haces, entonces va a ser tu miedo el que esté decidiendo por ti. —Se ríe, grave y gutural—. ¿Y quién narices coge el autobús? El autobús es para los chalados.

Le da a Ben una palmada paternal en el hombro, "Ánimo, campeón", y desaparece la presión. Cuando Ben se vuelve para mirarlo, el hombre ya ha pasado delante de él y está bajando las escaleras: hombros anchos, pelo castaño oscuro (demasiado oscuro para no ser teñido) y raleando en la coronilla; la edad marcada por la forma cautelosa con la que tantea cada escalón. Tal como Ben había imaginado, lleva una chaqueta color tostado y vaqueros azules, pero no botas. En su lugar, calza unos zapatos voluminosos de cuero sintético, esos ortopédicos que se anuncian en revistas para jubilados, hechos de manera muy tosca y rudimentaria, y al módico precio de cuarenta y nueve con noventa y nueve el par, sin gastos de envío.

Ben se pregunta cómo debe de haber sido encontrarse sobrio a la edad de jubilarse y cuánto debió luchar para seguir manteniéndose en ese estado.

Quince años. Parece como si el mismo destino compartiese ese número con él. Como si Ben hubiera estado destinado a conocerlo, a escuchar lo que el hombre tenía que decir.

Como si estuviera destinado a coger el metro.

Ben afloja la mano que se aferra a la barandilla y da un paso hacia delante, hacia la entrada del metro. El pie izquierdo cae como un peso muerto, arrastrándose detrás del derecho.

El hombre se había equivocado. El primer paso no es difícil. El segundo, en cambio, el que viene después de que te comprometes y te despiertas ante la realidad de que ahora debes seguir adelante: ese sí es el verdadero hijo de puta.

Desciende el resto de los escalones con prisa, tropezando con sus propios pies, sin darse la oportunidad de pensar en otra cosa más que en mantener el equilibrio. No llega siquiera a entrar en pánico, ya lo siente: el vacío al final de la escalera le invade el campo visual como una ola alzándose contra una

formación costera, inconcebiblemente alta e inevitable, y el corazón le late bruscamente en el pecho.

Y antes de que el miedo llegue a apoderarse de él, ya ha acabado.

Ben se tranquiliza una vez que está dentro de la estación, porque todo en el metro está diseñado para tranquilizar a la gente. De otro modo, no tendría nada de racional. Decidir bajar voluntariamente treinta metros para meterse en un tubo de metal, sentir cómo todo se estremece y agita en un viaje de arranques y frenadas bajo cien millones de toneladas de ciudad. Habría que estar loco, la verdad.

Todo —desde la manera en que el espacio se abre hacia los tornos (donde, una vez que has pagado el billete, ya no importa demasiado si decides volverte) hasta la luz de los tubos fluorescentes que se refleja en cada superficie enlosada — está pensado para engañar a tu cerebro y para hacerte creer que no hay ninguna posibilidad de quedar enterrado vivo. Hay paneles por todos lados que anuncian cuánto falta para que llegue el próximo tren, esa sensación de urgencia condensada en dígitos de una sola cifra. Cada centímetro que no esté dedicado a esa distracción está ocupado por un cartel de algún espectáculo de Broadway.

El aire, sin embargo, es algo que no pueden controlar. Pueden limpiar, barrer y lustrar cada superficie todo lo que quieran, pero nunca podrán vencer el olor a tierra, el jaleo y empuje del aire que se desplaza por los trenes al pasar, ni el calor constante que se asienta en el lugar: el esfuerzo colectivo de siete mil trenes con aire acondicionado ventilando sin parar en los túneles mientras circulan. Arriba, en la acera, hace calor, pero aquí abajo el calor se te viene encima como una pared, y hace que la piel se erice con el sudor.

Hay un tren de la línea 1 que va hacia el norte y está a punto de partir en este mismo instante. Sin embargo, y aunque Ben no quiere tener que salir corriendo por el andén, tiene la vaga sensación de que, si se da prisa ahora, lo alcanzará. La posibilidad de una victoria —aunque sea pequeña— deja de lado por un momento la cercanía del techo (y la sensación de que se está acercando cada vez más), así que Ben inclina la cabeza y avanza, entrando en ese momento perfecto de fluidez en el que la multitud de la estación parece abrirse para darle paso.

El impulso lo lleva hasta el final de la escalera mecánica; los de delante también van acelerados, pero avanzan demasiado lento y no hacen más que entorpecer a todos. Los de atrás resoplan y chocan contra él, como si fuera

culpa suya que hayan tenido que detenerse, como si el descontento pudiera, por arte de magia, despejar el camino. Ben no hace nada al respecto. Su voz interior le dice que lleve el maletín hacia atrás, que simule un tropiezo, pero él se niega a escucharla. No vale la pena arriesgarse a que su día sea todavía peor.

La interventora mantiene pulsado el botón para avisar de que las puertas van a cerrarse. Normalmente, Ben se dirigiría al centro del tren para aumentar sus posibilidades de conseguir asiento, pero casi no tiene tiempo para entrar en el antepenúltimo vagón.

Una vez dentro, sin embargo, las puertas quedan abiertas casi veinte segundos más antes de cerrarse y de que el tren empiece a rodar. Ben no le presta demasiada atención. Hay espacio de sobra, incluso si no se hubiese apresurado a subir. Está más de medio vagón ocupado y aún queda suficiente sitio para sentarse. Lo hace en un asiento vacío en el cuarto delantero y se pone a pensar que "más de medio vagón ocupado" le suena a bastante concurrido para un mediodía cualquiera. Durante su paso por la universidad, se había preguntado qué clase de gente tenía tiempo para pasearse por el campus o sentarse en el metro durante la mañana. ¿Acaso no estaban ocupados? ¿No tenían otros lugares adonde ir?

La respuesta, al menos para él, es simple. Él no tiene ningún otro lugar adonde ir. Ni ahora ni en lo inmediato, al menos.

Respira hondo y apoya ambas palmas sobre el maletín que lo iba a llevar a su futuro.

"Despedido en tu primer día de trabajo", piensa. "Tanto alboroto por ese nuevo comienzo, vaquero".

El tren da una sacudida cuando arranca, zarandeando a Ben en su asiento, y luego toma velocidad al salir de la estación. Y así, sin pausa alguna, se interna en la oscuridad del túnel.

CAPÍTULO 2

Brooklyn Es una ley irrefutable del universo: si pospones la alarma del teléfono más de una vez cuando suena, estás irremediablemente condenado a tener un día que va a ir de mal en peor.

Aunque sabe que no debería hacerlo, la detective Kelly Hendricks la pospone tres veces antes de decidir que ya es suficiente.

La premura por salir de su casa a tiempo —desayunar tan rápido que gran parte de lo que come se lo dona a la camisa, beber una taza de café tan caliente que sus dientes y encías podrían llegar a demandarla y tratar de llevar el pelo medianamente decente— hace que no piense en todo ello hasta que es demasiado tarde. Abajo, en la calle, Hernández está sentado en su Hyundai destartalado, esperándola. Ella llega, él le abre la puerta del lado del copiloto, y Kelly se pregunta: "¿Por qué coño no llamé para avisar que estaba enferma?".

—Tienes mala cara —le dice Hernández.

El motor está encendido, pero él espera a que ella cierre la puerta, y arranca solo después de oír el clic del cinturón de seguridad. Kelly sabe que Hernández tiene esa manía, así que se toma un segundo, lo justo para molestarlo, pero no tanto como para que él sienta la necesidad de hacer un comentario, y termina por abrocharse el cinturón.

—Es el traje —responde Kelly—. El vendedor me dijo que los hombres iban a revolotear a mi alrededor. —Resopla—. Olvidó mencionar que todos trabajarían en funerarias.

—La palidez está de moda, dicen.

Hernández se aparta del bordillo y se adentra en el tráfico sin poner el intermitente. La inconfundible aura de poli que emana del coche gris de importación con más de trescientos mil kilómetros hace el trabajo por él.

—No voy a contener la respiración —dice ella.

—Deberías. Recuéstate. Tal vez tengas suerte y alguien intente hacerte una reanimación.

—Todo es diversión hasta que recibes la descarga de un desfibrilador.

Hernández frunce el ceño cuando ve por la ventanilla algo que Kelly no ve. Estira la mano hacia la radio, pero se lo piensa mejor y acelera para cerrar el espacio que se ha abierto entre ellos y el coche de delante.

—La gente paga buen dinero por eso.

—¿Qué pasa?

—Nada —la tranquiliza Hernández—. Unos niños. Me estoy volviendo paranoico con la edad.

—Te intimida su juventud —dice Kelly—. Tienen algo que tú nunca vas a poder recuperar, y eso te asusta.

—¿Acaso tú no eres unos ocho años mayor que yo? —pregunta él, frunciendo el ceño otra vez.

—Fingiré no haber oído eso.

Ella conserva la calma, pero el dardo ha dado en el blanco. Kelly presiona los dedos contra las palmas, sin llegar a cerrar los puños. No quiere ser tan obvia. Luego, los estira otra vez, sintiendo cómo la tensión se acumula en los tendones y después se disipa cuando vuelve a relajarlos. Si creyó que eso la ayudaría a sentirse mejor, se ha equivocado.

Ocho años de ventaja para llegar al mismo lugar, y basta solo un mal día para mandarlo todo a la mierda.

—¿Dónde te dejo?

—En Cortlandt.

Hernández infla los carrillos.

—¿Con este tráfico? Voy a dejarte al otro lado del puente de Williamsburg, y allí te coges la línea J o alguna otra.

—Hernández —agrega Kelly—, me voy a tirar el día entero siguiendo a los topos en el metro. Me niego a pasar un segundo más bajo tierra de lo estrictamente necesario.

—¿Y de qué va eso? ¿Una especie de truco publicitario o algo así?

—Algo así.

—Debe de ser un alivio andar tomando fotos por ahí en lugar de hacer trabajo policial de verdad.

No tiene nada que ver con un truco publicitario. Por más que Hernández intente darle brillo, no hay forma de que parezca una cosa distinta de lo que es: una tarea de mierda.

Se le había ocurrido a alguien en la oficina del comisario. Una tarea

especialmente pensada para ella: Enlace Interdepartamental de Procedimientos y Comunicaciones entre Comisarías de Policía. Bien podrían haberle impreso una placa que dijera "Ridiculez". Cuando alguien se presenta en tu comisaría de policía con el nombre de un cargo como para llenar medio libro de bolsillo, sabes que algo ha salido muy mal en su carrera. "Detective" es una sola palabra, y cualquiera que la oye sabe exactamente qué significa. "Agente". "Sargento". "Capitán". Ninguna de ellas necesitará una presentación de diez minutos para explicar qué se supone que hacen. A veces, Kelly se descubre a sí misma intentando encontrarle el sentido a "Enlace Interdepartamental de Procedimientos y Comunicaciones entre Comisarías de Policía" antes de recordar que no significa otra cosa que estar cumpliendo su penitencia. Una peregrinación forzada de una comisaría de policía a otra, solo para ser exhibida ante cada oficial en servicio como advertencia de que esto también podría pasarles a ellos.

Así y todo, podría haber sido peor. Podría haber terminado de nuevo con uniforme. Podrían haberla despedido.

—¿Ahora el metro tiene su propia policía?

Kelly se aclara la garganta para intentar ocultar el hecho de que el pobre Hernández ha estado hablando solo mientras ella estaba ocupada hirviendo de rabia.

—Siempre ha sido así —le responde—. Son los agentes de proximidad. El punto de contacto entre la Autoridad de Transporte, la Policía de Nueva York y el público general. Responsables de ayudar a mantener un ambiente seguro y positivo en una de las redes de transporte público más grandes y concurridas del mundo.

Hernández le sonríe.

—Fíjate. Has hecho los deberes.

—Solo me gusta saber quién va a venir a aguarme la fiesta. Eso es todo.

—¿Y cómo es el trabajo de verdad?

Kelly también ha hecho esos deberes.

—Una mierda —responde—. La ciudad quiere que los trenes circulen, y punto. Sin retrasos, sin problemas. Si un tipo termina debajo del tren o lo apuñalan en el andén, la primera pregunta que hacen es cuántos minutos se va a retrasar el servicio.

—Dios santo —exclama Hernández—. Entonces, si quieres cargarte a alguien, supongo que el mejor lugar para hacerlo es el metro.

—Sí, y luego tú y yo terminamos con un dolor de cabeza insoportable mirando una y otra vez las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Exactamente.

Cruzan el puente de Williamsburg en silencio. Kelly no se detiene a contemplar el paisaje, demasiado familiar como para merecer algo más que una mirada fugaz. Pero sí hay algo en el agua que siempre llama su atención. La ciudad no encaja, no como lo harían los árboles o la arena. Puro hormigón y vidrio, todo forzado hasta la mismísima costa y detenido solo porque a nadie se le ha ocurrido aprobar la construcción de rascacielos sobre pontones. Todavía no, al menos.

Desde tan lejos, el agua casi parece limpia.

El coche frena y Kelly mira hacia delante, donde el tráfico comienza a complicarse.

—¿De qué coño voy a hablar con esta gente, Hernández? No es que vayamos a aprender nada de ellos, salvo que pensemos en plantarnos fuera de la comisaría a decirles a los turistas cómo llegar a Broadway.

—A lo mejor hay algo que ellos sí pueden aprender de ti —responde Hernández.

—Ya lo he dicho. No tienen el tiempo, ni los recursos, ni el apoyo…

Kelly no añade nada más. Su cerebro deja de reaccionar a lo que su compañero acaba de decir y por fin capta a qué se refería él realmente. Por unos treinta segundos, ella casi se había tomado su trabajo en serio, como si estuviese destinada a desentrañar cómo trabajaban otros policías, mirarlo todo objetivamente a través del lente de su propia experiencia y usarlo para presentar recomendaciones que fueran a mejorar su propia comisaría. Como si estuviera haciendo algo útil, más allá de que le sirviese como escarmiento.

Hernández sonríe mientras conduce.

—Mejor cállate la boca —le sugiere Kelly.

—Yo sé que es una mierda. Tú sabes que es una mierda. Y todo aquel que no lo sepa aún o no se lo hayan contado va a olerlo antes de cruzar siquiera la puerta. Tómalo como un recorrido laboral por los peores cafés de la ciudad.

Kelly se muerde la lengua antes de decir algo de lo que después pueda arrepentirse. Hernández está haciendo lo que puede, probando de todo para levantarle el ánimo. No es culpa de él que cada una de esas personas le dé ganas de gritar fuerte y estrellarse la cabeza contra la ventanilla.

—Puedo coger la línea J —le dice—. No hace falta que me lleves.

—Está bien —responde—. Te dije que lo haría y así lo haré.

Se lo había dicho con la intención de liberarlo del compromiso, de ahorrarle tener que soportar su mal humor, pero Hernández no parece aliviado en lo más mínimo. Al contrario, suena molesto.

—¿No tienes algo más interesante que hacer? —pregunta ella—. ¿Cuándo teníamos esa reunión con la Brigada Antivicio? ¿Era hoy?

Hernández le lanza una mirada.

—El capitán se la dio a Nicholson.

—¿A Nicholson? —Kelly intenta imaginar al pobre tipo sobreviviendo a una reunión con Antivicio sin decir algo que, en el mejor de los casos, le valga una amonestación o, en el peor, haga que lo escolten hasta el baño más cercano para que pueda ajustarse la dentadura—. ¡Pero ese es nuestro caso!

—Era —corrige Hernández.

Kelly cierra los ojos.

—Mierda —dice en voz alta. Hundida en su propia autocompasión, no había pensado en que podía haber daños colaterales. No la lleva a su destino solo por solidaridad: no tiene otro lugar adonde ir—. Lo siento mucho, Hernández.

—No pasa nada.

Obviamente, sí pasa.

Kelly se presiona el puente de la nariz intentando contener un suspiro de fastidio. No se suponía que fuera así. Nada de esto debía ser así. Los dos habían pasado meses haciendo sus listas de contactos en Antivicio, Personas Desaparecidas y Crimen Organizado, insistiendo con ciertos casos y trabajando en arrestos de alto perfil, de esos que hacen que tu nombre figure de repente en la lista de personas a llamar para el próximo grupo de Delitos Graves. Trabajaba en equipo con Hernández, se alimentaban mutuamente de la ambición del otro. Su carrera por fin había comenzado a avanzar de una forma que ella ya casi no se atrevía a imaginar.

Y entonces, en una entrega de medallas en One Police Plaza, uno de los jefes se le acercó por detrás y le puso la mano en el trasero. Podría haber presentado una denuncia por acoso sexual, y habría sido incierto saber si eso terminaría impulsando su carrera o destruyéndola. Lo que hizo, en cambio, fue agarrarlo de la manga de la chaqueta y de su brillante cinturón del uniforme de gala y tirar con tal precisión que terminó por lanzarlo encima de la mesa en la que había vino espumoso para los invitados. El tipo se rompió tres costillas y tuvo

que ser operado para que le extrajeran el tallo destrozado de una copa que se le había incrustado en la nalga izquierda, a un centímetro del ano. Sin embargo, y a pesar de que hubo testigos que declararon que él la había agredido primero y de que su delegado sindical la había defendido a muerte, aquel acto impulsivo fue suficiente para liquidar tanto su carrera como la de Hernández.

—Es aquí —indica Hernández, alejándose del flujo del tráfico para aparcar. Llegaron más rápido de lo que Kelly esperaba. Habían atravesado Manhattan sin problemas mientras ella analizaba una y otra vez el pasado como si pudiera hacer algo para cambiarlo.

—Gracias —dice Kelly. Respira hondo. Los elogios no son lo suyo, pero Hernández se lo merece—. Y solo para que tú…

—Dios santo —exclama Hernández, interrumpiéndola—. Mira la comitiva de bienvenida.

De pie en la acera, divisan a un policía uniformado con un chaleco reflectante en la mano. Está pálido y tiene algo de sobrepeso. Se balancea sobre los pies, como si hubiera pasado un larguísimo tiempo desde la última vez que tuvo que usar el equipo reglamentario completo. Tiene la cabeza hundida entre los hombros, como si estuviera listo para disculparse por el chaleco fosforescente que lleva en la mano.

—Se lo ve aterrorizado —comenta Kelly.

—Tendrás que contarle la historia del tipo con el bolso lleno de ratas muertas —sugiere Hernández, de buen humor otra vez—. Diez dólares a que se desmaya o se mea encima.

—¿Y si hace las dos cosas?

Los ojos de Hernández se agrandan ante esa posibilidad.

—Cincuenta dólares a que hace las dos. Pero no te podrás guardar ningún detalle cuando me lo cuentes.

Kelly mira al policía del metro y sonríe. Está segura de que no hará ninguna de las dos, pero cincuenta dólares es poco dinero para tener la fiesta en paz.

—Trato hecho —concluye, y se dan la mano. Kelly se baja del coche.

—Ey, Hendricks —la llama Hernández—. No te metas en problemas.

Ella se despide haciendo un gesto con la mano, indiferente.

CAPÍTULO 3

Rector Street Sucede algo extraño en el metro: una vez dentro, sensaciones como la claustrofobia no se sufren tanto. No desaparecen. No del todo. Queda algo, como cuando uno da un portazo después de una discusión a gritos. Una vez, Ben leyó un artículo sobre los acúfenos, después de que casi le estallaran los tímpanos con uno de esos viejos equipos de sonido. El artículo decía que cuanto más se concentraba uno en algo, peor era. Se puede sentir el temor, justo ahí, en un rincón de la mente. Pero si no se le presta atención, el metro hará el resto. Tal vez porque uno se entrega al poder de un sistema que es mucho más grande de lo que la mente puede comprender. Es como volar: las personas no solo toleran ser lanzadas a diez kilómetros de altura gracias a una rareza invisible y poco comprensible de la física, sino que también leen o incluso duermen mientras eso sucede.

O quizá, piensa Ben, se deba más bien a las reglas. No hay un manual que establezca las reglas propias del metro, como tampoco hay una tarjeta plastificada en cada retrete que te dice cómo deberías limpiarte el trasero. Así y todo, sabes qué hacer. Solo los locos, los bebés y los mendigos rompen las reglas. No debes hablar con nadie, ni tocar a nadie, ni admitir siquiera la presencia de nadie, excepto cuando estás subiendo al maldito tren o cuando

desciendes. Con la neurosis colectiva de esta ciudad encima, algo tan simple como tener miedo no debería llamar la atención de nadie.

Saca su teléfono y lo desbloquea. Se queda mirando la pantalla más por hábito que por creer que se encontrará con algo nuevo en ella. Tres rayas de cobertura, incluso dentro del túnel. Eso es algo bueno, aunque tres rayas para esa empresa de telecomunicaciones podrían significar cualquier cosa. Tres rayas podrían ser suficientes para ver una película en HD o podrían equivaler a la cantidad de personas que hay antes que tú para hablar con un operador de los de antes para conseguir que te dieran línea.

Despedido en su primer día después del período de formación. El primer maldito día.

Lo pilló por sorpresa. Los cinco días de formación obligatorios habían pasado muy rápido. El café con los otros nuevos, una foto muy mala de su cara plastificada en una credencial recién estrenada, seguridad y prevención de incendios y asesoramiento para poder conectar su teléfono a la intranet de la empresa. Había sido muy aburrido, pero eso era bueno. Parecía que por fin había encontrado un lugar en el que realmente encajaba, donde pasaría inadvertido.

Y entonces, en su primera mañana tras haberse pasado el fin de semana mirando el teléfono y preguntándose si debería enviarle un mensaje a alguno de sus compañeros, lo echaron. Estaba en su escritorio intentando descifrar por qué el ordenador no le permitía conectarse cuando llegó la gente de seguridad. Le anunciaron que sería más sencillo para todos si no armaba un escándalo.

No le dieron una razón, pero tampoco hizo falta. Ben supo qué estaba sucediendo. Lo vio en sus caras. No montó un escándalo.

Al menos se le permitió salir por la escalera de emergencia en lugar de desfilar vergonzosamente delante de todos los demás. El vigilante de seguridad que lo acompañó hasta la puerta le pidió una dirección a la que pudieran enviarle sus objetos personales. No sería necesario. No había estado en el edificio el tiempo suficiente como para dejar marcado su trasero en la silla ergonómica.

No era justo.

Ellos fueron los que lo habían reclutado, maldita sea. Ben había firmado el contrato al día siguiente de graduarse. Había recogido todas sus pertenencias, bueno, lo poco que tenía, y se había dirigido al este una semana después para firmar el contrato de alquiler de un apartamento y para abonar la fianza mientras el motor de la furgoneta de alquiler aún estaba caliente.

Nadie iba a devolverle la fianza ahora.

Se desploma en su asiento, con ambas manos sobre el regazo, y deja caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, derrotado.

Iba a tener que rendirse. Y volver a casa. Volver a la mujer que había sido su madre y a Anne, la persona que cuidaba de ella ahora. Siempre a una habitación de distancia, sumergida en su silencio, haciendo ruido solo al lavar los platos o dejando caer la ropa recién lavada con brusquedad para hacerle saber que estaba ocupada y que con él no habría ninguna conversación ni sobre su madre ni sobre ninguna otra cosa mientras estuviera bajo el mismo techo.

Ben fue a Nueva York creyendo que eso sería lo opuesto de todo lo que Anne apreciaba: la vida en un pueblo pequeño, la nada misma más allá del jardín en el fondo, el puñado de vecinos con delgadez extrema causada por una vida dura y por la edad avanzada. Y creyó que vivir en Nueva York marcaría el comienzo de una nueva aventura.

Pero resultó ser una aventura vacía.

Ben siente que vibra su teléfono en el bolsillo interno de la chaqueta. Mientras tanto, piensa en los demás compañeros y compañeras que habían entrado junto con él a trabajar.

Mientras esperaban sus credenciales, todos se habían dirigido a un café que les habían recomendado sus nuevos colegas. Con esos precios, Ben se preguntó si la empresa no recibiría algún tipo de beneficio económico por enviar a sus empleados allí. Frente a la expectante sonrisa de estrella de cine del barista, nadie se atrevió a ser el primero en hacer algo distinto y pedir un vaso de agua, así que cada uno se sentó con su taza de café y algo dulce para comer, sacó su teléfono y revisó su cuenta bancaria para ver cuánto acababa de gastar antes de que todo siguiera avanzando. Para disimular, todos aprovecharon a intercambiarse números de teléfono.

También incluyeron a Ben, como si hubiera sido parte del grupo todo ese tiempo y no un empleado nuevo que pululaba cerca.

Tal vez fuera como en el *reality Supervivientes*. Quizá a todos los habían acompañado hasta la puerta y era solo una especie de prueba.

"Eso te gustaría, ¿no? Pero tú ya sabes por qué te han despedido".

Si los otros saben que fue despedido, entonces puede que vayan a hacer preguntas. Ben solo espera que les digan algo similar a lo que le dijeron a él cuando llegaron a la salida del edificio. "No terminas de encajar aquí. No conectas con la cultura de nuestra empresa". Sin embargo, sabe que también

está la alternativa de que a ellos les digan la verdad. Es posible que alguno de ellos recuerde que tiene su número de teléfono y su nombre, y que trate de contactar con él.

Ben decide bloquear todos sus números antes de que alguien intente siquiera hacer algo parecido. Mejor aún: debería sacar la tarjeta SIM y partirla por la mitad. Ben saca el móvil a toda prisa y se tambalea en el asiento mientras el tren empieza a frenar hasta detenerse. Cuando recupera el equilibrio, se da cuenta de que es demasiado tarde. Tiene un mensaje, aunque de un número desconocido.

Puede ver el mensaje entero sin necesidad de abrirlo.

Día complicado para todos, ¿no crees?

Algo le llama la atención. "Para todos". Por la manera en que lo habían escoltado hasta la salida, Ben supuso que él había sido el único, pero tal vez no fue tan simple. Quizá algunos más habían sido desechados como él.

El mensaje había llegado hacía dos minutos. Desbloquea el teléfono para responder.

Ey, ¿quién eres? No tengo guardado tu…

Lo borra. Podrían quedarse pensando por qué no guardó su número y que fue su culpa no haberlo hecho. Lo intenta otra vez. Va directo al grano.

Ey… ¿Qué fue lo que pasó? Seguridad me hizo salir por la puerta de atrás.

Ben mira fijamente la pantalla tras enviar el mensaje. Se queda esperando la respuesta. Hacía mucho tiempo que no se escribía con alguien fuera de una aplicación. Le parece raro no saber si están escribiendo una respuesta o si su mensaje ya ha sido leído.

¿Vas a tomarte el 1?

Sí.

Si esta persona también ha sido despedida, entonces todavía hay esperanza. Si están en el mismo tren, tal vez puedan encontrarse y compartir sus notas sobre qué demonios podría haber pasado.

¿Y tú?

Mientras espera la respuesta, Ben se pregunta si no habrá sido entonces una reducción de personal. Tal vez esta persona pueda darle algún consejo sobre cómo encontrar un trabajo nuevo. Tal vez, cuando lo conozcan, solo vean a un tipo llamado Ben y nada más.

Cuando llega la respuesta, menos de un minuto más tarde, no es un mensaje. Es una foto. Ben debe abrir el archivo para ver de qué se trata.

El hombre de la foto es de edad bastante avanzada. Resulta difícil calcular con más precisión porque, al estar tumbado, las arrugas se ven atenuadas por la posición en la que se encuentra. Aun así, la apariencia de sus manos delata que es mayor y que es de esos hombres que tienden a consumirse en lugar de a volverse más corpulentos. Viste una camisa blanca y corbata azul, y Ben apostaría todo lo que tiene a que la chaqueta va a juego con el pantalón del traje. El frente del pantalón se ve brillante por todas las veces que el pobre se ha secado las manos sudorosas.

Tiene una línea gruesa y de color rojo, una especie de arco brillante, marcada en la garganta. El corte es tan profundo que Ben tarda unos segundos en darse cuenta de que eso blanco que asoma por la mandíbula es hueso. La sangre que ha alcanzado los pómulos y la frente se ve oscura, como racimos de píxeles muertos en la imagen. Pero a juzgar por la herida salvaje y la sangre acumulada debajo del cuerpo, queda claro que no es la imagen la que está irreparablemente distorsionada.

A Ben le tiemblan las manos cuando cierra la imagen y teclea su respuesta.

No es gracioso. No vuelvas a escribirme.

Ya lo saben. Lo saben y ahora su número ha quedado expuesto, y alguien en la empresa le está enviando esta mierda salida de internet para joderlo. Tiene una sensación extraña, entre miedo y enfado. Enfado por lo que han hecho, miedo por si seguirán haciéndolo.

El siguiente mensaje no tarda en llegar.

No apagues tu teléfono, Ben. No te bajes tampoco.

Ben responde con los labios fruncidos y con todo el cuerpo inclinado hacia delante.

¿Cómo sabes que estoy en el tren?

Una pausa. Tal vez estén escribiendo. Tal vez ya hayan parado.

Porque yo también estoy aquí.

Ben quiere enderezarse y mirar a su alrededor. Quizá se dé cuenta de que alguien lo está mirando. Pero decide mantener los ojos fijos en la pantalla. Llega el siguiente mensaje.

¿No me recuerdas?

Ben frunce el ceño y responde.

No sé quién eres.

Intenta recordar las caras de quienes habían entrado con él. Intenta pensar en quién podría ser capaz de algo así. En su cabeza, todos se están riendo de él.

Tú sabes quién soy, Ben.

Vuelve a la foto del hombre muerto solo para confirmar que es eso lo que ha visto y que no está alucinando. El hombre sigue allí, con la cabeza colgando a un lado, mitad degollado. Sigue muerto. Podría ser una broma, una foto alterada con efectos especiales, pero a Ben le parece bastante real.

Mira a tu alrededor.

Levanta la cabeza y pasea la mirada por todo el vagón, a la derecha y a la izquierda. Nadie lo está mirando. Al menos, la mitad de los pasajeros solo mira su móvil. Nadie siquiera levanta la cabeza. De repente, su teléfono vibra otra vez. Otra foto.

Un hombre sentado en una estación de metro, esperando el tren. Ben lo reconoce. Es una de las personas que vio mientras inspeccionaba el vagón. Grandote, con cuello ancho y compacto y hombros de jugador de fútbol americano; tiene las mejillas y la nariz de un tono rosado, señal de que es demasiado orgulloso como para tomar las pastillas para la presión. Está sentado más allá, a mitad de camino entre el asiento de Ben y la puerta más lejana. Tiene la cabeza echada hacia delante, se mece con el movimiento del tren y da la impresión de estar a punto de quedarse dormido. Pero Ben sabe que no es

así. Se parece más bien a meditar. Cuando anuncien su estación por los altavoces o si alguien llega a incomodarlo, seguro que se despertará de repente.

El siguiente mensaje.

Su parada es Cortlandt. Si se baja, muere.

Ben responde tan rápido como puede, lo más rápido que ha tecleado en su vida.

¿Por qué haces esto?

Ben mira fijamente su teléfono. Se le hiela la sangre. ¿Cómo sabían que él estaría justo en este tren? Al subirse, había notado que la puerta tardó un poco más en cerrarse. ¿Y si alguien estaba manteniéndola abierta para que él subiera? ¿Los habría visto y, acaso, no había notado que lo hacían solo para él?

Tú sabes por qué.

Ben sabe por qué. Sabe por qué lo han elegido a él. Pero no quiere reconocerlo. Es como los acúfenos. Si no te giras para ver, ¿el pasado está en verdad allí?

Unos momentos más tarde, llega otro mensaje.

¿Crees que podrías salvar a este? Ya casi se acaba el tiempo.

CAPÍTULO 4

WTC Cortlandt Ben sostiene el teléfono como si le quemara: el brazo estirado, separado del cuerpo, la mano preparada para soltarlo en el instante en que vibre y le envíen otro mensaje. Aún puede ver las palabras en la pantalla.

Su parada es Cortlandt. Si se baja, muere.

Ben se endereza y baja el brazo; de pronto, es consciente de lo visible que está en el vagón, sentado en un asiento que da al pasillo, completamente solo. Es posible que esto sea algún tipo de broma de mal gusto. Tiene que serlo, y seguro que alguno de los otros pasajeros lo está filmando para ver cómo reacciona.

Los altavoces crepitan al cobrar vida, y la interventora del metro anuncia la siguiente parada.

"WTC Cortlandt".

Ben se estremece. Por una fracción de segundo, ese sonido hace que se le venga a la cabeza la imagen de un cadáver, pero la descarta de inmediato. No se necesita demasiado esfuerzo para encontrar una imagen de un cuerpo muerto en internet para luego enviársela a alguien. Ben clava los pulgares en la pantalla, furioso con la otra persona por estar molestándolo y furioso consigo mismo por haber respondido.

Púdrete.

Envía el mensaje y bloquea el número antes de que puedan responder. Ni siquiera sabe si el mensaje llegará a destino. Quizá la red lo haya cortado en el mismo instante en que lo mandó…, pero, aun si esa última palabra solo existe en su cabeza, igual se siente bien al haber dado ese portazo virtual en la cara de su acosador. Un pequeño empujón kármico para equilibrar la balanza después

de haber sido escoltado fuera del edificio por la gente de seguridad. De eso no hay duda.

Ben levanta el teléfono como si acabara de vibrarle en la mano, pero no hay nada. Un timbrazo fantasma, como cuando estaba esperando la llamada después de la entrevista y lo único que hacía era mirar su teléfono a cada rato.

Los mensajes lo han estremecido. Esperaba quizá una provocación, algún tipo de amenaza de ir a la prensa. Pero esto es distinto.

El tren llega a la estación. La oscuridad del túnel se despega como una calcomanía y deja al descubierto el andén y a la gente que está esperando. Todo parece más brillante en comparación con la oscuridad. Los colores son más nítidos. Y Ben se descubre aliviado al notarlo. La vida sigue su curso sin interrupciones, y ni una sola de las personas que esperan para subir o bajar da la más mínima importancia al imbécil que le ha estado mandando mensajes. Haría bien en seguir su ejemplo.

"Si se baja, muere". Las palabras agrian esa sensación de alivio, como si una cinta le apretara el pecho, y no puede evitar volver a mirar al hombre cuya foto le han enviado.

El hombre ahora está despierto y se ha levantado de su asiento para dirigirse a la puerta más cercana. No llega a mantenerse del todo firme sobre sus pies, y Ben se pregunta si habrá estado bebiendo. Cuando llega a la puerta, se inclina hacia delante hasta chocar con la espalda de la mujer que tiene enfrente. Ben nota cómo la expresión de ella cambia de repente: la cara se le tensa ante lo que probablemente sea una humillación más en una vida repleta de humillaciones.

El tren se detiene y, cuando quienes esperan bajar se enderezan ante la apertura de las puertas, Ben casi se pone de pie, impulsado por la sensación abrumadora de que esto no es ninguna broma y de que en verdad está viendo a alguien caminar hacia su propia muerte.

La palabra "señor…" muere en su garganta aplastada por la idea de que solo haría el ridículo. ¿Qué demonios iba a decirle? "Señor, recibí un mensaje que dice que usted va a morir". Es cien por cien seguro que el pobre ya se habría bajado del tren antes de que Ben pudiera terminar la frase.

Además, es muy probable que sea solo algún estúpido gastándole una broma. Lo estaban molestando, eso es todo. Paranoia provocada por el estrés. Ben deja caer los hombros, con la esperanza de que el cambio de postura anime a su cerebro a relajarse y le dé un respiro.

Las puertas del vagón se abren, y todos los que esperaban de pie descienden

del tren. Ben intenta no hacerlo, pero aun así se descubre observando al hombre dar ese primer paso inseguro, aferrándose a la puerta para apoyar bien el pie, y luego desaparece: avanza por el andén y se pierde en el flujo de los demás que descienden junto con él.

Las puertas se cierran con un silbido neumático y el golpe seco de la goma; los sonidos del andén se reducen a un murmullo cuando el tren se sella y se aísla del mundo exterior una vez más. Por encima de la voz de la interventora, Ben alcanza a oír algo que suena como un bang, como si alguien hubiera hecho explotar una bolsa de papel o como si fuera el estallido del escape de un coche. Podría ser cualquier cosa tonta e inofensiva, pero Ben sabe internamente que no es nada de eso.

Mientras el tren da un tirón hacia delante y empieza a ganar velocidad, Ben estira el cuello para intentar seguir viendo a la multitud en movimiento.

A medida que el tren va dejando la estación, Ben nota que algo no va bien. A mitad del andén, un grupo de personas empiezan a reducir la marcha y a agolparse alrededor de algo. El movimiento del tren es demasiado rápido para que Ben pueda distinguir lo que sucede con claridad, pero sí alcanza a ver que lo que hay en el suelo es grande, y cree que podría ser un cuerpo. A la vez que el tren abandona el andén, una imagen se le fija en la mente: la mujer que bajó primero, con su móvil pegado a una oreja, mirando el andén con pánico, la mano y la manga del abrigo cubiertas de sangre.

El tren acelera, el andén desaparece y es reemplazado por el reflejo del vagón en las ventanas y, detrás, la oscuridad.

Ben se queda paralizado en su asiento, mirando hacia fuera como si pudiera volver a ver el andén si fijara la vista. Sucedió muy rápido, y aun así el recuerdo sigue clavado en su cabeza. ¿Había sangre en verdad, o vio sangre porque imaginó que la vería?

El móvil le golpea el muslo como si estuviera vibrando, pero la pantalla está oscura cuando la mira. Es porque las manos le tiemblan sin control. Las frota contra los muslos para sofocar el temblor, y su cuerpo responde con una náusea creciente que lo obliga a tragar saliva con fuerza; los codos apretados contra los lados, la mandíbula tensa, conteniéndola, conteniéndolo todo.

Fue real. El cuerpo en el suelo, la multitud a su alrededor, la mano de la mujer cubierta de sangre. Desde las yemas de los dedos hasta el borde de la manga del abrigo, como si la hubiera sumergido en un bote de tinta color rojo.

Ben enciende el teléfono y vuelve a desplazarse por los mensajes. Esto no era

una broma. Nadie estaba bromeando. La foto del tipo muerto ahora le parece muchísimo más real. Tiene en la mente la imagen del hombre que acaba de bajarse, el hombre que probablemente esté muerto o muriéndose en el andén ahora mismo.

Debe bajarse del tren. En la próxima parada, debe ser el primero y único en la puerta y salir corriendo en cuanto se abra.

"No apagues el teléfono".

¿Cómo demonios lo habían matado? ¿Había alguien esperándolo en la estación? ¿O alguien se bajó del tren en el momento exacto para matarlo y luego aprovechó la confusión para volver a subir antes de que las puertas se cerraran otra vez? ¿Y si todavía estaba ahí, uno o dos vagones más adelante, esperando a que Ben saliera corriendo?

"No te bajes del tren".

Necesita bajarse del tren, pero tal vez eso sea lo peor que puede hacer. Necesita más información. Necesita saber en qué se está metiendo. Necesita averiguar qué quieren de él.

El tren se agita bajo su cuerpo, como si se hubiera elevado sobre los rieles, y la sensación de que el estómago se le encoge continúa mucho después de que el movimiento termine. Sabe cómo averiguar por qué su misterioso remitente, el misterioso asesino, le está escribiendo. Simplemente, no quiere hacerlo.

Ben accede al número del remitente y lo desbloquea.

Espera recibir una avalancha de mensajes, pero no hay nada. Ni furia ni reproches. Y se siente peor al saber que lo han estado esperando. Levanta la vista y mira a su alrededor: nadie salta frente a él como posible sospechoso. Nadie sostiene el teléfono para grabarlo. Eso no significa que no lo estén observando.

Quieren que él haga el primer movimiento.

Ben respira hondo por la nariz. Podría ser todo un montaje. Una broma pesada. Alguna tontería. Ha oído hablar de personas en internet que hacen cosas enfermizas como esta todo el tiempo: fingen que se suicidan o montan secuestros. Si a eso se le suma el estrés de haber perdido el trabajo, de probablemente perder la fianza y de tener que volver a casa, todo parece aún más real.

Si se lo repite suficientes veces, quizá hasta empiece a creerlo.

Ben suelta el aire para armarse de valor y luego escribe un mensaje.

¿Quién eres?

Hay una breve pausa antes de que el mensaje se envíe finalmente, y Ben tarda un segundo en darse cuenta de que no tiene ni una sola raya de cobertura. Que el mensaje se haya enviado es casi un milagro. La respuesta llega rápido, como si se hubieran abalanzado sobre su mensaje.

¿No te acuerdas de mí? Yo sí me acuerdo de ti.

Frunce el ceño.

No conozco a nadie aquí.

Tu primer instinto es mentir. Qué sorpresa. Sé quién eres. Sé de dónde vienes.

Se le hace un nudo en la garganta.

Sé lo que eres.

De pronto, Ben tiene unas ganas locas de llorar. Al mismo tiempo, se le encoge el estómago y, cuando se inclina hacia delante sosteniéndose el vientre con el brazo, llega otro mensaje.

No apagues el teléfono, no bloquees este número ni dejes de leer mis mensajes.

¿Qué es esto?

Teclea Ben.

¿Por qué me estás haciendo esto?

La próxima persona será una mujer. Normalmente, se baja dos paradas más adelante. Si lo hace, morirá. ¿Lo entiendes?

Lo único que Ben quiere hacer es arrojar el teléfono contra la pared de enfrente. Pisotearlo, partirlo en dos. No quiere estar atrapado en un tubo de metal sintiendo que ni siquiera puede respirar. Se inclina sobre el teléfono y escribe.

¿Qué quieres de mí?

¿Lo entiendes, Ben?

Lo entiendo.

Está tres vagones más adelante. Dos paradas, Ben.

Ben espera que haya más mensajes, pero eso es todo. Vuelve a escribir para intentar contener la sensación de pavor.

¿No hay foto? ¿A quién se supone que debo encontrar?

Sin foto. Considéralo el precio por haberme bloqueado.

Ben se mece en su asiento, con el vómito subiéndole por la garganta. "Sé lo que eres", le habían dicho, pero eso es imposible. Nadie puede saberlo, no después de tanto tiempo. Siente como si el tren estuviera girando tan rápidamente que no puede pensar con claridad. Si saben quién es, entonces esto no es más que el comienzo.

Un pensamiento se le clava en lo más profundo de su cerebro. Una vocecita que le recuerda que, por más lejos que vaya o por más tiempo que pase, hay un secreto que sigue esperando. Doscientos cuarenta kilómetros al norte y a una profundidad bajo tierra casi tan grande como la del tren en ese momento, yace la verdad absoluta de quién fue alguna vez.

El sudor le recorre el borde de las cejas y cae sobre la pantalla de su móvil mientras escribe. Lo único que puede hacer es seguirles el juego y, quién sabe, tal vez así averiguar cuánto saben de verdad.

¿Cómo se supone que voy a encontrarla?

Ya lo descubrirás. Mucha suerte.

CAPÍTULO 5

WTC Cortlandt La sensación general entre la mayoría de los oficiales de policía de arriba, de la calle, es que los de abajo son una especie de topos que corretean por el metro, recogen basura y les dicen a los pasajeros cómo llegar a ese espectáculo de Broadway para el que ya están llegando tarde; por lo tanto, no son policías de verdad. A Kelly no le parece una apreciación tan errada. Su supervisor, el agente Evan Rogers, es el típico ejemplo de los que ella imagina que abundan en esa unidad. Tiene poco menos de cuarenta años, es calvo, lleva gafas y, aunque aparenta ser un tipo duro, tiene la mirada del osito de peluche, de alguien que aprobó raspando las pruebas de resistencia física de Cooper y que no ha vuelto a correr desde entonces. Aun así, la sorprendió cuando le confesó que había sido en su tiempo oficial de patrulla.

—¿En serio? —le dice Kelly, y alza su taza de café. Mostrarle dónde encontrar la máquina de café fue lo primero en la lista de Rogers. Y, aunque ella aprecia el gesto, la bebida sabe a café quemado y rancio; incluso, para los bajos estándares policiales, es imbebible—. ¿En qué comisaría?

—La treinta y tres.

Kelly intenta no hacer ningún gesto mientras bebe el café.

—Eso sería Washington Heights, ¿no es así?

—Eso mismo —confirma Rogers.

Ahora sería el momento ideal para comentar una anécdota o mencionar un nombre conocido para generar alguna especie de conexión, pero la comisaría 33 acaba de hacer una gran limpieza de personal tras una investigación de Asuntos Internos, así que Kelly se limita a beber ese café intomable recalentado con sabor metálico.

—Y supongo que preferirás oírlo de primera mano. Yo soy quien los denunció —continúa él.

—Hostia —se le escapa a Kelly.

Su cerebro estaba demasiado ocupado intentando reevaluar frenéticamente todo lo que había visto hasta ahora del agente Rogers. Había pensado que parecía un tipo blando porque era un segurata, de hombros caídos y columna encorvada, como si siempre estuviera a punto de disculparse por algo que aún no ha sucedido, pero no es eso. Se lo ve derrotado, como un boxeador al que ya le ha pasado su mejor momento, y lo han vuelto a poner en pie solo para tambalearse con un último golpe. Había actuado según su conciencia y, aunque quizá hubiera sido lo correcto, eso lo había puesto en la mira de todos los policías de rango superior. No es de extrañar que acabara aquí abajo, con los topos.

—Bueno, creo que no hace falta preguntarte por qué te han asignado como mi niñero —dice ella con sarcasmo.

—Sí, algo he oído —responde Rogers—. Me parece que intentaste convertirte en comisaria retando al jefe a un combate mano a mano.

—Jefa, no comisaria —aclara ella—. Lo había inmovilizado, pero la comisión revisora sentenció que levantó un hombro antes de que contaran hasta tres.

—Oí que lo dejaste cojeando, tanto que ha empezado a decir por ahí que es una vieja herida de guerra.

Un calor agradable llena el pecho de Kelly solo de pensarlo. Casi lo experimenta con orgullo.

—Él dijo que quería fiesta —agrega ella—. Nunca especificó lo salvaje que quería que fuera.

Echa un vistazo a la estación y trata de hacerse a la idea del flujo de gente que pasa por los tornos. Desde donde está Kelly, el movimiento parece caótico. Da la impresión de que los que entran al metro fueran a chocarse con los que salen, pero, de algún modo, todo termina encajando: cambian de trayectoria en el último segundo y se deslizan unos junto a otros sin la menor interacción ni contacto físico, como si fuera un truco de magia.

—¿Y cómo funciona todo esto? —pregunta.

Rogers se queda pensativo.

—Se supone que hay todo un departamento dedicado a estudiar cómo mover a la gente por un espacio cerrado —responde—. Tipos con doctorados que hacen simulaciones en ordenadores, que vienen y lo miden todo con láseres y equipos de topografía.

—No me digas.

—Hasta hicieron una presentación sobre los puntos problemáticos que, según ellos, podía haber dentro y alrededor de la estación. —Al haber usado "según ellos", queda claro que no son palabras suyas y que no le hizo ninguna gracia cuando las oyó la primera vez.

—Por lo que dices, entiendo que están equivocados —comenta Kelly.

—Tan equivocados como en todo lo demás. El sistema funciona simplemente porque todo está en otra escala. El volumen y el flujo de gente son tan grandes que todo termina autorregulándose.

—No entiendo.

—Piensa en esto. Estás en un atasco. Hay una fila infinita de coches. Tal vez sea debido a un accidente o a obras en la calzada, da igual. Pero nada se mueve. ¿Y a quién miras tú todo ese tiempo?

—Al tipo que está delante.

—Claro. Ahora imagina que ese mismo tipo se ha colado delante de ti después de media hora de espera y que pasas la siguiente media hora mirándole la nuca. ¿Qué pensarías?

Kelly entiende adónde quiere llegar y le sigue el juego.

—Pensaría que quiero partirle la cabeza calva en dos.

—Ey, por favor, deja en paz a los calvos. —Rogers se toca su propia nuca—. Pero sí, tienes razón. Te toca aguantar a ese tipo que probablemente entró en pánico pensando que se había saltado la fila y que no iba a poder incorporarse nunca, y tú tienes ganas de bajarte del coche y matarlo.

—Exacto. La famosa ira al volante.

—Excepto que eso no sucede en el metro. Hay demasiadas personas todo el tiempo, y todos se mueven demasiado rápido como para siquiera tener alguna oportunidad de enfadarse. Cuatro millones de personas pasan por el sistema cada día. ¿Acaso piensas pelear con cada una de ellas? —Niega con la cabeza—. La gente se aparta porque todo va demasiado rápido, hay demasiadas caras. Nadie tiene el tiempo suficiente como para detenerse y estallar.

—Pero sí sucede en el metro —asegura Kelly.

—Sí, claro, pero mucho menos de lo que crees —rectifica Rogers encogiéndose de hombros—. Y los muchachos de la Central preferirían que no pasara jamás.

—¿Quieren que el metro sea una mismísima utopía? ¿Y con este calor?

—La Autoridad Metropolitana de Transporte quiere que los trenes se muevan —sigue Rogers—. Es lo único que les importa. Sin retrasos, sin problemas. Si un tipo cae en las vías del metro, probablemente, detengan el servicio lo suficiente como para quitar lo que queda de él, pero salvo eso, intentar resolver cualquier incidente aquí es luchar contra la corriente.

Kelly lo entiende perfectamente. No pasa un solo día sin que le lleguen pedidos a su escritorio que le recuerdan que los delitos sujetos a investigación son la parte menos importante de su trabajo. Hay que poner el apartamento en venta, la tienda no puede permanecer cerrada, la compañía de seguros está a la espera de una firma, así que ¿podrías acelerar el trámite? Una vez un tipo de finanzas le arrojó su Rolex, su otro Rolex —el primero se lo habían robado a mano armada—, para dejar bien claro que su tiempo valía mucho. Por lo que ella oyó, el sargento de guardia le hizo rellenar el formulario de salida veintitrés veces, todo un récord. El vigésimo segundo intento quedó invalidado porque se puso a llorar sobre el papel, y la tinta se corrió toda.

Rogers se aparta de ella, se endereza y alza el mentón; parece una suricata intentando localizar a un águila que se le acerca. Es graciosa la escena, salvo que una fracción de segundo después Kelly siente cómo el ánimo de la multitud cambia de una forma que pone en alerta cada uno de sus instintos, haciéndola reaccionar al instante, igual que a él.

Una de las cosas raras de las multitudes. Pon a suficientes personas en un espacio cerrado y crearás una especie nueva de animal, no consciente de sí mismo, pero igual de sensible al peligro. Es muy probable que, a excepción de Kelly y del oficial Rogers, todavía nadie lo haya visto, pero algo está sucediendo en el andén que acaba de causarles un gran susto a todos los pasajeros.

Lentamente, del mismo modo en que caen los primeros granos de arena ante un derrumbe, las personas comienzan a levantar la voz, y el sonido retumba en las paredes. Todos comienzan a moverse, subiendo por las escaleras mecánicas, incluso por la que baja, y la radio que cuelga del cinto de Rogers cobra vida de repente.

Kelly no llega a oír el parloteo distorsionado del mensaje, que queda ahogado

por el ruido creciente a su alrededor, pero Rogers inclina la cabeza para accionar el micrófono y acusar recibo. Se arrima a Kelly antes de hablar y no pierde tiempo en explicaciones.

—Tiroteo en el andén —le dice.

Kelly asiente una sola vez y mantiene una expresión neutral. Pero el insulto no dicho atraviesa todas sus expectativas sobre el nuevo puesto como una ráfaga helada; no obstante, ya tendrá tiempo de desenmarañarlo después, mucho después.

—Nada de café de mala calidad y de aburrirse como una ostra —exclama. Deja el resto del café en la repisa que está justo a su lado, se abre la chaqueta, dejando el arma reglamentaria al alcance de la mano.

Rogers la mira.

—No saques esa arma.

Ella le devuelve la mirada, pero su actitud afable, pensada para turistas, se ha evaporado de repente.

—Debemos abrir las puertas de emergencia —ordena él—. Esa es la prioridad ahora.

Y eso suena exactamente a la clase de idioteces de las que estaba quejándose hacía solo unos segundos, pero Kelly sabe que tiene razón. La gente aún no ha entrado en pánico, no todavía, pero lo que está claro es que no se quedarán allí de pie esperando a ver qué sucede. Todos se dirigen hacia las salidas, y no se espera que vayan a hacerlo de manera ordenada y paciente hasta atravesar los tornos uno por uno.

Un tiroteo siempre es una mala noticia, y que el tirador pase junto a ellos y se les escape es peor aún. Pero que la gente se amontone y colisione entre sí, eso sí que es mucho, muchísimo peor.

—¿Dónde me necesitas?

Rogers está señalando una de las puertas detrás de ellos, una puerta de vidrio y metal que ya ha comenzado a ceder cuando se activan y se abren los cierres electrónicos. Él desengancha su linterna del cinturón y la agita en dirección a la multitud. Kelly se obliga a caminar hacia la puerta (no a correr, debe dar el ejemplo para evitar la estampida) y se dispone a abrirla de par en par, como invitando a todos a batir el récord mundial de saltarse tornos en una sola estación.

El plan funciona. Kelly no tenía ninguna duda al respecto, porque Rogers se movió como si todo aquello hubiera sido un simulacro, sabiendo exactamente

dónde situarse para que todos pudieran verlo y al mismo tiempo sin interponerse en su camino. Él, o alguien como él, ha pensado muy bien qué se debe hacer en este tipo de situaciones, y se han ensayado muchas veces hasta resolver cada fallo y cada error, hasta el punto en que calcular cifras y estrategias se vuelve algo natural para todos los involucrados. Es la clase de patrulla en la que Kelly casi nunca piensa en su día a día, ya que las situaciones tienden a ser más fluidas, pero es admirable poder observar cómo un plan de contingencia se desarrolla de manera exitosa y a la perfección.

La gente se apresura a salir por la puerta. La mayoría ya está al teléfono buscando frenéticamente un coche en alguna aplicación antes de que los precios se disparen por la demanda, otros ya se han conectado a las redes sociales para compartir las imágenes en vivo mientras caminan. Kelly espera que, si de verdad ha habido un tiroteo en el andén, ninguno de ellos se haya acercado lo suficiente como para tomar una foto en alta resolución de quienes hayan podido perder la vida. Salta de un pie a otro, con el cuello estirado, con la atención puesta en divisar un arma o ropa con sangre, cualquier cosa que pueda ayudar a identificar al culpable más tarde.

Cuando ya han evacuado a la mayoría de los pasajeros y Kelly tiene la posibilidad de reunirse con Rogers nuevamente, la estación está vacía y, al menos a los ojos de Kelly, también más oscura.

—¿Han apagado las luces?

—No todas —dice Rogers. No la mira; tiene la vista fija en las escaleras mecánicas, que se han detenido. Su expresión sugiere que eso no era parte del plan. Se acerca a su radio para hablar.

—¿Queda alguien en el andén, Central?

Pasan cinco segundos antes de que llegue la respuesta del otro lado.

—No tenemos personal en el andén.

Rogers respira hondo y pasa la linterna a su mano izquierda para poder desenfundar el arma que cuelga de su cinturón.

Kelly no es una oficial del metro, pero entiende la situación con facilidad. No espera ninguna señal para desenfundar la suya también.

La escalera mecánica es un túnel revestido de metal, con escalones demasiado altos como para subirlos fácilmente y sin ningún sitio donde cubrirse. Si hay alguien armado esperando al final, los dos serán un blanco fácil. Si suben por escaleras mecánicas distintas, uno de ellos podría tener un tiro limpio, pero el otro podría terminar recibiendo un balazo.

—Debemos ir a ver qué sucede —sugiere Kelly.

Rogers asiente con la cabeza. Avanzan, con la suficiente distancia entre ellos como para que, si hay un tirador, este se vea obligado a elegir a uno de los dos. Caminan con premura hacia las escaleras mecánicas.

CAPÍTULO 6

WTC Cortlandt No hay posibilidad de que el tirador esté todavía en el andén. No tiene sentido que se haya quedado allí. Podría haber tirado el arma o haberla escondido en el túnel y simplemente sumarse a la estampida general para estar en cualquier otro sitio. Incluso podría haberla guardado en un bolsillo o en una mochila y confiar en que el andén estaría demasiado lleno como para que la policía detuviera a todo el mundo a la salida y los registrara. No hay razón para que se quedara en la escena del crimen, esperando ser atrapado.

Kelly sabe todo eso, pero aun así sube a toda prisa por la escalera mecánica como si estuviera intentando alcanzar un tren: una mano ligera sobre la barandilla para mantener el equilibrio, la otra rígida frente a ella, apuntando directamente a los escalones, lista para dispararle al primer objetivo que se le presente. La rapidez es más importante que el silencio. Sus pasos retumban, expandiéndose en el túnel que tiene delante. Rogers avanza a su derecha, sin querer quedarse atrás, ni arriesgarse a tenerla en la mira, y ella alcanza a oír cuánto le cuesta seguirle el ritmo. Lo siente en la pesadez de sus pisadas y en la forma entrecortada en que aspira cada bocanada de aire.

Cuando llegan arriba, Kelly observa lo que tiene delante. Puede ver a la víctima tendida boca abajo, con las suelas de ambos zapatos apuntándole y el resto del cuerpo oculto por el ángulo de una columna, pero no ve a nadie más. Rogers le toca el hombro para hacerle saber que él cubrirá ese sector, y ella se gira para cubrir el lado izquierdo. El otro extremo del andén, el más corto, donde la pared termina en una puerta de mantenimiento que probablemente

conduce a la maquinaria de la escalera mecánica, está desierto. No hay curiosos, nadie grabando con el móvil, ningún tirador tampoco.

Aun así, Kelly sigue teniendo la sensación de que hay alguien ahí. Clava la mirada en la puerta durante tanto tiempo que Rogers empieza a moverse incómodo a su lado, queriendo saber qué está mirando, pero sin bajar la guardia para averiguarlo.

Hay alguien allí. Puede sentirlo.

Se vuelve y le hace una seña a Rogers para seguir avanzando. Él mantiene los labios apretados, trata de no jadear después de subir las escaleras corriendo, pero no hay vacilación en sus movimientos. Se separan, cada uno a un lado de la columna revestida de azulejos, demasiado delgada como para sostener a toda la ciudad sobre sus cabezas, según la apreciación de Kelly, pero ella confía en que los ingenieros hayan hecho bien los cálculos y los dos avanzan por el andén hacia la víctima.

El andén del metro es la peor pesadilla para cualquier instructor de tiro. Los andenes largos están tan iluminados que atraen la mirada hacia arriba y hacia el fondo, pero el espacio que queda en el medio es demasiado oscuro para distinguir detalles, y si uno mira fijamente un punto durante demasiado tiempo empieza a parecerle que ve formas que en realidad no están allí. No hay protección, salvo por las columnas, pero hay muchísimas (y están demasiado separadas como para vigilarlas todas a la vez). Además, con las luces colocadas en posición vertical, no hay sombras que ayuden a distinguir qué formas son reales y cuáles no.

Con el andén vacío, cada ruido parece más fuerte. Cada roce y cada clic rebotan nítidamente contra las paredes, lo que hace sentir a Kelly completamente expuesta. Si esto fuera un ejercicio de la academia, sería el lugar perfecto para una emboscada, y el movimiento correcto sería retroceder y esperar a que el grupo de operaciones especiales llegara y llenara el lugar de humo.

Mira de reojo a Rogers, que está con la vista fija al frente. Está mirando al tipo en el suelo y lo que realmente quiere es llegar hasta él. Si la víctima sigue con vida, no hay tiempo que perder.

Kelly es la primera en moverse, con zancadas rápidas y regulares, apoyando todo el pie para mantener el arma firme y afinar la puntería, y se detiene en el primer lugar que encuentra para poder ocultarse: un armazón de acero pintado que sostiene un póster de algún espectáculo que salió de cartel antes de

quedarse sin presupuesto publicitario. Pero es mejor que nada. Desde su posición, alcanza a ver el cuerpo: una mano extendida, la silueta del pecho, tal vez una parte de la cabeza. Y siente que llegará a él enseguida. Dos movimientos más, o incluso tres para mantenerse a salvo.

Tres parece una opción acertada.

Rogers se le acerca por la derecha, haciendo lo que puede, pero sus pasos retumban por todo el andén. Ella se pone en alerta cuando él la adelanta y sigue avanzando, levantando de nuevo el arma y ampliando el campo visual por si alguien apareciera desde algún escondite repentinamente. Él no se detiene, no es tan cauteloso como ella. Una descarga de adrenalina la inunda al imaginarlo interponiéndose en la trayectoria de alguna bala.

—¡Rogers!

Kelly sale de su escondite y se apresura por su lado del andén para alcanzarlo, pero ve que él ya ha enfundado el arma; toda su atención puesta en la víctima. Lo oye hablar por la radio: pregunta dónde diablos están los sanitarios.

Ella deja atrás la última columna mientras Rogers sigue avanzando, con los brazos extendidos, intentando salvar a alguien que, ahora que puede verlo sin obstáculos, ya no tiene salvación. Hay más sangre fuera de su cuerpo que dentro.

Kelly da un respingo cuando una figura sale de detrás de una columna a su derecha, la espalda encorvada, los brazos extendidos y ambas manos cubiertas de sangre. Cuando la figura avanza tambaleándose hacia Rogers, ella le apunta con su arma, alineando con precisión el alza y el punto de mira en la parte posterior de su cabeza.

—No pude salvarlo —dice.

Kelly suelta todo el aire que había contenido y baja el arma. La mujer se sobresalta y se gira para mirarla de frente. Está vestida de oficina: blusa color crema, traje sastre color gris, zapatos Louboutin, y más productos en el pelo de los que podrían encontrarse en la mayoría de las peluquerías de la ciudad. Todo, absolutamente todo, está cubierto de sangre.

Rogers ya está de pie, lo que le permite a Kelly ver mejor el cuerpo. Por la herida de bala casi en el centro exacto del pecho del hombre, ella puede imaginarse lo que sucedió. Cuando la bala lo alcanzó, debió perforarle alguna arteria, o algo cerca del corazón. Y en lugar de circularle la sangre por el cuerpo, los frenéticos latidos del corazón la estuvieron bombeando

directamente hacia la herida. Es un orificio enorme. Kelly se pregunta qué calibre de bala lo atravesó.

La mujer podría haberse desmayado o haber salido corriendo y salvar su propia vida, pero se quedó para intentar ayudarlo, trató de tapar el orificio con ambas manos —a juzgar por cómo se veían ahora—, se dejó caer con él hasta el suelo del andén y se aferró a la esperanza de que alguien pudiera salvarlo.

—Está bien —dice Kelly—. Ya está bien. —La mitad de esa frase es para tranquilizarse ella misma. Procura no pensar en lo cerca que estuvo de volarle la cabeza a la mujer—. ¿Puede decirme su nombre?

Tarda un momento en conectar la pregunta con algún pensamiento, y luego unos segundos más para convertirlo en palabras.

—Jo —responde.

—Muy bien, Jo. Yo soy Kelly. Soy detective de la policía de Nueva York. Y él es el agente Rogers. ¿Puede contarnos qué sucedió?

—Yo creí… —Jo mira sus manos como si no fueran suyas—. Creí que lo iba a lograr.

Kelly puede imaginarse lo que experimentó Jo. Sentir bajo las palmas esa presión martilleante, el pulso final del hombre, y que de pronto se desvaneciera, y pensar por un segundo que el sangrado se había detenido. Que lo había salvado.

Kelly siente que se le encoge el corazón, pero tiene que insistir. Hay mucha fortaleza en Jo, la suficiente como para haber intentado mantener con vida a un hombre moribundo con las manos, y si existe la mínima posibilidad de que haya visto al tirador, Kelly tiene que aprovecharla ahora.

—Le dispararon en el andén —dice Kelly—. Usted estaba justo a su lado. ¿Puede decirnos qué pasó?

Jo la mira fijamente.

—¿Dónde estaban ustedes? ¿No se supone que… no se supone que debían…?

—Estamos aquí ahora —dice Kelly, interrumpiéndola—. Y necesitamos su ayuda para atrapar a la persona que hizo esto. ¿Vio quién hizo el disparo?

—Yo no… yo…

Le cuesta hablar, y las manos le tiemblan violentamente. Le cuesta coordinar los movimientos. La adrenalina que la había sostenido hasta ese momento se le está agotando.

Rogers se acerca a Jo, se pone delante del cuerpo para evitar que ella lo vea.

No la toca, pero se queda lo suficientemente cerca como para que, si necesita apoyarse en algo, pueda hacerlo en él.

—Está bien —la tranquiliza—. Lo que pueda recordar es importante para nosotros.

Jo niega con la cabeza y se recompone para hablar.

—Todo sucedió muy rápido. Hubo un estallido y, cuando me giré para ver qué había pasado, él ya se estaba cayendo encima de mí. Había gente subiendo al tren, pero no vi ningún arma.

No tenía sentido que el tirador se quedara en el andén. Kelly lo supo desde el primer momento, pero pensó que abandonaría la estación, que se mezclaría con la multitud. No se dio cuenta de que había una tercera opción.

—Llama a la Central —dice Kelly.

Rogers se limita a mirarla, ya sea porque no la ha oído bien o porque aún no ha atado todos los cabos.

—Llama a la Central y diles que se comuniquen con el maquinista —insiste —. Creo que el tirador volvió a subir al tren.

CAPÍTULO 7

Chambers Street Si te atrapan abriendo la puerta entre dos vagones, te multan con setenta y cinco dólares. Pero, más importante aún, la multa vendrá acompañada de una severa reprimenda y de la lectura del acta por parte del agente del metro o del interventor que te encuentre con las manos en la masa, y serás escoltado hasta la próxima estación.

"Dos paradas, Ben".

Los setenta y cinco dólares no serán nada. Lo que Ben no puede hacer es perder tiempo o hacer que lo echen del tren.

"Sé lo que eres".

Se le revuelve el estómago cuando mira por la ventana en el extremo de su vagón hacia el interior del siguiente. El espacio parece más estrecho, como si el vagón estuviese encogiéndose y ahorcándolo con un collar. Creyó que tal vez podría llegar a ver qué sucedía en el otro vagón, ver a alguien uniformado o a cualquiera que pudiera estar trabajando de incógnito. No tiene idea de qué aspecto puede tener un policía infiltrado, más allá de la impresión de que la persona que lleve pantalones caqui y un cortavientos azul probablemente sea un policía, pero de todos modos, el esfuerzo de pensar todo aquello no sirve de nada. La visión es borrosa. El cristal, que una vez estuvo impecable, ahora está estropeado por grafitis y polvo proveniente de los túneles, lo que hace difícil percibir más allá de la vaga sospecha que allí dentro también hay gente. Al menos, nadie ha reaccionado al hecho de que él haya pegado su cara contra el cristal y de que esté actuando como quien va a saltar de un vagón a otro, así que está listo para intentarlo.

Al abrir la puerta, lo invade el miedo. Teme que una mano en el hombro lo detenga de repente, pero cuando la abre, nadie intenta detenerlo. Algunos se quejan por el ruido, pero la verdad es que a nadie le importa lo que él está

haciendo. Las reglas siguen siendo las mismas incluso aquí: a la gente no le gusta que la molesten, como mucho, podrán gritarle algún insulto, pero nada más.

Ben da un paso hacia delante y queda justo en el espacio entre ambos vagones. Se arrepiente de inmediato.

Jamás se le había ocurrido que alguien pudiera sentir vértigo y claustrofobia al mismo tiempo. Sin embargo, al mirar hacia abajo y ver a través del enganche entre vagones las vías que destellan a toda velocidad y el aire caliente y viciado del túnel que lo agita como queriendo arrancarlo del estribo, tiene esa sensación. El paso para cruzar debería ser sencillo: bastaría una sola zancada para sortear el enganche y caer en el siguiente vagón sano y salvo. Mientras piensa en lo sencillo que debería ser, los primeros vagones frenan un instante, y el espacio entre ellos se acorta. Ben no llega a reaccionar. Solo los amortiguadores de goma impiden que choquen entre sí y evitan que termine aplastado. Se sostiene del pasamanos de la puerta trasera por instinto y, cuando los vagones vuelven a separarse, el movimiento le estira el brazo y le da la opción o de cruzar al siguiente vagón o de dislocarse el hombro.

Ben da un brinco.

Una vez en el otro vagón, prueba el picaporte de la puerta y, cuando esta no cede de inmediato, se le revuelve el estómago de solo pensar en tener que volverse, echarse hacia atrás y apartarse lo suficiente para accionar una puerta que abre hacia afuera. Arremete con el hombro y empuja con fuerza; siente cómo un burlete se despega ante la presión, el chasquido seco del caucho, que se desgarra más rápido, y la puerta cede por fin. Ben trastabilla y entra en el vagón.

Cierra la puerta y se toma un momento para esperar a que se le pase el temblor. Jamás pensó que se sentiría tan aliviado al entrar a la fuerza en un tubo metálico cerrado y, aun así, el terror que acaba de experimentar comparado con el miedo que habitualmente le provoca el metro ahora le parece insignificante.

La reacción del resto de los pasajeros es incluso menor que la de quienes lo vieron irse del anterior vagón. Hay solo una persona que mira en su dirección.

Ben mantiene la cabeza gacha y el maletín apretado mientras avanza por el pasillo. Debe darse prisa, pero tampoco quiere llamar demasiado la atención o darle a alguien alguna razón para detenerlo.

"¿Y si está justo en este vagón? ¿Y si me está mirando en este mismísimo

instante?”.

Se arriesga y observa. Nadie lo está mirando. Y, si alguien lo hace, finge bastante bien. Después de todo, Ben acaba de romper las reglas, y la realidad es que nadie quiere verse involucrado en un problema que no le pertenece.

No sabe aún cómo lo ha hecho el asesino, pero sí sabe que dio con ese hombre en la estación. Alguien en el andén, una de las personas que había estado con él todo ese tiempo… Ben no puede ni pensar en cómo lo habrá hecho, pero dio la impresión de que salió de su escondite sin más, y no hubo absolutamente nada que se pudiera hacer para evitar lo sucedido.

Ben ni siquiera intentó evitar que el hombre descendiera del tren.

Eso es lo que más le molesta ahora. Tenía razón en pensar en este asunto como una broma de mal gusto —cualquiera habría hecho lo mismo—, pero también sabía que se estaba engañando a sí mismo cuando lo hacía. Internamente, siempre supo lo que en verdad estaba sucediendo. Solo deseaba que no fuera así. Y ahora alguien había perdido la vida.

Ben revisa su teléfono al tiempo que llega a la otra punta del vagón. No hay mensajes nuevos. Tiene una raya de cobertura, y eso es todo. No hay posibilidad de una foto. No hay pistas. Ningún cambio de parecer.

Ya lo descubrirás. Mucha suerte.

Siente el último mensaje como un gran peso sobre su pecho. Descúbrelo… o alguien más morirá.

Se anuncia la siguiente estación, Chambers Street, y Ben decide que no cruzará al siguiente vagón esta vez. Será menos arriesgado bajarse del tren y dirigirse hasta la siguiente puerta.

“No te bajes del tren”.

Ben intenta no pensarlo demasiado. El asesino no quiere que se dé a la fuga, eso es todo. Le importa poco si salta de un vagón a otro. Lo único que quiere es que siga jugando su juego.

Se endereza después de escudriñar por la ventanilla que está al frente del vagón. La puerta trasera se abre, y una mujer con el uniforme de la Autoridad Metropolitana de Transporte, la interventora de turno, entra en el vagón. Revisa con atención el picaporte de la puerta, y Ben se da cuenta de que olvidó cerrarla como corresponde. No echó el pestillo, y ahora se ha quedado abierta. Sabe que no es grave, pero no puede evitar pensar que tal vez haya una alarma

en la cabina del conductor que le haga saber cuándo una puerta está abierta y seguramente haya estado sonando todo este tiempo.

Sea como sea, esta mujer sabe que alguien pasó por ahí. Y como Ben está prácticamente pegado a la puerta en el otro extremo del vagón, eso lo hace ser el principal sospechoso.

Retroceder hacia la salida más cercana lo haría parecer culpable. Quedarse observándola acercarse sería aún peor. Lo único que puede hacer es volver a mirar por la ventana como si estuviese llegando tarde y quisiera que el tren fuera un poco más rápido.

"No pienses en ella. No la mires. Actúa como si no estuviera aquí".

Tratar de descifrar a quién se supone que debe detener antes de que descienda del tren es casi imposible, ya que el cristal de la puerta está sucio y no puede verse bien el interior del otro vagón, pero intenta hacer un inventario mental del espacio (ropa, bolsos, cortes de pelo) para poder llevar algún registro de los que desciendan en la siguiente parada y desestimar a los que suban.

Siente los pasos pesados de las botas de la interventora que se le acerca por detrás.

—Disculpe, señor.

Ben se endereza y se gira para mirarla a los ojos. Cuando lo hace, toda la tensión que sentía en las entrañas le sube a la garganta y debe taparse la boca con una mano para evitar vomitar.

—Señor, disculpe. Usted… —Comienza a hablar, pero luego lo mira a los ojos; entiende lo que está a punto de suceder y se aparta con gran habilidad para liberar el camino, justo antes de la arcada.

Ben logra retenerlo. La acidez le trepa por la garganta y alcanza su nariz antes de que él pueda controlarlo, y el esfuerzo lo deja prácticamente sin aire. Debe hacer algo, decir algo que haga que esta mujer se aleje, pero lo único que le surge es un eructo desde lo más profundo de su ser. Siente un sabor nauseabundo de ácido y descomposición, y al menos una persona desde el asiento más cercano se persigna al oír el ruido de su eructo cuando le sube a la boca.

—Creo que necesita tomar un poco de aire, señor —dice la interventora. No lo toca, pero se queda cerca y con un brazo estirado para marcar la distancia. La otra mano la lleva a su cinturón. Ben se pregunta si estará a punto de rociarlo con gas pimienta.

Piensa en el tipo que acaba de recibir un disparo en el andén. Ya se debe de

haber corrido la voz. Tal vez por eso ella esté aquí ahora. Tal vez lo de la puerta no tenga nada que ver con todo esto.

—¿Qué sucede? —pregunta de repente—. ¿Pasa algo?

—¿Qué…? —La pregunta la desconcierta, y Ben aprovecha la oportunidad.

—¿Por qué va tan lento el tren hoy? Debo… —Le cuesta respirar, y ya no puede ocultarlo—. No puedo estar aquí. No quiero estar aquí.

Algo en su expresión se suaviza, pero inmediatamente la mujer se recompone y recupera el gesto profesional.

—Señor, le recomiendo que se baje en la próxima estación. No importa adónde vaya. —Le coloca la mano en el hombro con la calma de quien ha tratado con muchos pasajeros—. Beba un poco de agua y tome aire fresco antes de seguir. Vea si puede coger un taxi, ¿está bien?

Ben asiente con la cabeza. No tiene intención de hacerle caso, pero mentir es más fácil que no decir nada.

—Lamento el retraso, pero necesito que salga de aquí. Gracias.

Ben se hace a un lado para dejarla pasar, y ella avanza como una tromba, abre la puerta y se dirige al siguiente vagón como si el espacio entre los dos vagones no fuera nada. Las náuseas se le intensifican de golpe; la corriente de aire del túnel se arremolina a su alrededor y le suda la frente, pero para cuando la puerta se cierra con un clic, la sensación ya ha desaparecido. Ben la observa a través de la ventanilla. La mujer se mueve rápido, incorporando a su paso el vaivén del suelo bajo sus pies.

El tren llega a la siguiente estación, el vagón vuelve a llenarse de luz y de ruido proveniente del andén, y la gente comienza a moverse y a prepararse para descender. Ben comete el error de mirar a los ojos a una mujer. Es anciana, sus muñecas parecieran estar a punto de romperse con el peso de sus propias manos, pero sus ojos brillan y le sostienen la mirada para demostrarle la profundidad de su desprecio con un solo y lento meneo de cabeza. En otra situación, eso le habría dolido, pero él tiene la sospecha de que, cuando uno tiene ochenta años, lo único que siente son distintos grados de desprecio por el mundo entero.

El esfuerzo inconsciente por calcular la edad de la mujer hace que Ben empiece a pensar. No sabe a quién está buscando en el vagón, pero quizá pueda acotar las opciones.

Cuando el tren se detiene, todos los que están por descender se enderezan, como si sintieran electricidad en el suelo. Ben se pone detrás de ellos, y las

puertas se abren. Todos salen al andén, empujados por el impaciente deslizar de sus pasos. Ben ya está fuera del tren. A pesar de seguir bajo tierra, siente como si el mundo entero acabara de abrirse a su alrededor.

"Podrías irte y ya", piensa. "Echa a correr y no mires atrás".

Nadie lo ha seguido. Nadie lo está esperando en el andén tampoco. La gente circula, y él no es más que un obstáculo en su camino, completamente anónimo, instantáneamente olvidado.

Una ola de mareos lo invade. Lo siente primero bajo sus talones y luego sube y se extiende por sus hombros hasta llegar a la nuca.

El cadáver en su teléfono. El cadáver en el andén.

La promesa de uno más. En el siguiente vagón. En el siguiente andén.

No es culpa suya. Ya lo sabe. Estaría alejándose de una situación peligrosa si se marchara ahora mismo. Podría ir directo a la policía y, con todo lo que ya tiene en su teléfono, podrían localizar al asesino.

Pero significaría dejar que alguien más muriera. Alguien a quien Ben cree poder encontrar.

La persona que le habla del otro lado del teléfono cree que es una tarea imposible. No quiere que Ben salve a nadie. Quiere que él falle y que la mujer muera, y que él la vea morir.

"La quemaría a ella también si pudiera".

Ben finge no haber escuchado sus propios pensamientos. Si puede encontrarla y puede evitar que descienda del tren, nadie puede asegurarle que eso vaya a detener al asesino. Pero tal vez le estropee el juego, y todo se desmorone antes de que alguien más salga herido.

No puede permitir que alguien más muera a causa de su pasado.

Debe intentarlo.

Los altavoces del andén anuncian la partida inminente del tren, y Ben se apresura a entrar en el siguiente vagón justo antes de que se cierren las puertas. No ofrece ninguna disculpa al hombre al que empuja para poder entrar. La siguiente víctima está aquí, y Ben tiene solo unos pocos minutos para encontrarla.

CAPÍTULO 8

Chambers Street-Franklin Street El tren está más lleno ahora que cuando Ben se subió la primera vez. Casi todos los asientos están ocupados, y hay tanta gente de pie que no puede ver el otro extremo del vagón. Ben trata de ser discreto, pero acaba de comenzar su búsqueda y ya ha atraído algunas miradas por intentar empujar a los demás para abrirse paso y ver mejor.

Así y todo, sabe por dónde comenzar.

Sabe que busca a una mujer. Eso reduce el número de potenciales víctimas a la mitad, o incluso a menos de la mitad si considera a ese grupo de tipos que ocupan dos tercios del vagón que se están gritando cosas y aullándoles a sus móviles. Aunque muy probablemente no se han puesto de acuerdo en la ropa que llevan, visten exactamente igual: las mismas sudaderas y los mismos gorros de punto; lo único que los diferencia es la variedad de tonos de azul grisáceo. Ben apostaría a que, si se quitaran los gorros al mismo tiempo, todos tendrían el mismo corte de pelo también. Uno de ellos, un poco más bajo que los demás, parece ser quien está al mando, y se asegura de que todos en el vagón sepan que él es el Jefe.

Ben tiene claro que es alguien a quien conviene evitar. Nada de hombres, y mucho menos un grupo de machitos alfa inseguros de Nueva York.

El tipo que murió en la estación de Cortlandt daba la impresión de estar a punto de jubilarse. No solo por la edad que aparentaba, sino también por la forma en que se movía. Como si pudiera ver la línea de llegada. Como si le importara poco y nada lo que pensaran los demás. Medio dormido, levantándose de su asiento con movimientos torpes, pesados, como si estuviera aturdido.

El muerto de la foto en el teléfono de Ben tampoco era joven. Era difícil

deducirlo con exactitud, teniendo en cuenta que la brutalidad de la escena captaba toda la atención, pero el desgaste de sus pantalones y de su chaqueta resultaba revelador. Tenía algo de otro tiempo, como si lo hubieran arrancado del pasado, de la época en que aún existían los viajantes de comercio. Un único traje, para que las muestras entraran en la maleta, cuya tela se iría afinando hasta volverse casi una telaraña con el paso de los años y los kilómetros; el efecto acumulado del polvo de los caminos, una paradoja: millones de diminutos arañazos puliéndola hasta darle un brillo elegante.

Ambas víctimas eran de avanzada edad. No viejos, pero sí de cierta edad, de esa en la que uno deja de correr tras la vida y comienza a desacelerar para disfrutar de lo que queda. Los dos llevaban ropa formal. Uno había muerto con el traje puesto. Y a pesar de que el hombre del tren no parecía gozar de buena salud, llevaba una camisa y un par de zapatos, aunque fuera por la fuerza de la costumbre.

Entonces… Una mujer mayor. No una turista. No necesariamente bien vestida, pero como si se hubiese ataviado para un propósito especial. Nada de pantalones de deporte ni una camiseta turística de Atlantic City ni una gorra de béisbol.

Y muy seguramente, viaja sola.

Ben comienza a pasearse por el vagón, fingiendo que busca asiento; siempre hay algún optimista que cree que va a encontrar alguno libre. Todos los que están de pie lo ignoran mientras él se abre paso, y los que van sentados o bien miran fijos al frente, deseando que desaparezca de una vez, o se quedan mirando su propio reflejo en la ventanilla hasta que él pasa.

Pero no tiene suerte. Hay muchas mujeres bien vestidas. Chaquetas elegantes, faldas de tubo, tacones y bolsos extremadamente caros, pero todas ellas son demasiado jóvenes para encajar en el grupo de edad que busca. Un puñado de mujeres mayores, que lo observan desde lejos, se aferran a sus bolsos con ambas manos como si fuera eso lo único que las mantiene ancladas a su asiento. Luego, están esas mujeres que cabrían dentro del rango de edad, pero cuyo porte y cuya vestimenta hablan de un estilo muy del Medio Oeste, y a Ben le da la sensación de que nadie en su sano juicio intentaría asesinarlas. No es que la sal, los opioides y el jarabe de maíz no estén haciendo ya su trabajo; y además, muy probablemente interrumpirían cualquier intento de asesinato a mitad de camino para tomar una foto y tener algo que mostrar de regreso a casa.

—Ey, bro.

Ben levanta la cabeza de golpe y se da cuenta de que está a la sombra del señor Gorro de Punto y de su séquito, quienes, hasta ese instante, habían estado apiñados y aislados del resto de los pasajeros. Ahora se han esparcido un poco hasta formar una especie de semicírculo, con su portavoz en el centro y con Ben como punto focal.

—Me has estropeado el vídeo.

—Solo busco un asiento.

Le sonríe con sorna y, mientras sus amigos no le quitan los ojos de encima a Ben, Gorro de Punto monta todo un espectáculo al volverse para mirar al resto del vagón. Ben sigue su mirada, ignorando las de los otros tipos, hasta que alcanza a vislumbrar un pelo rubio ceniza que le acelera el pulso.

El Jefe del grupo vuelve a hablar sin dejar de sonreír.

—No quedan asientos. Ahora vete.

—Yo solo quiero pasar y… —Ben intenta atravesar el grupo para seguir avanzando, pero termina cometiendo un gran error. El tipo a su izquierda lo golpea con el hombro y lo devuelve a su sitio, y el resto lo rodea, lo acorrala. Crece el pánico dentro de Ben a medida que se va cerrando el círculo a su alrededor, y es consciente de que ellos también lo notan.

—¿Qué acabas de ver, bro? —le pregunta uno. Luego, se dirige a Gorro de Punto, con respeto—. Ha visto algo. —Le da un manotazo a Ben, queriendo lucirse ante los otros. El cuerpo de Ben se pone tieso del miedo. Quiere salir corriendo, pero no tiene a dónde ir—. ¿Qué has visto?

La misma mano lo coge del codo.

—¡Un asiento! —grita Ben, con la voz más aguda por el miedo.

—¿Me estás llamando mentiroso? —Gorro de Punto se le acerca, balanceando los hombros como un luchador antes de darle al saco pesado de boxeo—. ¿Tú sabes quién diablos soy yo?

—No —es todo lo que Ben atina a decir. Quieren que desista, pero él no puede hacerlo ahora. No cuando está tan cerca de descubrir a la persona que ha venido a buscar—. No tengo idea de quién crees tú que eres.

Está paralizado de miedo, con un peso tan grande encima que no le queda más que rendirse a lo inevitable. Uno o varios de ellos tomarán el impulso y le pegarán un puñetazo, solo por el puro placer de hacerlo, y no hay absolutamente nada que él pueda hacer para impedirlo.

“Reviéntale los huevos de una patada, cobarde”.

Esa voz otra vez. El estrés y el miedo le hacen sentir que alguien podría haberlo dicho en voz alta. Sin embargo, ninguno de los tipos a su alrededor reacciona. El que le había dado un manotazo ahora hace un gesto con la cabeza a los otros.

—Mirad esto.

Lo señala, y Ben ve su mano más de cerca. El tipo se ha afeitado los nudillos y el dorso de la mano, y la marca de donde dejó de afeitarse asoma bajo el puño de la camisa, una franja nítida de vello negro y áspero contrastando con la piel pálida que hay debajo. Y un tatuaje casero, ya desgastado, deja ver parte de un nombre escrito en el canto de la mano, algo que termina en "anne".

—Sí, puedo verlo —dice otro.

—Esto parece un puto vídeo de Worldstar.

—Eso es de la vieja escuela.

No todos se giran para mirar, pero el estremecimiento que sigue recorre al grupo entero.

—Vamos, bro —dice otro, cogiendo a Ben por el hombro, empujándolo y colocándolo delante del grupo—. Te conseguiremos un asiento.

Se turnan para empujarlo entre el resto de los pasajeros, quienes se han interesado repentinamente en las paredes oscuras del túnel. El grupo se emociona más y más con cada paso. Uno de ellos les pide esperar un momento porque quiere sacar su teléfono. Mientras tanto, llevan a Ben cada vez más cerca de la mujer que él había visto. No hay manera de que sepan que la busca o por qué está allí, pero de repente todos dejan de avanzar y se detienen junto a ella.

Es como Ben la había imaginado, aunque más vieja, tanto que ya ha dejado de importarle qué tipo de ropa debe vestir y se pone solo lo que quiere: una falda larga y de color oscuro, bordada con flores, y una blusa simple, pero con joyas en el cuello y las muñecas que le dan un toque elegante.

Le mira a los ojos brevemente, casi un parpadeo, antes de colocarse sobre la falda su enorme bolsa de lona azul oscuro que no encaja con el resto de su aspecto. Clava la mirada en un punto fijo.

Las manos que mantienen a Ben inmovilizado lo hacen girar, sin delicadeza alguna, y él reprime las ganas de gritar cuando lo ponen cara a cara con el pasajero del otro lado del pasillo.

El hombre está como atornillado al asiento. Debe tener alrededor de treinta y cinco años, pero la barba espesa y descuidada lo hace parecer mucho mayor.

Lleva un pantalón de *jogging* y un abrigo militar, y es posible que esas sean las únicas prendas que tiene en su haber. Tal vez sea la única persona en todo el tren que alza la vista para mirar al grupo, pero no los mira a los ojos. Tiene los ojos muy abiertos, amarillentos e inyectados en sangre, y mira de un lado a otro a gran velocidad, sin llegar a detenerse en ningún rostro. Es como si no los viera realmente como personas, sino más bien como una sombra enorme y amenazante.

—Este de aquí quiere tu asiento. —El tipo que aún sujeta a Ben por el brazo lo zarandea tanto que le hace daño en el hombro—. Cincuenta dólares si os peleáis para ver quién se queda con él.

Los alaridos de los demás ahogan la respuesta del sintecho, pero no necesitan oírla para captar lo que ha dicho.

Niega con la cabeza. Algo en la forma de su cuello le da un aire de muñeco con la cabeza bamboleante, y el hombre gira el cuerpo para apartarse de ellos. No quiere tener nada que ver con eso.

La mano en el brazo de Ben ahora lo aprieta más fuerte, como conteniendo las ganas de convertirse en un puñetazo, pero el arranque de rabia es interrumpido por Gorro de Punto.

—Ey, ey, ¿qué acabo de decir? Si quieres que algo pase, debes incentivar a la gente. —Hace un gesto rápido, ensayado, y muestra un billete de cien dólares nuevo y doblado por la mitad. Lo sujeta entre el pulgar y el dedo índice, frente al rostro de Ben—. Cien, en efectivo. Por adelantado.

Sea lo que sea que le suceda, el sintecho no está tan loco como para ignorar el dinero que tiene frente a sus narices. Gira la cabeza despacio; primero fija la vista en el billete y luego en Ben. La barba se le estremece, la garganta le salta mientras mueve la boca, intentando hablar.

—Lo haré.

CAPÍTULO 9

Chambers Street-Franklin Street El ruido de los tipos que vitorean a su nuevo gladiador, instándolo a que se ponga de pie y empiece la pelea, le llega lejano y amortiguado. Ese ruido queda sepultado por algo mucho más poderoso: el miedo. Es como un yugo colgando de su cuello; la presión y el peso lo estrangulan, siente un zumbido constante, casi no es consciente del sintecho que tiene delante, de los tipos que esperan a que empiece su espectáculo, de la mujer cuya vida se suponía que debía estar salvando. No es claustrofobia. Eso Ben siempre supo manejarlo: podía percibir la forma y el tamaño del miedo y luego tomar una decisión sobre cómo afrontarlo. Este miedo es distinto. Es como si hubiese un pozo dentro de él que estaba olvidado y de repente la tapa se desliza y ahora él se ahoga en todo lo que está contenido en su interior. Está más allá del pánico, en un lugar en el que simplemente deja de existir.

"Apunta a sus ojos. Su boca. ¿Cuántos de esos dientes podridos irán a saltar junto con su lengua?".

La voz tiene textura propia, como una prensa cerrándose sobre el miedo, corriendo por brazos y piernas como si, con solo escucharla, pudiera ofrecerle algo mejor que el miedo.

Le ofrece claridad.

Ben intenta alejarse de ese pensamiento, del impulso salvaje que quiere tomar el control, y siente las piernas de pronto demasiado débiles. El mundo se desequilibra a su alrededor, y Ben casi no es consciente de que acaban de soltarle el brazo.

—¿Qué diablos te pasa, bro? ¿Le está dando un ataque?

La multitud a su alrededor empieza a ceder, a despegarse de él, a medida que el hambre del grupo por generar caos y violencia se disuelve ante lo que sea que le esté ocurriendo a él. Van a dejarlo caer al suelo, volver a su sitio y fingir que nada de esto tiene que ver con ellos. Dominado por el terror, a Ben eso no le ofrece ningún consuelo.

Alguien se acerca, y él puede sentir cómo le toca las mejillas y la frente. Puede percibir la tensión de los tendones y el roce duro de un nudillo de la persona que está comprobando si tiene fiebre.

"Podrías romper esa mano si quisieras".

Ben tiene una arcada, y la mano se retira de inmediato.

—Sentadlo aquí —dice la voz de una mujer, enérgica y autoritaria—. No, no lo dejéis caer. Sentadlo. ¡Sentadlo!

Las mismas manos que lo han forzado hasta este punto ahora lo sujetan de mala gana y maniobran con él hasta dejarlo casi sentado, para luego soltarlo en un asiento que acaba de quedar libre.

—Ahora marchaos, por favor.

—Mire, señora, no fue nuestra intención…

—No me importa. Marchaos.

Ben se da cuenta de que está sentado en el asiento que había ocupado la mujer, y ella está inclinada hacia él, esperando que vuelva en sí.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta ella—. ¿Estás bien?

Ben mueve la boca, busca las palabras, pero se limita a decir que sí con la cabeza. No está muy seguro, para ser honesto, pero una pregunta siempre requiere de una respuesta, y aunque no sabe muy bien qué ha sucedido, al menos nadie le ha pegado. Responder con un sí parece lo más apropiado.

—¿Ha sido una convulsión? ¿Te sucede a menudo? ¿Hay alguna medicina que debas tomar?

Ben niega con la cabeza.

—No. —Piensa unos segundos antes de encontrar las palabras—. No tomo medicación. —No cree que haya sido una convulsión, pero tampoco sabe cómo es sufrir una. Tiene la vaga sensación de haber experimentado que su

cuerpo se agitaba, pero no puede haber durado mucho tiempo. Sintió como si hubiese estado fuera de sí mismo, separado de su cuerpo, pero también presente en todo momento—. No tengo convulsiones.

Ella ladea la cabeza, como sopesando lo que él le dice para decidir si es verdad o no.

—Bueno, tal vez deberías hablarlo con tu médico. No tienes fiebre, pero estás temblando como si acabaras de correr una maratón. —La mujer chasquea la lengua—. ¿Tienes ganas de vomitar?

Desde luego, Ben tiene muchas ganas de vomitar, pero no quiere decírselo.

—Estoy bien —responde, y ella se da cuenta de la mentira.

—Si te entran ganas, avísame, por favor. No quiero que vomites mis zapatos.

Se activan los altavoces, y la voz del conductor resuena en el tren para avisar que están próximos a la siguiente parada, pero que van a detenerse por un instante a causa de un semáforo en rojo. A Ben le resulta extraño cómo el sonido puede parecer tan pequeño y distorsionado y, al mismo tiempo, llenar el espacio por completo cuando todos están esperando silencio, enderezándose de repente mientras se esfuerzan por captar las palabras.

Cuando los altavoces se silencian, el rostro de la mujer se vuelve súbitamente nítido. Ben ha ido hasta allí por una razón.

—Escucha —le dice la mujer—. Esta es mi parada. Tendré que dejarte aquí. ¿Crees que estarás bien?

—¿Esta es su parada?

Es como si de pronto se despejaran todas las dudas. Ella es a quien ha señalado el asesino. Tiene que ser ella.

—Sí. Si necesitas un poco de aire —mira hacia el grupo que lo acosó—, quizá tú también deberías bajarte aquí.

Ben había estado esperando que se le ocurriera algo ingenioso para impedir que la mujer se bajara del tren. Pero ya no le surge nada y se le ha acabado el tiempo.

—No se baje —dice.

La expresión de ella delata sorpresa y confusión, que luego se transforman en compasión.

—Mira: sé que te has llevado un gran susto y me alegra haber podido ayudarte, pero no soy la buena samaritana.

—No, no es eso —continúa Ben, y tantea en busca de su móvil mientras

habla—. Alguien me envió un mensaje con una amenaza, y creo que iba dirigido a usted.

La mujer no se inmuta, pero él puede sentir cómo se tensa.

—¿Qué?

—Recibí un mensaje. —Ben quiere mirar el móvil, pero nota que ella se aparta de él. Si no puede mantener el contacto visual, está seguro de que ella se echará a correr—. Decían que iban a… que iban a hacerle daño a alguien en mi vagón si yo no lograba impedir que se bajara del tren. Pensé que era algún tipo de broma… —Ben toma aire y, en su cabeza, ve caer al hombre, la gente arremolinada a su alrededor, alguien corriendo a pedir ayuda—. No le estoy mintiendo. —Ben mira fijamente a la mujer y no ve más que duda en su expresión—. Por favor…

Su rostro se endurece.

—¿Qué clase de broma es esta?

Señala con la cabeza al muchacho de la gorra y a sus amigos.

—¿Tus amigos están grabando esto?

—No es… —dice Ben—. No es lo… No dijeron quién, pero yo até cabos, advertí el patrón, deduje quién podía estar en peligro. Estaba avanzando por el vagón cuando esos tipos…

—¿Qué quieres decir con un "patrón"?

Algo cambió en el rostro de la mujer mientras Ben hablaba, y él no lo vio.

—¿Qué?

—Has dicho que hicieron daño a alguien. Una sola persona no hace a un patrón.

Ella es muy perspicaz. Ben no tiene margen para pensar en una salida.

—No fue el primero —agrega Ben.

—Enséñame el móvil —dice ella, cambiando la posición del bolso para alargar la mano y recibirlo.

Ben desbloquea el teléfono, abre el hilo de mensajes y se lo entrega sin decir palabra. Mientras ella se desplaza hacia atrás por los textos, el tren llega a la estación. Ella abre mucho los ojos, está en *shock*. Ben no necesita ver la pantalla para saber que ha encontrado la foto del hombre muerto.

Está sorprendido: no hay manera de que alguien vea esa foto y no sienta que el suelo se hunde bajo sus pies. Sin embargo, hay algo más en la reacción de la mujer. No aparta la vista de la imagen. Por el contrario, se acerca aún más.

—Conozco a este hombre —balbucea, y Ben casi no puede oírla.

—¿Sabe quién es?

Ahora ella mira a Ben espantada mientras le devuelve el móvil. Cuando sus miradas se cruzan, se echa atrás de repente, tanto que él casi no llega a recuperar el teléfono.

—Sé quién eres.

El tren frena, obligándola a sujetarse del respaldo de uno de los asientos para mantener el equilibrio, y Ben nota que se aferra con fuerza para evitar tocarlo a él.

—No puedo creer no haberme dado cuenta antes.

—Por favor, no se baje del tren.

Ben comienza a levantarse del asiento, pero ese solo movimiento impulsa a la mujer a querer huir.

—¡No te atrevas a tocarme! —grita, alzando la voz para que todo el tren la oiga—. ¡Que ni se te ocurra!

El grupo de hombres que, hasta ese momento, permanecía en su círculo protector, avanza en tromba como respuesta a su grito. Ella agarra al más cercano del brazo.

—No dejéis que me siga —dice lo bastante alto para que Ben también la oiga.

Todo el mundo se da la vuelta cuando ella pasa a su lado. Las personas que esperan en el andén para subir al tren perciben la violencia tras la puerta y se detienen, aunque no llegan a asustarse lo suficiente como para dispersarse.

Ben se pone en pie.

—¡Se lo ruego!

Todavía podría cambiar de opinión. Aún hay tiempo para detenerla.

Pero una mano lo sujeta cuando intenta avanzar. No es ninguno de los tipos del grupo dispuesto a molerlo a golpes, sino la interventora del metro, que ha llegado por detrás y ahora, con una fuerza sorprendente, retuerce su chaqueta con la mano y lo eleva hasta dejarlo de puntillas.

—Lo sabía —dice ella—. Debería haberte rociado con gas pimienta en cuanto te vi.

Ben entra en pánico e intenta zafarse. La mujer está a punto de poner un pie en el andén, pero quizá él todavía pueda hacer que no se baje.

Gorro de Punto no intenta detener a Ben ni ayudar a la interventora a retenerlo. Espera a que Ben se suelte y le propina un tremendo puñetazo, un

derechazo directo con tanta fuerza que parece que la nariz de Ben se le incrusta en el cráneo.

No hay dolor. No al principio. Hay una lucidez extraña y aguda cuando los ojos de Ben se posan en la mano del tipo que se aferra a su camisa; gotas de sangre caen sobre las fibras repelentes al agua de la tela e intentan embeberse en ella.

—Ya basta —dice la interventora. Y luego le habla a Ben—. Tú, camina. A la parte trasera del tren. Ahora.

Ben parpadea; intenta hablar, pero casi no puede respirar. Las fosas nasales se le están hinchando, y lo obligan a jadear como un pez recién sacado del agua.

—Ya has oído lo que ha dicho, imbécil. —La voz de Gorro de Punto suena áspera, como si no pudiera ocultar la excitación—. Ni se te ocurra intentarlo.

No habla para Ben, sino para asegurarse de que todos los demás sepan que él está allí para hacer lo que está haciendo. Que está justificado.

Un zumbido es la señal de que el tren está listo para partir, y Ben casi no levanta la cabeza para ver cómo se cierran las puertas. Nadie ha subido al vagón. El enfrentamiento los ha ahuyentado como pájaros. La mujer ya no está allí.

La interventora lo empuja hacia la parte trasera del tren.

CAPÍTULO 10

Franklin Street Aunque antes nadie había mostrado interés en mirar a Ben cuando pasó de un vagón a otro, estar siendo escoltado hasta la parte trasera del tren por la mismísima interventora lo ha convertido ahora en la atracción principal. Ser atrapado es fracasar de la peor manera, y casi todas las personas encuentran un placer particular al ver a alguien romper las reglas y recibir el castigo que se merece. Un hombre intenta aplaudir sarcásticamente, pero incluso el morbo colectivo tiene un límite.

La presión de haber recibido tanta atención casi no le afecta. Ben tiene la cara hinchada por el golpe, y cada paso que da le repercute dolorosamente en la nariz. Percibe sangre y siente como si el hueso se hubiera desplazado medio centímetro hacia un lado de la cara.

La mujer se ha bajado del tren.

Ben la había encontrado simplemente porque estaba ahí, y aun después de todo eso, había fracasado.

"Sé quién eres".

Eso fue lo que ella le dijo. Por eso salió corriendo. Ella sabía quién era él. Sabía de dónde venía.

No existen las coincidencias. No para alguien como Ben. Quienquiera que esté detrás de todo esto se aseguró de que la mujer y Ben estuvieran en el mismo tren. Se aseguró de que ella lo viera y de que ese hecho la impulsara a correr directa hacia el destino que habían planeado para ella.

Ben ve ahora el hilo que los une: la persona al teléfono, la mujer a la que

terminó asustando, el hombre al que no detuvo. Es como si pudiera tocarlo, y si pudiera detenerse y pensar un minuto, seguramente, podría descifrarlo.

"¿Quién crees que hizo que te despidieran?".

Ben no puede pensar ahora. Esa mujer está a punto de morir. Aún no se ha visto ningún alboroto, ninguna alarma desde fuera del tren, pero eso no significa que no vaya a ocurrir. No puede dejar de temblar, y las piernas le pesan como si fueran a doblársele al saber lo que se avecina.

—Sigue andando —dice la interventora.

Lo arrincona al fondo del vagón, y Ben se aparta sobresaltado cuando la interventora lo empuja sin querer para abrirse paso hasta la puerta de la cabina trasera. Manipula la cerradura y lo hace entrar. Cierra la puerta detrás de los dos.

La cabina es estrecha, y la mayor parte de la pared está ocupada por interruptores y paneles que parecen innecesarios, pero que probablemente sean importantes, tanto que Ben no se atreve a mirarlos demasiado por temor a activarlos tan solo con la mirada. Aun así, le resulta mucho más grande y moderna de lo que imaginaba. Donde habría esperado ver diales y medidores en el panel debajo de la ventana trasera, hay una pantalla LCD. Hasta el asiento tiene un aspecto bastante cómodo y, aunque el soporte giratorio al que va montado está atornillado al suelo para mantenerlo en su sitio frente a los controles, hay botones electrónicos para cambiar el ángulo y la altura del respaldo y de los apoyabrazos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta la interventora.

—Ben.

Sorprendentemente, le cuesta pronunciar esa palabra.

—Muy bien, Ben. Me llamo Sarah y, por desgracia, es mi deber ocuparme de lo que sea que haya sido esa situación de la que fuiste protagonista. —Espera que él la mire antes de continuar—. Ahora bien, ¿vas a causarme más problemas?

Ben quiere decirle que él es el menor de sus problemas, pero sabe que no le irá muy bien si lo hace. Ella no quiere una explicación. Quiere obediencia.

—No, señora.

—"¿Señora?". —Pone los ojos en blanco—. Corta el rollo.

—Lo siento.

Sarah se desengancha la radio que lleva en la chaqueta y habla.

—Estoy en la parte trasera del tren —se lo comunica a quien esté del otro

lado—. Lo tengo.

Una vocecilla responde deprisa. El tipo del otro lado de la línea ya había empezado a hablar antes de comenzar a transmitir.

—… tampoco es que hayas dado con Lee Harvey Oswald.

La mujer dirige las primeras palabras al techo antes de responder de verdad por la radio.

—¡Claro, idiota! Estaba apostado en mitad del tren con un rifle y un plano del metro muy usado… Mira, dijiste que la Central quería que detuviera a este tipo, y eso es lo que he hecho. Ahora bien, ¿vendrá alguien a recogerlo o no?

—Ya vamos con retraso —dice el conductor.

—Esa no es una respuesta.

—Sugiero que les digamos que nos esperen en la siguiente estación.

Sarah suelta un suspiro exasperado. Luego, vuelve a la radio.

—¿Eso es lo que te ha dicho la Central?

—No, pero vamos con retraso.

—Si dijeron que esperáramos, entonces, deberíamos esperar. —Mantiene el botón pulsado un segundo más para dejar la línea abierta—. No pueden descontarnos nada del sueldo si ha sido una orden explícita.

—Claro que pueden. —La voz del conductor sube de volumen—. Tienes un minuto, y luego me largo.

Ella mueve la mano como si fuera a responder, pero lo piensa mejor.

—Apuesto a que le dices eso mismo a tu mujer, cabrón —le responde ella a nadie. Luego, se dirige a Ben—. Muy bien, ¿cuál es la historia? ¿Qué diablos está pasando aquí?

"Tiene gas pimienta en el cinturón. Cógelo y úsalo".

Ben se tensa ante la idea y procura no mirar directamente el cinturón de la interventora. Debe decirle lo que ocurre. La mujer que se bajó podría seguir viva. Es posible que alguien en la estación la vea y pueda salvarle la vida. No hay otra jugada que no sea la verdad.

—Alguien me ha estado enviando mensajes al móvil —confiesa finalmente —. Me pide que encuentre a ciertas personas o, de lo contrario, las matará. — Ben desea que ella reaccione de algún modo, pero ella solo lo mira y se queda esperando el final del chiste—. Pensé que era una broma, una travesura o algo así, pero luego el primer tipo se bajó y parecía que…

—¿Dices que alguien te ordenó que impidieras que ese tipo se bajara del tren?

—Sí.

—¿Y tú no le dijiste ni una palabra?

Ben la mira fijamente.

—Pensé que era una broma.

—Ni siquiera intentaste comentarle lo que había sucedido.

Ben se señala la cara.

—Ya ha visto lo que pasó cuando lo intenté.

Sarah abre la boca para hablar, pero Ben puede ver cómo su cerebro va atando cabos.

—Entonces… ¿tú estabas intentando impedir que esa mujer se bajara del tren?

—Sí.

—¿Te dijeron que a ella también le iban a disparar?

—Dijeron que moriría —explica Ben.

Su móvil vibra, tres veces seguidas. Furioso, insistente. Ben no quiere saber qué dicen los mensajes.

La voz del conductor entra por la radio de la interventora.

—Se acabó el tiempo.

—Espera —dice la mujer, y luego se dirige a Ben—. Enséñame lo que te enviaron.

Mientras ella lidia con la indignación del conductor por haber sido desautorizado, Ben forcejea para sacar el móvil del bolsillo, que casi se le escurre entre las manos sudorosas, y desbloquea la pantalla.

Haz que vuelva a subirse al tren, Adam.

¿Estás ahí?

Haz que vuelva a subirse al tren para que ella pueda contarle a todo el mundo quién eres en verdad.

—… dice que está implicado en todo esto y que hay algo que necesito comprobar —le informa la interventora al conductor. Alarga la mano hacia Ben—. Dame tu teléfono.

El mismo vértigo que sintió cuando una mano se posó sobre su hombro vuelve a golpearlo mientras una década y media de terror lo alcanza de pronto. “Haz que vuelva a subirse al tren, Adam”. Solo hay una persona que lo llamaría

así, pero ya no está. Se fue hace mucho. No hay manera de que esté aquí. Ben mira la palma extendida de la mujer y sabe que no puede permitir que ese nombre vuelva a salir al mundo.

—No puedo —responde.

—No tenemos tiempo para esto —dice ella—. Te prometo que no miraré nada más. Solo quiero confirmar…

Se siente una sacudida brusca cuando el motor del tren empieza a tirar, retenido aún por los frenos. Sarah deja de hablar con Ben y vuelve al radio.

—¿Puedes esperar un puto minuto más?

—¿Qué cojones me has dicho? —le grita el conductor.

Los frenos se liberan, y el tren arranca con un zarandeo; la rabia del conductor se traduce en una aceleración violenta que lanza a Ben contra la mujer y a ambos contra la consola. Ella se apodera del móvil de Ben cuando chocan y, al recuperar el equilibrio, lo empuja, enganchándole el talón con la bota para que resbale y caiga con fuerza contra la puerta. Mientras el tren gana velocidad a lo largo del andén, ella se endereza y examina el teléfono; la luz de la pantalla le tiñe la cara de un tono azulado.

—En este mensaje te llaman Adam. ¿No dijiste que tu nombre era Ben?

Ben no dice nada. No hay nada que decir. La mujer que se bajó del tren va a morir y eso es culpa suya. No pudo detenerla.

La interventora mueve el pulgar, desplazándose hacia atrás por los mensajes.

—¡Mierda! —exclama.

Antes de que el andén desaparezca por completo, hay un destello de luz y un estallido seco, como un rayo que cae al final del andén. El impacto hace que la cabina se zarandee, y cuando se activa el freno de emergencia, Ben se desliza, su cuerpo barre sin querer las piernas de la interventora y cae al suelo. Las luces parpadean y se apagan, y Ben se asombra del silencio que sigue a todo eso hasta que se da cuenta de que no es silencio en realidad: el estallido lo ha dejado sordo. Oye golpes amortiguados y silbidos que pueden ser reales o no. Se presiona con un dedo el oído, en un intento por recuperar la audición, mientras las luces vuelven poco a poco. La interventora yace boca abajo sobre él, el vientre apoyado en sus caderas; y cuando Ben apoya la mano en el suelo para tratar de salir de debajo de ella, nota diminutos fragmentos de cristal, cristal de seguridad, porque todos tienen forma de pequeños cubos, desperdigados por todos lados.

Ben aparta tantos fragmentos de vidrio como puede y libera las piernas para

ponerse de pie. Al incorporarse, ve el alcance de los daños.

El andén que acaban de dejar atrás casi no está a la vista. Ben habría jurado que aún estaban en él cuando se produjo el estallido, pero debieron avanzar cierta distancia antes de que se accionara el freno de emergencia y todavía un poco más hasta que el tren se detuvo por completo. Ve las luces del andén reflejadas en las paredes del túnel; un resplandor difuso y amarillento que parece parpadear, como si la propia luz estuviera presa del pánico.

El cristal de las ventanas traseras se ha hecho añicos, con grietas que imitan cientos de telarañas que se chocan entre sí formando un patrón caótico que llena toda la superficie de las ventanas. Es un milagro que el cristal no se haya caído del todo aún, y al mirar más de cerca, Ben ve que cada telaraña tiene un orificio en el centro perfectamente redondo; ninguno supera el tamaño de la yema de un dedo.

Cuando se gira, distingue una constelación de manchas oscuras que salpican la pared trasera de la cabina. Al observarlas de cerca, las ve bien. Son clavos.

La interventora no se ha movido ni una sola vez desde que él salió de debajo de ella.

"Joder".

Aunque lo diga en voz alta, no puede oírse. Ben la coge del brazo y la gira. No hay espacio suficiente como para tumbarla en el suelo de la cabina, no con la silla del conductor en el medio, así que se coloca detrás, pasa una mano por debajo de cada axila y la levanta hasta lograr que quede sentada.

Ella no reacciona al movimiento. No se estremece ante su contacto. Ben se inclina frente a ella, acerca un dedo a su nariz y respira aliviado al notar el leve desplazamiento de aire que indica que sigue viva.

—Sarah…

Ben dice su nombre y busca cualquier gesto de reconocimiento. Tiene los ojos abiertos, uno más que el otro, con el párpado izquierdo caído, pero con la mirada fija en algún punto muy lejano, más allá de las paredes de la cabina.

—Sarah… Soy Ben. ¿Puedes hablar?

Ben espera un poco más. Percibe un cambio en la mujer, ve que lentamente reúne fuerzas, como si las pocas reservas que le quedan estuvieran siendo arrastradas desde algún pozo profundo en su interior.

—Ba… ba. Ba… —Cuando los labios de Sarah se mueven, cae un hilo de sangre de su nariz y salpica su uniforme—. Ba.

Emite una especie de siseo, una exhalación breve y forzada, y luego guarda

silencio.

Ben observa las gotas de sangre que descienden por la tela de la chaqueta, que seguro que ha sido tratada como su camisa, con el mismo químico repelente al agua. Un gran argumento de venta si solo tienes una y no puedes permitirte lavarla. La sangre no se absorbe, y cada gota se transforma en una pequeña esfera al caer, que se precipita buscando una superficie más nivelada.

Ben vuelve a ponerse de pie; le duelen las rodillas. Inclina un poco la cabeza, intentando igualar la altura de la interventora para descifrar qué era lo que estaba mirando. Cuando mira por la ventana, ve que los orificios que dejaron los clavos coinciden con el lugar donde había estado la cabeza de Sarah.

Aunque no vio nada la primera vez que la examinó, vuelve a intentarlo. Agita el móvil para activar la linterna; el foco azul blanquecino ahuyenta la sombra que él mismo proyecta sobre ella cuando se inclina. Mueve la luz de un lado a otro por la cara y la cabeza de la mujer, hacia arriba, buscando cualquier indicio de herida.

Cerca de la línea del pelo, hay un diminuto círculo metálico que parece estar pegado a la piel. Es la cabeza de un clavo, casi completamente al ras de la frente. El resto está enterrado dentro de la cabeza de Sarah.

"Con razón no dice nada".

Se pregunta qué tan profundo se habrá clavado. Cinco centímetros, quizá. Incluso el doble. Lo suficiente como para dejarla en estado vegetal, eso seguro.

Sarah se estremece mientras él piensa todo esto y, aunque no es capaz de emitir un sonido coherente, Ben puede sentir su angustia. Apaga la linterna para que no le apunte directamente a los ojos. Su piel tiene un aspecto ceroso, y Ben no sabe si su condición ha empeorado o si haber descubierto el clavo en su cabeza lo ha vuelto más consciente de lo que sucede en verdad. Se siente perdido al verla, como si no hubiera absolutamente nada que pudiera hacer para salvarla. Hay un botiquín de primeros auxilios en la cabina, con dibujitos útiles de vendas que envuelven brazos sin sangre y un ojo entusiasta que acepta un chorro de suero estéril, pero no cree que dentro haya una guía ilustrada para sacar clavos incrustados en el cerebro.

"Déjala. La puerta está justo aquí".

La voz en su cabeza tiene razón. Podría abrir la puerta y bajarse del tren ahora mismo, y quizá la confusión del estallido bastaría para cubrir su huida.

"No te bajes del tren". Esa fue la orden.

Si se baja ahora, morirá más gente, comenzando por la mujer que está justo

frente a él.

Ben estira la mano para poder usar la radio de Sarah. No quiere usarla. Lo que menos quiere ahora es arrastrar a más personas en todo esto. Arriesgarse a que más gente oiga el nombre de Adam. Pero se ha quedado sin opciones.

Ben necesita pedir ayuda.

CAPÍTULO 11

Franklin Street

Kelly está en el taxi cuando estalla la bomba. No oye ni siente la explosión, pero sabe que algo malo acaba de suceder. Las personas en la acera son un claro reflejo de ello. Sienten el temblor en las plantas de los pies, y todos, sin excepción, se detienen al mismo tiempo para dirigir la mirada al sur, como si estuvieran reviviendo el peor día de su vida. El taxista también lo siente. Clava el pie en el freno, y el coche que venía detrás casi lo embiste, pero Kelly sabe que no vale la pena quejarse o mostrar su placa de policía para resolver nada. Le pasa el dinero por la rejilla al conductor y él ni se molesta en mirar si el importe es el correcto.

Rogers se ha quedado en la estación anterior para encargarse de las consecuencias del tiroteo. Los oficiales de la zona tardaron tanto tiempo en colocar el cordón policial que lo único que lograron fue mantener a los curiosos alejados para que no grabaran el cuerpo. Hay procedimientos para todo, y como la Autoridad Metropolitana de Transporte también tiene los suyos, Kelly sabe que los procedimientos de ambos podrían entorpecerse mutuamente, y el tirador podría aprovechar la oportunidad para escapar. Si ella logra alcanzar el tren, o incluso adelantársele, podría eliminar ese punto ciego y cerrarle esa vía de escape. Capturarlo probablemente sea imposible, porque parece ser un hecho aleatorio, pero a veces la sola presencia de la policía basta para evitar que vuelva a suceder.

Nadie se preocupa por eso ahora. Los patrulleros llegan a la estación más rápido de lo que Kelly puede hacerlo a pie: aparecen desde todos los ángulos, con las sirenas encendidas, y el obstinado tráfico neoyorquino se disuelve para dejarles paso.

Hay gente que sale corriendo de la boca del metro, pero no con la calma que había visto en Cortlandt, donde un hombre desangrándose no era lo suficientemente relevante como para entrar en pánico. Esta es una estampida

caótica. Una explosión en los confines de un túnel es un problema que afecta a todos.

Kelly siente una punzada de desesperación en el estómago. Si bien hizo todo lo posible para adelantársele al tren, no había manera de que ella sola pudiera detener nada, pero igualmente siente que ha fallado. Acelera el paso y le enseña la placa al oficial uniformado que intenta interponerse en su camino para evitar que entre en la estación. Cuando llega hasta la oleada de gente que trata de escapar para todos lados, un hombre de traje se tropieza y la golpea. Sostiene su teléfono en alto, como mostrando su indignación por no poder conectarse o usarlo. Por la sangre que le sale del oído y le recorre la mejilla, Kelly comprende que el problema no es la falta de señal en su móvil.

No tiene idea de lo que le espera en el andén. Se arrepiente de no haberse traído una de las radios de Rogers. Habría sido el procedimiento adecuado. Para eso servían las radios, no para perder el tiempo persiguiendo a alguien, sino para cerrarle el paso con anticipación. Pero el instinto le había ganado al sentido común, y Kelly ya estaba en el taxi cuando se dio cuenta de eso.

De todas formas, son los policías uniformados los que están haciendo ahora el trabajo pesado. Evacúan la estación y dejan paso para los heridos que no pueden salir por su propio pie. Dentro, la cantidad de personas ensangrentadas aumenta significativamente. Algunos intentan salir andando, pero están demasiado aturdidos como para hacerlo solos, sin ayuda. Otros ya han desistido y se han quedado sentados en el suelo, presionando sobre las heridas con sus propias manos, alguna prenda o pañuelo, a la espera de ayuda.

Esta no es la peor parte, y Kelly lo sabe.

Avanza entre los heridos, dejando que los policías uniformados sigan adelante con el protocolo de triaje. Con un arma y una placa, lo mejor que podría hacer es ofrecer su chaqueta para evitar que alguien se desangre, y está segura de que vendría algún sanitario a decirle que está ejerciendo presión en la pierna equivocada. El sonido de las sirenas en la calle le dice que hay un ejército de equipos de emergencia haciendo su trabajo.

Kelly debe ocuparse en dar con el tirador.

Todas las heridas se ven muy parecidas. Eso le trae algo a la memoria. Recuerda la charla que dio el FBI a su departamento sobre cómo identificar quién había estado cerca de una explosión y qué tipo de carcasa tenía la bomba según el tamaño y la distribución de las heridas de metralla. Nadie espera que el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York esté allí

reconstruyendo bombas para ellos, pero quieren asegurarse de que quien llegue primero tome todas las fotografías posibles. Las heridas aquí son distintas a lo que le habían mostrado: en vez de miembros o dedos amputados o traumatismos graves en el torso o en las piernas, todas las víctimas en este lugar presentan numerosas heridas pequeñas y punzantes, como si alguien hubiese abierto fuego contra la multitud con una carga de perdigones de escopeta. Y es justamente en ese momento cuando pisa uno de los clavos, y se da cuenta de qué es lo que ha estallado esta vez: una bomba de clavos.

La escalada de violencia no es algo extraño para la policía. Una discusión se convierte en pelea, alguien saca un cuchillo, y entonces la pelea pasa a ser algo mucho más serio. Pero incluso para los estándares de una detective insensible de la policía de Nueva York, esto es una escalada por demás vertiginosa. Dispararle a alguien al final del andén y luego detonar una bomba de clavos dos estaciones después supera cualquier situación que Kelly haya visto jamás. Podría tratarse de un suicida, y el tiroteo habría sido una improvisación en el momento en que alguien estuvo a punto de descubrirlo. Están demasiado cerca del One World Trade Center para que esto no parezca deliberado. Quizás aquí termine todo, pero Kelly sabe que esa es la clase de cosas que uno puede desear con todas sus fuerzas, pero jamás puede dar por sentadas.

Aún hay mucho humo en el andén. Al no estar los trenes en marcha, que son los que hacen circular el aire, el humo se extiende como un gran sudario sobre toda la escena. Y eso, combinado con el calor, hace que la atmósfera sea espesa, como si el aire mismo no quisiera que Kelly avanzara más de lo que ya lo ha hecho.

Hay un silencio absoluto, y la aspereza del aire le da a Kelly ganas de estornudar. Siente un fuerte impulso por desenfundar su arma. En el suelo, un hombre está tendido boca abajo. Ella se arrodilla para buscarle el pulso, pero sus dedos se encuentran con un hueco lleno de sangre donde debería haber piel; es sangre acumulada entre la mandíbula y el brazo sobre el que cayó. Retira la mano y prueba del otro lado. El cuerpo está frío al tacto. Se limpia los dedos en la chaqueta del hombre y sigue avanzando.

En la otra punta del andén, el humo es tan espeso que Kelly puede sentir cómo se le impregna en la piel y en el pelo. Falta un trozo de andén, como si un gigante hubiera posado un dedo de la mano en el hormigón al borde del andén y hubiera arrancado un pedazo. Hay un zapato junto al hueco, y se ve

algo color carne atascado en la parte superior. Kelly tarda un instante en darse cuenta de que lo que está viendo es parte de una pierna.

Se esfuerza por reponerse de la repulsión que le ha provocado la escena. Hay gente a la que esto no le afecta. El forense, por ejemplo, llegará en unos momentos, mascando chicle y haciendo comentarios sarcásticos sobre cuánto le gusta este tipo de rompecabezas. Pero esto es algo que Kelly jamás ha podido superar, independientemente de la cantidad de cadáveres que haya visto a lo largo de su vida profesional.

El resto del cuerpo al que perteneció aquel zapato, o al menos la mitad inferior, está a casi un metro a su derecha. El torso ha quedado en el andén cual maniquí en una vitrina a la espera de que le añadan los brazos y las piernas. La víctima es una mujer. El cuello y la barbilla siguen allí, pero el resto de la cabeza ya no. Es como si la explosión se la hubiese arrancado de cuajo del resto del cuerpo. Kelly mira a su alrededor, buscando más pistas, pero sospecha que lo que no ha quedado pegado al techo o a la pared del fondo es parte de la misma bruma en la que se encuentra ella ahora y que ese sabor metálico en el aire no se debe solo al humo.

Alguien se acerca. No es un buen momento para vomitar. No frente a los refuerzos recién llegados. Son cuatro oficiales uniformados, todos con sus armas desenfundadas, como si estuviesen a punto de participar de un tiroteo. Kelly los alumbra con su linterna y levanta la placa por si alguien todavía no lo tenía claro. Se inclina sobre la vía para intentar distinguir el tren en el túnel. No hay pasajeros volviendo al andén, y no se oye absolutamente nada, pero ella juraría que hay una luz delante, justo en la curva donde las vías desaparecen de la vista.

—¡Hostia puta!

El primer uniformado en llegar hasta Kelly no está preparado para ver la escena que ella ha estado contemplando y consigue llegar de milagro al borde del andén para vomitar. Los otros se acercan lentamente, los ojos casi se les salen de las órbitas, y el que llega primero coge su radio para relatar la escena a la Central.

Kelly le hace señas con la mano para que corte la transmisión. Ve el pánico en el rostro del oficial, un reflejo de la sensación desesperada que le sube a ella también por la garganta. Es muy probable que esta sea la escena más brutal que cualquiera de ellos haya visto jamás, pero lo último que necesitan es que alguien difunda todo aquello a través de la red policial.

—Varias víctimas —dice ella—. Solicita sanitarios. Sin detalles.

El oficial la mira como si la pobre acabase de caer de otro planeta.

—Toda la ciudad estará pendiente de nosotros —sigue Kelly—. Lo que digas por esa radio saldrá en las noticias cinco minutos después.

El oficial asiente y cierra la boca. Pero uno de sus compañeros niega con la cabeza y da un paso al frente.

—Eso no será un problema.

—¿Tú crees?

—Alguien en el tren ya se ha estado comunicando por radio. —Señala directo al túnel del metro—. Cualquiera puede oírlo. Un equipo de Seguridad Nacional está en camino para aislar toda la zona.

Kelly vuelve a mirar esa luz tenue en el túnel, y el tren ya no está a la vista.

—¿Y qué es lo que están diciendo?

—Escúchelo usted misma. —Le ofrece su radio—. Quieren negociar.

CAPÍTULO 12

Franklin Street Ben tarda bastante tiempo antes de hablar por radio. No es por falta de experiencia. El micrófono es de esos que hasta un niño sabría usar: un botón y una rejilla perforada por la que uno debe hablar. Presionas el botón y listo. Eso es todo.

Aun así, presionar el botón con el pulgar y abrir el canal le resulta todo un desafío. Puede sentir al conductor al otro lado de la radio y a los controladores escuchando por encima de él (la interventora los había llamado "la Central"), y más allá de ellos, sabe que la policía también estará escuchando. Todos los oficiales de la ciudad podrán oírlo. Todos los agentes federales, todas las agencias de noticias pinchadas a la transmisión. Mil oídos atentos para escucharlo hablar a él.

Para escuchar lo único que él no se anima a decir.

"Haz que vuelva a subirse al tren para que ella pueda contarle a todo el mundo quién eres de verdad".

Eso es lo que le han encargado. De eso va todo esto.

"Haz que vuelva a subirse al tren, Adam".

Las manos le sudan, y la radio se le resbala. Ben no puede pronunciar ese nombre. No puede permitir que se diga en voz alta. No puede dejar que vaya a salir al mundo otra vez.

Tiene ganas de estrellarse la cabeza contra el tablero. Si pudiera hacerlo con la fuerza suficiente, desaparecería de aquí y se ahorraría lo que viene después. Recobraría la conciencia, y para ese momento, alguien más se habría encargado de todo. O la persona al otro lado del móvil lo mataría, y ya no tendría que preocuparse por nada nunca más.

La interventora, tendida a sus pies y con el peso de su cuerpo presionándole los tobillos, emite un sonido. No es algo consciente. Es un siseo, el paso del aire enturbiado por algún líquido que le burbujea en la nariz o en la garganta.

Se está muriendo. Ahí mismo, en la cabina, y con Ben a su lado. Se está

muriendo, y él no está haciendo nada para evitarlo. Lo mismo que pasó con los demás.

Ben acciona el micrófono.

—¿Hola…? ¿Hay alguien ahí? Estoy en el último vagón en Franklin Street. Hay una mujer que está malherida y necesita atención médica urgente.

—¿Quién es usted? Identifíquese.

Es el conductor. Habla con el mismo tono de voz que había usado antes cuando la interventora lo llamó "idiota".

—¿Usted es el conductor?

—Se dice "maquinista", idiota. ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Ben. Soy un pasajero.

El maquinista se toma un segundo antes de responder.

—Tú eres el tipo a quien Sarah tenía retenido, ¿verdad?

—Mire, hubo una explosión en el andén. Ella tiene un clavo o algo parecido incrustado en la cabeza. Está a punto de quedar inconsciente. Necesitamos ayuda.

—Sí, sí, te he oído, Oswald —responde el maquinista con sarcasmo—. Quédate quieto y aparta tus sucias manos de mi radio. La policía llegará pronto para evacuar. Evita que se desangre. Esa mierda se limpia fatal.

El móvil de Ben vibra cuando llega un mensaje, y lo siente como una piedra que acaba de instalársele en el estómago.

Nadie se sube ni se baja del tren.

Deja la radio a un lado para poder teclear su respuesta.

¿Estás prestando atención a lo que digo? Nadie se sube ni se baja del tren, Adam.

Ben estira la mano para alcanzar la radio y así transmitir el mensaje, pero se detiene. Esta vez no hay ninguna voz en el fondo de su cabeza que le diga qué hacer. Simplemente, sabe que tiene que hacerlo.

Deja que la interventora se vaya. Y yo les diré lo que tú quieras.

Teclea rápido. Las manos le sudan y le tiemblan tanto que es casi un milagro que aún no se le haya caído el teléfono al suelo.

No hay respuesta. Ben no sabe si eso es bueno o malo.

¿Quieres salvarla?

Ben respira hondo por la nariz. Al menos no ha dicho que no. Pero tampoco que sí. Está esperando. Es una prueba.

No quiero que muera en este tren.

¿Y tú crees que esas niñas sí querían morir, Adam?

Ben se estremece ante esa pregunta, pero reprime el miedo con fuerza. Ha jugado sus cartas al mencionar ese nombre. Ya no hay más sorpresas.

Necesita pensar en algo para liberar a la interventora.

Adam.

No necesita esforzarse mucho para encontrar una respuesta. Todo gira en torno a ese nombre. La mujer que se bajó del tren también lo conocía. Sabía quién era.

Apostaría todo su dinero a que los otros dos hombres que habían muerto también lo habrían reconocido. Se pregunta cómo es que toda esa gente terminó en el mismo lugar en ese mismo momento. La misma ciudad, el mismo tren, la misma hora. Deja esos pensamientos a un lado: ahora, lo que debe hacer es conseguir ayuda para la interventora.

Siente que el móvil le quema en la palma de la mano mientras teclea la respuesta.

Tú elegiste a los demás por mí, pero no la habías elegido a ella. Esta mujer no tiene nada que ver con todo esto.

Tarda en responder. Ben se pregunta si no se habrá excedido en lo que dijo.

"Nada es demasiado", piensa Ben. "Diles que se vayan a la mierda".

Por primera vez, le presta la debida atención a esa voz.

Déjala ir o yo me iré.

Mira la puerta al final del tren e intenta imaginarse bajando a las vías y arrastrando a la interventora tras él. Podría tranquilamente cargarla sobre sus hombros y caminar con ella de vuelta al andén, pero lo que no sabe es si el más leve movimiento podría llegar a matarla. Imagina que tropieza y que el clavo que la mujer tiene incrustado en la cabeza se le mueve y la mata.

Recibe un nuevo mensaje mientras sigue pensando en todas las maneras en

las que su escape podría salir mal y se sobresalta cuando el teléfono le vibra en la mano.

Solo la mujer. Nadie más. Estas son tus instrucciones.

Ben levanta el micrófono y lee lo que le aparece en pantalla.

—Les habla el pasajero de la parte trasera del tren. Quiero hablar con la Central.

El maquinista interviene en la transmisión antes de que alguien más pueda accionar el micrófono.

—Mantente fuera de la línea, idiota. La policía ya está en camino. Van a evacuarnos.

Ben respira hondo.

—Si alguien intenta evacuar el tren, se detonarán más bombas. Y usted será el único responsable. —Vibra el móvil: es otro mensaje, Ben lo lee—. Si el maquinista desea volver a hablar, entonces una de las bombas ya instaladas en el tren será detonada para recordarle que debe mantenerse callado.

El maquinista no emite sonido alguno. Solo se oye un único clic, como si alguien se hubiera arrepentido y hubiera decidido no transmitir en el último instante. La radio permanece en silencio durante un minuto.

Y en ese tiempo, Ben se pregunta si habrá algún problema técnico. Las radios no siempre cooperan, sobre todo cuando el equipo es más viejo que la mayoría de las personas que lo usan. También podrían haberse dañado con la explosión.

Ben acciona el micrófono nuevamente.

—Deseo hablar con la Central —vuelve a decir—. Tengo información vital para salvar la vida de las personas en este tren.

Tras un breve silencio, alguien más activa su radio y se prepara para hablar. La voz suena distante, como si su señal fuera mucho más débil.

—Habla el agente Hoyt, del Departamento de Seguridad Nacional —dice una voz masculina. Suena aburrido y molesto, como un padre que tiene que levantarse de la silla para ir a ver por qué hay unos niños llamando a la puerta de entrada de la casa. Solo ha dicho unas pocas palabras, y Ben ya lo odia—. ¿Quién es usted?

Ben duda un instante antes de decir su nombre. El asesino querrá que lo diga, pero no puede hacerlo. No todavía. Mejor no complicar las cosas hasta que la interventora esté a salvo.

—Me llamo Ben Cross —responde finalmente—. Estoy en el tren de las dos y cuarto que salió de South Ferry. Nos hemos detenido justo al norte de Franklin Street. Necesito que me comuniquen con la Central. La interventora de este tren necesita atención médica inmediata.

Hoyt responde enseguida.

—¿Hay más heridos?

—No lo sé —dice Ben—. Probablemente, no. Nadie más estaba de cara a la explosión. —Echa un vistazo por la ventana de la cabina hacia el vagón. Las luces titilan, y la puerta en el otro extremo está abierta. Parece que las personas que estaban allí se han desplazado hacia los vagones delanteros. La iluminación no es buena, pero no hay señales de sangre—. No veo heridos.

—Eso es bueno.

Ben aprieta los dientes.

—Nada de todo esto es bueno. ¿Podría comunicarme con la Central?

Hay otra pausa larga, como si Hoyt estuviese midiendo la relevancia de la vida de la interventora para ver si eso le conviene o no.

—Me temo que no —responde Hoyt—. La línea del metro y el vagón en el que usted se encuentra son parte de una investigación en proceso. Estará hablando conmigo todo el tiempo.

—Bien. Muy bien. Envíenos a los sanitarios y una camilla.

—"Si alguien intenta evacuar el tren, se detonarán más bombas". Eso es lo que usted dijo, ¿verdad?

—Así es. Eso mismo.

—Entonces, comprenderá por qué no puedo arriesgarme a enviar a alguien a caminar por las vías ahora mismo.

Ben se limpia la cara con la manga de su camisa mientras intenta pensar en qué podría decir a continuación para lograr que hagan algo para ayudarlos.

—Como, eh… Como un acto de buena fe…

Ben vacila, y Hoyt aprovecha la pausa para cortarle el paso.

—¿Por qué no se queda allí tranquilo y hablamos cuando sepa qué es lo que quiere decirme?

Ben grita al micrófono.

—¡Maldita sea! ¡Tengo a una mujer aquí con un clavo incrustado en el cráneo!

Otra pausa al otro lado de la línea antes de que Hoyt vuelva a hablar.

—Entonces será mejor que haga algo usted si no quiere ser responsable de

que muera.

Ben logra controlarse para no presionar el botón y dejar que todos oigan cuando pega el grito. No puede encontrar el insulto que refleje con exactitud la ira que siente en este momento. Suelta el micrófono sobre el tablero y cierra los ojos.

"Parece que estás solo en esto".

La voz no lo sorprende esta vez. Ha estado acechándolo todo este tiempo, solo que se había negado a escucharla. Mira a la mujer echada en el suelo. Aún respira, pero se la ve peor, como si quedase ya muy poca vida dentro de su cuerpo.

"Bastaría un golpe bien dado para resolver tu situación".

Ben ignora esta última sugerencia que llega sin permiso a su cabeza. Respira hondo y deja salir el aire poco a poco, contando hasta diez. No es que eso vaya a ayudarlo a disipar el miedo que lo invade, pero lo ayuda a sentirse mejor, y esa breve calma es suficiente para saber qué es lo que debe hacer ahora. Es él o nadie.

Ben coge el botiquín de primeros auxilios.

CAPÍTULO 13

Franklin Street El Departamento de Seguridad Nacional tiene una única misión: proteger a los Estados Unidos frente a cualquier amenaza, ya sea internacional o nacional. Para el agente Paul McDiarmid, la palabra clave es "proteger". El departamento no se creó para ir tras el culpable, como si fuera una especie de superpolicía. Y desde luego, no es tampoco quien se queda a buscar entre los escombros cuando todo se ha ido al infierno. Su función es proteger, y eso significa impedir los ataques antes de que se produzcan.

Que haya habido un atentado bajo su vigilancia —un atentado en Nueva York, nada más y nada menos— no solo da una mala imagen, es una humillación de las grandes. Desde la explosión, McDiarmid no ha atendido ninguna llamada que no fuera crítica para la misión, pero aun así sabe que se está gestando una tormenta. Si no consigue controlar esto, si no lo hace rápido, no habrá apretón de manos ni jubilación anticipada. Van a crucificarlo. Y al diablo las sobremesas o los trabajos de consultoría en seguridad privada. Cuando terminen con él, con suerte obtendrá un empleo como vigilante de seguridad de algún supermercado.

—¿Qué tenemos aquí?

Al ver los daños, McDiarmid puede deducir qué tipo de explosivo impactó en el andén. Una bomba casera, un dispositivo improvisado. No es la bomba más grande del mundo, pero en el espacio cerrado de un túnel de una estación de metro es capaz de causar enormes destrozos. Se ven daños provocados por fragmentos en las baldosas cercanas y una pequeña mancha decolorada en forma de arco en el hormigón, probablemente un residuo químico más que

una marca por calor. Los clavos empaquetados dentro del dispositivo generaron un caos, aunque la mujer que llevaba la bomba en el bolso absorbió gran parte de los impactos. Las imágenes de seguridad aparecieron en cuestión de minutos —rápido para la gente de la Autoridad Metropolitana de Transporte, pero una eternidad para él, que le echó la bronca a todo el que se cruzó en su camino—; mostraban a una mujer avanzando con una bolsa de deporte tan grande que, puesta boca abajo, podía servir de refugio antitormentas.

McDiarmid no tiene nada para decir sobre la mujer. Cualquiera puede ser terrorista si tiene la motivación adecuada. Pero no puede dejar de pensar en la bolsa. Si ella hubiera querido, podría haber guardado allí un dispositivo mucho más grande. Y si lo hubiera hecho detonar dentro del tren, el daño y la destrucción habrían sido muchísimo peores. Tal como ocurrieron las cosas, la bomba causó la muerte de la mujer, hirió a varias personas más y paralizó por completo todo el sistema de transporte de Nueva York durante un breve (y extremadamente costoso) período de tiempo.

Más que un ataque, parece una advertencia.

Si esto hubiera sucedido en Latinoamérica y la víctima hubiese sido alguien mínimamente importante, lo habrían calificado como asesinato político.

McDiarmid chasquea los dedos.

—Hoyt.

Hoyt es grande y macizo como un roble y da una imagen bastante amenazadora para quienes no lo conocen. McDiarmid sabe que Hoyt aspira a quedarse con su puesto, pero la realidad es que eso no le preocupa en lo más mínimo, porque también tiene la inteligencia de un roble: le contó a McDiarmid, sin ambages, cuáles eran sus ambiciones, y cualquiera que juegue sus cartas tan abiertamente como él no llegará nunca a los rangos superiores. Lo único que le provoca la corpulencia descomunal de Hoyt es curiosidad: dicen que el daño por golpes es acumulativo, pero tuvo que haber habido un momento, quizá durante algún ejercicio de entrenamiento o incluso mucho tiempo antes, en la cancha de fútbol americano de la universidad tal vez, en el que esa chispa de conocimiento, esa capacidad crítica que podría haberlo hecho un buen detective en lugar de simplemente útil, le fue borrada de un golpe limpio de la cabeza.

—Estuve hablando con el pasajero al final del tren —anuncia Hoyt. Casi agrega un "señor" al final, pero hace un esfuerzo por contenerse. Tanta formalidad a McDiarmid le resulta irritante. Es más, podría haberle dicho: "Ya

sabes quién es tu jefe. Solo dime qué pasó"—. Dice que la interventora está herida, que tiene un clavo en la cabeza. Quiere que la saquemos del tren.

—¿El maquinista puede confirmarlo?

—No. Él sigue en el otro extremo del tren. Un segundo después de que el pasajero informase de la amenaza de bomba, se encerró en su cabina. Dice que lo hizo para evitar que alguien secuestrase el tren.

La Autoridad Metropolitana de Transporte cortó la electricidad en ese tramo de vía tan pronto como supieron que había un ataque. Aunque alguien lograra entrar y poner la mano en el interruptor, el tren no iría a ninguna parte. McDiarmid habría maldecido al hombre por cobarde, pero sabe que es una pérdida de tiempo. ¿Dónde más acabaría un cobarde si no atrapado y condenado a ir y volver una y otra vez bajo tierra?

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no podíamos arriesgarnos a enviar a nadie —responde Hoyt.

McDiarmid asiente con la cabeza. Nadie entra, nadie sale. Al menos, por ahora.

—Ponle en contacto con un médico. Que le den instrucciones para mantener a la interventora con vida. Estoy seguro de que tienen material de primeros auxilios en el tren.

—¿Cree que lo de la amenaza es verdad?

—Creo que nos ayudará a descubrir qué es lo que está sucediendo. Si rechaza la ayuda, solo nos está haciendo perder el tiempo —dice McDiarmid—. Si esa mujer está herida de verdad… —Hace una pausa y vuelve a examinar los daños en el andén. Algo no encaja. Todo está demasiado calculado, es demasiado preciso. Habría esperado algo mucho más grande y con muchas más víctimas también. Necesita saber quién diablos es la víctima cuanto antes—. ¿Por qué el tipo que llama para advertir de una amenaza de bomba está intentando ayudar a sobrevivir a la interventora?

—Al maquinista no le gustaba el tipo. Dijo que la interventora lo había retenido por creerlo cómplice del tiroteo.

McDiarmid mira a Hoyt.

—Ese maquinista es un pobre desgraciado, un inútil que no sirve para nada. Confiamos en las cosas que podemos confirmar o en lo que ya hemos confirmado. —Inclina la cabeza—. ¿Tenemos alguna novedad sobre el vídeo de Cortlandt?

Hoyt palidece ante la pregunta. McDiarmid ya le pidió que se encargara de

esto, y él se olvidó o postergó la tarea.

—Enviaré a alguien inmediatamente.

Las palabras "asesinato político" resuenan en la mente de McDiarmid. Usar una bomba es una manera bastante burda de hacerlo, pero no sería la primera vez.

—Envía a un equipo de artificieros.

—¿Señor?

—El tiroteo en Cortlandt podría no haber sido un tiroteo, si lo pensamos bien —continúa McDiarmid—. Diles que busquen fragmentos o cualquier otra prueba de que el dispositivo fue preparado para causar el máximo daño posible a las personas.

—De inmediato.

—Debemos averiguar quién es este pasajero que nos habla desde la radio —añade McDiarmid mientras señala a Hoyt para que le quede bien claro que esa será su responsabilidad—. Más allá de lo que nos haya dicho. Consigue las imágenes de las cámaras en South Ferry, lo que sea que podamos encontrar del tipo desde que entró en la estación. Quiero saber de dónde venía, qué carretera tomó, si se encontró o habló con alguien en el camino. —Hoyt parece demasiado tranquilo, así que dispara una pregunta al final—. ¿Cuál será nuestra prioridad entonces?

—Averiguar si lleva una bolsa —responde Hoyt mismo.

Hoyt ha venido espabilado, lo cual es bueno. McDiarmid asiente, como aprobando la respuesta, respira hondo y se prepara para la siguiente tanda de malas noticias. El aire sigue estando espeso y con olor a combustible, y la extraña sensación que le deja en las fosas nasales y en el fondo de la garganta le recuerda al polígono de tiro. Un blanco despejado y un disparo limpio serían una bendición en estos momentos.

—Hablemos con la detective.

El alboroto en el andén, el murmullo de muchas personas intentando verse ocupadas e importantes al mismo tiempo, todo se va apagando cuando Hoyt y McDiarmid comienzan a caminar. Seguridad Nacional está al mando de esta investigación, y McDiarmid siente que el tiempo corre y que debe resolver el caso de manera rápida y sin complicaciones. Todos están esperando a ver qué hará, y si eso va a costar más vidas.

La mayoría de los policías sobreviven con un salario muy por debajo del de McDiarmid. Los agentes uniformados son como abejas obreras: un enjambre

entero trabajando para llevar y traer cosas o desviar el tráfico y, aunque eso resulta útil, para él bien podrían ser siluetas de cartón. Los detectives están un poco mejor posicionados, pero tampoco tanto. Se ocupan de crímenes que ya han ocurrido; no están ahí para prevenirlos. Y es por eso por lo que, incluso a pesar de que a veces los métodos de los detectives proporcionan información útil al departamento (toda esa sensiblería sobre la invasión de la privacidad se va por la ventana cuando alguien termina apuñalado en un edificio de apartamentos), encajan perfectamente en lo que él mismo llama "falta de ambición".

La detective Hendricks parece carecer de ambición. Viste un traje que quizá cumpla con los estándares requeridos, pero cuya confección es tan corriente que no está a la altura de la autoridad que exige su cargo. Además, está sudada y exasperada, con la frente y las mejillas brillantes por la transpiración y, aunque no tiene nada que hacer excepto esperar, camina de un lado a otro con una frustración evidente.

—¿Qué le pasa a nuestra Serpico? —pregunta Hoyt.

—Las exigencias de la situación superan su capacidad —responde McDiarmid—. Cualquiera estaría irritable al enfrentarse a semejante verdad.

McDiarmid ya tiene el resumen de su expediente, con todo lo que necesita saber de ella. Una carrera estancada, enterrada definitivamente cuando decidió agredir a alguien con poder suficiente como para aplastarla por ello. Una caída en picado hacia su renuncia, aunque ella no la vea. Si hubiera jugado una partida más inteligente, ese episodio habría sido el primer peldaño hacia los rangos más altos a los que puede aspirar un oficial de policía. Pero, como ya sabe por su larga experiencia con detectives, eso nunca ocurrirá. Simplemente, no tienen ambiciones.

—¿Detective Hendricks? —Le tiende la mano para saludarla. Un comienzo cordial. Como si no estuviera perfectamente al tanto de quiénes están en la escena desde el mismo instante en que se bajó del coche—. Soy Paul McDiarmid.

—¿De Seguridad Nacional?

—El mismo.

Ella le estrecha la mano, y McDiarmid buscará un gel desinfectante o una toalla antes de ocuparse de otra cosa. Si vuelve a tocarlo, es probable que haya algún artículo perdido que autorice a Hoyt a dispararle.

—¿Alguna novedad? —pregunta ella.

—Intentamos confirmar toda la información posible antes de hacer algún plan relevante —asevera McDiarmid.

—Así que no están haciendo nada.

Hendricks lo fulmina con la mirada. Tiene mal carácter y es impulsiva; la mejor respuesta es la frialdad.

—Nos han atacado, detective Hendricks. —McDiarmid señala el daño en el andén—. Mi trabajo es investigar, descubrir quién lo hizo y, en caso de ser necesario, evitar que vuelva a suceder.

—¿Y de qué manera ayuda no hacer nada para asistir a esa interventora?

Los había estado escuchando. McDiarmid se pregunta quién le ha dado una radio y si podrá despedirlos por ello.

—Tenemos a una sanitaria lista para guiar al pasajero que está con ella en el vagón. Por lo que sé hasta ahora, usted fue la última persona en tener contacto con el tren, dejando de lado las actualizaciones que tenemos —dice McDiarmid—. Usted habló con el maquinista, y su última instrucción fue que la interventora recorriera todo el tren en busca de algo sospechoso. ¿Estoy en lo correcto?

Hendricks frunce el ceño.

—Les dije que tuvieran cuidado, pero que necesitábamos que nos informaran cualquier cosa fuera de lo normal. Teníamos un tiroteo en el andén, y yo tenía la corazonada de que el tirador podría haber vuelto a entrar en el tren.

—¿Tiene pruebas en vídeo? ¿Algún testigo?

—Acabo de decirle que fue una corazonada.

—Entonces, repasemos esto una vez más. Usted le pidió a una mujer desarmada y sin entrenamiento que registrara un espacio cerrado, con múltiples civiles dentro, en busca de un sospechoso que podría ir armado.

—Yo no…

—No ha sido una pregunta, oficial.

McDiarmid no la mira cuando lo dice. Se empeña en recorrer el andén con la mirada mientras la detective sigue molesta por la interrupción. Más allá de estar recién pintado, el metro sigue siendo viejo. La tecnología debería funcionar con fluidez; si no alcanza ese nivel, en su opinión, es un fracaso. Esta es la mejor ciudad del mundo y, aun así, están escatimando hasta el último centavo en cada rincón. Se pregunta qué habría pasado si la bomba hubiera estallado dentro del tren. Resulta muy sencillo imaginárselo. Una línea de alimentación eléctrica de veinte años de antigüedad seccionada por fragmentos

de la explosión y gente golpeando desesperadamente una puerta que no hay manera de abrir.

McDiarmid vuelve su atención a Hendricks. Para hacerle justicia a la detective, ha enterrado bien hondo cualquier enfado que estuviera aflorando y está de pie en lo que, entre la mayoría de los policías, se considera una postura de atención. Al parecer, es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo la cosa se está yendo al diablo.

—Unos minutos después de que usted se comunicase con el tren, el maquinista habló con la Central y dio aviso de la retención de un pasajero. Poco después, un dispositivo explosivo fue detonado en el andén justo cuando el tren se estaba yendo. —McDiarmid casi puede oír los engranajes girando en la cabeza de Hendricks.

—¿Creen que es este pasajero quien detonó la bomba?

—No podemos confirmarlo —dice McDiarmid—. Pero sabemos que estuvo muy cerca de la víctima como para colocarla, y luego su preocupación por la interventora es algo… sospechoso.

Hendricks mira a McDiarmid y a Hoyt.

—Me tuvieron esperando aquí abajo porque había una posibilidad de que me comunicara con el tren —refunfuña ella.

—Así es —confirma McDiarmid—. Si no estuviera bajo investigación, diría que tiene un gran futuro por delante.

—Si yo soy una sospechosa, no deberían estar tan relajados.

McDiarmid contiene la risa. Le han dicho que no tiene una sonrisa natural, que se parece más a la mueca de quien está a punto de morder a alguien.

—Oficial Hendricks, si la considerara una amenaza, el equipo que tenemos esperando en las escaleras después de evacuar a los civiles ya le habría metido tres balas en el pecho en mi nombre.

Ella se lo toma mejor de lo esperado. No se inquieta; tampoco cambia el peso del cuerpo como si quisiera salir corriendo o pelear. Solo se pone un poco más rígida, aprieta los labios en una línea delgada y furiosa.

—Entonces, ¿qué quiere de mí?

—Quiero todos mis huevos en una sola cesta —dice McDiarmid—. Si no es parte de esto, entonces es un recurso. —Ella abre la boca para decir algo, pero McDiarmid la interrumpe—. Nuestro negociador escuchó la grabación de su conversación con la Central y con el maquinista. Creen que usted es inocente.

—Al menos alguien está de mi lado.

—Oficial Hendricks. —McDiarmid no pronuncia el nombre: lo ladra. Imparte cursos sobre cómo manejar a cualquiera que no sea de los suyos, cómo mantenerlos desequilibrados, cómo hacerles saber exactamente lo impotentes y lo jodidos que están—. En este momento, mi equipo está estudiando su vida de arriba abajo. Cada llamada, cada mensaje de texto, cada publicación en redes sociales que haya hecho, cada centavo que haya ganado. Todo está siendo analizado y, si encuentran un solo átomo de sospecha en cualquier parte, yo mismo la escoltaré a una celda sin ventanas y dejaré que su expediente se pudra sobre mi escritorio. ¿Me entiende?

No hay siquiera una pizca de pánico en el rostro de la detective.

McDiarmid intenta no frustrarse por ello. Normalmente, sacar a relucir las redes sociales provoca una reacción en la gente. Pero esta vez no. Ella está furiosa, y la gente deja de inquietarse cuando está furiosa.

Hendricks se aclara la garganta.

—Comprendo. ¿Y cuando no encuentren nada?

Por una fracción de segundo, McDiarmid comienza a tomarle cariño. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se atrevió a dirigirse a él de esa manera.

—Bienvenida a bordo.

El amor se disipa de repente cuando observa el traje arrugado y el chaleco tosco que lleva debajo Hendricks. McDiarmid no logra comprender cómo podría sobrevivir a un enfrentamiento táctico de verdad. Le habían asegurado que el Departamento de Policía de Nueva York mantenía estándares de respuesta a emergencias en todas las comisarías de policía, pero ha quedado claro que este no es el caso.

—Mientras esperamos, desháguese de esa chaqueta de poliéster y pase por nuestro proveedor para conseguir algo más… transpirable, digamos. —Hace un gesto con la cabeza hacia la salida del andén, donde se está montando el cuartel general provisional—. Siento que, si la miro un segundo más, voy a acabar sudando yo también.

Hendricks tira de la chaqueta como si fuera un alivio quitársela, pero se detiene cuando llega al chaleco que tiene abajo.

—¿El chaleco también? —pregunta.

McDiarmid lo piensa mejor. Los chalecos de Seguridad Nacional son resistentes a la mayoría de los proyectiles capaces de perforarlos y cuentan con un refuerzo balístico diseñado para desviar de manera lateral la onda de presión

del impacto y reducir los posibles traumatismos por un impacto contundente a niveles insignificantes. Un disparo que podría romperle las costillas a alguien con un chaleco de la policía de Nueva York solo se percibiría como un golpe sordo si esa persona llevara uno de los de Seguridad Nacional. El único problema es que son muy caros.

—Puede quedarse con el chaleco.

CAPÍTULO 14

Franklin Street El botiquín de primeros auxilios no le ofrece a Ben ninguna solución cuando lo abre. Está claro que quienquiera que lo haya rellenado creyó que la mera presencia de aquella caja bastaba para cumplir con las normativas de salud y seguridad necesarias y que equiparla de verdad sería un despilfarro de dinero. Lo que hay dentro es, en su mayor parte, material de relleno: suero fisiológico para lavado ocular, gasas y vendajes, apósitos comunes y un par de tijeras baratas todavía en su envoltorio de cartón. Hay una tarjeta plastificada con instrucciones de reanimación cardiopulmonar a un lado, la posición de recuperación al otro, y un guion sugerido para comunicarse con los servicios de emergencia en una letra tan pequeña que Ben casi no puede leerla. Lo único que falta es el padrenuestro, porque para una lesión peor que un simple raspón en la rodilla, no queda más remedio que juntar las manos y ponerse a rezar.

El razonamiento que se ha seguido es extraño. De haber puesto algo de calidad o de utilidad en esas cajas, lo habrían robado en un abrir y cerrar de ojos y, aunque no hubiera sido así, tendrían que haber ofrecido formación en primeros auxilios a todo el mundo, y eso habría costado dinero. Los contables de la Autoridad Metropolitana de Transporte elaboraron el presupuesto partiendo de la suposición de que ninguno de sus empleados acabaría jamás

con un clavo incrustado en el cráneo. Y distribuyeron los fondos en consecuencia.

En el suelo, las convulsiones de Sarah han disminuido hasta el punto de que ya solo se le mueven las manos: los dedos se retuercen hacia dentro como si estuviera recogiendo un hilo invisible en su regazo. Ben no sabe si debería sentirse aliviado o si esto es una señal de que las cosas están empeorando.

Puede sentir el pánico en la nuca, como los acúfenos: un zumbido agudo e incesante que se intensifica exponencialmente cuanta más atención se le presta. Lo que tiene que hacer es cubrir la herida con un vendaje, ayudar a Sarah a conservar el calor corporal e intentar no entrar en pánico. Eso es todo. Ya les dijo lo que había pasado. No solo eso: lo difundió a cualquiera que pudiera oírlo. Si su conciencia no los mueve a actuar, lo hará la presión pública. Él solo deberá resistir hasta que eso ocurra.

No mira el teléfono, y el teléfono no vibra. Ben se pregunta si de algún modo podrán verlo u oírlo. No hay cámaras ni en el tren ni en la cabina, pero tal vez hayan pinchado su teléfono o puedan escucharlo de alguna manera. Aterrorizado por la idea, se quita la chaqueta del traje y envuelve el teléfono con ella, doblando la tela una y otra vez hasta formar un bulto con forma de balón de fútbol, con el móvil enterrado en el centro. Al mirarlo, se siente un idiota.

"No eres paranoico si están yendo a por ti de verdad".

El pensamiento es tan nítido que a Ben le suena como si alguien se lo hubiera dicho en voz alta. Se alegra de que la interventora siga inconsciente, porque significa que nadie ha sido testigo del brinco que da del susto.

—South Ferry 2-1-5, ¿me copia?

Esta vez Ben salta tan alto que casi cae encima de la mujer.

Hoyt repite su mensaje, y Ben se apresura a tomar la radio y a responder. El maquinista se ha tomado en serio la advertencia anterior y, por el momento, Ben y Hoyt son las únicas dos voces en la transmisión.

Siente alivio al saber que han cedido, que la ayuda está en camino.

—Aquí, Ben Cross… Digo, aquí, South Ferry 2-1-5, soy yo. —Entre tanto pánico, Ben no está seguro de si Hoyt ha dicho algo más—. ¿Puede repetirlo, por favor?

—Aquí Hoyt.

—¿Vendrán a ayudar a la interventora?

—Ya se lo dije. No podemos enviar a nadie. Tengo una doctora aquí

conmigo. Ella lo guiará y le dirá exactamente qué hacer.

Ben siente el miedo en la nuca, como un grito desgarrador a punto de salir.

—No tengo nada aquí que pueda servirnos. Deben enviar a alguien, ¿me oye?

—Entiendo que su posición es muy difícil, pero esto es lo mejor que podemos hacer por ustedes ahora, Ben. —La voz de Hoyt suena monótona del otro lado, como si estuviese leyendo un guion—. Los pondré en contacto ahora. Si usted decide no hablar con ella, ese es su problema. ¿Enfermera…?

—Soy doctora, pero… gracias. —La transmisión se corta un instante durante el cambio de interlocutor, pero a Ben lo reconforta notar lo furiosa que suena la mujer que entra en línea. Hace falta una clase de furia muy particular para que un simple "gracias" golpee como una bofetada—. Hola, Ben. ¿Me escuchas?

—Sí, la escucho —responde Ben.

—Mi nombre es Chris y trabajo en emergencias sanitarias. Creo que está ahora con alguien herido. ¿Puede contarme cómo es la situación en este momento?

Ben experimenta una necesidad irresistible de hablar, de desahogarse, de contarlo todo casi en el mismo instante en que la mujer deja de transmitir, pero respira hondo y consigue controlarse. Debe ser breve, dejar que la mujer haga las preguntas y darle tiempo para que decida qué es importante y qué no.

—La interventora del tren tiene un clavo incrustado en la cabeza.

—¿Cuán incrustado? ¿Poco o mucho?

Ben espera notar un momento de vacilación del otro lado, pero no lo hay. Había más de un clavo en esa bomba de tubo del andén. Está seguro de que no es el primer clavo incrustado con el que ha tenido que lidiar hoy esta médica.

—Mucho.

—¿Está consciente?

Ben ha evitado mirar de cerca a la interventora, pero ella sigue moviendo las manos, como si estuviera intentando recoger algo con los dedos. Uno de sus párpados se ha abierto, pero el ojo no responde. Ha quedado mirando hacia arriba, a la nada misma.

—No. Llegó a balbucear algo al principio, pero ahora ya no responde. Le tiemblan las manos.

—¿Son convulsiones?

—Sí.

Cuando le sobrevino la peor convulsión, Ben se vio obligado a inclinarse

sobre ella con todo su peso para evitar que se hiciera daño. Fue extraño, como si se aferrara a un cuerpo dentro del cual no había nadie.

—¿Alguna hemorragia? ¿En la herida, o por la nariz o los oídos?

—Le sangró la nariz.

—¿Un poco de sangre o mucha sangre?

La sola presencia de sangre parece algo malo, pero tratándose de un clavo incrustado en la cabeza, aquella pequeña cantidad que llegó a salir era lo mejor que se podía esperar.

—Un poco.

—Entiendo…

La médica emite un sonido como si estuviera por decir algo antes de dejar el micrófono en silencio, y Ben se siente de repente culpable, como si hubiese dado la respuesta equivocada. La transmisión queda muda durante lo que parece una eternidad, y Ben se imagina la discusión que debe de estar teniendo con Seguridad Nacional, con el mismo éxito que si hablara con una pared.

La línea hace un chasquido —es la presión en el botón del micrófono y su inmediata liberación— y Ben se pregunta si volverán a contactar con él. Tal vez la médica haya discutido con Hoyt, le haya dicho que tenían que ir al tren de inmediato, y Hoyt le habrá retirado el permiso para usar la radio.

—Doctora, ¿sigue allí? —pregunta Ben.

La sanitaria vuelve de inmediato.

—Sí, aquí estoy. —Una pausa, lo suficientemente larga como para permitirle a alguien respirar hondo y recomponerse antes de volver a hablar—. Deberá retirar el clavo.

—¿Disculpe?

—Tuve una corazonada y debí hacer una llamada para verificar lo que presentía, pero eso es lo que debemos hacer ahora. Esa mujer debería estar hablando, o al menos debería estar consciente. Demonios, el récord mundial de clavos incrustados en la cabeza de alguien ronda los diez, y el tipo condujo solo hasta el hospital.

—¿Qué es lo que le está pasando?

—Es muy probable que tenga una hemorragia intracraneal, y la sangre esté ejerciendo presión sobre el resto del cerebro —responde la sanitaria—. Si sigue así, eso podría matarla o producirle daños irreversibles en el cerebro.

—Y por eso necesitan que yo quite ese clavo.

—Me temo que sí.

Ben observa la cabeza del clavo, que ha quedado bien incrustada contra la frente de la mujer.

—¿Y si provocamos una infección?

—Eso no es un problema ahora. ¿Acaso cree que ese clavo estaba limpio antes de incrustarse en la frente de esa mujer? Saque el clavo e inclínele la cabeza a favor de la gravedad. Eso ayudará. Y coloque un poco de gasa sobre la herida. Nos ocuparemos del resto más tarde.

—Entendido —dice Ben, porque no sabe qué más decir. No hay tiempo. No puede echarse atrás. Ni siquiera hay tiempo de tener miedo. Debe hacerlo, y punto—. Dígame cómo.

—Bien. Debe concentrarse y hacer todo con extremo cuidado. Ambas manos libres, así que deje la radio a un lado, y yo guardaré silencio durante el procedimiento. No retuerza el clavo al quitarlo ni tampoco tire de él demasiado rápido. Tenga preparada toda la gasa posible para poder detener el sangrado. Puede que sea bastante. No eche nada sobre la herida.

Ben siente que le falta el aire; su atención se fija por completo en el clavo, y cada detalle de su superficie está perfectamente definido.

—¿Está listo? —pregunta la sanitaria.

Ben puede ver la forma ligeramente ovalada de la cabeza del clavo, las diminutas imperfecciones y los arañazos en una superficie que sigue siendo mayormente brillante, como si acabara de salir de la caja.

—Estoy listo —responde Ben.

—Me quedo aquí. Avíseme cuando haya terminado.

"Avísale cuando hayas terminado de hacerle una lobotomía a esta hija de puta".

La voz en su cabeza suena engreída, como si supiera que el fracaso es inevitable. Ben cierra los ojos y espera a que desaparezca la voz antes de responder. Puede hacerlo. Tiene que hacerlo.

—Lo voy a hacer ahora —anuncia, y deja el micrófono a un lado.

CAPÍTULO 15

Franklin Street El desinfectante de manos es lo primero. Ben exprime el envase todo lo que puede; el producto cae en la palma de su mano y empieza a desparramárselo por la piel, restregándola a fondo, como si la presión que ejerce fuera a arreglarlo todo.

Esto no está bien. No tiene la menor idea de lo que está haciendo. Solo tiene una instrucción básica: quitar el clavo, pero nada sobre cómo se supone que debe hacerlo.

Ben se frota con más fuerza; los últimos rastros del desinfectante se evaporan casi tan rápido como sus esperanzas de que la pobre interventora vaya a sobrevivir. Lo siente en las entrañas. Algo malo está a punto de suceder.

Quiere mirar el teléfono, aunque lo único que le ha dado hasta el momento son malas noticias. Al menos es otra cosa, algo que no sea la tarea que tiene entre manos en este instante. Si hubiera un mensaje nuevo, eso pasaría a ser más urgente y significaría no tener que ocuparse de lo que debe hacer ahora. Las personas que ya murieron no estaban con él cuando eso ocurrió. Él no las mató.

La interventora sí está allí con él, y Ben siente que no importa lo que haga, terminará muerta.

Ben se olvida del teléfono. Ha negociado por la vida de la interventora, y en algún lugar del tren está el asesino esperando a ver si logra salvarla o no.

Debe salvarla.

"¿Por qué hizo volar en pedazos a esa mujer?". Ella lo reconoció, pero incluso eso pareciera haber sido planeado. Como si hubiera algo más que los asesinatos, algo más que simplemente hostigarlo con estas muertes. El hombre que falleció en el andén tuvo una muerte rápida y discreta, y el tren se marchó de la estación sin retraso ni conmoción alguna. Antes de eso, un hombre había sido asesinado en la puerta de su casa, y el asesino tuvo tiempo de hacer una foto como trofeo antes de que se cerrara la puerta.

“Trofeos”. Esa fue la única muerte conmemorada. Tal vez esa haya sido la primera y lo haya hecho de manera sigilosa y en privado. Tal vez haya hecho una pequeña ceremonia también. Los dos asesinatos que le siguieron fueron distintos. Ben quedó involucrado cuando recibió la foto del segundo hombre y el mensaje de que una mujer iba a ser asesinada, lo que ocurrió delante de todo el mundo. Cada vez la apuesta es más grande y da la impresión de que es justamente esa la intención. Crear todo este pánico —la policía, el tren detenido en la vía, incluso la guía herida— es parte del plan.

Si Ben logró que el asesino aceptara dejar ir a la interventora fue porque se dio cuenta de que la policía no iba a mandar ayuda. Lo que él quiere es que Ben la vea morir.

Tiene que hacerlo. Aunque salga, debe intentarlo. Si tiene la mínima posibilidad de zafarse, debe aprovecharla.

Ben abre un paquete de vendas, se inclina sobre la mujer y las deja sobre el plástico en el que venían envueltas para evitar que toquen el suelo y para poder manipularlas lo menos posible. Al incorporarse, ve que la interventora convulsiona nuevamente; tantea el aire con las manos como un cangrejo que manotea rastros de comida invisibles.

Ben hace todo lo posible por ignorar esos movimientos. Con cuidado, le levanta la cabeza y los hombros, avanza con las rodillas y la trae hacia sí hasta que logra acomodarla sobre su regazo. El peso del cuerpo no le permite moverse: tiene las rodillas torcidas en una postura incómoda debajo de ella, pero siente esa incomodidad como algo a lo que puede aferrarse. Desecha la idea de que ella está cerca de la muerte y busca concentrarse en lo único importante: el clavo incrustado en la frente de la mujer.

Ben inspira hondo e intenta coger el clavo; hunde los dedos en la piel inerte de la frente para encontrar un punto de apoyo y poder comenzar a extraerlo.

Falla en el primer intento y maldice en el instante en que una gota de sangre brota del borde metálico de la cabeza del clavo y se desliza por la cara de la mujer. Ben coge una compresa para intentar detener el sangrado, pero no lo logra. Prueba nuevamente. Esta vez con el borde de las uñas, y cuando cree que ha conseguido sujetar la cabeza del clavo, empieza a tirar, pero se le dobla la uña e inmediatamente aparta la mano, como si el cráneo de la mujer estuviera electrizado.

Al examinarse el dedo, comprueba que la uña no está rota. Al limpiarla con una venda, ve la línea blanca y recta por donde se le dobló. El clavo está mucho

más incrustado de lo que imaginaba y quizá tenga que hacer algo más para poder moverlo. Detesta la idea, pero tal vez necesite girarlo un poco para que empiece a ceder.

"Buena idea. Revuélvele el cerebro como si fuera un puto huevo".

Ben ignora la voz. A la tercera va la vencida. Cambia de mano y vuelve a hincar los dedos en la piel que rodea la cabeza del clavo, usando cuatro dedos para lograr un mayor contacto. En este momento, no le preocupa cuánta piel pueda desprendérsele, y de este modo, consigue un buen punto de apoyo debajo de la cabeza del clavo.

Toma aire y gira el clavo. No demasiado, solo un cuarto de vuelta en el sentido de las agujas del reloj. Y ahora, cuando tira, el clavo empieza a salir. Ben contiene la respiración y tira otra vez, con la mano firme y sujetándose la muñeca con la otra mientras extrae el clavo muy despacio.

Cuando ya está casi un centímetro fuera, ve que algo se arquea y se deforma en el cráneo, una extraña protuberancia muy cerca de la herida. La piel de la frente se le tensa como el ala de un murciélago.

Ben suelta el clavo, y la fractura del cráneo vuelve a su lugar hasta que desaparece por completo la deformación, como si le estuviera advirtiendo que no volviese a tocarla. Siente que se le cierra la garganta, que le falta el aire. Estaba tan cerca… Creyó que ya lo tenía.

—¡Joder!

El insulto le salió más fuerte de lo que hubiera querido, y lo coronó con un rugido a todo pulmón para aliviar un poco la frustración. Mira a su alrededor buscando una respuesta, pero no encuentra nada. Solo las paredes de la cabina, que ahora se cierran sobre él como las rejas de una jaula, y la oscuridad del túnel, que sigue allí.

"Córtale la garganta con esas tijeras y acaba con esto. Muéstrale un poco de misericordia".

Ben mira fijamente las tijeras dentro del botiquín de primeros auxilios, ya fuera de su estuche, pero aún envueltas en el plástico estéril. Por un momento, lo piensa en serio. Podría decir que fue un accidente o un error. Lo que sea para calmar esa sensación de estar colgando del borde de un abismo.

No son tijeras, son más bien cizallas, de hojas planas y precisas, del color del acero quirúrgico. A diferencia del resto del material de primeros auxilios, parecen hechas para ese fin. Ben hasta puede oír el sonido de las hojas cuando

abren y cierran, el áspero susurro imposible de tolerar, las superficies planas solo desplazándose al cortar tanto tela como carne.

Podría usar las tijeras.

No para cortarla, aunque la idea le ronda en la cabeza el tiempo suficiente para sopesar pros y contras. Sería fácil cortar la piel, pero el problema es aún mayor: darle todavía más libertad de movimiento a la parte fracturada del cráneo parece contraproducente.

La imagen que le viene a Ben a la cabeza es imitar el movimiento de un martillo de uña: colocar las dos uñas aplanadas de atrás sujetando el clavo y arrancarlo de raíz. Si usara las hojas de las tijeras para sujetar el clavo por los lados y colocara la otra mano para sostener la zona lesionada, podría extraerlo haciendo palanca mientras mantiene inmovilizada la sección fracturada del cráneo. Eso, siempre y cuando el resto del cráneo no esté tan fracturado como la parte afectada, a punto de hundirse bajo la presión de su mano, como ocurre con una capa de hielo demasiado delgada al pisarla.

Las tijeras parecen muy limpias cuando Ben las desenvuelve, pero aun así exprime el resto del desinfectante de manos a lo largo de cada hoja. Las abre y las cierra varias veces hasta que el líquido se evapora. Intenta no tocar nada más allá del mango mientras acerca las gasas. Es lo mejor que puede hacer.

Ben baja la mano hacia la cabeza de la mujer; la palma y los dedos acompañan la curva de su frente, y se quedan allí, inmóviles, a un suspiro de tocarla.

Puede hacerlo.

Respira hondo y abre las tijeras para colocar las hojas a ambos lados de la cabeza del clavo. Mientras se preparaba, el clavo ha vuelto a retraerse hasta quedar otra vez al ras de la frente, succionado hacia dentro por la fuerza que él mismo ejerció al intentar extraerlo. Presiona las hojas contra la piel, en un intento de colocarlas por debajo del borde metálico. Un poco de sangre brota en el punto de contacto, corre por la hoja y gotea sobre los dedos de Ben. La siente caliente sobre la piel, más caliente de lo que debería, y percibe cómo se le acumula presión en las fosas nasales, un dolor reflejo, como si alguien le estuviera empujando lentamente una estaca a través del lóbulo frontal. Frunce el ceño con fuerza para mantenerse concentrado en la tarea que tiene delante.

Al principio, las tijeras no enganchan, y Ben tiene que presionarlas más, empujando mucho más fuerte de lo que jamás hubiera imaginado y con la sensación de que va a terminar hundiéndolas en la cabeza de la interventora.

Pero por fin las hojas se deslizan bajo el borde de la cabeza del clavo, y él las cierra justo a tiempo para sentir cómo muerden a ambos lados.

Modifica la forma de sujetarlas, presionando entre sí las puntas de las hojas para que no puedan escaparse y, al primer intento, ve cómo el hueso bajo la frente se arquea con la misma alarmante certeza de que va a ceder, como ya ocurrió.

Empieza a deslizar lentamente los dedos de la otra mano sobre la frente de la mujer buscando la línea de fractura y luego abre la mano al máximo para cubrir la mayor superficie posible. Cuando siente que ya ha abarcado la zona para estabilizar la fractura, ajusta la posición de las tijeras y hace palanca hacia arriba.

Imaginó que el clavo saldría sin resistencia, con un solo movimiento, probablemente cubierto de sangre, pero no mucho más. Sin embargo, sale lentamente, en una lucha intermitente —avanza y se detiene— contra el vacío que se forma cada vez que Ben tira de él, sin que nada en el interior ocupe el espacio que deja. Los lados del clavo raspan contra el cráneo, y Ben siente cada desplazamiento y cada vibración magnificados a través de sus dedos y ascendiendo a lo largo de sus antebrazos. Hay un poco de sangre, pero la mayor parte es una especie de líquido transparente y ligero con pequeños trozos de materia gris que salen también por la herida, y eso no puede ser nada más y nada menos que parte del cerebro. Ben no puede evitar preguntarse qué representará cada uno de esos trozos: recuerdos con un buen amigo, o tal vez una palabra complicada que pronunció alguna vez. El solo pensarlo le provoca náuseas, así que intenta olvidarse de ello. "Si sobrevive, podrá aprenderlo todo otra vez".

Cuando por fin ve la punta del clavo, una rebaba del metal se queda atascada en el cráneo, y Ben aplica un giro para desatascarla. Un último movimiento no debería empeorar nada. Y el clavo sale. Ahora la sangre fluye libremente. Brota y llena el orificio que ha dejado el clavo. Y es en ese instante cuando Ben comprende que ha estado viendo un orificio que llegaba hasta el cerebro. La sangre fluye tan rápido que no tarda en rebosar de la herida y descender por la cara de la mujer. Ben se aleja de golpe, maldiciendo y buscando más gasas para detener el sangrado, pero se olvida de bajar las tijeras.

Observa el rostro de la mujer en busca de cualquier cambio. Un súbito retorno del color, una bocanada de aire. Nada.

La compresa bajo la palma de Ben está empapada de sangre y, aunque está

exhausto, aunque no quiere seguir con este esfuerzo inútil ni un segundo más, coge otro trozo de gasa limpia para continuar. La gasa ensangrentada se desprende como la cáscara de una fruta, con un desgarrón húmedo al separarse a regañadientes de la carne. Ben arroja el bulto oscuro dentro del botiquín vacío mientras coloca la nueva en su lugar. Sus manos, cuando no están ocupadas, tiemblan.

Ben siente que las gasas cambian de forma bajo su mano. Se vuelven más densas. Como si se alimentaran de lo último que queda de la mujer.

Cierra los ojos y trata de no pensar en cuánto había deseado que eso funcionara. En que, por un instante, se había atrevido a creer que la mujer podría sobrevivir.

La interventora se mueve bajo su mano; el cuello y los hombros se le tensan.

—¿Quién cojones se atreve a ponerme una mano encima? —pregunta con una voz tan débil que casi no puede oírse.

Ben no tiene fuerzas para sobresaltarse. Cuando baja la vista, ve que la interventora ha cerrado los ojos por completo y que su cara vuelve a tener algo de color. Si no fuera por la sangre a su alrededor, se podría decir que está durmiendo.

—Todo está bien —responde él—. Vendrán a ayudarnos.

La interventora emite un sonido como si asintiera, y luego se relaja. No está inconsciente. Ben ve que sus labios se mueven y, al cabo de un momento, descifra lo que está diciendo.

Está rezando.

Ben recuerda las plegarias. Los domingos con su padre, camino a la iglesia, para luego pasar el día juntos.

Todas las lecciones que su padre le enseñó.

Desearía que ella no rezara, pero no se atreve a detenerla.

Debería avisar por radio a los sanitarios que la mujer está consciente, que no ha muerto. Que no la mató. Tal vez eso haga que envíen ayuda. Cuando va a llevarse la radio a la boca, su móvil vibra, con un movimiento tan brusco que la carcasa de plástico baila sobre la placa metálica antideslizante que está remachada al suelo del vagón.

Por un instante, Ben se olvidó de dónde estaba. Se olvidó del metro, del asesino y de los mensajes en su teléfono. Se olvidó de todo lo que lo había llevado hasta este instante. Ahora que recuerda por qué está donde está, lo único que siente es vacío.

Ben coge el teléfono.

Diles que muevan el tren, Adam.

El nombre es como una lanza clavada en el centro del pecho. Se supone que nadie sabe nada de ese nombre. Nadie debería usarlo. Aun así, ahí está. Alguien lo acaba de desterrar después de tantos años.

Ben sabe por qué la persona del otro lado del teléfono hace lo que hace. Sabe por qué lo ha elegido a él.

Es por su padre. Por el lugar al que terminaron llevándolo esas plegarias y esas lecciones.

Mira a la interventora, la radio que sostiene en la mano, y sabe que no hay manera de explicar todo aquello. No hay manera de que vayan a comprenderlo.

Le echarán la culpa a él.

"Tal vez por eso te hayan elegido".

Ben abre el micrófono.

—Necesitamos mover el tren —dice, pero no se identifica, porque tiene miedo de lo que podría decir si lo hace.

El nombre no es algo que salga fácilmente, pero Ben puede sentirlo atascado en la garganta, a la espera de ser pronunciado en voz alta.

—¿Qué ha dicho? —pregunta una voz del otro lado. Hoyt tal vez. Pero Ben no escucha—. ¿Quién es usted?

Ben se estremece ante la pregunta. No tiene por qué contarles todo.

No aún. Pronto lo descubrirán de todas formas, está seguro. Pero, por el momento, no va a decir nada.

—Necesitamos mover el tren —dice entonces—, o mucha más gente morirá.

CAPÍTULO 16

Quince años antes LA TAZA EN EL ESCRITORIO de la doctora Hardy es del mismo tono grisáceo que las paredes de la sala de espera. No fue una elección al azar. La taza que dice "La mejor mamá del mundo" está en el fondo de algún cajón en su escritorio, fuera de la vista de todos. Para algunas de las personas que ella ha ayudado en este lugar, es mejor así. No hay nada en su escritorio o su oficina que no sea deliberadamente neutro. No hay absolutamente nada que pueda sugerir que, mientras la puerta está cerrada, el resto del mundo sigue existiendo del otro lado.

Algunas de las personas a las que la doctora ayuda no necesitan ningún recordatorio de dicha existencia.

Adam Crane tiene once años, pero parece de ocho. No está desnutrido, o al menos no hay nada en su historia clínica que sugiera un grado de desnutrición capaz de frenar su crecimiento. Aun así, es mucho más pequeño de lo que la doctora esperaba. Es muy delgado, y la piel pálida de las muñecas y de los tobillos que asoma más allá del largo de su ropa da a entender que quien lo vistió pensó que era mucho más joven también. Ella resiste el impulso de anotar algo, pero decide recomendar que le consigan ropa nueva lo antes posible. Su aspecto desgarbado, casi de espantapájaros, lo hace destacar, y destacar es lo último que necesita el niño en este momento.

Existe la creencia generalizada de que los niños que sufren traumas maduran antes de tiempo. Que han visto demasiado como para seguir siendo considerados niños y que, en lugar de aceptar que todavía hay un niño dentro

de ellos, resulta más fácil para la conciencia colectiva creer que existe algún mecanismo instintivo que los vuelve adultos antes de tiempo.

Adam Crane no ha madurado prematuramente. Es la primera vez que lo ve, pero las notas de su cuidador indican que ha sufrido una regresión. Su habla es lenta, dicen. Casi no sabe escribir. Puede comer, con algo de ayuda, pero es preciso tener mucho cuidado. Es muy sensible al contacto físico y muestra una marcada tendencia a la claustrofobia.

Adam la está mirando fijamente, con los ojos bien abiertos y sin pestañear, y por su lenguaje corporal, ella puede deducir que no se trata de una mirada curiosa. La está mirando porque le tiene miedo. Tiene miedo de que, si mira para otro lado o si pestañea, algo malo suceda.

Esto no va a ser sencillo, y a la doctora Hardy se le encoge un poco el corazón al pensar en cuántas veces este niño tendrá que venir a su consultorio o a otro muy parecido. Y puede que cuando haya terminado el tratamiento —o cuando sea mayor como para decir que ya ha tenido suficiente—, nada de todo esto le haya servido de ayuda en lo más mínimo. Incluso con eso en mente, y a pesar de que sabe que ganarse su confianza, aunque sea un poco, le puede llevar gran parte de las sesiones, siente que tiene que intentarlo.

Y entonces tiene una idea.

—¿Te gusta mi taza? —le pregunta.

De todas las preguntas posibles, de todas las cosas que él podría haber imaginado que pasarían cuando entrase al consultorio, no existe la más mínima posibilidad en esta bendita tierra de Dios Todopoderoso de que él hubiera adivinado esta pregunta.

Pestañea, confundido, y la doctora Hardy hace un esfuerzo por esconder su sensación de triunfo cuando el niño inclina la cabeza y observa la taza con detenimiento.

—No.

—A mí tampoco. —La doctora Hardy abre el cajón inferior sin mirar y de allí toma otra taza, para colocarla junto a la primera—. Esta es mi taza de siempre. —Observa la reacción en su rostro—. No es mucho más bonita, ¿o sí?

—No. —Y entonces levanta ambas cejas—. ¿Por qué tienes dos tazas?

—Una mujer siempre tiene sus secretos —dice con una seriedad algo burlona.

Recoge la taza beis.

—Esta es para mis invitados, y la otra es la mía.

—Son demasiadas tazas —insiste él.

La doctora Hardy vuelve a colocar la taza color beis dentro del cajón, asegurándose de no derramar su contenido.

—¿Mejor así?

Adam asiente con la cabeza.

—Me llamo Tamsin Hardy —continúa ella, y él se sobresalta cuando ella dice su nombre; un atisbo de miedo le atraviesa el rostro, y si no hubiese logrado que bajara la guardia por un momento, jamás lo habría notado—. Soy doctora, una de las que trabajan aquí.

—¿Estoy enfermo?

—No soy ese tipo de doctora. Yo ayudo a las personas a las que les han sucedido cosas feas.

—¿Tú ayudas a olvidar?

La doctora Hardy respira hondo.

—Los ayudo a seguir adelante. Ahora, teniendo eso en cuenta, quiero que te tomes un minuto y pienses. ¿Con qué nombre te gustaría que te llamara?

Él pone la misma expresión que antes, cuando ella le mostró las dos tazas.

—Un nombre en el papel, otro nombre para nosotros. —Ella levanta el expediente a modo de explicación y hace el gesto de abrir un cajón del escritorio para guardarlo allí dentro—. Puede ser cualquier nombre que tú quieras.

Él se queda un momento, como si estuviera pensando, pero la doctora Hardy percibe que esa búsqueda interior acaba de toparse con el vacío. Levanta la vista y señala su taza.

—¿Quién te dio eso?

—¿Esto? Mi hijo.

—¿Cómo se llama tu hijo?

La pregunta es tan desgarradora como inevitable. Por más astuta que sea, la doctora Hardy no se la esperaba. Ella sabe que, si se detiene a pensar, si duda y miente, él se dará cuenta y ella perderá por completo la oportunidad que tiene para ayudarlo.

—Ben —responde la doctora.

No son muchas las veces que ha llorado delante de un paciente en el trabajo y no quiere sumar otro día a esa lista.

—Ben…

El niño repite el nombre para probar cómo suena, y luego asiente, conforme.

—Puedes llamarme Ben.

CAPÍTULO 17

Franklin Street Lo bueno de tener un asistente como Hoyt es que el hombre no es sutil. Para empezar, no es necesario decir o hacer nada que pudiera usarse en tu contra cuando lo tienes respirándote en la nuca. Además, McDiarmid siempre sabe cuándo está en camino. Con el estruendo de sus pasos, su proximidad es casi tan perceptible como su presencia física. Ocupa tanto espacio que es imposible no darse cuenta cuando se planta a tu lado.

—¿Qué tienes para mí? —pregunta McDiarmid sin volverse siquiera y antes de que Hoyt pueda pronunciar palabra. No puede evitar sentir una chispa de satisfacción cuando la sanitaria a su lado vuelve a mirar, sorprendida.

—Varios de los pasajeros dentro del tren han comenzado a subir vídeos a internet.

—¿Cuántos vídeos?

—Es difícil decir. Hay al menos dos retransmisiones en vivo. En cuanto a las fotos y a los vídeos… —Hoyt abre las manos—. Hay usuarios que ya están compartiendo vídeos de otras personas. Intentan subirse al carro de las noticias, señor.

El primer impulso de McDiarmid es poner fin a todo esto, pero sabe que eso es más fácil de decir que de hacer y, dadas las circunstancias, incluso hasta podría resultar contraproducente.

—¿Cómo se presenta la situación?

—Como un montón de neoyorquinos furiosos y desquiciados, señor.

Una olla a presión, en otras palabras.

—¿Y tenemos control sobre todo lo que se está publicando en directo?

—Sí, señor.

—Recuperad de ahí todo lo que podáis. Nombres, caras, cualquier comentario que pueda decirnos qué está sucediendo allí abajo. Cuánto saben, cuáles son los rumores —sigue McDiarmid—. Quiero saber quién está sentado en qué asiento en cada vagón, o lo más parecido a eso posible.

—Claro, señor.

McDiarmid sabe con exactitud cuánta mano de obra requerirá esa misión. Una sola retransmisión de vídeo exige muchos ojos y oídos para no pasar nada por alto. Los del Departamento de Analítica son buenos: son de esos frikis de los datos objetivos capaces de analizar medio millón de recibos digitales de tarjetas de crédito y conseguir el nombre y la dirección de cada persona que compró un par de guantes de cuero negro un jueves de abril…, pero no son suficientes para cubrir todo el material que está apareciendo ahora mismo en tiempo real. En un vagón de metro repleto de smartphones, hay demasiado contenido y demasiadas posibilidades de que algo se les escape.

—Pon a los nerds a trabajar también.

—¿Señor?

—Llama a Thompson, del Departamento de Analítica. Dile que entre en las redes sociales y empiece a introducir palabras clave como "pistas", "escape room" o "conspiración". —McDiarmid chasquea los dedos—. "Falsa bandera" es buena.

Unos años atrás, McDiarmid había leído en *Newsweek* la historia de una empresa que logró resolver el plegamiento de las proteínas transformando todo en un juego de rompecabezas. Hubo miles de ojos sobre el problema, miles de cerebros trabajando a tiempo completo y gratis. No hace falta demasiada imaginación para aplicar el mismo principio a las conversaciones en línea. Hay demasiada información circulando en las redes como para que Seguridad Nacional pueda identificar cada amenaza potencial y evaluar la probabilidad de que llegue a materializarse, pero también hay muchísimas personas mirando su teléfono, sumidas en un estado de paranoia cada vez mayor. Todos están convencidos de haber descubierto la próxima gran amenaza para los Estados Unidos de América.

—Ya mismo —obedece Hoyt.

Los hippies vigilan a los nazis, los nazis vigilan a los hippies, y el clima de exaltación que se vive en las redes hace que todo el mundo esté en alerta máxima todo el tiempo. De vez en cuando, Thompson ponía a prueba la

eficacia del sistema creando cuentas falsas para defender alguna postura extrema. Normalmente, no llegaban a durar más de un día: alguno de sus oponentes terminaba denunciándolas a las autoridades.

—¿Sabemos algo acerca de la víctima de WTC Cortlandt? —pregunta McDiarmid.

—El equipo de artificieros recuperó algunos fragmentos de plástico y de metal en el andén —responde Hoyt—. El núcleo de la bomba sigue dentro del pecho del hombre. Lo estaban analizando con rayos X para intentar definir qué calibre se utilizó.

—Déjame adivinarlo. Parece como si alguien hubiese doblado una diminuta placa de cobre por la mitad.

Hoyt ni siquiera necesita decir que sí con la cabeza.

—Están analizando los restos del explosivo para confirmarlo, pero…

—No fue un tiroteo —sentencia McDiarmid—. La víctima llevaba consigo una bomba desde el minuto cero.

—No era una bomba propiamente dicha, señor.

—Pero era lo suficientemente potente como para perforarle el pecho y que uno pueda meter la mano entera en el orificio —sigue McDiarmid. Acto seguido, se lleva una mano al pecho, a la altura aproximada donde la víctima recibió el impacto, y se toca la solapa de su chaqueta—. Quienes la fabricaron se aseguraron de que pareciera un paquete inocente, algo que sabían que su objetivo no dudaría en guardar en un bolsillo de su chaqueta.

—¿Y cómo saber que eligieron a la víctima con antelación? —pregunta Hoyt.

—Presta atención a la segunda —dice McDiarmid—. La mujer de Franklin Street tenía la bomba en su bolso —exclama Hoyt.

McDiarmid asiente.

—Una bomba más potente. Pero ¿por qué?

Hoyt lo piensa por un momento.

—La primera víctima se lo metió en el bolsillo. Y la segunda en el bolso. De haber usado el mismo calibre en ambos, no se habrían asegurado la masacre.

—Esa podría ser una conclusión razonable —responde McDiarmid—, pero no creo que eso sea todo. Quien lo haya hecho quería eliminarla, pero también quería llamar nuestra atención. Es como si supiera que acabaríamos aquí abajo buscándolo.

Hoyt pasa la carpeta repleta de papeles de una mano a la otra, como si le

agradara poder entregársela a alguien. Los bordes de los papeles se ven uniformes, como si acabaran de salir de la impresora.

—¿Esos son los informes de antecedentes?

—Lo primero que hemos encontrado de todas las personas que usted ordenó investigar.

—Muy bien. —McDiarmid había pedido lo mínimo indispensable: antecedentes, contactos conocidos, cualquier señal de alerta. Rápido y sencillo. Siempre se puede profundizar mucho más, pero el problema de tener todos esos datos al alcance de la mano es el tiempo. Los muchachos de Analítica pueden pasarse un mes dándole la vuelta como un guante a la vida de una persona y aun así pedir una semana más para terminar el informe—. Empecemos por el último eslabón de la cadena: el maquinista.

—Nada fuera de lo común —responde Hoyt—. Tuvo un arresto por conducir bajo los efectos del alcohol que luego fue eliminado de su historial a cambio de participar de un curso de rehabilitación. Aquí dice que asistió a todas las sesiones. Arrastra algunas deudas, sí, y parece que cambió el alcohol por las carreras de caballos. Por lo demás, está limpio.

—¿Nada sobre su actividad en internet?

—Nada… —Hoyt hace una pausa—. Ve mucho porno.

McDiarmid, que ha visto las estadísticas de lo que Seguridad Nacional consideraría un consumo normal de pornografía, se queda desconcertado. Hoyt nunca agrega comentarios.

—Define "mucho".

—Como otras personas ven televisión, señor.

—Por Dios… —Solo ha hablado con el hombre por radio, pero aun así puede imaginárselo perfectamente—. ¿Y la interventora?

—Limpia.

—¿Demasiado limpia?

—Lo normal, señor. Miembro activo de su iglesia y con una segunda hipoteca que quizá no debería haber contraído.

McDiarmid chasquea la lengua.

—Era de esperar.

Los que ponen bombas tienden a acabar, quieran o no, entre los heridos o los muertos. Todo habría sido mucho más sencillo si esta hubiera sido una de esas veces.

—¿Y qué hay de nuestros buenos samaritanos?

Hoyt revisa sus notas antes de responder.

—Colocaría algunos signos de interrogación sobre el oficial de coordinación vecinal en Cortlandt. Ningún arresto, ninguna detención que alguien se haya molestado en registrar. Buenas calificaciones, buena universidad, pero no llegó a completar un año de carrera; tiró la toalla e ingresó en la policía de Nueva York. Estamos rastreando a un contacto en la universidad para ver si hubo algún incidente que haya sido encubierto.

—Revisad si sus padres han fallecido —dice McDiarmid—. O facturas hospitalarias. —Ya había visto ese patrón antes: personas que podrían haber llegado a ser algo, si no fuera porque nunca cortaron el cordón umbilical—. Podría estar implicado de alguna manera. Algún tipo de beneficio para él tal vez. Investigad a la familia, por si acaso.

—Sí, señor.

McDiarmid espera el último nombre, pero Hoyt guarda silencio: de pronto, deja de percibir su presencia. Eso, para Hoyt, solo puede significar que ha encontrado algo… o que la ha cagado.

—Háblame del pasajero.

—Ben Cross —responde Hoyt, y luego se aclara la garganta—. Se graduó este año en la Universidad de Texas en Austin…

—No lo adornes —lo interrumpe McDiarmid—. ¿Cuál es la mala noticia?

—Ben Cross parece que es un nombre falso, señor.

—¿Parece…?

—Todo lo que haya sucedido con este hombre antes de los once años no figura en ningún lado.

—¿Nada de su juventud?

—No lo sabemos, señor.

McDiarmid piensa por un momento.

—¿Habrá solicitado que se borrasen sus antecedentes cuando cumplió los dieciocho años?

Se gira para ver cómo pasa Hoyt las páginas, aunque ya sabe cuál es la respuesta. Si hubiese hecho eso, el sistema lo habría revelado en cuanto ellos solicitaron la información. Quienquiera que lo haya codificado lo hizo con una desconfianza casi patológica, así que encaja a la perfección con la filosofía de Seguridad Nacional.

—No, señor.

—Dijiste que fue a la universidad en Texas. ¿Esos expedientes también fueron

eliminados allí?

Hoyt vuelve a mirar el informe.

—Todo sucedió aquí, en el estado de Nueva York.

—Joder… —Si hubiera sido Texas, una sola llamada telefónica a algún juez comprensivo probablemente habría resuelto todos sus problemas. Incluso si la línea de investigación se inclina por un acto terrorista, va a ser difícil convencer a un juez de Nueva York de que autorice a desclasificar el expediente judicial de un menor. Aun así, hay más de una manera de obtener la información que están buscando—. Muy bien. Pídele a alguien que inicie el trámite para la desclasificación. Que sea otro quien lidie con ese problema. ¿Dijiste que tenía once años? ¿Y cuánto tiempo pasó?

Hoyt frunce el ceño mientras hace cuentas.

—Catorce años, señor. No, espere… Quince.

—Ya veo. —McDiarmid no cree en las casualidades. Las pistas surgen cuando se intenta analizar el problema desde todas las perspectivas posibles—. Quiero que reviséis todos los casos judiciales y las noticias importantes de Nueva York desde hace quince años. Cotejad las fechas de las sentencias y de los cierres de esos casos con la fecha en que se clasificó el expediente de nuestro chico, Benjamin. Buscad cualquier referencia a menores. Si ponen trabas para abrir el expediente, quizá tengamos suerte si fue noticia en su momento.

Hoyt ya debería haberse puesto en marcha, pero sigue dando vueltas.

—Entonces la historia de Ben Cross era la mala noticia —sigue McDiarmid —. ¿Tenemos algo peor que eso?

—El alcalde quiere una actualización sobre cuándo ayudaremos a los pasajeros a salir del metro.

—¿El alcalde fue a preguntarte a ti?

—No, señor. Llamó uno de sus asistentes. Dijeron que ya habían intentado contactar con usted directamente.

McDiarmid ya lo sabe. Apagó el móvil cuando empezó a vibrar cada diez segundos, siempre con una llamada nueva. Alguien pagará por ello cuando descubra quién pasó su número.

—Uno de sus asistentes… —Ese imbécil arrogante—. ¿Y qué les dijiste?

—Les dije que cualquier consulta debía hacerse por los canales oficiales y que yo no estaba autorizado a compartir información.

—Estoy seguro de que les encantó oír eso.

—Se habrían enfadado con cualquiera, señor.

Hoyt mantiene el rostro impasible al decirlo. McDiarmid se promete recordar sugerir un aumento de sueldo en su próxima evaluación. De repente, nota que la médica ha cogido la radio mientras él hablaba con Hoyt, y le llama la atención el gesto frenético que hace con la mano.

—¿Qué sucede?

—Nos hablan desde el tren —responde ella—. Dicen que tienen un mensaje de parte del atacante.

McDiarmid siente un hormigueo en la nuca, como si fuera cosa del destino que justo en ese momento se produjera el contacto. Se quita la sensación de encima. La superstición es un hábito peligroso.

—¿Y qué quiere?

—Quiere que el tren comience a moverse.

Hoyt resopla con desdén, y McDiarmid lo fulmina con la mirada. El tren se encuentra en ese momento justo debajo de una de las zonas más caras de la ciudad y, aunque innumerables obstáculos lo separan de cualquier noticia del exterior, McDiarmid sabe que en la superficie reina el caos a causa del atentado. Mover el tren a un lugar que puedan controlar les vendría de maravilla.

—¿Hacia dónde?

—No lo ha dicho, pero…

—Dígale que todavía necesitamos tiempo —sentencia McDiarmid—. Tenemos que estabilizar a la interventora primero, asegurarnos de poder ayudarla a salir del tren y llevarla a un hospital.

Ignora la mirada atónita que le dirige la médica. Ella se había opuesto con más vehemencia de la que nadie se había atrevido jamás a expresar a la idea de permitir que un pasajero realizara una cirugía cerebral en lugar de dejar que ella se acercara a menos de cincuenta metros del tren, y el giro repentino de los acontecimientos la ha descolocado. A McDiarmid no le importa su opinión ni su aprobación. Lo que le importa es descubrir quién colocó la bomba y si sigue representando una amenaza.

—¿Vamos a sacarla?

—Sí.

—Alistaré al equipo —dice Hoyt mientras se pone de pie y se prepara.

Podrá ser de mucha utilidad en las fuerzas de la ley, pero sigue teniendo un punto débil. Cuatro años detrás de un escritorio y muy poca acción en las calles han hecho que ahora ande desesperado intentando mostrar lo que puede

hacer. Con el tiempo, entenderá que no tiene nada que demostrar y que hacerse el macho es cosa de imbéciles. Aun así, McDiarmid no puede pararlo en seco. Hay que tratar con la persona, no con el cargo.

—Ningún equipo —dice McDiarmid—. Si el muchacho que está en la cabina con la interventora está jugando con nosotros, nos anticiparemos. Si vamos de frente con un equipo, podría hacer explotar otro dispositivo.

—Podemos entrar como un grupo de sanitarios. Nos aseguramos de que la interventora esté a salvo y luego neutralizamos al pasajero.

McDiarmid asiente.

—Si no es él quien está tirando de los hilos, al menos habremos simplificado la ecuación.

Hoyt analiza el asunto antes de hablar.

—No creo que yo pueda pasar por un sanitario, señor.

—Ajá —Hoyt tiene razón ahí. Es demasiado intimidante e impulsivo para hacerse pasar por sanitario. Si McDiarmid fuese un atacante loco, presionaría el detonador en el instante en que lo viese venir. Necesitan a alguien que parezca lo más inocente posible. Alguien que, llegado el caso, sea prescindible.

McDiarmid mira a su alrededor y es justo en ese instante en que se le ocurre la solución.

—¿Dónde tenemos a Hendricks?

—¿La detective?

—Colócale un micrófono y envíala allí abajo tan pronto como se pueda —ordena McDiarmid.

—¿No deberíamos decirle qué hacer?

—Ah, no. —McDiarmid casi sonríe al imaginarse la cara de la oficial cuando le digan a dónde irá—. Eso lo haré yo mismo.

CAPÍTULO 18

Franklin Street Ben sostiene el teléfono con fuerza, como si fuera a escapársele. Cuando suena y le llegan nuevas instrucciones o alguna burla, se sobresalta. Y cada vez que eso ocurre, tiene la impresión de que el aparato le saltará de las manos. No deja de pensar en cómo se levantó aquel fragmento de cráneo cuando intentó sacar el clavo y ahora, aunque la frente se ve bastante bien, ese fragmento sigue allí, suelto. Bastaría un golpe seco, como que se le cayera el móvil encima, para que se hundiera en el cerebro de la mujer.

Ben activa el micrófono de la radio. No trata de incorporarse para revisar los controles. Sus piernas están acalambradas de intentar mantener la cabeza y los hombros de la mujer en alto, y ahora no está seguro de poder cambiarse de posición sin provocarle otro traumatismo. Además, los de Seguridad Nacional y los de la Autoridad Metropolitana de Transporte saben cuál es su canal. Y se sabe que las malas noticias viajan rápido, así que muy probablemente la mitad de la ciudad ya esté sintonizada también.

—Aquí South Ferry 2-1-5 —dice Ben.

No se siente bien. Necesita salir de este tren, deshacerse de su móvil, y ahora es el momento. La policía está allí, aproximadamente a unos cien metros, y aunque lo enviaran a prisión, por lo menos se libraría de esta pesadilla. Pero la interventora no está estable, ni siquiera un poco, y Ben no puede abandonarla a su suerte. El vendaje podría aflojarse o la pobre podría reaccionar e intentar moverse, y empeoraría el traumatismo.

—Aquí South Ferry 2-1-5 —repite.

La médica con la que ya había hablado es quien le responde.

—¿Cómo está nuestra paciente?

—Está viva —responde Ben—. Puede hablar.

—¿Está despierta? ¿Ha abierto los ojos?

—Tiene los ojos cerrados, pero creo que puede oírme. —Ben mira hacia mujer y ve que muy lentamente ella levanta el dedo corazón—. Me está levantando el pulgar, pero probablemente debería intentar quedarse quieta.

—Bien —asiente la sanitaria—. ¿Cómo es la herida? ¿Es un solo orificio o hay más traumatismos? Me refiero a fragmentos de su…

—La persona que puso la bomba ha contactado conmigo. Me ha estado enviando instrucciones. ¿Me entiende?

—Yo, eh… —La sanitaria deja el micrófono abierto y, aunque Ben no alcanza a oír lo que dice, suena como si estuviera buscando un bolígrafo. Vuelve al micrófono, y su voz se oye clara otra vez—. Le escucho. Le entiendo.

—También es responsable del tiroteo que hubo antes. Ha matado a un tercer hombre en la puerta de su casa esta mañana, en algún lugar de esta ciudad.

—El tiroteo de antes —trata de confirmar ella—. Muy bien.

—Quiere que el tren empiece a moverse.

—Que empiece a moverse, ajá. —Vuelve a dejar el micrófono abierto y, tras una breve pausa, inspira hondo y habla como si cada palabra pesara una tonelada—. Ben, escúcheme bien, por favor. Yo no tengo autoridad para decidir esto. Voy a tener que pasarle con alguien que pueda tomar una decisión.

A Ben le invade una oleada instantánea de pavor. En los mensajes, no había ningún plazo, pero de todos modos, él siente que el tiempo se le está acabando.

“Está jugando contigo. Quiere ganar tiempo para poder meterte una bala en medio de la frente en el instante en que te asomes por esa ventana”.

—¿Le parece bien, Ben? —le pregunta la médica.

Ben ignora la voz en su cabeza.

—Por favor, dense prisa.

Silencio en la radio, y Ben se siente un idiota sosteniendo el micrófono, esperando una llamada que muy probablemente tarde un largo rato en llegar. La interventora cambia levemente de posición, y automáticamente él cambia el peso de su propio cuerpo para evitar que se deslice en sus rodillas.

—¿Por qué?

La voz de la interventora rompe el silencio. Es solo un susurro.

—¿Por qué está pasando esto? —pregunta Ben.

Ella asiente, pero lo hace con una inclinación mínima de la cabeza que se percibe más por la forma en que los músculos de su cuello se tensan contra él que por un movimiento visible.

Con ese orificio en la cabeza, Ben siente que la mujer se merece un poco de sinceridad.

—Cuando era niño sucedió algo muy malo —comienza a decir—. Y ahora esto… —Se vuelve a sentir aquel niño, sentado en una silla, intentando que las palabras salgan de su boca, pero no—. Creo que este es mi castigo.

Ella permanece tan inmóvil que Ben se asusta; se pregunta si ha dejado de respirar. Antes de que pueda pensar en alguna técnica para comprobarlo, la interventora vuelve a hablar.

—¿Has matado a alguien?

Ben intenta responder, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta. A veces, cuando intenta dormir, todo lo que ve al cerrar los ojos son llamas. Un fuego en la oscuridad. Levanta la vista hacia el techo, y traga aire como si estuviera a punto de ahogarse.

—Yo…

—Aquí Hoyt. —La voz del agente de Seguridad Nacional llena la cabina como un grito, y Ben se sobresalta. En ese instante, se da cuenta de que las lágrimas le recorren las mejillas. La interventora está en un estado en el que ya nada puede sorprenderla, ni siquiera puede alterar el ritmo de su respiración—. Hemos recibido sus exigencias. ¿Adónde desea que traslademos el tren?

Ben no dice nada. No se lo han mencionado en ninguno de los mensajes. Solo se le pidió que dijera que debían poner el tren en movimiento y que habría consecuencias si no lo hacían. Ben se pregunta si obtendrá una respuesta si consulta… o eso hará que alguien más termine muerto.

Levanta la radio para hablar.

—No lo sé. Solo ha dicho que quiere que el tren se mueva…

El móvil de Ben vibra en su mano, el zumbido suena fuerte en el espacio estrecho. Solo dice “181 St.”. Debería haber sabido que los estaba escuchando.

—Quiere que el tren vaya hasta la 181.

Ben ya lo sabe. Eso es Washington Heights, junto al Hudson. Es una estación que está a unos cuarenta metros bajo tierra. Había oído que estaba pensada como uno de los lugares donde la gente podría refugiarse si la ciudad estuviera a punto de recibir un ataque nuclear. No serviría de mucho para quienes estuvieran atrapados al sur del puente George Washington cuando sonara el

aviso de cuatro minutos, pero al parecer, "podría funcionar" pesaba que "funcionaría".

No parece el estilo de lugar al que uno llevaría rehenes si estuviera planeando escapar, y ese pensamiento a Ben le hiela la sangre.

Allá abajo, en la oscuridad, tan hondo como desciende el metro.

—Eso nos llevará un tiempo —dice Hoyt—. Entiendo que quien está enviando esos mensajes puede oírme, así que voy a pedirle directamente que deje descender a los pasajeros antes de que el tren se mueva.

—Todos se quedan a bordo —dice Ben—. Dijo que podría liberar a la interventora herida si yo la ayudaba.

—¿Y está dispuesto a permitirnos ir a buscarla?

Ben siente cómo el plástico de la radio se vuelve resbaladizo bajo la palma de su mano. Esta es su oportunidad. Tiene que aprovechar cada ventaja que tiene.

—Hasta ahora ha cumplido todo lo que ha prometido —responde, y se prepara para recibir un nuevo mensaje que diga que ha cambiado de idea.

Nadie más allá del último vagón. Solo ella baja. Nadie más.

Ben transmite las instrucciones, y Hoyt las acata.

El teléfono vuelve a vibrar.

¿No vas a decir nada, Adam?

Ben se queda callado.

Por eso quiere ir hasta esa estación. Quiere llevarlo tan profundo como sea posible. Quiere llevarlo hasta donde sucedió todo. Quiere mostrarle al mundo quién es él y qué ha hecho.

Ben sabe que Seguridad Nacional lo descubrirá y que debería intentar tomar el control de la situación, pero aún no encuentra la fuerza para decirlo en voz alta. Cada vez que esta persona usa su nombre en un mensaje, es como si le colocaran una piedra más sobre la espalda. Y tarde o temprano, ese peso terminará aplastándolo.

El teléfono vuelve a vibrar.

No importa. Tú sigue. Tienen cinco minutos para poner en marcha el tren, con o sin la interventora a bordo.

Ben enciende la radio una vez más.

—Tienen cinco minutos.

CAPÍTULO 19

Franklin Street

En el instante en que Kelly accede a la petición de McDiarmid, dos agentes de Seguridad Nacional se abalanzan sobre ella y le arrancan la chaqueta del traje con una rapidez alarmante. Por un momento, le preocupa que su blusa corra la misma suerte. Pero no. Los agentes le colocan un chaleco antibalas y le ofrecen una camisa color azul almidonada de sanitaria para que se la ponga, cada uno sosteniendo en alto una manga, como dos padres impacientes que necesitan que el hijo salga de la casa inmediatamente.

Se le eriza la piel al ver su chaqueta, la más o menos decente, no para una entrevista de trabajo, pero sí para causar una buena primera impresión, arrojada a los escombros del andén. Para colmo, uno de los agentes la ha arrugado antes de dejarla ahí.

—¿Me pagarán el servicio de tintorería? —les pregunta.

—La ciudad se hará cargo de eso —dice McDiarmid, y luego mira el lugar donde cayó—. También ofrecemos servicio de incineración. ¿Está segura de que puede hacerlo?

Kelly levanta los brazos para introducirlos en las mangas, y los agentes tiran de la prenda para ajustarla sobre el chaleco antes de abotonarla. El chaleco es más liviano que los que ella está acostumbrada a usar: las rígidas placas blindadas que se le clavan en las costillas parecen de plástico comparadas con las habituales planchas de metal, pero podría apostar que, en un enfrentamiento cara a cara, este chaleco detendría más balas.

—Estoy segura.

Incluso si el tiempo no apremiara tanto, no dudaría. En el instante en que dices que no, te estás apartando tú sola del juego. Además, ha visto cómo terminó el tipo del andén en Cortlandt; fue una de las primeras personas en llegar a la escena. No son cosas que una vea y pueda olvidar fácilmente.

Siente que la tensión se le va acumulando, como cuando una tormenta comienza a tomar forma en el horizonte y se sabe que se aproxima. Esta

situación supera cualquier incidente con el que haya tenido que lidiar, y aun así presiente que este es solo el comienzo. Si logra entrar en el ojo de esta tormenta, tal vez tenga la oportunidad de frenar el desenlace que esta gente tiene en mente.

Este es su caso. Lo sabe en lo más profundo de su ser, lo supo en el mismo instante en que la multitud en Cortlandt comenzó a agitarse tras los disparos. Sabe también que la han reasignado para hacerle tragar su orgullo, y ha aceptado el castigo. De todos modos, en el momento en que puso un pie en esa estación de metro, pasó a ser su jurisdicción. Con un café de mierda o sin él, tiene un trabajo que hacer, y este maldito terrorista ha aparecido ahí para estropeárselo. No importa la lección que pretendían que aprendiera. Ella pondrá las cosas en orden para ver a Hernández escalar posiciones hasta convertirse en capitán. Esto es algo personal. Seguridad Nacional podrá parecer todo lo importante que quiera y urdir cuantos planes estúpidos se le antojen: va a ser ella quien atrape a este hijo de puta.

—Andando —dice McDiarmid.

El agente de Seguridad Nacional comienza a moverse, y la imponente figura de Hoyt, quien también se ha librado de su chaqueta y viste ahora una versión enorme del mismo uniforme que ella, lo sigue.

Kelly acelera el paso tras ellos. No quiere quedarse relegada y perderse lo que tengan que decir, y ve también a los dos oficiales que la han ayudado con el chaleco recoger su equipo para ir tras ellos.

—Hoyt irá con usted hasta el tren. Él sujetará el frente de la camilla, y usted la parte trasera. La doctora… ¿Cuál era su nombre?

—Chris Janson —responde Hoyt.

—Eso. Janson se quedará con ustedes dos para asegurarse de que la interventora se mantenga estable.

Uno de los agentes los alcanza y coloca un audífono en el oído derecho de Kelly. Ella aparta la cabeza con un movimiento seco y alza la mano para advertirle que, si vuelve a intentarlo, ella misma le romperá la cara. De repente, un sonido hueco le invade el lado derecho de la cabeza, seguido de un breve pitido electrónico. El agente le hace un gesto con la mano.

—¿Funciona?

Y Kelly, a regañadientes, transforma el puño que tenía levantado en un pulgar hacia arriba para dar el visto bueno.

Funciona, y ahora tiene incrustado en su cabeza a todo el Departamento de

Seguridad Nacional.

—No contamos con mucho tiempo —dice McDiarmid—. Subís al vagón y colocáis a la interventora en la camilla. Tan pronto como esté bien sujeta y lista para el traslado, pondremos el tren en movimiento, y vosotros deslizaréis la camilla por la puerta trasera.

Suena a un plan a medias.

—¿Y qué hay del pasajero?

—Él se queda —sentencia McDiarmid justo después de una pausa tan elocuente que lleva a Kelly a preguntarse cómo este hombre llegó tan alto en Seguridad Nacional sin saber decir una mentira convincente.

—¿Y qué haremos si trata de seguirnos? —pregunta Kelly—. La gente entra en pánico. Debemos estar preparados.

—No podemos arriesgarnos —sigue McDiarmid. Ya se muestra más seguro, como si estuviera entrando en calor con la tarea—. Es por eso por lo que lo estamos esperando hasta el último minuto. —Hace una seña con la cabeza a uno de los agentes—. Dale una pistola.

A Kelly no le había gustado tener que entregar su propia arma cuando esta gente se hizo cargo de la primera explosión. Había exigido un recibo, y ellos habían tenido que improvisar uno. Que ahora le estén dando un arma le parece aún más sospechoso.

—¿Alguna vez ha disparado una Springfield? —le pregunta uno de los agentes.

—No.

—¿Y una Shield?

—¿La de Smith & Wesson? —Esa sí la conoce—. ¿Acaso no usan Glocks?

—Nos hicieron un descuento que no podíamos rechazar —responde el otro agente, y le levanta la parte de atrás de la camisa para colocar el arma, debajo del chaleco antibalas. El arma es un bulto rígido en la zona lumbar, pero quedará oculto si se mantiene derecha—. Así está bien, ¿verdad?

—Estoy bien —confirma Kelly.

—El velcro es lo mejor que tenemos por ahora. No salte demasiado y no se le caerá. El seguro está del lado izquierdo. Hay siete cartuchos en el cargador y uno en la recámara. El puntero láser se activa delante del guardamonte, del lado derecho.

—¿De qué color es?

—Verde. Todos nuestros equipos están en verde.

Hoyt le tiende una radio y un móvil. Kelly coge los dos.

—Están escuchando todas nuestras transmisiones por radio —advierte McDiarmid—. Vamos a mantener la mayor parte de las comunicaciones en un solo canal para que sigan creyendo que van un paso por delante. Debemos asumir que pueden escucharla mientras usted esté en el túnel. Si sospecha que están a cielo abierto y tenemos la oportunidad de aislarlos del tren, presione el botón de Enviar en el móvil para avisar a los francotiradores. De lo contrario, manténgalo oculto.

Kelly asiente y se guarda el teléfono en el bolsillo izquierdo del pantalón. Casi todos los policías que conoce llevan el móvil en una funda resistente contra impactos y además con el protector de pantalla más duro que puedan comprar. A ella solo le importa proteger el teléfono, pero a decir verdad, la mayoría de los oficiales lo hacen porque la marca usa palabras como "táctico" y "grado militar" en sus anuncios. El móvil que Hoyt le acaba de dar es tan delgado que casi no parece un teléfono, y es tan caro que tendría que refinanciar la hipoteca de su casa para poder pagarlo. Kelly está segura de que podría lanzarlo al espacio y aun así tendría señal después.

—¿Ya está lista? —pregunta McDiarmid a modo de confirmación, mirando el reloj como si fuera ella la que estuviera demorándolo todo.

Al final del andén, hay un agente de Seguridad Nacional con equipo táctico completo arrodillado contra la pared, con el hombro y la cabeza asomando sobre las vías, justo lo necesario para poder apuntar con el arma sin exponerse. Desde allí, parece que estuviera apuntando a la oscuridad y nada más. Cuando ella baje y camine entre las vías, estará apuntando justo por encima de su cabeza.

Según los informes de tiroteos policiales de los últimos cinco años, solo el veinte por ciento de los disparos ha dado en el blanco. Kelly se pregunta qué números habrá registrado Seguridad Nacional en su último informe estadístico. Por el brillo impecable del rifle, también se pregunta si la cantidad de disparos que ha hecho, incluyendo las pruebas de tiro en el polígono, siquiera alcanza los dos dígitos.

—Eso espero —responde Hoyt, y le da una palmada en el hombro a Kelly—. Nos hemos quedado sin tiempo.

La mano le cae encima con suficiente fuerza como para que Kelly entienda que no se trata de camaradería entre agentes. La intención es que se ponga en movimiento. Hoyt baja con prisa por una corta escalera de acero que Seguridad

Nacional ha colocado para unir el andén con las vías, y Kelly va tras él. En cuanto sus botas tocan la grava, le aparece una camilla naranja delante de la cara para que la coja.

—Cuidado con la tercera vía —advierte Hoyt—. El tren se pondrá en marcha, así que estará electrificada.

Kelly y Hoyt se colocan la camilla del lado derecho, sosteniéndola como un escudo para mantenerse alejados de la vía electrificada, y así comienzan a avanzar. Cuando Hoyt enciende una linterna para iluminar el camino, Kelly oye a la médica bajar tras ellos a paso acelerado para acortar la distancia.

El tren está más cerca de lo que se imaginaba. Puede ver la cabina del conductor casi en cuanto comienzan a alejarse del andén, las ventanas iluminadas por ese color azul blanquecino antinatural tan omnipresente en todas las líneas de metro. Divisa una sombra: una cabeza, quizá un hombro también, y se pregunta si quienquiera que sea puede sentir las miras del francotirador apuntándole, como esa sensación de saber, sin mirar, que alguien te está observando la nuca.

"Nadie más allá del último vagón". Ese fue el mensaje que el pasajero había transmitido. Kelly quisiera saber cómo podrían estar vigilando y enterarse de todo sin revelar su posición. Pareciera ser una maniobra engañosa. Aun así, con una parte del andén destruido y la posibilidad de otra explosión, lo más inteligente es tomárselo en serio y recopilar tanta información como puedan antes del siguiente paso.

Cuando Hoyt llega al último escalón de la cabina y hace fuerza para trepar y entrar por la puerta trasera, Kelly apoya la mano en el arma que tiene en la espalda. Hoyt, el brazo ejecutor de su jefe, no duda un segundo en tomar la delantera, incluso cuando sabe que eso lo coloca directamente en la línea de fuego. Si la situación se complica, un paso en falso sobre la tercera vía dejará a Kelly expuesta y le dará al francotirador en el andén la posibilidad de un tiro limpio hacia la puerta. La doctora tiene instrucciones de tirarse al suelo, encogerse todo lo posible y estar lista para cuando termine el tiroteo.

Hoyt empuja la puerta con la mano enguantada, como si intentara abrir a golpes una cerradura oxidada, y luego manipula el picaporte para abrir la puerta. Al principio, Kelly no ve gran cosa desde donde está, solo un espacio y alguien que intenta apartarse para dejar paso. Pero Hoyt desciende y se hace a un lado para pedirle que suba.

—Trae la camilla —le dice—. Necesitamos a Chris.

La interventora está sentada en el suelo de la cabina como una marioneta cuyos hilos han sido cortados: hombros caídos, pies abiertos frente a ella y cabeza torcida. Un montón de gasas le cubre torpemente el ojo derecho y una parte de la frente con manchas de sangre color rojo oscuro, marcas que ha dejado quien intentó aplicar el apósito. Tiene los ojos abiertos, pero uno de ellos se ve completamente negro por la hemorragia intraocular, la peor que Kelly haya visto jamás. Si sobrevive, es muy probable que pierda el ojo.

El pasajero sostiene el cuerpo de la mujer. La mitad superior del torso está sobre su regazo, y con sus brazos la rodea como si ambos estuvieran posando para la foto de graduación más aterradora del planeta. Cuando Kelly entra en la cabina, ni siquiera se molesta en preguntar qué está sucediendo.

La mujer está teniendo una especie de convulsión: los brazos se agitan hacia arriba, como si intentara golpearse su propio rostro, y el agarre del pasajero es lo único que le impide llevarse la mano al apósito de la frente y arrancárselo. Él no le susurra nada al oído ni intenta calmarla. Simplemente, se aferra a ella, con los labios apretados, como si llevara mucho tiempo atrapado en esa posición y ya no le quedara energía para ser cortés. Su mirada se cruza con la de Kelly, pero sus ojos no dicen demasiado. A lo largo de toda su carrera, Kelly ha visto muchos supervivientes, por eso la expresión en su cara le resulta profundamente familiar: es como si alguien les hubiera exprimido el alma como se escurre el agua de un trapo mojado.

—Hola…

Kelly intenta avanzar entre las piernas de la mujer sin golpearla con la camilla. El pasajero, Ben, se aparta e intenta ayudar, pero en realidad no queda espacio que pueda cederle. Ben huele agrio, toda la cabina huele así, como si su sudor estuviera pudriendo la camisa pegada a su espalda. Hoyt empuja la camilla, el borde delantero golpea a Kelly en las pantorrillas, casi doblándole las piernas, y el movimiento brusco la hace volver de repente a la tarea que tiene entre manos.

—Dos minutos —anuncia Hoyt, y el tren parece cobrar vida al oírlo: las luces de la cabina comienzan a parpadear mientras los sistemas eléctricos también se ponen en marcha.

La doctora trepa hasta la puerta y se detiene antes de unirse a Kelly en la cabina.

—No hay espacio para sacarla boca arriba —le comenta Chris a Kelly—.

Gírala así y luego desliza la camilla por debajo de sus piernas. Deberás sostenerle la cabeza mientras maniobramos.

—¿Estás segura?

El pelo de la interventora está apelmazado y rígido por la sangre. Ella parece estar solo aferrándose a la vida, como si una agitación repentina bastara para llevarla al otro lado. McDiarmid les había dicho que la interventora estaba herida, pero Kelly no había imaginado que fuera tan grave.

—Ponedla ya en la maldita camilla —exige Chris.

El resto de paciencia que pudiera haberle quedado a la sanitaria se evapora cuando algo se pone en marcha dentro del tren, haciéndolo vibrar.

Kelly encaja la camilla debajo del muslo de la mujer como si estuviera paleando nieve, y el borde grueso de plástico se engancha en el poliéster espeso del pantalón de su uniforme.

—Noventa segundos.

La sanitaria estira el brazo y levanta la pierna de la interventora, y el pasajero lanza un gemido mientras hace fuerza para mantenerla derecha. Kelly coloca la camilla bajo una pierna y entre todos la balancean hacia un lado y luego hacia otro, y hacen que eleve las caderas mientras la sanitaria tira de una de las asas de la camilla para colocarla debajo de la mujer. Con la interventora ya semisentada, el extremo de la camilla sobresale por la puerta abierta, y allí está Hoyt esperando para hacer su parte.

El tren vuelve a vibrar, y el sistema de altavoces recobra vida con el sonido apagado de la voz del maquinista: "Damas y caballeros, debido al incidente en la línea, la policía de Nueva York nos ha pedido…".

—Un minuto.

Kelly pasa un brazo por la espalda baja de la interventora y le coloca la otra mano debajo de la cabeza. Mira fijamente al pasajero mientras carga con todo el peso de la mujer.

—Ya puedes incorporarte —le dice a Ben.

El pasajero se pone de pie, y la doctora tira del pantalón de la interventora para ponerla en posición horizontal sobre la camilla. Todo sucede mucho más rápido de lo que Kelly esperaba. La interventora se mueve un poco, y Kelly pierde el equilibrio, así que decide soltarla para no caerle encima. Solo cae unos pocos centímetros, pero el golpe seco de la nuca contra el plástico duro de la camilla hace que a Kelly se le hiele la sangre.

—Hostia puta —murmura la paramédica.

"… y no habrá más paradas hasta llegar al final de la línea, pero esto lo hacemos por su seguridad…".

—Salgan ya del tren.

Hoyt tira de la camilla desde su extremo, y Kelly ajusta rápidamente una de las correas de velcro sobre el pecho de la interventora, con la mínima esperanza de que aguante si alguien la suelta. Cuando levanta el frente de la camilla, el pasajero de pronto se inclina hacia delante y le coge la mano a la interventora. "Buena suerte". Si la interventora le responde con un apretón de mano, Kelly no lo nota.

Avanza lateralmente por el reducido espacio entre la parte trasera de la cabina y la puerta, girándose hasta quedar detrás de la camilla, sosteniendo las asas de abajo hacia arriba y con los brazos extendidos para soportar el peso sin que se deslice el cuerpo.

—¡Treinta segundos!

Hoyt tiene las manos ocupadas y no puede mirar su reloj, pero siente que alguien le grita el tiempo en el oído. Suelta la camilla, dejando que la sanitaria cargue con todo el peso, y desenfunda el arma tan rápido que hasta parece un truco de magia.

—¡Pon las manos donde pueda verlas y baja ya mismo del tren!

Se lo grita al pasajero, que levanta las manos, pero no se mueve ni un centímetro. En cambio, mira a Kelly.

—Te recomiendo que bajes ahora del tren —sugiere ella.

—No puedo.

—¡Entrelaza los dedos detrás de la cabeza y baja del tren ahora mismo! ¡O dispararé si no obedeces!

De vez en cuando, su departamento hace el esfuerzo de pagar a algún psicólogo, a un experto del FBI o de donde sea para que les dé una charla, y siempre es la misma estupidez sobre cómo leer el lenguaje corporal, cómo detectar a un mentiroso o cómo la intuición siempre nos guía. Kelly nunca se ha tragado nada de todo eso porque cree que, si fuera realmente así, entonces sería una parte central del entrenamiento de la Academia y no una excusa para perder medio día cobrando el sueldo completo.

Sin embargo, Kelly sabe que el pasajero no es su asesino. Está atrapado, eso sí, y tiene una razón importante para no querer bajarse del tren. Lo que también sabe es que todo en él grita "víctima".

Según sus cálculos, quedan solo diez segundos antes de la partida del tren.

Todo a su alrededor comienza a moverse y puede sentir cómo el suelo se desplaza mientras el tren fuerza los frenos, listo para ponerse en marcha.

Kelly se encuentra en la línea de fuego y apoya el pie contra el borde superior de la camilla.

—Sáquenla de aquí ahora —ordena, y empieza a empujar.

—¡Muévete, joder! —le grita Hoyt, aunque ya se está moviendo; él ha dejado caer el arma mientras se abalanza para atrapar la camilla que se está inclinando peligrosamente.

Ha sido arriesgado, pero Hoyt es más agente de calle que su jefe y está programado para salvar vidas primero. McDiarmid habría dejado caer a la interventora de la camilla y habría disparado.

El tren comienza a rodar, y Kelly casi sale volando por la puerta con la primera sacudida. Se sujeta de la puerta y todos y cada uno de los músculos de su mano izquierda se le contraen de dolor ante el movimiento brusco, y aunque el tren casi no parece estar moviéndose, la luz de la linterna de Hoyt y la camilla naranja de pronto se vuelven tan pequeñas que pareciera que ambos están cayendo en un pozo sin fin.

Kelly recobra el equilibrio e intenta cerrar la puerta de la cabina, pero algún tipo de sistema hidráulico integrado al mecanismo se resiste y la obliga a forcejear. Aunque ahora la interventora ya esté fuera de peligro y solo le quede por delante el tiempo que tendrá que pasar en el quirófano y la demanda judicial que durará años para conseguir la indemnización, para todos los demás atrapados en el tren todavía queda un largo camino por delante. Se endereza e ignora la punzada de dolor en el pecho. "Tal vez puedas reservar cita para un masaje mientras tramitan tu suspensión". Tendrá mucha suerte si lo único que hacen es suspenderla. Consciente de su poca suerte, está convencida de que Seguridad Nacional mandará a construir un cohete para hacerla volar directamente hasta el Sol.

Kelly mira al pasajero. Ahora que la interventora ya no está aplastándolo, puede ver que no está bien. Parece que hubiera sumergido ambas manos en un cubo con sangre, y tiembla tanto que no puede mantenerse en pie.

—Escucha —le dice—. Te llamas Ben, ¿verdad? Mi nombre es Kelly. Soy detective de la policía de Nueva York. —El hombre no dice nada, pero nota que mira extrañado el uniforme que lleva puesto—. No sabíamos quiénes podrían estar vigilando el tren, así que tuve que disfrazarme. —Señala la silla de la interventora—. ¿Quieres sentarte?

Ben mira la silla como si estuviera electrificada y luego vuelve a mirar a Kelly.

—¿Has venido a arrestarme?

—He venido porque estaba allí cuando mataron a un hombre de un disparo. En WTC Cortlandt. ¿Sabes algo?

Ben asiente.

—¿Está muerto?

—Sí. Estoy aquí porque necesito saber qué sucedió y creo que tú eres la persona que puede darme algunas respuestas.

El pasajero tiene los ojos como platos, cual ciervo en el medio de la carretera frente a un camión que se le acerca. Traga antes de hablar.

—Lo mataron por mí, por quién soy yo en verdad… Mi nombre no es Ben.

—¿Cuál es entonces?

Tarda un tiempo en ponerlo en palabras, y Kelly retrocede un poco porque parece que el hombre está a punto de vomitar.

—Me llamo Adam Crane.

CAPÍTULO 20

Quince años antes No hace falta ser demasiado sutil cuando se trabaja con niños. Al menos, no siempre. Según la experiencia de Tamsin, la sutileza suele ser una estrategia necesaria para tratar exclusivamente con adultos. Estos pacientes llegan blindados, ensimismados, y derribar esas barreras emocionales puede resultar sumamente complicado. Hay que trabajar mucho para despejar capas y capas (a veces, décadas) de represión, distorsión y negación, con la esperanza de dejar al descubierto la verdad que haya sobrevivido.

Con los niños, el trauma suele ser mucho más inmediato, y no hace falta andar con tantos rodeos, ya que suelen decir la verdad sin más.

Pero con Ben es distinto.

Tamsin nunca ha visto a un niño tan consumido por el miedo. Lleva el terror como una segunda piel, un aura que se expande hacia fuera e infecta el mundo a su alrededor. Todos se quedan en silencio en sus despachos cuando él avanza por el pasillo. El personal administrativo, que normalmente es una bendición para los niños que llegan porque los colma de pegatinas y de toda clase de golosinas, se queda sin palabras y se bloquea, como si todos esos años de experiencia consintiendo a los niños y haciéndolos sentir especiales se evaporaran ante su mera presencia.

Sin embargo, no parece haber en él una causa clara y contundente. Tamsin le pregunta cómo eran las cosas antes del incidente, y el niño habla de su vida cotidiana con mamá y papá como si se tratara de una especie de idilio. Eso, de por sí, ya sería motivo de sospecha, pero habla con tanta naturalidad y tanta coherencia que a la doctora no le queda más remedio que creerle. Todo el

mundo miente, incluso cuando intenta decir la verdad, pero Ben es demasiado joven como para inventar una historia tan sofisticada. Las mentiras de los niños de su edad toman caminos y se van a lugares a los que ellos nunca pretendieron ir, y se hacen más grandes cada vez que las repiten.

Tiene que estar mintiendo. Si Ben le está diciendo la verdad, o cree que lo está haciendo, entonces solo hay una conclusión posible: esa fantasía de una infancia perfecta que ha construido es solo un mecanismo de defensa, una manera de mantener alejado el miedo descomunal que lo persigue.

Se ha inventado una infancia completamente nueva para protegerse de la que en verdad le ha tocado vivir, y ahora Tamsin debe penetrar esa coraza sin destrozarlo en el proceso.

—Me gustaría que hablemos del día en que cumpliste once años, Ben.

Según la policía, la última víctima de John Crane había desaparecido el mismo día en que su hijo cumplió once años. "Supuesta víctima", piensa ella. Jamás encontraron el cuerpo.

Ben no levanta la mirada, pero eso es algo normal en él.

—Pronto cumpliré doce —dice. Desviar la atención es uno de sus recursos más utilizados.

—Feliz cumpleaños a ti por adelantado, Ben —comenta Tamsin. A él le gusta cuando ella usa su nombre nuevo—. ¿Has pensado qué te gustaría que te regalasen?

—¿Quién va a comprarme un regalo?

Tamsin se echa hacia atrás en su asiento, como si estuviese considerando la pregunta.

—Estoy segura de que tengo alguna taza de sobra que puedo envolver para regalo —le responde. Pero Ben casi no sonríe, y ella lo interpreta como una señal de alerta—. Volvamos a tu último cumpleaños.

—¿Por qué?

Ve cómo se tensa de repente, lo cual es un cambio en comparación con las sesiones anteriores. Él suele sentarse con las palmas apoyadas en el regazo y los dedos doblados hacia dentro, pero ella ahora ve que las está apretando con fuerza.

—Es importante que averigüemos qué sucedió ese día, Ben. De esa manera, sabremos cómo ayudarte. Sé que es incómodo para ti, pero no te lo preguntaría si no fuera importante. —Tamsin cree que pedirle a alguien que reviva un trauma es como enviar a un buzo de aguas profundas al lugar más oscuro: no

permitirías que descendiese sin una cuerda que ayudase a traerlo de regreso si algo malo sucede—. Solo avísame si necesitas hacer una pausa.

—Mamá compró globos. Tenían mi nombre escrito.

—Muy bien, Ben.

Sigue sin poder pronunciar su nombre. Es muy pronto todavía, pero Tamsin teme que nunca más quiera reconocer su antiguo nombre.

—Y llevó una mesa afuera para el desayuno. Se la pidió prestada al señor Johnson, de la casa de enfrente. —Hace una pausa, y de golpe lo invade un escalofrío—. Mamá dijo que debía comer comida de verdad antes de comer la tarta. Papá dijo que las moscas la estropearían si no nos la comíamos primero.

Tamsin se siente tentada de concluir la sesión en ese mismo momento. Todo lo que dice Ben es muy claro, totalmente desprovisto de matices y, aun así, su lenguaje corporal es innegable. Algo lo está perturbando. Por otro lado, es la primera vez que menciona a su padre de forma directa, sin vacilar, sin esquivar la respuesta ni intentar cambiar de tema.

Tamsin toma nota. La policía deberá hablar con el vecino sobre el tema de la mesa.

—¿Iba a haber una fiesta? ¿Iba a ir gente?

—No. —Ben niega con la cabeza—. Yo no… Mamá dijo que este año no podíamos permitirnos tener una fiesta.

La policía entrevistó a los docentes y al director de la escuela local. Sus compañeros ya habían encasillado a Ben como un solitario, y el personal terminó viéndolo de la misma manera. No mencionaron ningún incidente de acoso, o al menos ninguno registrado. Es difícil no pensar que todos intuían que debían mantenerse alejados de él.

—Pues una tarta para desayunar ya suena bastante bien —dice Tamsin—. ¿Y qué pasó después?

Ben se balancea en la silla y emite un sonido involuntario desde el fondo de la garganta. Tamsin se pregunta si teme a su padre, si de alguna manera todavía puede afectarlo.

—Nos fuimos de acampada.

—¿Los tres?

Ben niega con la cabeza.

—Solo papá y yo.

—¿Recuerdas adónde?

—Al norte del estado.

La respuesta suena tensa, rígida, y Tamsin está segura de que, aunque quizá no esté mintiendo, no se lo está contando todo. Se balancea un poco más fuerte en la silla, como si quisiera levantarse, y ella no lo presiona. Hace otra anotación para que la policía revise si hay mapas o registros de paradas en gasolineras que pudieran haber hecho.

—¿Te gustaba ir de acampada? —pregunta Tamsin.

—Yo… Sí, me gustaba —titubea, y a la doctora le parece desorientado.

—Dime qué te gustaba.

Ben se toma un buen rato antes de acomodarse en la silla y responder, como si necesitara tiempo para pensar qué decir.

—Papá me enseñó cosas de la naturaleza. Y me dejó montar la tienda de campaña.

Tamsin recuerda a su propio padre cuando intentó enseñarle a su hermano a encender una fogata, y lo poco que a su hermano le entusiasmaba aprender. Intentaban encender el fuego con yesca mojada, pero nunca prendía nada, y lo único que se creaba era un resentimiento que crecía lentamente entre los dos.

—¿Alguna vez te enseñó cómo hacer fuego?

Al parecer, esa era la pregunta que no había que hacer. Ben endereza la columna y le clava la mirada como un ciervo que está a punto de ser embestido por un coche. No responde, pero tampoco intenta evadir la pregunta.

Esto es nuevo.

Tamsin se estremece al pensar que tal vez esté a punto de hacer un avance significativo. Intenta que el interés no se le note en la voz, pero no lo logra.

—¿Qué otras cosas te enseñó tu papá, Ben?

Había algo más en las notas de la policía, algo incluso antes de saber que habría más cuerpos. Habían encontrado unos fragmentos de soga con un nudo, lo que hacía suponer que el asesino tenía conocimientos de caza.

—¿Alguna vez te enseñó a hacer nudos?

Ben asiente a modo de respuesta, y todo indica que siguen en terreno seguro. Tamsin se siente como una fiera acechando a su presa, yendo en círculos solo para regresar a la única pregunta que necesita hacerle.

—Y a preparar té. Cualquiera que vaya de acampada necesita saber preparar té.

Ben sigue alerta, pero responde.

—Hacíamos café.

Tamsin se está acercando. Ben se está acercando. Todo su conocimiento y

toda su conciencia le dicen a gritos que debería detenerse ahora, que es aquí donde tendría que terminar la sesión. Que tienen todo el tiempo del mundo para seguir analizándolo.

Pero siente la necesidad de insistir un poco más. "Jamás encontraron el cuerpo".

—¿Te enseñó cómo cazar, Ben?

Ben no responde. En lugar de hablar, comienza a pegarse. Y lo hace con mucha fuerza. Todo sucede tan de repente que Tamsin da un brinco como si el niño ahora estuviera a punto de ir a por ella, y se asusta cuando Ben arremete contra sí mismo otra vez, con un puñetazo que se hunde en la comisura de su boca y provoca un ruido sordo y húmedo.

—¡Ben!

Pero el niño ya no está ahí; lo único que puede hacer es correr hasta su escritorio y activar la alarma para avisar a las enfermeras que necesita ayuda para inmovilizarlo y sedarlo.

Una vez que logran inyectarle el sedante, Tamsin sostiene la cabeza del niño para que no se trague la sangre que le sale de la boca. Puede ver los dientes donde la carne del labio se ha desgarrado. El impacto contra los dientes le ha abierto la piel de los dos primeros nudillos de la mano derecha.

Una vez que han limpiado el desastre y Tamsin tiene tiempo de releer sus notas, tacha con cuidado la palabra "cazador" con tinta negra. Parece que su nombre no es el único detonante.

A la policía le va a interesar saber lo de la acampada. Tamsin coge el teléfono e intenta marcar, pero le tiemblan tanto las manos que no da con los números correctos.

Apoya las manos sobre el escritorio y se reprocha haberlo presionado tanto. El niño es una víctima y es poco profesional de su parte pensar en él como cualquier otra cosa. Sin embargo, cuando lo mira a los ojos, lo único que ve es al propio John Crane devolviéndole la mirada.

CAPÍTULO 21

Canal Street El teléfono vibra dos veces. La carcasa casi se desprende con cada vibración, como si el pequeño motor dentro se hubiese soltado. Ben está a punto de abalanzarse sobre él, pero sabe que el intento solo empeoraría las cosas. La detective ni se inmuta, descarta las notificaciones y sigue desplazándose por la pantalla.

—Necesito responder.

—Solo están jugando contigo.

El rostro de la detective se mantiene inmutable, su expresión no revela absolutamente nada. Ben siente que el pánico se va apoderando de él, cada respiración se hace más difícil, como si el diafragma se le estuviese subiendo al pecho. Está atrapado. Atrapado en una maldita caja de metal, no puede usar su teléfono, y esta gente matará a alguien más si no lo atiende. De eso no tiene dudas.

La detective levanta la cabeza y lo mira, como si acabase de recordar que él sigue allí.

—Cuéntame otra vez esto de Adam y Ben.

Cuando él no responde, ella suspira y levanta el móvil frente a sus ojos para que pueda leer el último mensaje recibido.

Espero que estés bien preparado, Adam.

No van a matar a nadie. Al menos, no todavía. El pánico del pecho se le afloja un poco, pero no desaparece del todo.

—Mi padre se llama John Crane. Él era… es… un asesino en serie.

—John Crane.

Ben asiente. La forma en que ella lo repite es como si todavía lo estuviera pensando, como si intentara ubicarlo.

—Los periódicos lo apodaron… Lo llamaron el asesino de Tuxedo Park.

—¿Porque ahí era donde capturaba a las víctimas?

La facilidad con la que lo dice resulta inquietante. Todos los que conocieron a Ben cuando aún era Adam sabían exactamente quién era su padre y qué había hecho. Eso hacía que se comportaran de manera extraña con él. Era lo único de lo que querían hablar. Incluso cuando se esforzaban por hablar de otra cosa, como qué sentía, qué quería cenar, si le gustaba o no el béisbol, Ben presentía que estaban esperando el momento justo para preguntarle por su padre.

Pero esta mujer jamás había oído hablar de él.

"La muy hija de puta está mintiendo. Seguro ha leído tu expediente dos o tres veces".

—A-a… algunas, sí —titubea Ben.

Intenta quitarse esa voz de encima y gira la cabeza hacia un lado con tanta fuerza que el cuello le cruje, y entonces se pregunta si la detective creerá que se está volviendo loco.

"Te estás volviendo loco".

La detective chasquea la lengua.

—¿Sabes qué detesto? —le confiesa, y Ben se pregunta si lo que acaba de pensar no lo habrá dicho en voz alta—. Que se les den nombres pegadizos a los asesinos en serie. ¿Con qué objetivo? ¿Vender más periódicos? ¿Montar un maldito programa de televisión?

Ben alza el mentón.

—C-creo que fue la policía la que comenzó a usarlo.

—*Touché*. —Ni siquiera arquea una ceja—. Entonces tu padre mató a muchas personas, lo arrestaron, y ahora está cumpliendo condena.

—Está en una clínica.

—¿Enajenación mental? —Resopla—. Seguro que a las familias de las víctimas les encantó oír eso.

"Maldita policía. Maldita soberbia".

Esa voz es como una uña hurgándole el interior del cráneo. Tiene tanto miedo que podría convencerse de que miedo es lo único que le queda, pero hay algo más enterrado en su cabeza. No logra identificarlo, pero está ahí. Es una vocecita cortante, llena de rabia contenida.

"Los policías, los políticos, los burócratas, los barrenderos. Todos son engranajes de la misma máquina. Todos están contra ti".

Cuando Ben oye la voz, no percibe desafío ni asco. Es odio.

—¿Y qué quiere esta gente de ti? —pregunta la detective.

—No lo sé.

Admitirlo le revuelve el estómago. La voz no le dice nada, pero puede sentir su risita silenciosa desde el fondo de su mente.

—¿No les has preguntado?

La respuesta tarda en llegar. La pregunta es como una garrapata que se le clava bajo la piel. Él ya sabe qué quieren de él. Es solo que no quiere reconocerlo.

—Sí.

—Seguro que eso tiene que ver con tu padre —asegura Hendricks.

—Es la única forma de que conozcan ese nombre —dice Ben, que luego cierra los ojos como si, evitando verla, todo esto fuera a desaparecer.

"Esta zorra no se ha subido al tren para hacerte ningún favor".

La voz disipa por un instante la confusión y el ruido en la cabeza de Ben, y le concede algo de claridad. Esto es lo que el asesino quería que pasara. Por eso lo eligió a él, por eso lo está usando como intermediario en lugar de contactar con la policía con sus propias exigencias. Quiere que él cargue con la culpa de todo esto, que parezca como que se le ocurrió a él solo. El sanitario fornido —el otro policía— no habría dudado ni un segundo en apretar el gatillo si hubiera oído el nombre de Adam Crane.

"Suicidio a manos de la policía. De eso se trata".

Cuando lleguen a la 181, habrá un ejército de policías esperando para terminar el trabajo, y después nadie va a querer hurgar en lo que parecerá un caso cerrado y resuelto.

Probablemente, decidan que está tan loco como su padre y que él mismo se envió esos mensajes a su propio teléfono.

La detective espera a que él vuelva a abrir los ojos y, cuando habla, él sabe que ella está haciendo un gran esfuerzo para sonar sensata y razonable.

—Mira, estás diciendo que este tren y todas las personas en él están bajo amenaza de volar por los aires porque tu padre fue un asesino en serie, y yo lo único que intento descifrar aquí es cómo se supone que eso va a funcionar.

—Yo tampoco sé cómo va a funcionar.

—Entonces te vieron en el andén esta mañana y pensaron: "¡Menos mal! ¡Qué bien que traje bombas!".

Ben mira al techo. Sabe que tiene razón, que tiene que haber algo más, que

todos han sido llevados hasta allí como parte de algo más grande…, pero lo único que quiere ahora mismo es que deje de hablar.

—No lo sé. ¿Podríamos…?

—¿Cómo sabían en qué tren estarías? ¿Crees que te han estado siguiendo?

—¡Se suponía que yo no debería estar en este tren! —grita Ben al fin—. Se suponía que iba a estar en el trabajo, pero me acaban de echar, y en este preciso momento, estoy atrapado en este estúpido tubo a la espera de descubrir a quién más va a matar. ¿Ahora cree que puede cerrar esa puta boca por un segundo?

La mujer lo mira sorprendida, con rostro inexpresivo.

—Ahí está. Ahora salió a relucir el gen del padre chiflado —ironiza ella.

Ben se lanza sobre ella en un arrebato de furia catártico y aterrador al mismo tiempo. Mientras la está sujetando de la chaqueta, se da cuenta de que ni siquiera sabe qué quiere hacer, pero cualquier duda que haya tenido se disipa cuando la detective da un paso rápido hacia delante y le da un puñetazo en el estómago. Antes de poder siquiera recuperarse del *shock*, ella le ha torcido el brazo y se lo sujeta en la espalda, y él se queda con la cara pegada al panel de acero.

A primera vista, esta policía no parecía gran cosa: bajita y con aspecto desaliñado, como quien sale de una resaca que ha durado veinte años. Pero la forma en que le sujeta el brazo es más real que cualquier otra cosa. En cuanto al nivel de dolor, parece mucho más cerca de dejar secuelas irreparables que de una molestia que podría aliviarse cambiando de postura. Es como que, si ella quisiera, podría retorcer el brazo de Ben como si fuese un trapo mojado.

—Vamos a calmarnos —advierte la detective. Por la forma en que lo dice, suena a una frase típica de la academia de policía, con un tono grave que deja en claro que no calmarse no es una opción—. ¿Dijiste que te despidieron?

—Me echaron, sí —responde Ben. Hay una lucidez que solo llega cuando se tiene la cara contra el acero helado y se está atrapado a menos que se respondan ciertas preguntas—. Así es como llegué aquí.

—¿Notaste que alguien estuviera siguiéndote?

—No.

—Nadie te llamó antes de que subieras al tren… ¿Ni siquiera un número desconocido?

—No.

—Alguien te estaba siguiendo —sentencia ella—. O sabía exactamente dónde ibas a estar. ¿Siempre vas en esta línea?

Ben asiente.

—Sí, pero casi nunca en este horario.

—¿Y siempre caminas por las mismas calles para llegar hasta aquí? ¿No te detienes en ningún café?

—No me lo puedo permitir.

La detective resopla, dando a entender que no le basta la respuesta, pero al menos aún no le ha roto el brazo.

—¿No hay nada de lo que hayas sospechado?

Ben recuerda haber hablado con la interventora, distraído por la sensación de estar a punto de dar con algo importante.

—Me distrajo una bomba de clavos.

La detective lo considera un momento.

—Es comprensible —responde—. Voy a soltarte ahora. ¿Te portarás bien si lo hago?

—Sí, señora.

—Puedes decirme oficial Hendricks.

Ella lo suelta. Ben se endereza, y el hormigueo que regresa a su brazo y a los últimos dos dedos de la mano le revela la intensidad con la que Hendricks había estado sujetándolo.

—Perdón —se disculpa Ben—. Es que yo… Cuando la gente habla de ese tema… Es demasiado para mí. —Le cuesta respirar, como si tuviera un puño atascado en el pecho que no le permite tomar aire—. Me cambié el nombre para que nadie lo supiera jamás.

—Perdón por el golpe bajo —dice la detective y, a pesar de que cada una de esas palabras sigue ardiéndole en la cabeza a Ben, las aparta con un gesto de la mano, como si ya las hubiera olvidado—. ¿Puedo hablarte con franqueza?

—Claro —agrega Ben.

—Arriesgué mucho al meterme en el medio de Seguridad Nacional. Si todo se hubiera hecho a su manera, ahora mismo estarías boca abajo en el suelo y esposado.

Entonces no era solo la policía: eran los de Seguridad Nacional. Ben se pregunta por qué ha intervenido.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque cada instinto que tengo me dice que eres inocente. Pero ahora que estoy aquí, necesitaré tu ayuda para demostrarlo. —Abre las manos en un gesto

de disculpa—. No se me da bien andar con rodeos con todo esto de tu pasado, y veo que te está afectando mucho, pero… necesito más.

Cuando termina de decir estas palabras, Ben comprende dónde quiere llegar.

—Quieres que hable con ellos.

—Es la única manera. Averigua todo lo que puedas, y tal vez podamos descubrir dónde están escondidos.

Una risa amarga hace eco en su cabeza. "Ahora quieren que seas un maldito héroe". Se ve reflejado en la pantalla del teléfono. La sangre en su cara está oscura, como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Provócalos. Dices que sabes que todo esto es por tu padre, así que podrías usar eso a tu favor. Agita el avispero y ve qué sucede.

—¿Y si activan otra bomba?

La mujer lo mira, como si intentase pensar en esa imagen.

—Dije que agites el avispero, no que los empujes por las escaleras. Pero estoy segura de que no harán volar nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Quieren llegar a la 181 —señala ella—. No quieren subir ni llegar al final de la línea. Los delincuentes que improvisan suelen ser bastante ambiguos con los detalles cuando no saben cómo va a terminar todo. Hicieron que te subieras a este tren en particular…, por alguna razón. Tienen un plan, y nada de lo que digas o hagas evitará que lo cumplan.

Ben la mira fijamente durante un instante.

—¿Todo eso que has dicho ha sido para convencerme a mí… o para convencerte a ti?

—Mitad y mitad. —Se encoge de hombros—. A ver, no es que a ti te haya tocado la peor parte.

Ben se sorprende ante este comentario, y su ropa húmeda de pronto parece fría y pesada. Endereza la espalda.

—¿Insinúas que estás haciendo de niñera aquí?

—No, te lo encargo todo a ti.

—¿Qué es lo que vas a hacer tú?

—Yo soy detective. Y cuando eres detective, a veces tu única opción es conseguirte un puñado de personas que se niegan a hablarte y hacer que hablen contigo. —Busca en su bolsillo trasero y saca un teléfono. Ben no reconoce la

marca, pero tiene un diseño elegante y de líneas fluidas, típico de un modelo de alta gama—. A veces hasta llegas a acercarte bastante a la verdad.

—¿Vas a dirigirte a los pasajeros?

—Así es.

No se la ve muy contenta.

De pronto, todos los problemas de Ben parecen insignificantes. Gira la cabeza de golpe hacia la parte trasera del tren.

—Todavía estamos a tiempo de saltar por la puerta de atrás —le dice.

Ella desbloquea el teléfono y empieza a teclear. Eso le provoca a Ben una risa amarga.

—Apuesto a que estarán furiosos. ¿Qué piensas decirles?

—Voy a ofrecerles algo que todo el mundo quiere —responde ella—. Y que nadie consigue jamás.

La policía lo dice como si fuera un acertijo.

—¿Y qué es eso?

—Voy a ofrecerles una compensación.

CAPÍTULO 22

Franklin Street Al ver a Hoyt y a la doctora salir del túnel con la camilla, McDiarmid se arrepiente de no haber tenido a un fotógrafo allí abajo para capturar la imagen. Habrían tenido que pixelar un poco la foto para que no se viese la sangre, pero la escena de ellos saliendo de la oscuridad a la luz, con los servicios de Seguridad Nacional y de emergencias trabajando juntos para salvar a un civil, habría sido un trago muy amargo para esos idealistas de la revista *Time* que se hubieran visto obligados a publicar esa foto en su portada.

Cuando Hoyt lo pone al tanto de la imprudencia de la policía, McDiarmid agradece el no haber tenido cámaras cerca. No sucede a menudo que pierda los estribos, y de existir una prueba fotográfica de cómo pateó uno de los ordenadores de los técnicos hasta el otro lado de las vías y rebotó contra la pared de enfrente, habría estropeado la imagen de profesionalismo de él y de la operación.

Todo indica que la interventora del metro saldrá con vida de esto, y eso es bueno. Parte de ser el líder aquí significa considerar cada escenario, incluidas las peores posibilidades. Si hoy mueren todas estas personas, habrá consecuencias. Y aunque McDiarmid tiene sus propios planes de contingencia para el día en que se jubile (al fin y al cabo, en el sector privado, las muertes de civiles no cuentan como manchas en el expediente siempre que conozcas a la gente correcta), minimizar la mala prensa sigue siendo la jugada más inteligente. En otras palabras: si van a echarte a patadas de todas maneras, al menos asegúrate de que la caída no sea tan dura. Que Hoyt sea el héroe de la historia, colocándose en la línea de fuego para rescatar a una mujer herida de

un tren en movimiento y cargarla él solo hasta ponerla a salvo, es el as bajo la manga que necesita McDiarmid para contrarrestar un mal resultado. Pero todo esfuerzo será inútil si la mujer no sobrevive.

La doctora y Hoyt están aún de pie, mirándolo como si intentaran descifrar si va a despedirlos o a llamar al alcalde para organizarles un desfile a bombo y platillo.

—¿Hendricks ha informado ya? —pregunta McDiarmid—. ¿Cuál es su estado?

Hoyt no se sobresalta con facilidad, pero la pregunta descoloca. Se sorprende y cambia el peso de un pie al otro, como si el solo hecho de pensarlo lo hiciera sentir incómodo. La sanitaria no nota nada de eso, ni siquiera lo mira durante el intercambio, pero McDiarmid sí. Hoyt sigue pensando en la detective como una molestia, alguien que se le ha metido en el medio, pero eso tendrán que resolverlo después. Es mejor cambiar de actitud y verla como un recurso ahora, porque tiene ojos y oídos en el tren y, más importante aún, tiene un arma.

—Casi le meto una bala —dice Hoyt. No parece nada orgulloso de haberse contenido. McDiarmid puede comprenderlo: lo envió para simplificar la situación y terminó siendo un caos monumental.

—Me alegra que no lo hayas hecho. Imagínate el papeleo que tendrías que rellenar ahora por haberle dado un balazo a una detective del Departamento de Policía de Nueva York —lo tranquiliza McDiarmid—. Incluso a una ya desacreditada.

Hoyt asiente.

—No estoy seguro de que vaya a ser útil —responde.

Existe una tendencia entre los agentes más jóvenes a tratar a cualquiera que no esté bajo el paraguas de Seguridad Nacional como una verdadera carga en el mejor de los casos, y en el peor, una amenaza.

—Bueno, por lo menos, sabemos que puede tomar la iniciativa —continúa McDiarmid—. Y tenerla allí para interrogar al pasajero es mejor que estar pendiente de la radio.

Hoyt gruñe, y eso es lo más parecido a un acuerdo que McDiarmid puede esperar de él.

—¿Y el pasajero?

—Un pito flácido sirve para más cosas que él. —Hoyt lanza una mirada a McDiarmid—. Señor.

—¿Tan inútil es?

—Es un tirillas paralizado por el miedo. Parecía estar sufriendo un ataque de pánico a cada segundo.

—Le quitó un clavo de la cabeza a esta mujer —interviene la doctora. McDiarmid casi había olvidado que ella seguía allí—. Que le haya salvado la vida tiene que significar algo.

Hoyt considera esas palabras en silencio.

—Eso sí, hizo algo bueno —termina admitiendo.

Hoyt está haciendo un esfuerzo enorme por no ser grosero, y eso McDiarmid lo toma como una buena señal.

—Comunícate con Hendricks. Le di uno de nuestros teléfonos. Veamos qué información ha obtenido hasta ahora. Si no responde, pide a los técnicos que activen el rastreador que lleva encima.

La sanitaria se aclara la garganta.

—Yo ya debería marcharme. Ver si alguien más me necesita.

Espera que McDiarmid la libere. Él intenta no hacer ninguna mueca. Todo lo que podría necesitar puede obtenerlo de Hoyt. No hace falta que ella se quede allí por mero protocolo.

—¿Cómo lo ha hecho, Hoyt? —le pregunta McDiarmid hablando por encima del hombro y sin quitarle los ojos de encima a la doctora.

—Muy ágil, señor. Y muy fuerte para alguien de su tamaño —responde Hoyt —. Diría que más que aceptable.

La médica se sonroja un poco, pero no deja traslucir nada. McDiarmid le sonríe, inexpresivo, y le tiende la mano.

—Ha brindado un brillante servicio a la ciudad el día de hoy. En nombre de la ciudad y del Departamento de Seguridad Nacional, permítame darle las gracias.

Por un instante, ella hace un gesto que delata sus ganas de protestar, pero luego se limita a recibir el cumplido.

—Muchas gracias, señor.

—Ha podido seguirle el ritmo a Hoyt —dice mientras busca algo en el bolsillo de su chaqueta—. Y eso es algo que yo catalogaría como mucho más grande de lo que cualquier hombre normal podría llamar "aceptable". —Hay una pequeña y delgada cajita de metal en su bolsillo, en la que lleva un fajo de tarjetas profesionales. Llevan su nombre, pero el número que figura es el de un oficial de reclutamiento—. Si algún día se cansa de que la manden a limpiar lo

que hacen otros, tal vez le interese ayudarnos a impedir que este tipo de problemas vuelvan a suceder.

Ya lo han llamado la atención por esto en el pasado: lo que suele hacer es "robar" reclutas de otros organismos y, en particular, rebajarse a hacer de reclutador para el Departamento de Seguridad Nacional. Pero McDiarmid tiene ideas muy firmes sobre el trato personal. Si te limitas a reclutar a través de anuncios, pasarás el noventa por ciento de tu tiempo revolviendo la basura para encontrar a alguien que realmente valga la pena como agente. El reclutamiento selectivo de personas prometedoras por parte de agentes de campo veteranos quizá no complete la cantidad requerida, pero McDiarmid apunta a un tipo de agentes cuya experiencia y determinación compensarán con creces la falta de cantidad. Y no se está rebajando al hacerlo, no. Su rango le da un peso real a la propuesta. Si esta tarea se la dejara a Hoyt, la sanitaria jamás la tomaría en serio.

Coge la tarjeta y la observa un instante.

—Tengo una pregunta, señor.

—Dígame.

—¿Cree que podrá ayudar a todos esos pasajeros a salir con vida?

Uno de los técnicos se detiene un instante al pasar, en lo que McDiarmid considera el mayor golpe de serendipia que haya experimentado jamás. El tipo le da una excusa para apartar la mirada sin quedar como un mentiroso.

—Las cámaras y el sonido ya están entrando en línea, señor.

McDiarmid asiente a modo de respuesta antes de clavar la mirada en los ojos de la sanitaria.

—Se lo garantizo. Cuando se abran las puertas y todos se bajen de ese tren, no habrá más amenazas.

Lo dice con tal convicción que ella ni siquiera se detiene a pensar qué podría implicar eso.

—Gracias, señor.

La doctora se vuelve y comienza a subir las escaleras, de dos en dos. No hay un solo rastro de cansancio en ella. Se habían quedado cortos al decir que había sido "ágil", piensa McDiarmid.

Hoyt espera a que se haya marchado antes de repetir la pregunta que ella misma había hecho.

—¿Cree que podrá ayudar a todos esos pasajeros a salir con vida?

McDiarmid señala el daño en el andén a modo de respuesta.

—Baja potencia explosiva, probablemente otra bomba casera. Quizá algunas de ellas conectadas en serie… Si detonan cuando accedamos al tren, entonces estaremos frente a varios tímpanos reventados y a algunos cadáveres.

—¿Y si tienen algo más grande?

Hay un sinfín de detalles técnicos cuando se habla de explosivos, pero lo único que McDiarmid tiene grabado en la cabeza es la velocidad de detonación. La bomba de clavos que mató a la mujer en el andén de Franklin Street parecía haber estado hecha de una mezcla a base de pólvora. Esta clase de bombas no explota, sino que quema todo superrápido, y llega a alcanzar unos seiscientos o setecientos metros por segundo. Al estar dentro de su bolso, el componente incendiario por sí solo le habría provocado quemaduras graves, pero no la habría matado al instante. Hicieron falta el tubo sellado y los clavos no solo para darle poder letal, sino para demostrarles a los de Seguridad Nacional que el mensaje iba en serio.

Un explosivo de alta potencia, como la dinamita, explota de verdad. Dependiendo de su composición, puede tener una velocidad de detonación de entre tres y cuatro kilómetros por segundo. Algunas mezclas más especializadas, como dinamitas con nitroglicerina estabilizadas en gel de celulosa, pueden superar los seis kilómetros. Una sola barra que detonara en cualquier punto dentro del espacio confinado de un vagón de metro no necesitaría clavos ni tubo: la onda expansiva por sí sola provocaría un aumento masivo de la presión intracraneal de cualquiera que quedara atrapado en ese compartimento. Los más afortunados perderían el conocimiento antes de morir; el resto alcanzaría a ver cómo su líquido cefalorraquídeo y algún otro fragmento del cerebro drenan por las fosas nasales antes de sucumbir.

—Sería catastrófico —dice McDiarmid, sin entrar en tecnicismos—. Pero estamos hablando de bombas, y quienes las usan responden a ciertos patrones. Sabemos que les gusta el circo, pero debemos admitir que el número de víctimas se ha mantenido bajo. Creo que el riesgo de que vayan a usar un dispositivo más potente es mínimo.

—Mínimo, pero no inexistente.

McDiarmid asiente.

—Dejaremos que el tren siga avanzando. Que ellos crean que se están saliendo con la suya, y nosotros ganamos tiempo para reunir información sin que ellos empeoren la situación. Para cuando lleguen al norte de la ciudad, ya

deberíamos tener identificados los objetivos para el grupo de operaciones especiales.

McDiarmid mira su reloj. Hay un coche esperándolos en la calle, y el camino hasta llegar a él estará despejado, pero no así el tráfico. Incluso con sirenas y una escolta completa abriéndoles el paso a la fuerza, adelantarse al tren implicará un gran esfuerzo. Mientras sube los escalones, el móvil le vibra en el bolsillo. Lo mira sin dejar de caminar y ve que la notificación viene de Registros y Administración. "Registros". No se le ocurre una sola ocasión en la que algo de Registros haya tenido tanta urgencia o relevancia como para no poder quedarse una semana acumulando polvo en su escritorio, en alguna carpeta reseca que hayan decidido desenterrar. Piensa que deberían asignarle a alguien para que pueda filtrar esta mierda, así él podría mantener la cabeza enfocada en la tarea que ahora tiene entre manos. Aun así, abre la notificación para ver con qué demonios han decidido molestarlo esta vez.

Y se frena en seco, tan de golpe que Hoyt casi se lo lleva por delante.

Han investigado los dos cadáveres a fondo y han encontrado un vínculo entre ellos. Ambas víctimas trabajaron en el mismo tribunal hace poco más de quince años. Uno era un policía asignado temporalmente para reforzar la seguridad en un juicio por asesinato de alto perfil y la otra era una taquígrafa que transcribía las sesiones en la sala en ese mismo momento. Cruzaron los datos de todos los que trabajaron en ese juicio y, al hacerlo, encontraron un vínculo con un tercer cadáver hallado al otro lado de la ciudad esa misma mañana: un abogado al que le habían abierto la garganta durante un aparente intento de robo. El hecho de que estas tres personas hayan muerto en un lapso tan cercano fue lo suficientemente grave como para que alguien de la cúpula autorizara a Registros a acceder al expediente sellado de Ben Cross y a confirmar que no se trataba de una mera coincidencia.

Después de todo, el tipo no es un don nadie.

Podrá no servir para nada, pero su verdadero nombre es Adam Crane, no Ben Cross, y su padre es John Crane, el famoso asesino de Tuxedo Park.

CAPÍTULO 23

Quince años antes Al ordenanza le lleva un tiempo encontrar una mesa y una silla que sirvan para que Adam preste declaración. Ya se han ocupado de todo lo demás: la cámara y el trípode, los micrófonos, la pantalla con vistas al estrado de la jueza, pero de algún modo parecen haberse olvidado de que Adam no es un adulto. Al sentarse en la silla que le han preparado, casi la mitad de su cabeza desaparece, oculta tras la mesa que bloquea el encuadre de la cámara.

Roy Lopez hace una anotación en su bloc para plantearlo ante la jueza. El fiscal del distrito ha luchado con uñas y dientes para que el hijo de John Crane declare en el estrado en una audiencia pública y, aunque el equipo de la defensa de Crane se ha opuesto, ha dado la impresión de hacerlo solo por llevar la contraria, y no por una preocupación genuina del bienestar y de la recuperación del niño.

Este tribunal ha sido testigo de una gran agitación en las últimas semanas: una multitud se agolpa en las escalinatas del juzgado cada mañana como si fuera una nube de tormenta y no se dispersa hasta que el furgón penitenciario se marcha, mientras la escolta policial es atacada por todos los flancos con comida, pintura y, de vez en cuando, alguna piedra. La propia jueza ha intervenido e incorporado a Roy como asistente legal para garantizar que el riesgo de traumatizar a Adam Crane durante su declaración se minimice lo máximo posible. Se lo ha vendido como una muy buena oportunidad para estar cerca de un caso de alto perfil, aunque sin acercarse tanto como para terminar siendo señalado y repudiado públicamente por mera asociación.

Dicho esto, como no tiene ni a la fiscalía, ni a la defensa de su lado, ni a la jueza respaldándolo en todo momento, no ha sido tarea fácil.

El equipo de vídeo lo han tomado prestado del tribunal estatal, supuestamente disponible para todos los juzgados cuando lo necesitan. Sin embargo, ha tenido que rellenar un formulario que le fue devuelto dos veces antes de que se lo aprobaran. Y no hace falta decir que la segunda ronda de revisiones consistió en deshacer cambios que había tenido que hacer siguiendo los consejos de la primera ronda. Pero finalmente lo consiguió. Encontrar la sala en el juzgado fue igualmente tedioso. El personal administrativo parecía tener una especie de rencor pasivo-agresivo, ya que lo tenían yendo y viniendo de un lado a otro, siempre prometiéndole que cierta otra persona se encargaría del asunto. Y ahora la mesa y la silla no son las adecuadas, pero Roy respira hondo y trata de pensar que tal vez nadie informó al personal de mantenimiento, y estos tomaron el mobiliario que encontraron a mano para ahorrarse un dolor de espalda.

La cara del ordenanza cambia cuando regresa con la nueva mesa y la silla. Hace un gesto casi imperceptible con la cabeza cuando Roy le da las gracias y, al colocarlas —en realidad, son muebles de exterior de plástico y acero plegables que encajan con un clic al desplegarlos, con patas desniveladas que se tambalean como si esperaran que la arena o la hierba ocultaran sus defectos—, lo hace con tanta rapidez y silencio que casi parece una reverencia. Antes de marcharse, toma un paquete de cigarrillos del bolsillo trasero, vacía su contenido en el bolsillo de su camisa y procede a doblar el paquete un par de veces para colocarlo debajo de una de las patas de la mesa para asegurarse de que no se mueva. Entonces Roy se da cuenta de que el hombre no lo hace por él.

Lo hace porque Adam está esperando fuera.

Cuando el ordenanza se marcha, Roy se pone a revisar la cámara de vídeo para mantenerse ocupado. En estos casos, puedes haber tachado cada uno de los ítems de tu lista de pendientes y aun así sentir que no estás del todo preparado. Habían acordado limitar la exposición de Adam en el juzgado (una visita para prepararlo, otra para testificar), lo que significaba que esta era la primera vez que Roy se encontraría con Adam cara a cara. Se seca las manos en sus pantalones y maldice por no haber traído pañuelos desechables o algo parecido. Cruza la sala y abre la puerta de par en par.

Adam Crane es pequeño para sus once años. Tan pequeño que la ropa que le

han dado le cuelga de manera extraña, formando bolsas de aire o desplomándose al no haber un cuerpo que las rellene. Es como si hubieran llevado al juzgado a un espantapájaros en miniatura. A la altura del hombro izquierdo de Adam, hay un policía uniformado, rígido como una estatua y visiblemente enfadado, y su pelo rapado entrecano contrasta con el tono rojo ladrillo de su rostro.

—¿Roy Lopez? —pregunta el policía.

—Sí, soy yo.

—Tengo algo para usted. —El policía empuja levemente a Adam cuando lo dice; no llega a ser un empujón, pero la intención ha quedado clarísima.

—¿Dónde está su escolta? El protocolo acordado exige que Adam tenga al menos dos escoltas continuamente, y uno de ellos debería ser un representante de Servicios de Protección de Menores. Y no hace falta que ande empujando al niño, oficial… —Roy deja la frase a la mitad.

—Escuche bien, sabelotodo. Puede quedarse con el niño o puedo dejarlo en la calle. Tal vez algún reportero lo reconozca… Dios sabe qué podría suceder.

Roy busca el número de placa del policía, pero lo lleva cubierto por una cinta negra. Ni por un segundo cree que sea casualidad.

—Adam, puedes entrar. Muchas gracias por su colaboración, oficial.

El oficial resopla, como si esperara que le llevaran más la contraria.

—Sí, claro.

Cuando el policía se marcha, Adam se detiene un instante en el umbral. No repara en Roy, pero mira todo a su alrededor como si la sala entera fuese una trampa mortal.

Servicios de Protección de Menores todavía no ha hecho una evaluación formal de Adam, pero las notas que enviaron por adelantado bastan para que Roy sepa que el niño tiene un problema con los espacios cerrados. No le gustan las puertas cerradas ni que haya gente bloqueando la salida, incluso aunque no tenga intención de marcharse. Saberlo es una cosa; lidiar con ello es otra muy distinta. Roy tiene un amplio repertorio de estrategias para lidiar con adultos —tímidos, asustados, enfadados—, pero en lo que respecta a sus competencias para tratar con un niño de once años, es un completo ignorante.

"¿Dónde demonios está el responsable de este niño?".

Roy se conforma con dejar que sea Adam quien decida.

—Hola. Mi nombre es Roy Lopez. Soy asistente legal y estaré trabajando contigo en nombre del tribunal durante las próximas semanas.

Adam levanta la vista, como si solo entonces notara su presencia.

—¿En el caso de mi papá?

—Sí.

—¿De qué lado estás tú?

Roy entiende qué le está preguntando: "fiscalía" o "defensa".

—Estoy de tu lado. La jueza me pidió que interviniera para asegurarme de que hagamos lo correcto contigo.

Adam vuelve a mirar la puerta.

—¿Cómo se supone que él lo estaba?

—Sí. Averiguaré quién era ese tipo, y la jueza se asegurará de que no vuelva a entrar. Escucha, no sé dónde se ha ido tu escolta, pero si quieres pasar y tomar asiento, yo los llamo y les aviso que estás a salvo.

Roy regresa a la sala y les agradece en silencio a todos los dioses que Adam haya decidido ir tras él. Roy mira el teléfono de trabajo y comprueba la señal antes de hojear la carpeta hasta dar con el número de contacto de Servicios de Protección de Menores. De ninguna manera deberían haberlo dejado solo, y mucho menos al cuidado de un tipo incompetente e imprudente.

—¿Esa cámara me está filmando?

Roy mira en la dirección que señala Adam y observa la cámara que está del otro lado de la mesa.

—No. La luz roja no está encendida. Eso quiere decir que no está grabando.

—Pero esa sí.

Hay una pantalla junto a la cámara. Allí se pueden ver el banco vacío y el micrófono de la jueza.

—Quería mostrarte qué estarás viendo mientras estés dando tu testimonio —responde Roy—. Allí estará sentada la jueza.

—¿Y todos los demás?

—Tú no los verás.

—¿Hablaré solo con la jueza?

—Esas son las reglas. Te hará algunas preguntas, y tú lo único que debes hacer es responderlas de la mejor manera posible.

—Preguntas sobre mi padre, ¿verdad?

Las notas dicen que a Adam no le gusta hablar sobre lo sucedido.

Pero no dicen nada sobre qué hacer o qué decir si él mismo plantea el tema. Roy respira hondo antes de decir nada.

—Sí, Adam. Te hará preguntas sobre tu padre. No será sencillo, pero tú solo

limítate a responder.

—¿Y si no sé la respuesta? ¿Me enviarán a la cárcel?

Roy debe contener la risa. Es justamente eso lo que cualquier niño o niña imaginaría en su cabeza.

—No, no irás a la cárcel. Si hay algo que no sabes, solo di que no sabes. Si no recuerdas, di que no recuerdas. Nadie se enfadará. No hay nada que temer.

—¿Y si digo algo malo?

Roy se detiene. Esto sí sería una pregunta para Servicios de Protección de Menores, pero al mismo tiempo despierta algo en su instinto de abogado que no puede dejar pasar. Se pregunta si el policía le habrá dicho algo al respecto mientras lo acompañaba al tribunal.

—¿A qué te refieres?

—Aquí decidirán si envían a mi padre a la cárcel, ¿verdad? —pregunta Adam, pero Roy entiende que en realidad la pregunta es retórica, así que le da su tiempo. Uno de los mejores consejos que recibió en su carrera profesional era no interrumpir a quien habla. Les das silencio y ellos lo llenarán.

—Es que yo no… ¿Y si deciden que pueden dejarlo libre después de lo que yo diga?

Si se tratara de un adulto, Roy ya tendría el estómago encogido. Pero Adam es un niño de once años; un niño de once años que terminó recibiendo un balazo porque su padre sabía que la policía le estaba pisando los talones.

—¿Tendría que volver a vivir con él? —pregunta Adam.

Roy ha visto suficiente material del caso como para saber que no hay manera de que el testimonio del niño vaya a cambiar ni un maldito detalle del desenlace. John Crane va a pudrirse en una celda hasta que el sol se apague en el cielo.

Roy respira hondo.

—Eso no va a suceder. Y no tienes que preocuparte por decir algo incorrecto. Lo único que debes hacer es decir la verdad.

Adam parpadea. Los párpados le tiemblan como si la respuesta lo hubiera tomado por sorpresa. Roy se repite que es solo un niño, que no hay nada que interpretar, pero no logra quitarse la sensación de que las palabras "decir la verdad" acaban de estremecer a Adam hasta lo más profundo de su ser.

—¿Y la jueza es buena? —pregunta Adam, y Roy tiene que tomarse un segundo para adaptarse al cambio de tema, y recordar que los niños no son tan maduros como para manipular una conversación. Lo que parece una sutileza

en un adulto probablemente sea más bien asociación libre en la cabeza de una criatura.

—Es buena, para ser jueza. Tiene un trabajo importante, así que tal vez la notes un poco seria, pero es una buena persona.

A Roy se le eriza la piel y se le acumula el sudor en la parte baja de la espalda de solo pensar en el tremendo lío en el que se van a encontrar si Adam entra en pánico, pero el niño parece tomárselo todo con calma. Asiente y nada más, como si la respuesta fuera exactamente la que esperaba oír.

Roy encuentra los números de Servicios de Protección de Menores en la parte de atrás del archivo. Hay uno que parece ser genérico, pero el segundo está marcado con el nombre de una tal doctora Hardy. La llamada personal siempre es mejor.

—Llamaré a este número para saber qué ha pasado con tu escolta, y veremos dónde diablos…

—¿Qué va a pasar conmigo?

Roy no termina de marcar el número.

—¿A qué te refieres?

—Si mi papá termina en la cárcel, ¿qué voy a hacer yo?

—Bueno, te quedarás con Servicios de Protección de Menores por un tiempo, y luego supongo que te buscarán un lugar permanente. —Roy se encoge de hombros para tapar el hecho de que está intentando no nombrar el sistema de centros de acogida—. No sé muy bien cómo funciona todo esto.

—¿Crees que van a permitir que me quede con mi mamá?

La madre de Adam está conectada a un respirador en un hospital al otro lado de la ciudad. Cuando Crane vio que venía la policía a llevárselo, cogió un cuchillo y la apuñaló cuatro veces en la espalda antes de salir a entregarse. Cada puñalada estaba a treinta centímetros de la otra, como si estuviese marcando los vértices de un cuadrado, y por el desgarro de cada herida, calculan que las cuatro fueron asestadas en menos de dos segundos. No dijo absolutamente nada sobre el tema; solo se disculpó con el oficial que lo estaba arrestando porque le había manchado de sangre las esposas.

Roy resiste el impulso de colocar una mano sobre el hombro del niño: a Adam no le gusta que lo toquen, y dicha instrucción se repite varias veces en sus notas, en especial cuando se trata de hombres.

—No lo sé —dice Roy—. Podría recuperarse. Pero, aunque lo hiciera, podría llevarle bastante tiempo sentirse lo suficientemente bien como para cuidar de

ti. —Adam está al borde de las lágrimas. Mierda, Roy se siente igual solo de pensarlo. Se inclina para quedar a la altura de los ojos del niño—. Yo no puedo prometerte nada, pero si fuera mi mamá, sé que ella haría todo lo posible por estar conmigo, ¿vale?

Adam traga saliva.

—Sí.

—Eso es lo que hacen las mamás, ¿no?

Adam parpadea, y una lágrima le corre por la mejilla, pero eso a Roy le parece bien. Dadas las circunstancias, sería peor que no mostrara ninguna emoción.

Roy se endereza y ve que hay una mujer de pie junto a la puerta. Traje gris, blusa, zapatos bajos y el rostro de alguien que acaba de llegar corriendo. Parece que, después de todo, no hará falta llamar a Servicios de Protección de Menores.

—¡Hola! La doctora Hardy, ¿verdad? —Roy le tiende la mano—. Mi nombre es Roy Lopez. Soy un asistente legal y trabajo con la jueza Williams en…

Roy esquiva la mesa para evitar que su cuerpo quede entre Adam y la puerta, tal como se lo han pedido, y se da cuenta de que acaba de cometer un gran error. La mujer lo ignora y se dirige directo a Adam, con el rostro desfigurado de rabia, y lo sujeta del brazo y lo agita mientras le grita.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija?

Adam ni siquiera reacciona mientras ella lo arrastra, y Roy se apresura a rodear la mesa, choca con el trípode al pasar y hace malabares con las manos para intentar atrapar la cámara en el aire y evitar que se estrelle contra el suelo. La endereza y presiona el botón para grabar. Más vale esto a que sea la palabra de ella contra la de él si algo sale mal.

—¡Dime dónde está!

La mujer empuja a Adam contra la pared del fondo con tal fuerza que la cabeza del niño golpea con un sonido seco y hueco. El niño se desploma de repente, ella pierde el equilibrio y está a punto de caerse sobre él, pero Roy sujeta a Adam de la camisa con una mano y, con la otra la aparta de un empujón.

—¡Usted no puede estar aquí, señora! —le grita lo bastante fuerte como para que alguien en el pasillo lo oiga, porque en esa sala no hay botón antipánico y, aunque su teléfono no estuviera sobre la mesa, ahora tiene las dos manos ocupadas intentando mantener erguido el cuerpo flácido de Adam.

—¡Él sabe dónde está! ¡Estaban todos metidos en esto! ¡Hágalo hablar, exíjale que me diga dónde está mi hija!

Es la madre de una de las víctimas. Sigue gritando, con el rostro pálido, y Roy se da cuenta de que la mujer no había planeado nada de todo aquello. De repente, mira al niño medio inconsciente, en los brazos de su abogado, y luego lo mira a él, y aunque sigue gritando, empieza a retroceder, como si en algún lugar debajo de toda esa furia y ese dolor hubiese una parte de ella que sabe que esto es una pésima idea.

—No haga esto, señora —le pide Roy—. No funciona así.

"Es solo un niño", quiere decirle, pero no hace falta. Ella parece estar a punto de responder, pero Adam pesa más de lo que aparenta y, cuando su cuerpo se le está resbalando, Roy tiene que dar un brinco para no dejarlo caer. La visión del niño colgando inerte en sus brazos la asusta.

—No fue mi intención herirlo —La voz de la mujer se hace pequeña cuando habla.

—Lo sé —dice Roy—. Estaba enfadada y no estaba pensando. —Deja a Adam en el suelo y luego se quita la chaqueta para doblarla y colocarla a modo de almohada debajo de la cabeza del niño.

—¿Va a arrestarme?

Roy mira a Adam. No recuerda si existe una posición lateral de seguridad específica para niños o si por el contrario no debe moverlo bajo ningún concepto. Hizo un curso de primeros auxilios en sus comienzos, pero lo único que recuerda de aquellos tiempos es lo malo que era el café.

"Eso es lo que hacen las mamás, ¿no?".

—Mire, regrese por donde vino y no vuelva a acercarse al niño, y yo le prometo que hablaré con la jueza. Diremos que fue mala suerte. Que entró por la puerta equivocada y que la pilló por sorpresa lo que encontró.

La mujer debe de saber que lo que hizo no estuvo bien, pero queda claro que hay algo de todo esto que no termina de cuadrarle.

—Necesito una respuesta. Y no me iré a ningún lado hasta conseguirla.

Roy levanta el brazo y señala la cámara, con la luz roja encendida.

—Márchese ahora, o juro que iré a buscar al oficial que la dejó pasar. Si vuelvo a verla a menos de treinta metros de este niño, esta cinta y su nombre irán al expediente y directo al equipo de la defensa, y dejarán de lado toda la mierda de la enajenación que estaban montando para ir directamente a pedir la nulidad del juicio. ¿Comprende lo que digo?

La mujer asiente dos veces, con la misma expresión que tenía el policía. Llena de odio, aunque escondida detrás de un rostro de piedra.

—Lo comprendo.

CAPÍTULO 24

Christopher Street-Stonewall El último vagón del tren está vacío. Una de las ventanas de la parte trasera se ha hecho añicos, una constelación de grietas en forma de telaraña causada por el impacto de algún fragmento de metralla. Al parecer, eso fue suficiente para hacer que todos se pasaran al vagón de delante. No le sorprende que nadie haya intentado saltar a las vías y echado a correr: seguramente todos ya lo han considerado, pero nadie se atreve a ser el primero.

Haber salido de aquella cabina ya es un alivio. Haberse alejado de Ben, o de Adam, o quienquiera que sea, también. En la academia, recibió entrenamiento en desescalada para intervenciones de salud mental, pero su instinto y su experiencia le dicen que ya no hay manera de convencer a este hombre de modificar lo que sea que se le esté pasando por la cabeza. La mitad del tiempo que estuvo con él, le dio la impresión de que estaba en su propio mundo. Más de una vez, lo notó desesperado por evitar verbalizar la conversación que estaba desarrollándose en su mente.

Kelly no ha oído hablar del asesino de Tuxedo Park, pero de una cosa está segura: el tipo le ha jodido la vida entera a su propio hijo. Si Ben no estuviera tan convencido de que su padre está encerrado, Kelly habría sospechado que era él quien estaba al otro lado del teléfono retorciéndole el cuchillo.

Tal vez no debería haberle pedido a Ben que presionara a los sospechosos, pero puede que demostrarles algo de carácter sea exactamente lo que él necesita para volver a enfocarse y encontrar el equilibrio.

De una manera u otra, para responder al pecado de haberlo sugerido, Kelly debe ahora lidiar con los pasajeros.

Mientras camina a lo largo del vagón vacío, Kelly cree comprender qué debe sentir un buzo de aguas profundas mientras avanza hacia un abismo. El entrenamiento y la experiencia adquirida te han preparado para este momento; sin embargo, cuando enciendes tus luces para abrirte paso entre tanta oscuridad, te encuentras cara a cara con algo extraño, con un mundo distinto a todo lo conocido. Al abrir la puerta del primer vagón atestado de neoyorquinos cansados, sofocados y —lo peor de todo— conscientes de que están llegando tarde a algún lado, ni siquiera intenta prepararse para lo que se le viene encima. Lo que sea que vaya a golpearla lo hará de manera violenta, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Pero parece que se equivoca. Todos los pasajeros tienen los ojos clavados en la pantalla de su móvil; ven sus redes sociales o leen las noticias. Y quienes no tienen un teléfono en la mano miran el de alguien que se encuentre cerca o mantienen la mirada fija en la nada misma como si no hubiese una maldita cosa en este universo que pudiera sorprenderlos.

Aun así, Kelly tiene trabajo que hacer. Hoyt respondió más rápido de lo que ella esperaba y sin mencionar que ella se había interpuesto en la línea de tiro ni que podía terminar pagándolo muy caro.

Kelly supone que Hoyt se está guardando ese regalito si es que ella sale con vida de todo aquello.

Seguridad Nacional la autoriza a interrogar a los pasajeros, pero le aconseja no responder ninguna pregunta, ni decirles por qué está ella en el tren. En palabras de Hoyt, mencionar una bomba o que el tren ha sido secuestrado podría dar lugar a múltiples escenarios catastróficos, y Kelly intuye que lo que a él realmente lo frena es la imposibilidad de elegir cuál de esos escenarios les tocará. Prefieren que ocurra algo malo, pero teniendo el control de la situación, que dejar que simplemente suceda. Y por primera vez, Kelly está de acuerdo con él. Si todo esto va a irse a la mierda, más vale que sea donde ya hay ambulancias esperando. Proponen un enfoque diferente para abordar a los pasajeros, y su equipo técnico tarda unos minutos en ponerlo en marcha y enviárselo a ella.

Quieren ofrecer un reembolso a los "buenos ciudadanos" del tren 1. O funciona de maravilla o Kelly estará sumando sin saberlo el delito de incitación a los disturbios a la lista de acusaciones con las que saldrá de este lío.

Respira hondo, se endereza y se prepara para hablar en voz bien alta, así todo el mundo la oirá.

—A ver… Si me pueden prestar atención un momento, por favor.

—Cállese, que ya lo hemos oído. —El que habla es un hombre sentado junto a la puerta a la izquierda de Kelly. Está sentado con las piernas bien abiertas, los codos apoyados en las rodillas y la frente hundida en las palmas de las manos, como si intentara que no se le salieran los ojos de las órbitas.

—¿Disculpe?

El hombre levanta la cabeza y le clava la mirada. La palabra "resaca" no le hace justicia a su aspecto. Parece una estatua esculpida en ceniza de cigarrillo, una especie de fantasma que toma el tren 1 rumbo a su nuevo trabajo: atormentar a la gente desde el interior de un reloj de pie.

—Ya lo dijo el conductor. Debemos ir directo hasta la 181, sin paradas. La policía ha cerrado el resto de las estaciones.

—Fue Seguridad Nacional.

—Como sea. ¿Tiene agua o Coca-Cola?

—¿Tengo cara de supermercado o qué?

—Usted no es la interventora. La vi antes.

Kelly baja disimuladamente la vista para mirarse la ropa y verificar que no tiene manchas de sangre. Sabía que no se había manchado mientras asistía a la interventora, pero en el caos de transferirla a la camilla, tal vez algo de sangre la salpicó. El pasajero no dice nada más, así que ella sigue con su discurso.

—Quería decirles que la oficina del alcalde ha autorizado fondos para una compensación. Pero si no desean oír…

—¿Compensación? Primera vez que lo oigo —comenta Kelly encogiéndose de hombros—. Seguridad Nacional ha bloqueado la mitad de esta ciudad. —No tiene idea de si eso es cierto o no—. El alcalde debe andar buscando votos para su reelección. ¿De cuánto estamos hablando?

—No tengo idea. —Kelly levanta el teléfono que le dio McDiarmid. En la pantalla, se ven el sitio de la Autoridad Metropolitana de Transporte y un código QR—. Lo único que sé es que deben completar sus datos aquí: dónde se subieron y adónde iban…, y luego ellos sabrán cuánto les toca de reembolso.

—Ahí lo tienes —dice el hombre—. Primero, debemos completar un formulario del Gobierno. Como mucho, nos darán veinte dólares, y mi nombre aparecerá en una lista de sospechosos el resto de mi vida.

Kelly no responde a ese comentario. Tras un momento de indecisión, el tipo saca su móvil y escanea el QR. Las manos le tiemblan tanto que debe repetirlo tres veces.

—¿Sabe cuánto les toca a los oficiales de policía en esta ciudad?

—Ni idea —responde Kelly.

—Diez mil dólares por minuto. Más de cinco mil millones cada año.

—Ah, ¿sí?

—¿Usted diría que hacen algo para merecerlo?

Kelly se mantiene imperturbable.

—¿Quiere saber cuánto me toca a mí por estar atrapada aquí?

—¿Cuánto?

—Ni un maldito centavo.

—Entonces debería hablar seriamente con su sindicato.

El hombre no aparta la vista de su móvil cuando dice esto último, lo que indica que ha perdido todo el interés en esta conversación.

Las personas sentadas más lejos en ese mismo vagón no han dicho nada ni mirado en dirección a Kelly ni siquiera una vez. Pero ella avanza porque ve que todos van preparando sus teléfonos para poder escanear el código que ella les ha mostrado. Ha practicado el discurso mentalmente mucho rato, esperando tener que decir lo mismo una y otra vez, teniendo que explicar a la mitad de los pasajeros cómo funciona un código QR, teniendo que responder sus preguntas sobre cuándo van a poder bajarse… o sobre qué diablos está sucediendo. En cambio, solo tiene que caminar por el pasillo del vagón con el teléfono en alto, como si fuera una ofrenda, y todos esperan en silencio y con paciencia su turno para recibir el QR. El único murmullo que se oye de vez en cuando es el intercambio entre pasajeros que discuten acerca de los detalles que están poniendo en el formulario.

"Dijiste que bajaríamos en Times Square en lugar de Penn Station. Dijiste que sería más rápido. Sí, claro".

Salvo eso, todo el vagón está prácticamente en silencio.

Solo al llegar casi al final del vagón, Kelly reconoce que ha cometido un error. Los pasajeros no están enfurecidos, ni indignados, ni a punto de estallar, y es porque todavía están metidos de lleno en la situación. Recuerda las imágenes grabadas de un refugio antibombas: una habitación de un sótano sin ventanas, abarrotada de niños aterrorizados y algún que otro padre superviviente. Todos en silencio. Nadie miraba a la cámara. Nadie preguntaba cuándo terminaría eso, ni si iban a comer, ni por qué estaba pasando lo que estaba pasando. Mientras la cámara grababa, un misil o una bomba impactó cerca, y el

encuadre se agitó con la onda expansiva, una violencia más notoria precisamente por la total ausencia de reacción de la gente apiñada en la toma.

Si no estuvieran en el tren, si ya estuviesen a salvo, tendrían miles de preguntas. Tendrían las noticias 24 horas sintonizadas en su canal favorito, estarían conectados con sus amigos por teléfono, avisando en las redes que están a salvo y dando su opinión a todo su entorno digital.

Pero no, están atrapados aquí abajo, y cada uno ha experimentado en carne propia la explosión desde el andén. Saben que están varados en la situación más espeluznante que jamás hayan imaginado y lo único que pueden hacer es bajar la cabeza, resistir y tener la esperanza de sobrevivir.

Kelly deja que los últimos pasajeros escaneen el código, le echa al vagón un último vistazo en busca de algo extraño y pasa al siguiente.

La oferta de compensación no ha sido autorizada por el alcalde. El sitio podrá pertenecer a la Autoridad Metropolitana de Transporte, pero toda la información que se está recopilando irá directa al Departamento de Seguridad Nacional.

"Solo haz que completen el formulario". Eso es lo único que le han ordenado hacer. Y si no quieren completarlo, deberá intentar recordar qué aspecto tienen, dónde están sentados, si llevan algo encima. Kelly tiene su propia lista mental: si se quejan por el formulario, si ve tipos raros, alguien con un bolso enorme. Está haciendo todo lo posible por registrarlo todo: quién va llevando bien la situación, quién está a punto de derrumbarse, quién intenta ocultar algo.

El siguiente vagón se ve más o menos igual que el primero: todo aquel que puede escanear el código se dispone a completar el formulario en cuanto le aparece en su móvil. No pasa mucho tiempo antes de que Seguridad Nacional empiece a tener problemas de ancho de banda, y Kelly se disculpa por lo que tarda en cargar la página; les asegura que, si siguen intentándolo, lo conseguirán; y que sí, que recibirán su compensación.

Es raro cómo la cuestión de la supervivencia se echa por la ventana cuando existe la posibilidad de que todos excepto tú vayan a recibir dinero.

Una mano que le hace señas vuelve a traer a Kelly a la realidad. El tipo que la llama es fornido: por la forma en que no logra acomodarse sin meter las piernas en el espacio de otro, Kelly sospecha que mide alrededor de un metro noventa o noventa y cinco. También es ancho de espalda, aunque de hombros redondeados, como un jugador de rugby universitario que no llegó a ascender a profesional y desde entonces se ha descuidado. Su expresión parece amable,

pero Kelly ha tratado con suficientes personas como para saber cuándo alguien está furioso e intenta disimularlo.

—No pierdas el tiempo —le dice a alguien. No suena estadounidense—. No creo que se molesten en transferirnos el dinero. Nuestro vuelo sale mañana.

Kelly no llega a responder porque la mujer sentada a su lado interviene primero.

—Dios santo, Lawrence. Solo rellénalo.

La expresión del hombre no cambia, pero inspira hondo y con exasperada fuerza a través de la nariz.

—Solo que vamos a compartir mi nombre y apellido con todo el mundo, claro.

—¡Nadie nos está escuchando!

—Sí, pero aquí estoy yo, entregándole todos mis detalles personales a otra maldita base de datos, y tú andas gritándole mi nombre al mundo entero.

La mujer bufa, levanta las manos y mira al techo como si estuviese implorándoles a los cielos por encima de toda esa chatarra, un gesto fácilmente reconocible de cualquier mujer que haya tenido que lidiar con un hombre. Es mucho más pequeña que su compañero, y en su melena rubia, hay rastros descoloridos de lo que alguna vez fue un tinte color azul eléctrico. Kelly no puede dejar de pensar en el estado en que queda cada almohada que ese pelo ha tocado y le resulta asombroso que el contacto tan cercano con el tinte no le haya dejado la tez como la de un pitufo.

—No lo entiendo —dice ella.

Kelly cree que podrían ser británicos. Todos los acentos que no sean el de un neoyorquino suenan extranjeros para ella, y a pesar de que se sabe que los turistas invaden la ciudad cada día, Kelly no ha conocido a tanta gente de fuera de los Estados Unidos como para confirmar su suposición. Esas personas suelen mantenerse alejadas de las escenas de un crimen. Su acento suena más como los que ha oído en la televisión, y aunque el de la mujer es más cerrado, no parece que el inglés que habla fuese su segunda lengua.

—Aun si no nos dan nada, si no hay compensación alguna, podremos usar el formulario como prueba de que estuvimos aquí y reclamárselo todo a la empresa de seguros de viaje.

—¿Reclamarles qué?

—No lo sé. Estrés, trauma emocional, haber perdido un día entero de viaje.

Hasta podríamos decir que los dos sufrimos una especie de latigazo cervical cuando el tren se detuvo.

—Para eso querrán ver un certificado médico. Si quieres, puedo darte una patada en el medio de la cara y así tendrás algo para darles a los médicos de urgencias.

—Y yo podría patearte las pelotas.

—¡Qué romántica!

—Lo aprendí de ti.

Kelly se planta con el teléfono frente a ellos, esperando a que termine la discusión y que alguno de los dos, de una vez por todas, se digne escanear el código. Le molesta la ligereza con la que él ha soltado la amenaza, pero la mujer no parece alarmada en lo más mínimo. Más bien da la impresión de que disfruta la oportunidad de devolvérsela con intereses.

El hombre, Lawrence, termina la discusión ahí, se inclina hacia Kelly y le habla en un tono mucho más bajo y rápido.

—Ahora bien, hablando en serio, ¿cuál es el problema aquí?

—Estamos sacando todos los trenes de la ciudad.

—Sí, algo de eso dijeron por los altavoces. Lo que yo le pregunto es qué es lo que en verdad está sucediendo.

—Yo no… no sé a qué se refiere, señor —responde Kelly.

—Ah, ahora prepárese —sentencia la mujer—. Y no me culpe a mí. Usted empezó.

Lawrence hace oídos sordos.

—Hubo una explosión en la otra estación, ¿verdad? No una grande. De lo contrario, este tren se habría salido de las vías o ustedes ahora mismo estarían intentando ayudarnos a salir de entre los escombros. —Espera algún tipo de confirmación, pero Kelly pone su mejor expresión de "sin comentarios". Eso no lo desalienta en absoluto—. Tomaré su silencio como un sí. Ahora bien, para un dispositivo explosivo de dos kilos, la distancia de evacuación recomendada es de trescientos sesenta metros. Para uno de veinte kilos, es casi seiscientos metros. Si avanzáramos medio kilómetro por el túnel, quizá incluso hasta la siguiente estación, ya estaríamos en zona segura.

—Tal vez les preocupa que sea algo más grande —dice la mujer.

—Veinte kilos es más o menos lo que entra en una maleta —responde él—. Más grande que eso, lo que sea que cargues sería demasiado obvio. No solo

porque sería enorme, sino porque sudarías como un caballo de carreras solo por cargarlo.

Por más que le preocupase tener que retener en su memoria a corto plazo a cada persona del tren, Kelly no cree que vaya a olvidarse de este personaje tan fácilmente.

—¿Y exactamente a qué se dedica usted? —le pregunta.

Él sonríe, como si no pudiera evitarlo.

—Eso es información confidencial.

—Gracias por preguntarlo —responde la mujer con sorna—. Le encanta decir que su trabajo es confidencial.

—Pero es que lo es —replica él. Mira a su pareja, y luego la sonrisa se le borra del rostro—. La única otra explicación es que no sea necesario evacuar si eliminas el problema de cuajo. —Se inclina un poco más hacia delante—. Lo que significaría que el problema está dentro del tren.

Kelly siente que la mirada se le va hacia el suelo, buscando allí cerca una maleta o un bolso que pudiera contener unos veinte kilos.

—No tiene que decir nada, señorita —sigue él—. Escanearemos su código y rellenaremos el formulario. Solo deme alguna señal y entonces yo sabré si, llegado el momento, debo prepararme para salir de aquí.

No hay ningún bolso en el suelo. Mientras él prepara su móvil, Kelly analiza el riesgo de comentarle lo que realmente está sucediendo y la posibilidad de que el tipo vaya a entrar en pánico. No parece tenso ni inquieto. No ha dado ninguna señal de haber descifrado dónde está realmente la amenaza ni tampoco de que esté a punto de intentar hacer algo. Parece sincero y, después de tantos años de ir de puerta en puerta y de realizar interrogatorios, que ella sienta de verdad que alguien está siendo sincero es un lujo que casi nunca se da.

—¿Llevan un paraguas? —les pregunta.

—No —responde la mujer—. Ha hecho mucho calor.

—Creía que ustedes los británicos llevaban siempre uno. —Kelly mira al hombre a los ojos—. Uno nunca sabe cuándo quedaremos atrapados en una tormenta.

Antes de que él pueda decir algo, Kelly ya está dirigiéndose a la siguiente pasajera, con el móvil en alto para que pueda escanear el código.

CAPÍTULO 25

Christopher Street-Stonewall Lo primero que intenta pensar Ben cuando la detective se va es qué excusa le dará cuando regrese. No quiere enviar ningún tipo de mensaje. No quiere hablar del asesino. Estar solo —ser Ben— lo ha mantenido a salvo durante mucho tiempo. Ser Ben lo hace sentir que es una persona normal y que no está fingiendo.

Escribir un mensaje ahora significaría renunciar a todo eso. Significaría aceptar que, sin importar todo el tiempo que ha transcurrido, él sigue siendo Adam y que nada jamás será normal para él de aquí en adelante.

Significaría aceptar lo que hizo.

Si tuviese que hacer una llamada o usar algún tipo de enlace a un vídeo, sería sencillo mentirle a la detective. Podría decir que no había buena señal o que quería conservar la poca batería que le quedaba. Los mensajes se envían con facilidad. Incluso si no lo hacen, al menos queda prueba de que lo has intentado. Bastaría con que ella mirara la pantalla del móvil de Ben para comprobarlo.

Podría romper el teléfono, hacerlo añicos, destrozarlo de una vez y ya. Debería haberlo hecho al principio de todo esto, con la primera imagen de ese hombre asesinado. Debería haberse bajado del tren, tirar el móvil en un cubo de basura y desaparecer.

Debería haberlo sabido.

Se confió demasiado, creyendo que nadie volvería a vincularlo con su padre.

"Nada permanece enterrado para siempre".

Algo en esa idea lo llena de un inmenso terror. No termina de entender por qué, pero es como si tuviese que andar por la vida con dolor de muelas: siente cómo su mente esquiva el asunto porque, cada vez que está a punto de

reconocerlo y hacer algo al respecto, lo invade un sudor frío por todo el cuerpo que lo paraliza.

Pero no puede romper el teléfono. No ahora. Las cosas han ido demasiado lejos como para dejar al asesino, al otro lado de la secuencia de mensajes, a oscuras. ¿A cuánta gente sería capaz de eliminar para conseguir su atención? O, si Ben frustrara sus planes, ¿el asesino detonaría la bomba que le queda mucho antes de llegar a destino?

"Averigua todo lo que puedas". Eso fue lo que le pidió la detective. Pero Ben ni siquiera sabe por dónde empezar y, aunque supiera, no está seguro de estar listo para meterse de lleno en eso. El asesino sabe quién es él y quién es su padre. Lo aterra pensar cuánto más sabrá. Es como si estuviese otra vez en la entrada de la estación de metro, de frente a toda esa oscuridad, solo que esta vez no es el miedo a lo desconocido lo que lo asusta.

Es que sabe con absoluta certeza qué hay allí abajo.

El teléfono le tiembla en la mano. No puede quedarse allí sentado sin hacer nada. No hacer nada significa que el plan, sea cual sea, se llevará a cabo según lo previsto. El asesino quiere mantenerlo bajo control y está usando su miedo como una correa. Lo atormenta con el nombre porque sabe que se niega a pronunciarlo. Sabe que está aterrorizado.

Ben recuerda la reacción de la agente ante el nombre "Adam Crane". Parecía una locura decirlo en voz alta, admitiendo quién era él de verdad —o quién había sido— y que ella ni siquiera pestañeara. Como si haber oído el nombre fuera el menor de sus problemas.

Tal vez el asesino no haya calculado ese detalle. Quince años pueden haber afilado como una navaja su rencor hacia él, pero para los demás, esos crímenes son cosas del pasado, borradas por el flujo constante de nuevas atrocidades que llegan de todo el planeta directamente a los móviles de la gente. Quizá lo único que tienen en común el asesino y Ben es que solo para ellos el nombre Adam Crane tiene algún significado.

Ben desbloquea su teléfono. El icono de la batería indica que tiene un poco menos de la mitad de la carga. Abre la aplicación de mensajes. No ha vuelto a contactar con él desde que el tren se puso en movimiento.

Necesita llamar su atención.

Ben no envía ningún mensaje. En su lugar, toma la radio y habla a través de ella.

—Este es South Ferry 2-1-5.

—Adelante, South Ferry —responde Hoyt de inmediato, como si hubiera estado esperando esa transmisión todo este tiempo.

—Quería saber… cómo está la interventora.

La radio tiembla en las manos de Ben. No puede pronunciar el nombre. Confesárselo a la detective es una cosa, pero hacerlo ahora por radio podría significar que se lo esté gritando al mundo entero.

—Va a salir de esta —responde Hoyt—. Aunque se dio un buen golpe al bajarla del tren, eso sí.

Hay cosas que Hoyt tampoco puede decir a través de una línea abierta. Ben casi puede sentir la tensión de la radio en silencio, como si Hoyt ahora le pidiera que mantuviese la boca cerrada y no dijese nada sobre la detective Hendricks, para ganar todo el tiempo posible antes de que el asesino se dé cuenta de que alguien ha subido al tren.

—Me están usando como chivo expiatorio —dice Ben.

Se hace un silencio más prolongado antes de que Hoyt vuelva a responder. Cuando lo hace, pronuncia cada palabra con mucho cuidado.

—Cuéntame más sobre eso, Ben.

Oír a Hoyt decir "Ben" es como recibir un balde de agua fría que, paradójicamente, le provoca un inmenso alivio. Hoyt lo sabe, y Ben se pregunta cómo se enteró de su pasado Seguridad Nacional. Saben quién es él. Tendría que haberlo horrorizado el solo hecho de pensarlo, pero siente como si le acabasen de quitar un enorme peso de encima.

—No nací como Ben Cross —dice Ben, y toma aire antes de seguir—. Mi nombre real es Adam Crane, y mi padre es John Crane. Quince años atrás, mató a doce niñas en el norte del estado de Nueva York. Me asignaron un nombre nuevo para protegerme tras haber encerrado a mi padre en un manicomio por el resto de su vida.

—¿Has dicho que te están usando como chivo expiatorio?

Hoyt no suena sorprendido por la radio, y Ben no sabe si es una limitación del aparato o si Hoyt simplemente no le cree.

—La gente que está detrás de esto sabe lo que hizo mi padre —dice Ben—. En todos sus mensajes me llaman Adam. Creo que… Creo que lo hicieron para que yo intentara ocultárselo a ustedes.

—¿Y por qué harían eso, Adam?

Oír a Hoyt pronunciar su nombre verdadero al otro lado de la línea hace que le tiemblen las piernas y se desmorone. Se ve forzado a bajar el micrófono y a

juntar las manos, los nudillos blancos del esfuerzo por mantenerlas quietas, hasta que se tranquiliza y puede volver a hablar.

—Por favor, llámeme Ben.

—Está bien, Ben —asiente Hoyt—. Como tú prefieras.

—Sea lo que sea que planean hacer, quieren que yo cargue con la culpa.

—¿Y cómo sería eso?

—Yo… Yo estuve entrando y saliendo de centros de acogida toda mi vida. Y mi padre es un asesino en serie.

Puede imaginar qué habría pasado si la detective no hubiese estado allí para evitar que le dispararan. Casi puede sentir dónde le habría pegado la bala: un solo disparo en la parte alta del pecho —un intento de tiro a la cabeza frustrado por un capricho de la geometría—, la herida abriéndose en espiral hacia la espalda, la punta hueca desplegándose como una flor.

—Soy una alerta roja andante. Lo único que tenían que hacer era señalarme. Y… listo, el principal sospechoso. Quieren que ustedes se concentren en mí.

Vibra el teléfono. Puede que el asesino esté cayendo en la trampa, pero no tiene sentido que responda ni que lea nada hasta que haya picado el anzuelo.

—Saben que, cuando esté muerto o preso, nadie seguirá investigando nada de lo que sucedió aquí.

Vuelve a vibrar el teléfono. Se agita en su mano, y Ben se imagina el teléfono enfadado por no haber respondido el primer mensaje. Ya lo tiene, pero debe estar seguro.

—Por eso me escogieron. —Casi se había olvidado de lo sencillo que es mentir cuando es necesario—. Si me culpan a mí, ellos saldrán ilesos de todo esto.

Ben no oye lo que Hoyt le está diciendo. Alguna pregunta, tal vez. Está mirando la pantalla del teléfono. El sudor le recorre la frente y moja la tela de su camisa. Siente frío de repente.

Ve el primer mensaje desde la pantalla bloqueada.

Deja ya de mentir, Adam.

¿Debo detenerte yo?

Ben desbloquea el teléfono y teclea su respuesta.

Yo no he mentido.

“Presiónalos”, eso es lo que le dijo la detective que debía hacer. “Agita el avispero”.

Hay una razón por la que lo eligieron. Sin embargo, si Ben hace que todo esto se vea insignificante, tal vez ellos pierdan la paciencia y se les escape algo.

Lo único que espera es que no se les escape el detonador de una próxima bomba.

Le estoy diciendo a Seguridad Nacional lo que necesitan saber. De alguna manera, descubriste quién soy yo y crees que esta es tu oportunidad para convertirme en tu chivo expiatorio.

Le responde de inmediato.

¿Estás intentando provocarme?

Ben parpadea frente a la pantalla. Una no respuesta. Después de pasar toda su adolescencia yendo de un terapeuta a otro, sabe lo suficiente como para reconocer lo que significa evadir una pregunta.

Has matado a tres personas.

Ben se estremece al escribirlo. Han sido casi cuatro.

Parece que estás bastante molesto. Entonces ¿por qué seguir mintiendo?

¿Crees que llegué a ti por casualidad? Hallarte me llevó demasiado tiempo. He soñado con este momento durante muchos años.

¿Has soñado con asesinar personas inocentes? Si esto tiene que ver conmigo, ¿por qué haces todo lo demás? Podrías haber aparecido en la puerta de mi casa con una pistola.

Ningún inocente ha muerto. Pero eso podría cambiar si sigues intentando hacerme enfadar.

Ben siente un escalofrío por todo el cuerpo cuando lee este último mensaje, pero ya ha tomado impulso. Escribe rápido, usando la pantalla como un escudo que impide mostrar lo asustado que está.

No te creo. Ibas a matar a todas esas personas de un modo u otro. Eres como cualquiera que sabe que yo en verdad soy Adam Crane. Lo único que quieres es usar

el nombre de mi padre. La mayoría querría vender un libro. Pero tú necesitas una coartada.

Hasta este momento, todas las respuestas habían llegado al instante, como si el asesino las escribiera lo más rápido posible. Ahora la pantalla ha quedado en silencio. Ben siente cómo el tren se zarandea y se desplaza al avanzar. El silencio le resulta incómodo. Sabe que hay una respuesta a punto de llegar; puede sentir la tensión entre él y el asesino, la presión que ha generado al provocarlo, contenida a duras penas y a punto de estallar. Ben lo imagina escribiendo, clavando los dedos en las letras una por una, presionando la pantalla con tanta fuerza que, si pudiera, la atravesaría de lado a lado.

Tras lo que parece una eternidad, llega un nuevo mensaje.

Estás en este tren porque yo te quiero ahí. Ese policía que maté. Y la taquígrafa con el bolso. No estaban allí por casualidad tampoco. Yo los traje hasta aquí para que tú pudieras verlos una vez más antes de matarlos. Y tú también morirás, Adam. Pero antes quiero que admitas qué eres de verdad. Te puse en este tren para que todo el mundo vea cuál es tu castigo.

Ben se queda mirando el mensaje. Las palabras "y tú también morirás" se le graban en la conciencia como letras de fuego, tatuadas en la cara interna de su cráneo. Hasta este preciso instante, había logrado engañarse con la vana esperanza de poder escapar. Creía que, por más mensajes provocadores que le enviaran o por más pasajeros que fuesen a morir, él iba a poder salir con vida de todo esto, pero una simple afirmación basta para arrancarle de raíz esa ilusión. Ben se siente invadido por el pánico. El corazón se le acelera.

La mujer en la estación de Franklin Street lo había reconocido. Sabía quién era y le tenía miedo. Ese miedo la mató, y ahora Ben se pregunta si eso formaba parte del plan. Si sabían que ella huiría de él.

El teléfono vuelve a vibrar.

No creas que no sé que tu amiga anda caminando de un lado a otro por el tren. Provócame una vez más y me encargaré de que se arrepienta.

Cuando lee el mensaje, Ben se siente como un niño pillado con las manos en la masa. Trata de no imaginar a la detective recorriendo el tren con una diana en la espalda. Que la han descubierto y que ella ni siquiera lo sabe. Y no lo sabrá hasta que suene un clic y cualquier otro pensamiento en su cabeza sufra la misma aceleración violenta que la mujer del andén.

Ben no responde. No puede.

No puede escribir porque las manos le tiemblan demasiado. No sabe si es miedo o excitación, pero Ben acaba de tener una revelación. Sabe quién es el hombre muerto. El primero. El de la foto. El que fue asesinado en la puerta de su casa. No había logrado ubicarlo hasta ahora, pero las palabras "policía" y "taquígrafa" hicieron que algo se recolocara en su memoria. Ahora es capaz de señalar el lugar y el momento exactos en que lo vio por primera vez.

Un empleado judicial.

Había sido una especie de abogado o asistente legal designado para cuidar de Ben durante el juicio de su padre. Roy algo. Ben lo recuerda porque fue una persona en la que el Ben de once años había confiado, y la lista de personas en las que confiaba en ese entonces era muy limitada.

La mujer del tren sabía quién era Ben porque ella también había estado allí. Ben no había llegado a hablar con el hombre que recibió el disparo, pero ahora no duda en absoluto de que él también lo habría reconocido.

"Estás en este tren porque yo te quiero ahí".

Ben le dijo a Seguridad Nacional que lo estaban usando como chivo expiatorio para que cargara con la culpa del atentado, pero el hecho de que hayan muerto todas estas personas —dos de ellas en el mismo tren— hace que esa teoría se desmorone por completo.

Esto se trata de Ben. Del juicio.

De por qué, incluso cuando ya habían encerrado a su padre para siempre, él jamás iba a poder decir la verdad.

CAPÍTULO 26

Quince años antes Ser fiscal de distrito es un cargo de gran autoridad y, dada la facilidad con la que podría abusarse de dicho rol, Roy Lopez siempre ha entendido que existen ciertas expectativas en cuanto a la imagen pública que debe proyectar un fiscal. Sobrio. Mesurado. Responsable. Nunca lo había considerado hasta este momento, pero es lógico pensar que esas expectativas se evaporen tan pronto como se elimina al público de la ecuación.

A juzgar por cómo ha ido la reunión hasta ahora, el fiscal Ross Armstrong no ha sido ni mesurado ni responsable. Y aunque él jamás daría su consentimiento y nadie entre los presentes podría obligarlo a someterse a una prueba de alcoholemia, entre el olor que desprende y el color de su tez —una gama que va del índigo al violeta—, Roy apostaría todo lo que tiene a que nadie podría declararlo sobrio en las próximas cuatro a seis horas.

—Quiero a ese chico de vuelta en la sala. —Armstrong clava el dedo índice en el escritorio, como si intentara hincar su argumento a martillazos, y Roy se pregunta si estar tan enfadado lo hace a uno volverse insensible, porque está seguro de que eso va a dolerle una barbaridad por la mañana—. No en una pantalla de vídeo, no en otra sala. Lo quiero en la sala del juicio.

Por otra parte, la doctora Hardy casi no se ha movido ni pronunciado palabra desde que Roy y el fiscal entraron en su oficina. A Roy le habían comunicado que Armstrong se enfureció tras el testimonio de Adam… de Ben. Llegó solo treinta segundos antes que el BMW del otro hombre, giró en el aparcamiento a una velocidad inaceptable y dejó medio neumático en el proceso. La recepcionista llamó a seguridad al ver a Armstrong avanzar a zancadas delante de ella, y Roy siguió a los agentes con la vana esperanza de ver cómo dos

exjugadores de fútbol americano derribaban al fiscal con un placaje a la altura de la cintura. La doctora Hardy no se movió de su escritorio mientras Armstrong entraba en su despacho. Intentó abrir la puerta con violencia para darle un efecto más dramático a la situación, pero no advirtió que esa oficina estaba preparada para ese tipo de exabruptos: la puerta estaba protegida con resortes o algún tipo de amortiguador hidráulico, lo que hacía que se abriera unos quince centímetros y luego se detuviera para ceder lentamente hasta cerrarse. La doctora hizo un gesto a los agentes de seguridad para que se retiraran, pero antes de irse, uno de ellos le posó una mano pesada en el hombro al fiscal y frenó en seco su arremetida, a dos metros del escritorio de la doctora.

La doctora Hardy entrelaza los dedos, considera la situación un poco más y luego coloca ambas manos sobre el escritorio frente a ella, como si se estuviese armando de valor para seguir.

—Eso no será posible.

—Mierda. Lo quiero de vuelta ahí dentro. Mañana.

—¿Ha hablado de esto con la jueza?

Mira a Roy mientras hace la pregunta, a lo que él se limita a negar con la cabeza con un movimiento casi imperceptible.

Roy no está seguro de lo buena que es la vista periférica de Armstrong.

—Interpretaré ese silencio reprimido como un "no".

—Ese chico estuvo en el estrado y mintió sin más —se irrita Armstrong—. Y no importa cómo se sienta usted ni tampoco qué vaya a decir la jueza cuando este lameculos se lo cuente —dice señalando a Roy—. Le mintió en la cara. Yo lo sé, ustedes lo saben, todos en este tribunal lo saben.

La expresión de la doctora Hardy no se altera, pero ladea la cabeza ante esa última parte.

—¿A qué aspecto de mi deber profesional está intentando apelar, señor Armstrong? Porque usted no tiene base legal alguna para obligarme a nada.

—No me diga lo que la ley me permite o no me permite obligarla a hacer.

—Es que no hace falta. Es usted quien ha irrumpido en mi despacho apestando a lo que sea que guarde en el cajón de su escritorio para sus momentos de estrés. Me imagino que, si existiera algún mecanismo legal mediante el cual pudiera alcanzar sus objetivos, ya habría recibido una llamada o una carta entregada en mano por alguno de sus subordinados.

La doctora levanta la mano derecha, que tenía apoyada sobre el escritorio,

para coger un bolígrafo, y Roy alcanza a distinguir el brillo húmedo que la tensión ha dejado en la madera. La doctora anota algo en el bloc a su derecha. Roy, que está acostumbrado desde hace tiempo a leer lo que la gente escribe al revés, llega a ver la fecha y la hora junto al nombre de Armstrong. Añade el nombre de Roy y tres más, que él supone pertenecen a sus colegas y a los de seguridad.

—¿Ha venido hasta aquí hoy conduciendo su coche, señor Armstrong?

—Ese chico se sentó hoy ante el tribunal y describió, grabado y bajo acta, un suceso que jamás ocurrió —asevera Armstrong—. Quisiera saber de dónde surgió la idea de esa fiesta de cumpleaños. A lo mejor deberíamos pedir una orden judicial a la gente de su oficina para analizar qué clase de instrucciones le ha estado dando.

—Adam Crane dijo la verdad tal como él la entiende —responde la doctora Hardy—. Ha sido víctima de un trauma psicológico grave y, posiblemente, también físico. Usted no puede gritarle y esperar obtener algo mejor de lo que ha visto hasta ahora. Que haya sido capaz de testificar es casi un milagro.

—¡Testificar y destrozar por completo las esperanzas de esa familia!

Armstrong coge con violencia el bloc en el que ella estaba escribiendo y lo lanza contra la pared.

Roy se sobresalta ante este gesto, pero la doctora Hardy responde quedándose aún más inmutable, impertérrita.

Roy se aclara la garganta.

—Debo insistir en que tome asiento, señor.

El fiscal de distrito se vuelve bruscamente hacia él.

—¿Y tú por fin has encontrado los cojones?

Roy intenta armarse de valor frente a la negativa absoluta de la doctora a reaccionar ante su capricho y le sostiene la mirada a Armstrong.

—Con todo respeto, poner en riesgo el resultado de este juicio por intimidación de testigos y una acusación de agresión no ayudará a esa familia a encontrar a su hija.

Las fosas nasales de Armstrong se agrandan tanto que Roy imagina que, con el ángulo correcto y una linterna poderosa, podría llegar a ver la base del cerebro si se lo propusiera, con cada una de sus neuronas palpitando de la rabia contenida.

Tras considerarlo por un momento, el fiscal toma asiento.

—Adam Crane testificó hoy que hubo una fiesta de cumpleaños que tuvo

lugar en su casa el dieciséis de abril del año pasado. —La furia de Armstrong ha desaparecido por completo. Comparte los hechos sobre el testimonio de Adam como si estuviese leyendo los antecedentes personales en el juicio—. Dijo que hubo tarta de cumpleaños. Que se fue de acampada con su padre, y que luego se canceló debido a la lluvia; y más tarde esa noche se metió en problemas por andar con zapatos dentro de la casa.

—Así es.

—Sabemos que esta gente jamás comió tarta en el patio de su casa. Hemos hablado con su vecino. Los Crane no le pidieron prestada una mesa. Casi no los veía. Es más, ni siquiera les dirigía la palabra.

—Estoy al tanto de las discrepancias —confirma la doctora Hardy.

Armstrong la ignora y sigue hablando.

—No había ningún equipo para acampar en la casa. El parte meteorológico para ese día dice que cayó menos de un milímetro de agua en la parte norte del estado.

—Eso también lo sé.

—Aquí tiene algo que seguro no sabe —le refuta Armstrong—. Repasamos cada centímetro de la habitación de Adam Crane. Fibras, huellas, ADN. —Se inclina hacia delante—. Ningún niño ha entrado en esa habitación en un año o quizá más tiempo.

—Entiendo que las pruebas contradicen…

—Doctora, no me está escuchando. Ningún niño, ni siquiera Adam Crane, ha estado en esa habitación. —Eso sí que no se lo esperaba. Lo sabe controlar, pero Roy ve la sorpresa cruzarle el rostro antes de que ella logre ocultarlo—. Así que teníamos la esperanza de que el joven Adam pudiera arrojar algo de luz sobre adónde fue su padre el día en que desapareció esa chica. Y en lugar de eso, le dio a su padre una coartada.

—No lo entiendo —dice la doctora Hardy.

Armstrong se acomoda en su asiento, como si hubiera logrado una pequeña victoria.

—Subimos al chico al estrado y desarmamos esa fantasía suya ante sus propios ojos y quizá nos diga…

—No —lo interrumpe ella—. Eso no va a suceder. Lo que estoy preguntando es otra cosa. Si Ben no ha estado en su habitación en un año o más, ¿dónde ha estado durmiendo todo este tiempo?

Una vena en la sien de Armstrong parece estar a punto de reventar bajo la

piel, pero se controla para no romper nada.

—No lo sé, doctora. ¿Por qué no se lo pregunta usted a su paciente?

CAPÍTULO 27

23rd Street Incluso con el convoy policial abriéndoles paso entre el tráfico, McDiarmid percibe que se están quedando atrás respecto del tren. Pero eso no debería importarle: el equipo de respuesta está en la 181 y ya ha montado el perímetro. Sin embargo, existe una desventaja psicológica en no estar allí cuando todo esto suceda, y sobre todo cuando uno va apiñado en la parte trasera de un coche blindado que es objeto de burla por la gente que se pasea tranquilamente por la acera. Si no estuviera seguro de que el conductor acabaría despedido por hacerlo, McDiarmid casi juraría que se están moviendo lentamente hacia atrás.

El equipo corre contra reloj en más de un sentido. Seguridad Nacional se hizo cargo de la explosión por dos vías: la Administración de Seguridad en el Transporte, que está bajo su órbita y le da autoridad absoluta sobre la seguridad en la Autoridad Metropolitana de Transporte, y la evidente implicación terrorista de una explosión en el metro, que hizo que todos los demás estuvieran demasiado ocupados pasándose la patata caliente con la posibilidad de una catástrofe como para dar un paso al frente. La revelación de que el principal sospechoso y todas las víctimas están vinculados a un asesino en serie condenado enturbia un poco las aguas. Con un desenlace que se perfila menos destructivo de lo que se esperaba, con explosivos de baja potencia y lo suficientemente lejos de Manhattan como para que nadie ni nada que sea de relevancia resulte afectado por una detonación, tanto el Departamento de Justicia como el FBI han demostrado interés en tomar cartas en el asunto.

Algunas personas muy bien conectadas han estado presionando a los superiores de McDiarmid para que haya avances y, si no los hay, por lo menos que haya colaboración. En respuesta, sus superiores han empezado a presionarlo a él.

McDiarmid intenta sacar el mejor partido posible de la situación, así que ha estado presentando solicitudes de todos los expedientes e interrogatorios que se puedan compartir tanto sobre el asesino de Tuxedo Park como sobre el circo que fue el juicio que le siguió. La información sobre el hijo es escasa, pero ha pedido desde su historial odontológico hasta sus boletines escolares para asegurarse de que no quede ningún cabo suelto y de mantener a todo el mundo ocupado. Si va a tenerlos a todos corriendo de un lado para otro, quizá logre resolver la situación sin tener que concederle el crédito a nadie que no sea Seguridad Nacional.

—¿Qué tal van los formularios?

Hoyt inclina la tableta para que puedan verla juntos. El objetivo principal era hacer rápidamente una lista de pasajeros y empezar a verificar antecedentes en busca de posibles sospechosos o, si hubiese una remota posibilidad, hallar colaboradores a bordo del tren. Es demasiado optimista esperar que los secuestradores vayan a identificarse, ya sea por accidente o a propósito, pero nunca está de más darles la oportunidad de hacerlo. Sin embargo, los muchachos del departamento técnico se han superado a sí mismos y han construido un mapa táctico basado en los datos de inicio de sesión. Utilizando las marcas de tiempo para crear una línea temporal y estimando cuánto ha avanzado la detective Hendricks, tomaron un modelo del tren generado por ordenador y situaron en él a todos los que accedieron al enlace al formulario. No importa si lo completaron o no: cada navegador que se conecta al sitio queda registrado y es rastreado.

Por cada pasajero que completa el formulario, han agregado edad, género, altura y peso estimados según la información que han logrado encontrar hasta ahora. Todo eso está siendo actualizado en tiempo real, y parece magia cuando ven que el modelo se va puliendo delante de sus propios ojos: suma datos, resuelve incongruencias y marca cada crimen, delito menor o publicación malintencionada en las redes sociales de cada pasajero. McDiarmid lamenta no haber autorizado la incorporación de un programa de *malware* al enlace que les daría acceso a cada teléfono que ha sido usado para este fin, pero el riesgo de ser descubiertos parecía ser demasiado grande en los treinta segundos que había tenido para considerarlo. Se pregunta si tendrán tiempo para contactar con la

Agencia de Seguridad Nacional. Está seguro de que ellos querrán ser parte de esto, y casi no puede imaginarse qué tipo de información obtendrán de él, dado que esta clase de asuntos son su especialidad.

McDiarmid señala la esquina inferior derecha de la pantalla.

—¿Qué es ese icono? —pregunta, aunque casi no hace falta. Es de un amarillo brillante con el dibujo animado de una bomba, la mecha chisporroteando y representada en pleno vuelo.

—Están incorporando simulaciones de explosión y estimaciones de daños.

—Sabiendo lo que sabemos, ¿cuál es el escenario más probable?

—La mayor densidad de pasajeros se encuentra en la parte delantera y en el centro del tren —explica Hoyt, seleccionando el icono de la bomba y ajustando algunos parámetros—. Una explosión en uno de estos vagones resultaría devastadora para cualquiera que estuviera en las inmediaciones.

Vuelve a tocar el icono, y el modelo parpadea en la pantalla. El penúltimo vagón, el que lleva menos gente, se deforma como si estallara desde dentro hacia fuera. Los iconos de los pasajeros pasan de sus variados tonos de azul a rojo, con los más intensos concentrados en el punto central de la explosión.

—¿De verdad el vagón reventaría así?

Hoyt toca la pantalla un par de veces más y luego niega con la cabeza.

—Parece que el modelo no tiene en cuenta la densidad estructural del vagón. Todo está configurado con un único valor, así que esto probablemente no ocurriría tal cual lo vemos ahora.

—¿Y daños en el túnel?

—Mínimos. En el peor de los casos, superficiales.

—¿Y en los otros vagones? ¿Cuántas víctimas?

Hoyt toca la pantalla nuevamente.

—Si el tren está detenido, cero.

McDiarmid se permite una sonrisa poco habitual. El comunicado oficial prácticamente se escribe solo: “Gracias a los esfuerzos de nuestro equipo en tierra, logramos reducir el número de víctimas y los daños colaterales de modo que nadie más se viera en riesgo”. Si el FBI pone trabas, como sospecha que hará, incluso podría insinuarse que ciertas muertes se habrían evitado si otras agencias hubieran accedido a compartir información en lugar de hacer política con la jurisdicción.

—Necesitamos ya esas verificaciones de antecedentes. Veamos a cuánta gente podemos descartar. Quiero saber en qué vagón está esa bomba.

Una sombra se acerca a la ventanilla y golpea el vidrio. Sorprendido, McDiarmid se vuelve y se encuentra mirando a una de las técnicas de Seguridad Nacional, que acaba de atravesar el tráfico inmóvil y ha llegado caminando hasta su coche. McDiarmid se pregunta cómo sabe que es su coche, pero enseguida cae en la cuenta de que probablemente ha ido directa al que tiene los vidrios laterales polarizados y reflectantes. Baja la ventanilla y el zumbido desagradable del ruido de la calle irrumpe de repente. Los que no están gritándoles a los coches de los lados y de delante se pegan al claxon para desahogarse. Increíblemente, el silbato de un agente de policía atraviesa el estruendo; esta es una indicación de que en algún punto más adelante alguien intenta dirigir este circo.

—¿Qué sucede?

—Tenemos más información sobre…

Ella no termina la frase cuando ve que el conductor de McDiarmid toma la iniciativa y se mete en un hueco que se abre delante de ellos tan pronto como quita el freno de mano.

—¡Hijo de puta! —McDiarmid da un golpe con la palma de la mano en el apoyabrazos y, mientras la técnica corre para alcanzarlos, él se desabrocha el cinturón de seguridad—. Hoyt, haz sitio. —Abre la puerta y se mueve hacia el centro del asiento cuando la mujer los alcanza—. Tú, adentro.

Técnicamente, Hoyt ya está en el otro asiento, pero es corpulento y ocupa más espacio que cualquiera. Se acurruca todo lo que puede, pero aun así McDiarmid acaba chocando incómodamente contra un brazo y un hombro que parecen más de roca que de carne y hueso. Hoyt siente esa incomodidad e intenta pegarse más a la puerta, pero lo único que logra es verse más grande en un espacio demasiado reducido.

La muchacha se sube al coche y cierra la puerta.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cheryl, señor.

—No te molestes en colocarte el cinturón de seguridad, Cheryl —le dice McDiarmid antes de que ella siquiera lo intente—. Aquí dentro y en este tráfico, lo más cerca que vamos a estar de morirnos es de viejos. Cuéntame.

—Tenemos más información sobre Adam Crane, señor. ¿Recuerda que intentábamos eludir el secreto judicial buscando vacíos en los expedientes?

McDiarmid asiente.

—Continúa.

—Muy bien, el sistema señaló a otros niños que entraron en el sistema más o menos en la misma época en que el expediente de Ben Cross pasó a ser confidencial. Todos niños y todos de más o menos la misma edad que nuestro objetivo.

El uso del pasado no presagia nada bueno.

—¿Y cuál fue exactamente la alerta?

—Todos son casos activos de homicidio, señor.

No necesita tener el expediente delante para recordar el caso del abogado que encontraron asesinado al otro lado de la ciudad.

—Déjame adivinar: ¿a todos les cortaron la garganta?

Cheryl balbucea algo mientras revisa sus papeles, como si quisiera mantener el hilo de la conversación hasta dar con el dato que está buscando.

—Ahorcados —responde ella—. Aunque el forense de uno de los casos asegura que fue con una sierra quirúrgica.

—Se refieren a una sierra de alambre —explica McDiarmid, imitando el gesto de cortar algo tirando alternativamente de dos mangos—. Se usa para amputaciones.

Recuerda el estado del cuello del abogado y se pregunta por qué su forense no reparó en ello. Usar una sierra de alambre para cortarle la garganta a alguien probablemente es tan poco común que cualquier médico debería hacer un gran esfuerzo para inferir que esa podría haber sido el arma homicida. No extiende la mano para pedir los expedientes. El mero hecho de que se hayan producido esos asesinatos le dice todo lo que necesita saber.

—Así que no somos los únicos que hemos estado buscando a Ben Cross. ¿Y qué hay de Crane padre? ¿Alguna posibilidad de que todo esto sea obra suya?

Cheryl hace una mueca.

—Está al tanto de que algo está pasando. No estamos seguros de cómo se ha enterado, pero está tratando de contratar a un abogado.

—Bastante listo para quien se supone que está loco —dice McDiarmid—. Alguien debió de habérselo dicho pensando que podía obtener alguna ventaja.

—¿Deberíamos averiguar quién fue?

Él descarta esa idea haciendo un gesto con la mano.

—No te molestes. Revisad a fondo la habitación de Crane. Vean si hay alguna comunicación o algún recuerdo escondido. —McDiarmid lo piensa un segundo más—. Y asignadle un abogado. Eso lo mantendrá callado y, si llega a esbozar siquiera la posibilidad de que lo están maltratando, podemos presionar

para que lo declaren mentalmente competente y que un juez lo mande a una cárcel de verdad.

Cheryl toma nota.

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—Señor, solo una cosa. Estábamos revisando los expedientes del juicio de Crane. Todavía queda mucho por ver, pero usted dijo que le avisáramos si surgía algo…

—Sí, sé lo que dije —la interrumpe McDiarmid—. ¿Qué es lo que tienes?

—Al asesino de Tuxedo Park se le imputan doce víctimas. Pero originalmente fue sospechoso por la desaparición de trece chicas.

McDiarmid asiente, aunque se pregunta si estará adornando el informe para dar la impresión de que su departamento está más ocupado de lo que realmente está. Puede que no sea de dominio público que había trece presuntas víctimas, pero con una ojeada rápida al expediente, McDiarmid se puso al tanto. Entre la negativa de Crane a proporcionar alguna información que pudiera ayudar a los investigadores a dar con las niñas y la creciente sofisticación de sus métodos para deshacerse de los cuerpos durante su etapa "activa", solo hallaron restos de doce de sus víctimas. Aun así, la fiscalía estaba bastante segura del caso como para añadir el nombre de Emily Walker a la lista, con la esperanza de que el asesino revelara dónde la había enterrado a cambio de algún tipo de acuerdo sobre su condena.

—Eso ya lo sé —continúa McDiarmid—. Nunca hubo pruebas de que la última víctima fuera realmente una de las suyas.

—Pero ahí está la cuestión —sigue Cheryl—. Emily Walker no fue descartada por falta de pruebas. Fue descartada por el testimonio del hijo de John Crane.

McDiarmid se endereza de golpe y casi choca su cabeza contra el hombro de Hoyt. Nada de eso figuraba en el resumen del caso, y quien lo haya omitido estará en serios problemas si McDiarmid da con su paradero.

—¿Cuál fue su testimonio?

—La jueza le había pedido al niño que repasara lo ocurrido cerca de la fecha de su último cumpleaños. —La técnica se ajusta las gafas mientras habla. Aun con el aire acondicionado encendido al máximo, allí, en el interior del coche, hace tanto calor como fuera, y su cara está empapada en sudor—. Emily desapareció ese mismo día. El fiscal asumió que podía confirmar que el padre

del niño había estado ausente, al menos por el tiempo suficiente como para ir y secuestrar a Emily.

—¿Y no fue así?

—El niño dijo que su padre había pasado el día entero con él, que le había organizado una fiesta de cumpleaños.

—¿Lo estaba encubriendo?

La mujer niega con la cabeza.

—En las notas de la jueza se sugiere lo contrario. Aparentemente, el niño estaba siendo evaluado psicológicamente y aún no había recibido la autorización de la psicóloga para subirse al estrado. Todo lo que dijo resultó luego desmentido por las afirmaciones de los testigos y las pruebas físicas recogidas en la casa.

—¿Y por qué no se eliminó ese testimonio del expediente?

—Parece que gran parte del asunto se ocultó, pero se armó un lío descomunal cuando sentaron a ese niño en el estrado. Aparentemente, los padres de la víctima se involucraron… Se habla de despidos de algunos agentes judiciales y de una especie de reunión a puertas cerradas entre el fiscal, la jueza y la defensa antes de seguir adelante con el juicio.

McDiarmid lo considera un buen rato. Si los padres hubiesen manipulado a algún testigo, eso habría sido demoledor para el caso del fiscal.

—Suena a que alguien la cagó.

—Tanto que el fiscal estuvo de acuerdo en quitar el nombre de Emily Walker de los antecedentes de este hombre.

—¿Y los padres?

—Se dictó una orden de alejamiento. A ninguno de los dos se le permitió acercarse a menos de ciento cincuenta metros de John Crane ni de su hijo, Adam.

—¿Una orden de alejamiento contra los padres de una víctima? —pregunta Hoyt. Suelta un silbido bajo, que suena fuerte en el espacio cerrado del coche.

—Llegaron al niño —resume McDiarmid—. A Crane padre no podían acceder. Sabían que estaría bajo custodia todo ese tiempo. Pero el hijo… Había disturbios todos los días en el juzgado, tres o cuatro organismos distintos para hacerse cargo de él. —Asiente—. Llegaron al niño, y mandaron a la mierda cualquier esperanza de invalidar su testimonio.

McDiarmid quiere ver las notas con sus propios ojos, pero presiente que está en lo cierto. La venganza es un motivador muy poderoso. No solo les arrebató

la justicia el hijo de John Crane, sino también las mismas personas que se suponía que debían impartirla.

—Dime que tenemos la dirección actual del señor y la señora Walker.

—Recopilamos todo —responde ella—. Direcciones, historial laboral, médicos. Tenemos un informe completo, señor. Resulta que la señora Walker murió poco después de que terminara el juicio a Crane.

McDiarmid detecta una afirmación tendenciosa a kilómetros de distancia.

—Deduzco que no estaba enferma. ¿Me equivoco?

—Suicidio, señor.

—¿Y el padre?

—Hasta donde sabemos, sigue viviendo en la misma dirección.

—¿Se ha vuelto a casar? ¿Sucumbió al alcohol? Necesito detalles.

—Lo estamos investigando, pero no parece haber mucho. Es casi como si estuviera haciendo todo lo posible por desaparecer de la faz de la Tierra desde que murió su esposa.

—Deberíamos ver si podemos localizarlo. Enviad a unos oficiales a buscarlo cuanto antes.

—No hace falta, señor. —Cheryl se coloca las gafas con una firmeza que no tiene nada que ver con que se le estén resbalando por la nariz—. Yo misma hice la llamada. Ya están en camino.

CAPÍTULO 28

Quince años antes No existe una opción sencilla cuando se trata de terapia. Tamsin Hardy lo sabe tan bien como el resto de sus colegas. En cada una de las sesiones, se camina sobre una cuerda floja en cuanto al resultado del tratamiento. Cuando se insiste sobre algo, se sabe que se está arriesgando a que el paciente tenga una regresión. Cada vez que te contienes, estás arriesgando no poder avanzar lo suficiente. En todos los casos, un terapeuta debe considerar el daño que podría llegar a causar y la responsabilidad ética que surge de la atención que brinda. No hay opciones sencillas, y Tamsin siempre encontraba cierto consuelo en saber que su criterio era bastante bueno para tomar decisiones.

Al menos, hasta ahora.

Había imaginado que el juicio sería algo traumático, incluso antes de la horrible situación con la familia Walker, y se había preparado para tener que empezar de cero con Ben. Sin embargo, resultó casi como un cierre para él. Ahora que su padre había desaparecido del mapa y no había posibilidad de que saliera bajo fianza, lo que significaba que no habría ninguna oportunidad de contacto, parecía que Ben se estaba desprendiendo de capas y capas de trauma como si estuviese quitándose abrigos. Empezó a hablar más y durante más tiempo. Contó las experiencias vividas y, aunque había ciertas áreas que decidía esquivar, hasta había comenzado a preguntarse en voz alta si alguno de los momentos más felices que recordaba habían sucedido en verdad o si eran cosas que se había imaginado y luego deseado que fuesen verdad. Había comenzado

a comer mejor y dormía toda la noche, y el cambio físico era cada vez más visible. Hasta podía sentarse en la sala de espera del consultorio con la puerta cerrada. Y cuando se sentaba en la silla frente a ella, parecía un niño completamente distinto. Como alguien que, llegado el momento, podría recibir el alta y volver a la sociedad.

Y ahora su terapeuta se detesta por lo que está a punto de hacerle.

Emily Walker y sus padres no han dejado de rondar la mente de Tamsin desde aquel día del juicio. No puede dejar de pensar en el rostro de la chica, en la sonrisa de la foto que sus padres llevaban a todas partes. No puede dejar de pensar en la manera en que John Crane se rio como un perro —con un sonido áspero y desagradable— cuando la jueza informó al tribunal que, a raíz del testimonio de Adam Crane y en virtud del peso de las pruebas, Emily Walker sería retirada de la lista de víctimas.

Lo que los Walker le hicieron a Ben en el juicio estuvo fuera de lugar, pero eso no significa que no merezcan justicia. Necesitan un cierre. Y si ella puede conseguirles al menos eso, valdrá la pena hacer retroceder a Ben en su tratamiento. Él tendrá una oportunidad de recuperarse. Una oportunidad que Emily jamás tendrá.

—Quisiera intentar algo un poco diferente hoy, Ben —dice Tamsin.

—Sí, doctora Hardy.

El niño está erguido y atento, como un cachorro. Ansioso por agradar. La doctora siente que le queman las fotografías que tiene en la mano izquierda, como si estuviesen a punto de estallar y liberarse. Ansiosas como Ben en este instante. A Tamsin no le gusta la asociación, pero no puede evitar hacerla.

—Voy a mostrarte algunas imágenes. Me gustaría que me contaras qué experimentas con cada una, y tal vez luego podamos charlar un poco sobre ellas.

—¿Como la prueba de manchas de tinta?

Tamsin nunca ha hecho un test de Rorschach. La última vez que tomó esas tarjetas fue en la facultad de Medicina.

—No exactamente. El test de manchas de tinta, como tú las llamas, utiliza una serie de imágenes que pueden tener muchos significados y evalúa cómo reacciona una persona ante ellas.

Él la mira como si solo entendiera la mitad de las palabras que dijo.

—Empecemos, ¿vale?

Coge la primera fotografía del montón y la levanta para que Ben pueda verla.

No necesita preguntarle si sabe qué es. Ben palidece, y la mandíbula se le afloja, como si su cerebro no pudiera procesar el impacto con la suficiente rapidez.

—¿Sabes qué es esto?

—Yo… Eh…

—Su nombre es Neve —continúa Tamsin, y tiene miedo de que su voz se quiebre al pronunciar el nombre de la chica, pero no—. ¿Tú sabes qué le sucedió a Neve?

—Mi… Mi papá la mató.

—Tenía trece años cuando ocurrió. ¿Sabes dónde hallaron su cuerpo?

Ben mira a todos lados excepto a la fotografía.

—Yo no…

Tamsin se echa hacia delante sin moverse de su asiento para que la foto ocupe todo el campo de visión de Ben.

Debe responder. Ella debe obligarlo a que responda.

—¿Dónde encontraron lo que quedó de ella, Ben?

—Había un túnel. Papá cavó un túnel debajo del garaje. Él… la dejó al final del túnel.

—El cráneo y la pelvis. —Vuelve a colocar la foto sobre el escritorio—. Destrozó el resto después de quemarlo.

Ben ya está temblando cuando ella coge la siguiente foto. El niño sabe lo que le espera. Puede ver la cantidad de fotos.

—¿Sabes quién sigue?

—No, no lo sé.

Dice que no con la cabeza y con los ojos bien abiertos y fijos en las manos de Tamsin.

A ella le sorprende lo pequeño que se ve en comparación con otros niños de su edad. Y lo grande que se ve su cabeza en relación con el resto del cuerpo. Y que estos tres años de avances ni siquiera se han acercado a comenzar a reparar el daño causado por su padre. Necesita una enorme fuerza de voluntad para levantar la siguiente foto y seguir.

Sanará. El tiempo le ayudará a sanar.

—Isabella García. ¿La reconoces?

Ben no dice nada, pero asiente con la cabeza. Aprieta tanto los labios que su boca es solo una línea recta y delgada. Tamsin se incorpora un poco en su asiento para ver dónde tiene las manos: están sujetando con fuerza los lados de la silla, y sus dedos están blancos de tanta presión.

—¿Tu padre la mató?

Él se estremece cuando la oye decir la palabra "padre", pero responde su pregunta.

—Sí.

No es terapia. Es más bien un interrogatorio. El extremo opuesto de la hipnosis, donde no importa lo que los pacientes vean o experimenten, siempre saben que están a salvo. Tamsin ha sumido a Ben en algo incluso peor que una pesadilla, y él ahora comienza a darse cuenta de que solo hay una manera de acabar con todo esto.

Debe responder a sus preguntas.

—¿Sabes dónde encontraron a Isabella?

—Encontraron algunos de los cuerpos en el norte del estado —responde Ben —. Papá compró unas tierras… Dijo que estaba construyendo un búnker para que tuviéramos un lugar lejos de los centros de población cuando el Gobierno se viniera abajo.

Eso que dice es cierto, pero no es allí donde encontraron a Isabella García.

—Ella no estaba ahí, Ben. ¿Dónde la encontraron?

—Ah, no. No…

Se retuerce en su asiento, como si intentara abrirse paso hacia atrás a través del respaldo de la silla usando solo los omóplatos.

—¿Dónde la encontraron?

—Estaba en… —Se detiene para tragar aire—. Estaba en la casa… Debajo del tanque de agua.

—Lo que quedaba de ella —continúa Tamsin—. Una parte de su cráneo. Cuatro costillas. El cúbito y el radio izquierdos y tres metacarpianos parcialmente destrozados. —Mientras habla, señala los huesos en su propio brazo, como si estuviera dando una clase de Anatomía.

—¿Por qué me obliga a hacer esto?

Tamsin no le responde. Cuando ve que se aparta de ella, duda de poder responderle, aunque quisiera hacerlo. En cambio, levanta la tercera fotografía y se la muestra.

—¿Reconoces a esta chica?

El niño asiente.

—Dime su nombre, por favor.

—Sé quién es.

—Entonces sabes su nombre y puedes decirlo.

Asiente otra vez. Tamsin toma aire para hablar, para arrancárselo, pero él se le adelanta.

—Emily.

Lo dice en un murmullo, pero lo dice.

—¿Sabes dónde está?

Ben no responde. Está mirando la fotografía de Emily Walker. No intenta apartar la vista, no intenta escapar. El efecto es perturbador: es como tropezar con la quietud perfecta de un ciervo sorprendido en un sendero en el bosque.

—¿Sabes dónde está, Ben?

Lo que en verdad la inquieta es que él no llora. Ya ha llorado antes: con facilidad, cuando se sentía a salvo. Ahora que Tamsin se ha valido de esa confianza que siente Ben, pero que ella acaba de destrozar, esos muros que le costaron tanto tiempo y tanta paciencia derribar empiezan a levantarse de nuevo. Lo está empujando al límite absoluto, traspasando cualquier frontera ética que su profesión pudiera admitir, y él no ha derramado una sola lágrima.

—¿Qué sucedió con Emily, Ben?

—No…

Su respiración cambia de ritmo, se acelera hasta sonar como el jadeo de un perro. Hiperventila.

—¿Dónde está, Ben? ¿Qué le pasó a Emily?

—¡No lo haré! —Lo grita con la voz rota, mientras se pone de pie de golpe y se vuelve para sujetar la silla con fuerza—. ¡No lo voy a hacer!

Tamsin pulsa el botón de alarma que está debajo de su escritorio y se empuja hacia atrás con ambas manos cuando Ben levanta su silla con una fuerza descomunal, la hace girar y se la lanza. Ella se deja caer hacia un lado, y lo único que la salva es que la silla golpea contra el escritorio antes de caer chirriando: el impacto hace volar sus notas y las fotografías. La silla termina estrellada contra el lugar donde ella había estado sentada.

Si no hubiese dado contra el escritorio primero, la habría golpeado de lleno.

Se abre la puerta, y dos celadores están dentro incluso antes de que la silla alcance el suelo, y cuando Tamsin levanta la cabeza para ver lo que está sucediendo, ve a los dos hombres sujetar a Ben de ambos brazos.

—¡Vete a la mierda!

Ben grita y forcejea para zafarse, se retuerce y tira para un lado y luego para el otro. La escena es caótica. En un momento, el niño aprovecha el descuido de uno de los hombres, inclina la cabeza y le muerde el antebrazo. Si pensaba que

lo iban a soltar, se equivoca: el celador presiona ese mismo brazo contra la boca de Ben y lo empuja contra el pecho de su compañero. Unos segundos después, Ben comienza a ahogarse. Relaja la mordida y suelta al hombre, que de inmediato cambia su táctica: enrosca su brazo en el cuello de Ben para mantener la barbilla en alto mientras el otro celador le tuerce el codo y la muñeca hasta colocarlo en una posición incómoda, haciendo doloroso cualquier intento de resistencia.

—¡Idos a la mierda! —Suena a gorgoteo ahora que tiene el brazo rodeándole el cuello, pero Ben sigue luchando, pataleando y escupiendo al aire mientras los dos hombres lo arrastran fuera de la habitación.

Tamsin se pone de pie, y ve a Roy Lopez junto a la puerta de su despacho. No creyó que el tipo fuera a quedarse allí hasta que terminase la sesión de Ben. Debe haber venido de la sala de espera cuando vio a los celadores salir corriendo.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —responde Tamsin, pero no lo está. No sabía que Ben iría a reaccionar así y tan de repente o que era capaz de semejante violencia. No sabe bien qué es lo que le ha hecho, pero sabe que ahora jamás tendrá la posibilidad de arreglarlo.

Rompió todas y cada una de las reglas de su profesión y ni siquiera ha obtenido una respuesta.

Roy mira el desastre que es ahora su escritorio, y Tamsin llega a ver el cambio en su expresión cuando repara en las fotos de las víctimas de John Crane entre los papeles desparramados. El hombre levanta la mirada para hablarle.

—¿Qué diablos acaba de hacer?

CAPÍTULO 29

59th Street-Columbus Circle Mientras recorre el tren, Kelly recibe unas cuantas preguntas y un aluvión de comentarios. "¿Por qué vamos tan despacio? ¿Qué es lo que nos está reteniendo? Oiga, señora, me estoy meando, ¿cuánto tiempo más hay que esperar?". Puede que Seguridad Nacional esté obteniendo muy buenos datos en este momento, pero lograr que los pasajeros participen ha eliminado el miedo que contenía la actitud agresiva y egocéntrica típica de cualquier usuario del metro de Nueva York. Ahora que todo el mundo siente que un correo de confirmación de la Autoridad Metropolitana de Transporte significa que van a salir de esta vivos e ilesos, lo único que quieren saber es exactamente cuándo sucederá y cuánto dinero recibirán.

Kelly se abre paso a toda prisa entre los pasajeros sin reparar en ninguno, y a quienes no puede esquivar les dedica un gruñido evasivo típico de manual del Departamento de Policía de Nueva York; ambas acciones son suficientes para desquiciar todavía más a todos. El último vagón, con las ventanas destrozadas y las pertenencias de los pasajeros esparcidas, debería ser un recordatorio aleccionador de la gravedad de la situación, pero ahora al cerrar la puerta de golpe a las voces que la siguen llamando, y encontrarse rodeada de un silencio casi absoluto, lo único que siente es alivio.

Hoyt le pidió en el túnel que reuniera toda la información posible. Ella notó

lo orgulloso que sonaba cuando dijo que Seguridad Nacional puede tomar cualquier observación, por más pequeña que sea, y sacarle provecho. Tiene sus dudas sobre esa afirmación; personalmente, cree que es pura mierda, y se muere por saber si Hoyt solo estaba intentando venderle a ella ese discursito o si de verdad se lo cree.

Duda que el jefe de Hoyt lo pudiera expresar con la misma convicción.

La cabeza le da vueltas de tanto intentar encontrarle sentido a lo que vio y oyó, como si intentara montar un rompecabezas con todas las piezas fuera de la mesa. Sin embargo, cuanto más lucha contra ello, más convencida está de que hay algo muy raro en este asunto.

En la academia, les dicen a los principiantes que no existe tal cosa como una corazonada. Que la prueba es la base de su trabajo y que deben grabárselo en sus putas cabezas antes de meterse en serios problemas por pensar que sus sentimientos puedan significar algo más.

Cualquier policía luego de su primer año de prueba sabe que los instructores de la academia dicen puras patrañas.

Deben mentirles. Solo Dios sabe qué sucedería si un reportero encubierto llegara a la academia y oyese que hablan de evaluación de sensaciones con total seriedad. Los humanos están programados para darse cuenta de cuándo algo no va bien. Sabes cuando alguien te está mirando: se te erizan los pelos, el corazón late dos veces más rápido con un *shock* de adrenalina. Todo esto sucede porque tu cuerpo sabe que es hora de salir corriendo incluso antes de que tu cerebro pueda comprenderlo. Cuanta más experiencia adquiere un oficial de policía en la calle, más se afinará dicha habilidad.

Al haber recorrido el tren y hablado con casi todos los pasajeros al menos una vez, Kelly sabe instintivamente que el terrorista no es ninguno de ellos. Sí, algunos pueden estar en problemas, y está claro que muchos tienen algo que esconder, pero ella está convencida de que la mayoría de las personas en esa lista responden así porque tienen una bolsita de marihuana o un cuarto de gramo de laxante para bebés disfrazado de cocaína. Pero no percibe en ninguno de ellos ganas de matar a nadie.

Kelly se detiene a mitad del vagón y se sujeta de una barandilla para poder estirar la espalda. Algo cruje cerca del omóplato izquierdo, y de repente la sorprende la oleada de agotamiento que viene después. Le duele absolutamente todo. Siente pesados los brazos y las piernas. Tiene los pies hinchados y está segura de que le saldrán ampollas. Incluso sus propias manos le resultan

extrañas: la piel de la palma de la mano derecha hasta la punta del meñique se le ha quedado entumecida, como si los nervios se le hubieran dormido.

La respuesta física al estrés casi siempre es negativa. Le vendrían muy bien una botella de agua y algo de hidratos, pero a Seguridad Nacional no se le ocurrió proporcionarle ninguna de las dos cosas cuando la estaban preparando. Balas, sí; algo para evitar que le tiemblen las manos, no. Kelly disimula el bostezo que estaba a punto de escapársele y lo convierte en una inspiración profunda y forzada, cerrando los dientes al final para no perder ni una pizca de oxígeno. Ha tenido días malos. Este puede que sea el peor, pero ni loca va a permitir que sea el que la haga desmoronarse, el que la haga colapsar.

Cuando Kelly abre la puerta de la cabina trasera del tren, toda la inquietud que había percibido mientras recorría los vagones le cae encima de golpe.

Ben Cross tiene el aspecto de un hombre con la conciencia sucia. Sigue de pie, lo cual es una buena señal, pero todo lo demás es un desastre. Aunque no está empapado en sudor, ha sudado lo suficiente como para que la camisa se le haya quedado pegada al cuerpo, como si se la hubieran encolado. Allí donde la tela toca la piel, se ha vuelto translúcida, y ese contacto lo hace tiritar a pesar del calor. Ya sea para combatir los temblores o para ocultarlos, ha cogido el maletín y lo presiona contra el pecho con ambos brazos. Cuando ella entra, ni siquiera levanta la vista y se estremece cuando la puerta hace clic al cerrarse a sus espaldas. Incluso muerto de miedo, no debería mostrarse tan a la defensiva. Entonces, dejando el miedo de lado, solo queda la culpa.

Si van a pasar por todas las estaciones sin detenerse, los quince kilómetros que separan la ubicación actual de la 181 pasarán volando. Kelly quiere ver su teléfono: quiere ver qué les dijo a los asesinos, si es que les dijo algo. Pero sabe que, si insiste demasiado, no va a conseguir nada de él. No hay tiempo para un acercamiento más amable, pero es muy probable que él no baje la guardia incluso si lo encara de manera indirecta.

—Estuve pensando en cómo hicieron que te subieras a este tren. Dijiste que te echaron hoy del trabajo, ¿verdad?

Ben se sorprende ante la pregunta y literalmente sale de inmediato de su trance.

—Eh… Sí.

—Bien. —Al menos la mira y le habla. Lo único que necesita ahora es mantener la conversación y seguir haciéndole preguntas. Asegurarse de que los dos están del mismo lado—. ¿Dónde trabajabas?

—DataDyne Solutions.

—Jamás había oído ese nombre.

Pero sabe a qué se dedican. Suena a un eufemismo de mover mierda de un lado a otro, hacer recados para empresas más grandes que no quieren hacerlo por sí mismas. La versión corporativa del tipo que conoce a un tipo. Una sola planta en un edificio de oficinas en Manhattan como oficina principal, una sede central registrada en Delaware por motivos fiscales y un acrónimo que no se te queda pegado en la memoria el tiempo suficiente como para preguntarte qué demonios significa.

—¿A qué se dedican? ¿Logística?

—En el pasado —responde Ben—. Ahora hacen evaluaciones ambientales, ordenanzas y cumplimiento regulatorio. Trabajan con clientes privados y lo que sea que el Gobierno subcontrate; la parte logística se abrió y se constituyó como una entidad aparte.

Kelly asiente. Todo el mundo quiere evitar las multas cuando aparecen los inspectores de la Agencia de Protección Ambiental; nadie quiere ser el que tenga que leerse el reglamento completo y encargarse de que la gente lo cumpla. Montar un negocio en el que uno se asegura de que todos están dentro de la normativa suena a algo muy lucrativo, aunque también demasiado aburrido.

—¿Es una empresa grande?

—La facturación llegó hasta casi mil millones el año pasado —confirma Ben —. Alcanzaron esa cifra en los primeros cuatro meses de este año.

—Mucho personal.

—Fui uno de los últimos diez contratados. Esta misma semana.

—¿Llevabas mucho trabajando allí?

Ben cambia el peso de un pie a otro.

—Hoy era el primer día después del período de formación.

—Ajá. ¿Y cuánto duró?

—Una semana.

Una semana sería tiempo suficiente para que alguien conociera sus rutinas, si es que lo estaban vigilando. Un tipo joven con trabajo nuevo, sin amigos en la ciudad y con el dinero justo para cubrir el transporte… Probablemente, ni siquiera habría hecho falta una semana. Quien quisiera saberlo ni siquiera habría tenido que seguirlo: Kelly piensa en media docena de expolicías

retirados que trabajan en el sector privado y que lo harían por cien dólares la hora, o incluso por cincuenta si están muy necesitados.

—Es decir que llevas una semana en el trabajo, te vas haciendo a la rutina, te aprendes el nombre de la muchacha de recepción y todo eso… —resume Kelly.

La expresión de pánico en el rostro de Ben sugiere que no sería capaz de reconocer a la recepcionista en una rueda de reconocimiento y mucho menos decir su nombre.

—Y luego van y te despiden en tu primer día. ¿Te dijeron por qué?

—Incompatible con los objetivos y la cultura de la empresa.

—Lo que significa que descubrieron quién es tu padre. La pregunta es… ¿Quién se lo dijo? ¿Cuántas personas saben que tu nombre es en verdad un alias?

—Nadie.

—Siempre hay alguien que lo sabe —asegura Kelly, y usa los dedos de la mano para contar—. Tu madre… Está viva, ¿verdad?

Ben hace una pausa.

—Sí, está viva.

—Ella vive y sabe que tú también.

—Mi mamá… —Ben deja la frase a medias y Kelly se pregunta si no habrá abierto una herida con ese comentario—. Ella jamás se lo contaría a nadie.

—No dije eso. Pero está en la lista, ¿o no? —Seguir avanzando es la mejor opción. Kelly espera a que él asienta con la cabeza y luego sigue—. Ahora bien, ¿qué hay de los expedientes del juicio?

—Esos expedientes están bajo secreto.

—Claro, están bajo secreto judicial…, pero se necesitan un juez, un secretario judicial y seguramente un par de personas más que estén al tanto. —Suma dos dedos a la cuenta, y Ben no lo discute—. ¿Tienes abogado?

Ben asiente.

—¿Lo pagas tú?

—No, lo pagan ellos. Hay un fondo que se creó para lo que ocurriese después de la sentencia.

—Entonces hay una firma de abogados que sabe quién eres. —Dos dedos más. Toda la mano. Pasa a la otra mano—. Y quien gestione ese fondo también, ya sea a través del estado o del seguro de tu madre. —Tres dedos más —. ¿Tienes un terapeuta?

—He tenido varios. Ahora estoy viendo a una psicóloga.

Kelly sigue contando.

—Te apuesto un dólar a que todo su personal también lo sabe.

Ben no dice nada, pero Kelly sabe cuál es la respuesta.

—¿Recibes correos de admiradores?

—¿Qué?

—Cartas extrañas. Solicitudes de entrevistas. Libros que la gente quiere que leas solo para sacar provecho del nombre de tu padre y ponerlo en la cubierta.

—Nada de eso, no. Creí que sucedería, pero…

—¿Bromas pesadas? ¿Alguna llamada? ¿Gente en la puerta de tu casa o que te envíe mensajes privados en redes sociales?

Ben niega con la cabeza.

—No uso redes sociales.

Kelly nota que cierra las manos en un puño y luego abre y cierra los dedos. Como si fuese uno de esos mecanismos que les enseñan a los niños para ayudarlos a lidiar con la tensión: estirar los dedos, y contar las respiraciones.

—Mi terapeuta cree que debería intentarlo, al menos para sociabilizar un poco, pero no creo que me vaya a hacer ningún bien.

—¿Tienes miedo de que alguien descubra quién eres?

El rostro de Ben se tensa, y su boca es ahora una línea delgada y furiosa.

—Sé que a él le permiten usar internet. No se le permite estar… en las redes, pero no puedo evitar pensar que, si yo estuviera ahí con mi nombre real, él me encontraría.

Kelly no lo había considerado. Nunca había oído hablar de John Crane antes, pero se lo imagina igual que a cualquier otro asesino en serie. Seguramente, lleva la cuenta de cuántas veces lo mencionan en internet y se masturba fantaseando con que un buen día alguien haga una película con su historia. Aparta ese pensamiento de la mente. Basta con mencionar a su padre para poner a Ben a la defensiva otra vez.

—Hemos pasado de que seas un total desconocido a que al menos diez personas sepan exactamente quién eres —retoma Kelly—. Y aunque no todo el mundo sepa que te están acosando los seguidores de los asesinos, debes aceptar que esa información está circulando por ahí.

Kelly asiente mientras habla, y le agrada ver que Ben imita el gesto.

—Voy a escribir a la gente de Seguridad Nacional y contarles lo de esa empresa, DataDyne Solutions. Quisiera averiguar quién les podría haber pasado tu nombre.

Ben parece desolado, y Kelly tiene sus tácticas alineadas y listas para desplegar —apelar a su conciencia, al bien común—, pero ya han agotado esa opción. Sin embargo, él la sorprende.

—¿Y eso va a ayudar?

—Me arriesgaría a decir que quienquiera que haya hecho que te despidieran quería que estuvieras en este tren. Y de alguna manera, lograron meter al menos dos bombas. Eso requiere planificación y organización, lo que significa que, por muy listos que crean que son, seguramente, dejaron un rastro que podremos seguir. Así que ¿tengo tu permiso para hablar con ellos sobre esto?

A Kelly le importa poco o nada su permiso, pero siente que ha encontrado el momento perfecto. Cuando él asiente, ella da el siguiente paso.

—Sabes por qué te eligieron, ¿verdad, Ben?

Él no se sobresalta esta vez, ni estalla ni se pone a gritar. No se pone tenso ni mira alrededor buscando una vía de escape. Todo su cuerpo se derrumba, como si acabara de soltar un enorme peso a sus pies.

—Emily Walker es la razón por la que estoy en este tren.

El nombre no significa nada para Kelly, pero puede adivinarlo.

—¿Ella era… una de las víctimas de tu padre?

—Fue culpa mía —confiesa Ben, y algo en su tono de voz hace que Kelly de pronto recuerde el arma que lleva bajo el chaleco antibalas y lo lejos que está su mano de alcanzarla. Ben no la mira.

—Yo la maté.

CAPÍTULO 30

Quince años antes Allí abajo, en el segundo nivel subterráneo, las paredes son húmedas al tacto. Es la humedad que se filtra de la tierra, abriéndose camino como un gusano por grietas y fisuras minúsculas. La condensación del aliento de Adam en el aire, que se mezcla con el de la chica, se posa como rocío sobre el hormigón frío.

Papá jamás habría aceptado estas condiciones en el primer nivel, en el búnker donde irían a sobrevivir en caso de que llegaran tiempos difíciles.

Arriba, en el búnker, no hay ningún ruido excepto el zumbido suave de los extractores que aspiran el aire desde la superficie y el trabajo constante de los deshumidificadores para controlar la humedad. Cada pared allí ha sido restregada hasta quedar limpia, incluso detrás de las tuberías y de las estanterías, o al menos hasta donde las manos de Adam alcanzaban a tocar.

No intenta hablar con ella. Ya le han advertido que no lo haga. Ha sido su padre, cuando lo llevó hasta allí, repitiéndole todo el camino "Ya es hora", "Estás listo", sin revelar para qué cree que Adam está listo.

Estar listo es algo enorme para Adam. Es en lo único en lo que ha pensado siempre, desde que era un niño y su padre le hablaba de las bombas que podían volar una ciudad entera, matar a todos y dejar la bendita Tierra envenenada de por vida. Sabía que era real porque él le había mostrado vídeos de explosiones en el mar y fotos de Japón después del bombardeo. Le habló de Chernóbil y de cómo los rusos habían probado un arma con su propia gente y luego lo habían encubierto. Le dijeron a todo el mundo que había sido un accidente.

Poco tiempo después debió llevárselo del colegio, cuando Adam comenzó a contarles a sus compañeros de clase lo de las bombas y cómo las ondas radiactivas que quedaban en el suelo hacían que la piel se desprendiera ante el más mínimo contacto.

Se lo llevó de la casa cuando su madre empezó a decir que su padre no debía meterle prisa, que tendría que dejar que el chico tuviera una infancia primero.

Fue entonces cuando se mudaron al primero de los refugios de su padre y comenzaron a hablar de prepararse para vivir fuera de cualquier sistema.

El hombre instruyó a su propio hijo. Le enseñó sobre supervivencia, sobre los distintos terrenos en los que había invertido y bajo los que había excavado búnkeres. Al principio, los había construido como lugares para vivir, pero cada vez que construía uno nuevo, convertía el anterior en un depósito para almacenar alimentos no perecederos, semillas y municiones para el día en que la familia los necesitara.

Le enseñó a cazar. A rastrear un animal, a atraparlo y a atarlo, a levantar un cuerpo que fuese más largo que él mismo y, por último, a matarlo.

Le mostró cómo saber si un animal estaba contaminado, envenenado por dentro. Que bastaba con ver la forma en que caminaba y se movía para darse cuenta de que no servía, de que había que destruirlo.

Le enseñó que la mejor manera de librar al mundo de un animal contaminado era quemarlo y enterrar las cenizas bien profundo.

Y un día llevó a Adam al espacio que había construido debajo del búnker, el lugar donde se escondía su verdadera labor. Y allí le dio a Adam una última lección.

Su rito de iniciación.

La chica lo está mirando. A Adam no le gusta cuando lo hace y no le gusta que su padre lo haya dejado allí abajo solo con ella. Incluso con los barrotes de la jaula que los separan, Adam siente que está en peligro. Ella es más alta que él y mayor seguro. Es como una de esas adolescentes que Adam solía ver en sus escasas visitas al centro comercial o agrupadas cerca de las escaleras del instituto local. Esas chicas eran un misterio, de las pocas personas que ni se molestaban en abrirse camino para dejarlo pasar y que tampoco mostraban ningún tipo de respeto hacia su padre. Solo ese hecho —que existieran cosas en este mundo que estuvieran más allá del control de su padre— hacía que verlas resultara emocionante, como si cada vez que pasaba junto a una adolescente estuviera corriendo un riesgo.

La chica dentro de la jaula no le provoca ninguna emoción. Le duele el estómago. Le duele como jamás le había dolido. Se sentiría mejor si no le estuviese clavando la mirada, pero él sabe que hará oídos sordos si le pide que deje de hacerlo. De hecho, sabe que intentará provocarlo más todavía.

Lleva un tiempo aquí abajo. En un rincón, hay una bolsa de basura, llena de platos de cartón y cubiertos desechables. No hay baño, pero sí una cubeta grande de plástico con tapa y, encima de ella, un rollo de papel higiénico de disolución rápida. En la pared, cerca de la puerta, hay salpicaduras de donde ha tirado su mierda, probablemente, intentando acertarle al padre de Adam cuando pasaba a su lado. Parece que ha estado comiendo, pero eso es lo único. El padre no la ha bañado ni le ha permitido bañarse. Tiene la piel inmunda, ennegrecida por una capa de hollín. Lo que antes era su ropa —unos vaqueros cortos y una camiseta— ahora son jirones, con las costuras arrancadas o la tela rasgada. Tiene el pelo apelmazado, donde todavía le queda algo. Se ha arrancado mechones, que siguen tirados donde los lanzó, y su padre, supone Adam, le ha cortado el resto bien corto para impedir que termine la tarea. Las heridas en el cuero cabelludo son horribles, con costras gruesas e irregulares allí donde ella se las ha rascado con ambas manos. No puede ponerse de pie dentro de la jaula. Casi ni puede sentarse erguida, y tampoco hay señales de que su padre le haya permitido salir para hacer ningún tipo de ejercicio. Casi no se mueve, salvo para intentar cambiar el peso del cuerpo de un punto a otro. Cuando lo hace, Adam alcanza a ver las llagas que se le han formado por haber estado demasiado tiempo en la misma posición.

Adam se remueve incómodo en la silla que el padre bajó para él. Las cicatrices de sus propias llagas —un reflejo de las de ella, un recordatorio de lo que le pasará si se porta mal o no hace lo que le dicen— le pican bajo el pantalón.

La chica levanta la cabeza y mira más allá de Adam, hacia la puerta, y él se da cuenta de que está atenta a los ruidos que hace su padre al bajar. Observa cómo sus ojos —concentrados, alertas, con una mirada salvaje— se apagan, y su postura cambia. Para cuando el padre cruza la puerta, ella es otra persona: parece anestesiada, como si hiciera falta que cayeran todas y cada una de las bombas y llegara el fin del mundo para rescatarla del estado en que se encuentra.

Adam sabe que está fingiendo, pero incluso mientras intenta encontrar las palabras para confesárselo a su padre, para decir algo que consiga su aprobación y quizá detenga todo esto, esas palabras se le quedan atascadas en la garganta.

Su padre odia la debilidad. Cualquier muestra de ello es señal de contaminación, de los químicos que ponen en el agua y en toda la comida para impedir que la gente sepa quién es en realidad. La chica está enjaulada y lo ha

estado durante bastante tiempo. Adam sabe cómo reaccionará el padre si se lo dice. "Claro que está fingiendo", dirá. "Ella sabe cuál es su lugar".

Su padre entra en la habitación con tanta energía como se lo permiten el techo bajo y el suelo de grava. Sonríe como si el lugar no oliese a humedad y cenizas, como si estuviera pasándoselo de maravilla.

—¿Cómo se llevan mis dos niños? ¿Ha dicho algo?

Adam no responde a la primera pregunta. Conoce lo suficiente a su padre como para saber qué pregunta debe responder y cuál no.

—No, señor.

—¿Ni una palabra? ¿Este petardo con patas?

Su padre se acerca, y Adam tensa los muslos para no echarse hacia atrás. Si se queda quieto, entonces el padre no verá su debilidad. No volverá a colocarlo en ese lugar oscuro en el que, según él, todos los mentirosos merecen estar.

—¿Nada de nada?

Adam casi puede sentir la tapa de la caja cerrándose sobre su cabeza, forzándolo a encorvarse, y sin espacio ni para sentarse.

La última vez que su padre lo llevó aquí, se había meado en cuanto llegó. No importa cuántas veces se haya bañado, aún puede sentir el hedor en su piel.

"Muéstrale lo que él quiere ver, a menos que quieras volver a ese lugar".

Adam mira a su padre a los ojos.

—No, señor.

Más cerca todavía. Su aliento no huele a nada: ni a café, ni a pasta de dientes, ni a tabaco. No los usa, al menos no aquí. Dice que los animales pueden olerlos, que ese olor espanta a las buenas presas.

Junta las manos de golpe, justo delante de la nariz de Adam. Adam está esperando ese gesto. Es uno de sus favoritos, al menos cuando no hay visitas —las personas que no son de la familia quizá no entenderían que todo es por el bien de Adam cuando su padre deja volar la mano—, así que, cuando sucede, Adam ni se inmuta.

—Excelente —dice su padre—. Empecemos.

Adam sabe que su padre es un hombre común y corriente. No es alguien en quien la gente vaya a reparar. Nadie les habla por la calle ni se detiene a preguntarles cómo están. A su padre le gusta decir que podría desaparecer por completo si así lo deseara. Bastaría hacerse el tonto y caminar en la misma dirección que el rebaño. Un lobo con piel de cordero.

Bajo la luz débil de los tubos fluorescentes del techo, su padre sonríe y le

muestra todos y cada uno de sus dientes a Adam.

—Toma. Sujeta esto.

En la mano, tiene un cuchillo enfundado. Adam sabe cuál es sin necesidad siquiera de mirarlo de cerca. La hoja mide un poco más de cinco centímetros, con punta descendente, ideal para trabajos de detalle, pero con bastante curva en el filo hacia el mango. Su padre se lo compró para él. Tiene unas muescas hechas a medida en el lomo de la hoja para ayudarlo a controlar el cuchillo cuando quiera tallar o despellejar.

"Estriado", así lo llaman. Adam encuentra un raro momento de placer al decirse la palabra para sí, al disfrutar de cómo suena.

Adam coge el cuchillo. Puede ver que las manos de su padre tiemblan cuando suelta la funda. No es por el frío, aunque allí abajo todo es frío. Su padre está emocionado. Como si fuera la mañana de Navidad y no pudiera esperar a que Adam vea qué hay debajo del árbol.

"Estriado: muescas talladas en el lomo de la hoja para evitar que las manos resbalen al abrir los regalos".

—Sabes lo que quiero que hagas, Adam.

Adam mira a la chica, luego al cuchillo, y otra vez a la chica. Ya lo ha hecho antes. Un conejo atrapado en una trampa. Un ciervo herido por una flecha, cojo, corcoveando y pateando mientras intenta escapar. El cuchillo en su mano, su padre observándolo de cerca.

—Sé lo que quieres que haga —dice Adam.

Su padre respira hondo y se inclina hacia delante, colocando su mano sobre el hombro de Adam.

—Sé que estás nervioso. Créeme, sé lo estresante que es esto. Pero así son las cosas. Es el trabajo de nuestro Señor. Nacimos para hacer justamente esto. Yo fui descubriendo la verdad con los golpes que me dio la vida, pero tú, hijo mío… Este es tu destino. —Se le acerca. Tanto que Adam puede sentir el aliento vacío en su cara—. Este es solo el comienzo. Hazañas mucho más grandes te esperan. Pero ahora… —Le da un golpecito con el dedo a la funda —. Ahora disfruta de este momento.

Desliza la mano hasta la nuca de Adam y le susurra.

—Y tráeme su corazón.

CAPÍTULO 31

79th Street La detective mira a Ben de cerca. Él no la mira, tampoco sabe si puede siquiera mirarla con el peso de toda esa culpa que siente en este momento, pero percibe la fuerza de su mirada. Ben no sabe si lo mira como se mira a una serpiente —después de la confesión que acaba de hacer, no le extrañaría— o si ella es, de hecho, esa serpiente.

Pensó que lo iba a esposar. Pero lo único que ha hecho es mirarlo fijamente.

"Tiene la pistola en un lugar incómodo. Si intenta desenfundarla, podrías atacarla y darle en los ojos".

Ese pensamiento le llega como una convulsión, tan claro y perceptible que es como si lo hubiese dicho en voz alta. Ben se queda quieto. Intenta no reaccionar a ese miedo. Puede sentir el ácido que le sube por la garganta.

Tose dos veces y, cuando se recupera, ve que la detective se ha llevado una mano a la espalda.

"Aquí viene, cobarde".

La detective busca en un bolsillo y toma un pañuelo desechable. Se lo ofrece a Ben. Extiende el brazo lentamente como si temiera que fuese a comerle algún dedo. Ben asiente con la cabeza a modo de agradecimiento antes de volver a toser y escupir en el pañuelo lo que tenía atragantado.

"Tal vez la serpiente sea yo".

El impulso hacia la violencia es algo natural. Eso es lo que le han dicho todos los terapeutas en los últimos quince años. Que la gente que conduce a veces se pregunta: "¿Y si pego un volantazo y voy al carril contrario?", o que la gente, cuando se encuentra en algún lugar muy alto, considera arrojarse al vacío. Existe una parte del subconsciente que invoca lo innombrable, aunque sea solo para tranquilizarse con el simple hecho de rechazarlo luego. Es perfectamente normal. A todo el mundo le pasa alguna vez.

Todos los terapeutas se lo han dicho, y luego lo han mirado igual que la detective lo está haciendo en este momento. Es como patear uno de los lados de un tanque de agua y después mirar si en la superficie algo sale a flote.

No puede dejar de pensar en el arma de la detective. "Esta es tu vía de escape. Conseguirla es tu salida. Cuanto más tardes, más difícil será".

—¿Qué pasó, Ben? —pregunta ella.

—Maté a una chica. Creían que había sido la última víctima de mi padre. —Ben siente que las lágrimas están a punto de saltársele, y con ellas el miedo a lo que le pasará si empieza a llorar—. Pero fui yo.

—Emily Walker… —Repite el nombre como si lo estuviera memorizando —. ¿Y todos pensaban que era tu padre quien la había matado?

Ben asiente. Cuando cierra los ojos, todavía puede ver a la chica dentro de la jaula.

—Y eso fue hace quince años, ¿verdad?

Las lágrimas le recorren las mejillas cuando intenta asentir por segunda vez, pero se obliga a levantar la cabeza y abre mucho los ojos.

"No muestres debilidad".

—Si no te molesta que te lo pregunte, Ben, ¿cuántos años tenías cuando sucedió todo eso?

Ben inspira antes de responder. Siente la boca pastosa y tiene que limpiarse la saliva con el pañuelo para hablar.

—Once años.

—Hostia puta… Vale.

—No soy como él —dice Ben—. Yo no quería…

—Ben —lo interrumpe—. Este no es el momento, ¡por favor! —Saca su teléfono y teclea un mensaje. El pulgar se mueve rápido, pero no le ha quitado los ojos de encima—. Debo contárselo a los de Seguridad Nacional. Entiendes por qué, ¿verdad?

—Por supuesto.

No hay catarsis en la confesión. Ha cargado con esta mentira durante tanto tiempo que internamente ya ha cicatrizado.

—También les contaré lo de la empresa en la que trabajaste para que investiguen.

—¿Crees que van a encontrar algo?

Ella lo mira.

—Llevará un tiempo.

“Más tiempo del que tienes, idiota. Quítale el arma”.

Si haber vuelto a oír la voz se reflejó en su rostro, ella no ha dado señales de haberlo notado.

—Dices que mataste a Emily Walker —sigue la detective. Su voz es serena, como si estuviera tomándose tiempo para elegir cada palabra con mucho cuidado—, y eso es algo que deberemos abordar también. ¿Vale? No puedo prometerte que no vaya a haber consecuencias, en especial si consideramos que lo mantuviste en secreto todo este tiempo.

—Ya lo sé.

—Solo piensa esto… —De repente, hay dureza en su voz—. Si hubieras dicho la verdad hace quince años, tal vez no estaríamos aquí atrapados en un tren con una bomba a punto de estallar. ¿No habría sido algo bueno?

Ben sabe que la pregunta es retórica. Sospecha que cualquier intento de disculpa se respondería con un puñetazo en la cara.

—Bueno, al menos sabemos por qué te han elegido a ti. ¿Hablaste con el terrorista?

Ben asiente. Quiere decir que sí, pero es como si su garganta se hubiese cerrado por completo.

Ella extiende la mano para que le dé el teléfono.

—¿Te molestaría si veo la conversación?

Vacila un momento, aunque sabe muy bien que tiene que entregárselo. Lo siente como una invasión, como si ella estuviera violando su intimidad.

Ben coge el teléfono del panel y, en el instante en que se gira, se imagina sujetándole el brazo extendido y acercándola hacia sí. Usar ese impulso para deslizar la mano por debajo de la parte de atrás del chaleco y aferrarse a ese volumen inconfundible que es su arma. Puede imaginar la sensación de la pistola encajándose en la horquilla entre el índice y el pulgar; la aspereza del estriado de la empuñadura contra su piel. Ben había leído una vez un artículo sobre predicadores de pueblos pequeños en los montes Apalaches que manipulan serpientes como prueba de su fe en Dios. Cuando sus manos se rozan, él se sobresalta y se aparta, sin saber si lo que teme es morder… o que lo muerda.

Lo único que sabe es que la detective Hendricks está depositando ahora mismo toda su fe en él y que él, en lugar de responder a sus preguntas, en lo único en lo que piensa es en hacerle daño.

El impulso de hacer cosas innombrables es inevitable. Dejas que jueguen en

tu cabeza para tener, al final, la satisfacción de rechazarlas. Ben deja que ese pensamiento resuene como una campana: no borra el miedo, pero lo aparta unos instantes. Tal vez todo el mundo tenga una voz en la cabeza que lo empuja hacia el mal, y nunca nadie habla de eso.

Respira hondo. Acaba de arrancar un clavo del cráneo de una mujer para salvarle la vida. Podrá con esto también.

Intenta hablar, pero se encorva como si fuera a vomitar. Un zumbido agudo le resuena en la cabeza, una nota que da la sensación de subir sin fin. La voz está allí, junto a ese sonido estridente, incrustada en su cerebro como una esquirla de hielo. Le habla, lo llama de todas las maneras posibles, le dice que es débil por haberse entregado.

—¿Te encuentras bien, Ben?

Está a punto de decir que sí, que está bien, por puro reflejo, y ese pensamiento le arranca algo que se parece a una risa.

—No. No puedo…, no estoy…

"Tú has elegido todo esto, estúpido. Tú has elegido ser la carnada".

En lo único en lo que Ben puede pensar ahora es en el aire gélido y el olor a sangre. El cuchillo con sus muescas en el lomo y un horno que espera. El recuerdo lo atraviesa como un misil lanzado en una trayectoria de quince años, su vuelo persiguiéndolo a través del tiempo para dar por fin en el blanco. Las paredes de la cabina se le vienen encima, como si la claustrofobia se hubiese multiplicado por cien, y Ben lucha por arrancarle al pánico una bocanada de aire.

"No tienes que contarle el resto". La voz parece en calma ahora. Es como si quisiera razonar con él. Parece una trampa.

La detective le está hablando.

—Está bien, Ben. —Le habla despacio—. Respira, por favor. Todo va a salir bien.

Ben asiente, como diciéndole que sí a ella y a la voz en su cabeza también. No tiene por qué contarle el resto.

Ben traga saliva varias veces. La garganta le quema. Las imágenes y el olor a sangre ya se han ido, y Ben siente que está de vuelta en el tren. Sigue atrapado. Asiente, y el esfuerzo del movimiento de cabeza lo marea. Le pesa la cabeza, y el ruido del tren parece amortiguado, como si estuviese oyéndolo desde el otro lado de una pared. La detective da unos pasos hacia atrás, como si esperara que un vómito terminara en el suelo junto a sus pies.

—Las personas que fueron asesinadas hoy… Sé quiénes son —confiesa Ben —. No me di cuenta al principio, pero luego lo recordé. El primer hombre, el que mataron en la puerta de su casa… Su nombre es Roy… Roy… algo.

—Lopez —agrega ella.

Seguridad Nacional debe de haberle enviado los detalles. Es extraño saber que ella tiene acceso a todo esto ahora, que en menos de una hora han obtenido los nombres que Ben se pasó media vida intentando olvidar.

—Eso es. —Fueron muy pocas las personas que habían hecho algún esfuerzo por ayudarlo, y Roy había sido una de ellas. A Ben le duele no haberlo reconocido antes—. Era una especie de abogado o asistente legal. Lo habían contratado para que me cuidara durante el juicio.

Hablar de todo aquello hace que le resulte más fácil recordar al hombre. Sabe que intentaba hacer bien su trabajo y tranquilizar a un niño asustado. Se inclinaba para quedar a su misma altura, siempre le preguntaba si quería algo para beber o comer, se secaba las manos una y otra vez en el pantalón para que no le sudaran tanto. Quince años después, su recompensa fue que le cortaran la garganta.

—También recuerdo a los otros —sigue Ben—. La mujer que mataron con la bomba… La que intenté salvar. —Ben recuerda cómo cambió su rostro y cómo salió corriendo hacia la puerta del vagón cuando lo reconoció—. Era una empleada del juzgado. Fue a buscar las cintas que habían grabado de mis declaraciones.

La detective asiente.

—Continúa.

—El tipo que murió en Cortlandt… —Ben se atraganta con las palabras; ni siquiera había intentado impedir que se bajara del tren. Hasta ese momento, pensaba que todo era una broma de mal gusto—. Era un vigilante, o un policía, algo así. Era quien debía escoltarme hasta la sala de interrogatorios.

Ese hombre no habita en su memoria como una persona real. Más bien como la condensación de cada empujón o insulto que recibió desde el día en que salió del hospital y entró en el centro de acogida. Una figura oscura pegada a su hombro.

—¿Tienes idea de cómo terminaron en el mismo tren que tú?

Ben la mira fijamente. No sabe nada. Nunca los vio subir, ni siquiera sabía que seguían vivos ni que vivían en la misma ciudad que él hasta el momento en que el asesino los puso en su camino.

Entonces se le ocurre algo: tal vez no sepa cómo llegaron ellos hasta ahí, pero él estuvo muy cerca de no subirse a ese tren.

—Había un hombre… Cuando me estaba subiendo al tren… Estuve a punto de no subirme. —Piensa en cómo describir la claustrofobia que sintió: una sensación, una premonición, una advertencia. Pero no puede, y la detective no dice nada—. Se lo veía muy calmado. Él me empujó hacia delante y se aseguró de que subiera.

—¿Crees que podrías reconocerlo si volvieras a verlo?

—Solo lo vi esa vez. Alto, pelo blanco, camisa a cuadros. —Se inclina hacia delante—. Pero creo saber quién es.

—¿Quién crees que es, Ben?

Ella conserva la calma, pero Ben siente una descarga de adrenalina al haber encajado las piezas. Tienen que ser ellos.

—Emily… —La voz de Ben se quiebra al pronunciar su nombre, y toda esa adrenalina se transforma en podredumbre en sus entrañas—. Sus padres montaron un escándalo durante el juicio. Ese guardia, el hombre que murió hoy, llevó a la madre de Emily hasta la sala en la que yo iba a estar testificando, y…

—Interfirieron en el testimonio de un testigo —confirma la detective.

—Todos la cubrieron. Yo sabía que algo malo había sucedido porque jamás me volvieron a preguntar sobre ella. De haberlo hecho, tal vez yo habría…

—¿Crees que son sus padres? —pregunta la detective. Le ha vuelto a clavar la mirada, con la cabeza ladeada, como esperando a ver con qué va a encontrarse. Ben respira hondo y lo dice con la mayor entereza posible.

—Son ellos. Deben de ser personas mayores… tan mayores como el hombre que hizo que yo me subiera a este tren.

—Quieren saber qué sucedió con su hija —dice ella—. Y castigar a todas las personas que han evitado que se supiera la verdad.

—Creo que sí —coincide Ben. La mano en el hombro le había resultado familiar. Como un viejo amigo que lo estaba guiando. No debería haber confiado—. Tienen que ser ellos.

La mujer suspira.

—Me pregunto por qué no se les ocurrió plantarse en la puerta de tu casa con un juego de cables para electrocutarte, y facilitarnos las cosas a todos los demás.

Ben niega con la cabeza.

—Quieren lograr algo más que eso. —Como todos, tienen ambiciones más grandes que el propio Ben—. Quieren que mi padre sepa que me han atrapado.

—¿Ojo por ojo…? ¿Es eso?

Ben deja caer la cabeza y mira al suelo, como si estuviera ofreciendo su cuello al hacha de un verdugo.

—Algo así.

CAPÍTULO 32

96th Street El convoy completo avanza rápidamente hacia el norte ahora que se ha despejado lo peor del tráfico. Sigue habiendo bastantes coches en la calle, pero hay espacio suficiente para pasar, y los patrulleros que van delante funcionan como una máquina quitanieves, abriendo el camino para que Seguridad Nacional llegue a la 181 antes de que lo haga el tren.

El interior del vehículo es un hervidero: Hoyt atiende tres o cuatro llamadas al mismo tiempo, haciendo de triaje para McDiarmid, y Cheryl ha sido reclutada para hacerse cargo de todo lo demás, saltando frenéticamente de una frecuencia de radio a otra y de una llamada de coordinación a la siguiente, cubriendo todo lo que Hoyt no puede abarcar por si algo vital necesita escalarse a un nivel superior.

McDiarmid, el agente de Seguridad Nacional de mayor rango en el coche, divide su atención en dos: primero, asegurarse de que el grupo de operaciones especiales esté preparado y en posición; y segundo, averiguar todo lo posible sobre cómo es que las víctimas terminaron en el mismo tren que Adam Crane y en posesión de las bombas que acabaron con sus vidas. Si Seguridad Nacional logra averiguar eso, quizá también pueda determinar dónde está la siguiente bomba y quién tiene el detonador.

Pero encontrar la bomba no es la única razón.

En algún momento, pase lo que pase, la gente exigirá respuestas. "¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Cómo evitamos que vuelva a suceder?". Y McDiarmid no es el tipo de persona que entra en esas conversaciones sin tener algo bajo la manga.

El "aún estamos investigando" podrá servirle a la prensa, pero no impresiona en absoluto al director de la agencia.

Tuvieron suerte al encontrar intacto el teléfono de la víctima de Franklin Street, o al menos en buenas condiciones como para que el equipo técnico pudiera obtener información. En cambio, el teléfono de la víctima de WTC Cortlandt quedó reducido a cenizas debido a que se trató de una detonación a muy corta distancia. McDiarmid se pregunta si el propio teléfono podría haber sido el dispositivo que estalló, pero la carga de explosivo y la placa de cobre, por sí solas, habrían hecho que pesara casi el doble. No era el teléfono, pero es muy probable que estuviera en el mismo bolsillo, y que la víctima lo hubiera puesto allí.

No tenían el teléfono, pero eso no quería decir que no pudieran averiguar nada. McDiarmid intentó amenazar a la empresa de telefonía. Los llamó él mismo, pero lo único que encontró fue resistencia. Si alguien le hubiera dicho que existía en el planeta una entidad corporativa que superara a Seguridad Nacional a la hora de crear trabas burocráticas cuando se le exigía información de manera hostil, tal vez habría dicho que se trataba del Servicio de Impuestos Internos. No había tenido en cuenta que Pacific Trident Telephone Company tenía preparada una estructura comercial muy enrevesada y compleja ante la posibilidad de que alguna vez se la pudiera acusar de algo.

Tras ser rebotado una y otra vez por el conmutador local y el de la sede central, invocó a Seguridad Nacional y mencionó los posibles riesgos de entorpecer su investigación. En ese momento, presionar a la operadora le pareció una buena idea, pero McDiarmid no tuvo en cuenta que Seguridad Nacional no tiene influencia en una corporación que no responde ante casi nadie en el mundo, excepto ante sus accionistas, y su amenaza produjo justamente el resultado inverso. Después de un arrebato de servilismo sarcástico, su llamada fue derivada a un teléfono público en un taller clandestino de Alabama, que estuvo sonando dos minutos antes de ser atendido por un hombre furioso llamado Dale que quería saber dónde mierda estaba su droga.

McDiarmid deja que Cheryl se ocupe del lío que ha montado y que solucione todo el asunto mientras él lidia con algo menos complicado: el equipo de psiquiatras que atendieron a John Crane, que ahora están haciendo el trabajo de filtrar los correos de seguidores del asesino. Le concede al equipo táctico un minuto entero de su tiempo para autorizar el uso de granadas aturdidoras en el espacio cerrado subterráneo, y les sugiere que piensen cómo van a evacuar a varios cientos de supervivientes medio ciegos y casi sordos.

Hoyt le acerca un teléfono.

El doctor Robinson es el jefe del equipo psiquiátrico. McDiarmid deja que le cuente un poco sobre su trabajo, incluso cuando sabe que el tiempo corre. El desplante de la operadora de Pacific Trident todavía le duele, así que fingir algo de interés profesional es un precio bastante bajo para evitar que se repita el incidente con la telefónica.

—¿Han encontrado algo en las cartas? —quiere saber McDiarmid.

—Sí y no.

La señal en la línea no es muy buena, y la voz del doctor Robinson suena como si estuviera hablando desde el fondo de un pozo. McDiarmid se suena el cuello antes de presionar el teléfono contra una oreja y cubrirse la otra para poder oírlo.

—… si pudiéramos contactar con algunos de los periodistas que le escribieron y cruzar nuestras notas…

—De ninguna manera. No contacten con nadie —ordena McDiarmid—. ¿Alguno de los periodistas se enfocó en el juicio o en las víctimas que aún no han sido descubiertas?

—Está bien. —Hay una pausa del lado de Robinson—. Si me da cinco minutos, puedo revisar la lista de resúmenes que mi equipo está haciendo…

—Si pudiera hacerlo después de nuestra llamada, doctor, se lo agradecería. Ha habido algunos avances en la investigación, y esto podría ser clave.

—Ah, sí, por supuesto. Vamos a ponerlo como prioritario. Aunque hay una cosa que realmente nos ha llamado la atención. No le encontramos ni pies ni cabeza, así que la apartamos del grupo de las propuestas.

—¿A qué se refiere?

—Una tarjeta de cumpleaños. No es la única que ha recibido, pero esta es distinta. No hay ningún mensaje ni dirección de remitente ni sellos.

McDiarmid suspira. Encerrados en una habitación y solos con la correspondencia de Crane, lo más probable es que vean a un asesino cada dos o tres cartas.

—No sé si es algo a lo que le haría seguimiento —concluye McDiarmid.

—Pero jamás le llega para la fecha de su cumpleaños.

McDiarmid no se considera una persona que vaya encorvada, pero aun así todavía puede erguirse más al enderezarse.

—¿Y todas llegaron siempre el dieciséis de abril?

Otra pausa del lado de Robinson.

—Sí. O cerca de la fecha, dependiendo del servicio de correos.

—¿Cómo lo supo?

McDiarmid da un puñetazo al aire, y Cheryl se sobresalta al ver que casi la alcanza.

—Es el cumpleaños de su hijo.

"Y el día en que se llevaron a Emily Walker". El padre de la chica acaba de subir un peldaño en el podio de sospechosos. Podría haber estado molestando a Crane todo este tiempo, haciéndole saber que el mundo puede haber seguido girando, pero que él no lo ha olvidado.

—Qué interesante. ¿Cree que podría ser su hijo el que envía esas tarjetas?

—John Crane muestra una verdadera obsesión por saber cómo sigue Adam, aunque evitamos alimentársela.

—Tenemos una pista —dice McDiarmid—. Es todo lo que puedo decir por ahora. Entenderá que necesitamos ser discretos, sobre todo por el riesgo de que la información llegue a filtrarse y llegue hasta John.

—Lo entiendo perfectamente —responde Robinson.

Su voz suena seca y cortante al otro lado de la línea, incluso a pesar de la distorsión, y McDiarmid tiene claro que descargará sobre ese hombre toda la ira de Seguridad Nacional si llega a aparecer en los medios una sola mención de lo que han estado conversando.

—Dijo que las tarjetas estaban en blanco, ¿verdad? —pregunta McDiarmid.

—Por lo que podemos ver, sí.

—Vuelvan a revisarlas, por favor. Empezando por la más reciente. Y fíjense también si Crane tiene acceso a alguna fuente de luz ultravioleta o de calor.

—No creo que tenga ninguna de esas cosas.

—Con tener acceso a la bombilla adecuada sería suficiente —sentencia McDiarmid—. Revísenlas otra vez.

Un largo silencio por parte de Robinson.

—Eso haremos.

—Y usen guantes para todo. —McDiarmid reprime el impulso de echarle una bronca por el descuido en ciertos protocolos—. Tomaremos las huellas de todos los que las hayan manipulado, por si acaso, para descartar cualquier contacto accidental. Elige no pronunciar la palabra "contaminación". Necesita tener a Robinson de su lado.

—Hay una cosa más —continúa Robinson.

En el asiento de enfrente, Cheryl alza la vista de su teléfono y le hace señas

desesperadas, pero McDiarmid la ignora.

—¿El qué?

—¿Le gustaría hablar con él? Con Crane, quiero decir.

McDiarmid lo piensa un instante y lo descarta con igual rapidez. Los asesinos en serie suelen ser objeto de esta clase de mitificación policial que a él le pone los nervios de punta. Sí, pueden ser listos, considerando una definición muy estrecha de inteligencia. Pueden ser manipuladores. Pero de lo que nunca se habla es de lo desesperados que están siempre por llamar la atención. Seguro que John Crane se muere de ganas de que el mundo lo mire, y semejante nivel de narcisismo significa que cualquier intento de interrogarlo estará condenado al fracaso desde el principio. Si sabe algo (y puede que no), podrían ponerlo en televisión en el horario de máxima audiencia, y aun así no soltaría prenda.

McDiarmid cuelga sin responder y nota cómo la mano se le tensa alrededor del teléfono; el crujido de la carcasa de plástico es la única señal clara de su frustración. Incluso si esas tarjetas de cumpleaños esconden algún secreto, llevará demasiado tiempo conseguirlas. El equipo de Robinson no es especialmente avispado, y el ofrecimiento de hablar con Crane delata una falta de criterio preocupante por parte del doctor. Le entran unas ganas enormes de soltar una sarta de palabrotas, pero Hoyt sigue en una llamada y su berrinche de fondo no le va a servir de nada a nadie.

—Señor —lo llama Cheryl.

—¿Qué sucede?

—Los de Analítica tienen acceso a los correos de ambas víctimas. Sabemos por qué estaban en el tren.

McDiarmid estira el brazo para pedirle el teléfono.

—Dime.

—Los dos fueron contratados como mensajeros —explica Cheryl. Al leer los mensajes del equipo de Analítica, McDiarmid ve que se trata de una especie de plataforma para trabajos freelance, pero no reconoce el nombre de la empresa.

—¿Esta compañía existe? ¿Es legal?

—Sí. Estamos contactando con ellos para saber quién los contrató.

Quien haya planeado todo tiene que haber hecho un gran esfuerzo para lograr que los dos estuviesen en ese mismo tren. Los de Analítica han revisado el contenido de los correos de las víctimas; ya habían contactado con ambos por primera vez varias semanas atrás y se les había pedido que llevaran algunos documentos al otro lado de la ciudad.

Estaban ensayando.

—¿Por qué trabajaban como mensajeros?

—Ambas personas ya se habían jubilado, señor —responde Cheryl—. Tal vez necesitaban el dinero.

—¿Tenían algún problema financiero? ¿Sabemos algo?

Ella lo mira.

—Todos los tenemos, señor.

McDiarmid decide ignorar ese comentario y se enfoca en el resumen del Departamento de Analítica. La oferta de trabajo que recibieron ambas víctimas tiene los detalles del paquete: tamaño y peso. El "cliente" hasta ofreció un bolso a la segunda víctima para que fuese más sencillo de llevar. Los dos recibieron un itinerario, incluso el número y la hora del tren que debían tomar. Unos minutos antes de morir, la primera víctima subió a un portal web una fotografía de él mismo sentado en el tren para que el cliente supiera que ya estaba en camino.

—Quiero todos los detalles de este malnacido —se enfurece McDiarmid.

—Estamos trabajando en eso, señor.

—Los quiero ahora. Métete en ese sitio de *freelancers* y diles que queremos los detalles de cada paquete recogido en el área de Manhattan esta mañana y que queremos saber cuántos siguen todavía en tránsito. Y si te ponen la más puta resistencia, diles que esta noche saldrán en las noticias y mañana por la mañana estarán ante un juez por colaborar con un terrorista y encubrirlo.

Están tan cerca de lograrlo que McDiarmid casi puede saborear el triunfo. Sea cual sea el caos que los Walker tenían planeado, debió de llevarles años montarlo y muchísima suerte conseguir ejecutarlo. El abogado asesinado al otro lado de la ciudad tenía que ser algún cabo suelto, la única persona a la que no pudieron subir al tren para completar la serie.

McDiarmid lo archiva mentalmente: deben conseguir la lista de todos los implicados en el juicio y hacer un seguimiento de cada uno, por si acaso hay más cuerpos ahí fuera esperando a ser encontrados.

Hoyt cubre el micrófono del teléfono con la mano y le hace un gesto a McDiarmid.

—La policía local del norte del estado ha llegado a la casa de los Walker.

—¿Y no había nadie?

Si hubiera habido alguien, la frase habría sido "los tenemos" o algo así.

—Patrick Walker fue encontrado muerto en la vivienda.

McDiarmid cierra los ojos y hace una respiración profunda y controlada.

—Por favor, dime que murió plácidamente mientras dormía y que esto no tiene nada que ver con nada.

—La puerta estaba cerrada, pero sin llave —responde Hoyt—. El equipo vio una mancha de sangre y entró. El rastro baja hasta el sótano, así que creemos que lo redujeron en el umbral y lo arrastraron hasta allí. Ya han encontrado la mayor parte.

McDiarmid junta las manos y baja la cabeza, intentando ordenar los pensamientos que se le arremolinan en la mente.

—¿La mayor parte del cuerpo?

—Lo cortaron en pedazos. Los forenses están en camino, pero el jefe del equipo cree que las extremidades probablemente acabaron en el horno.

—¿Todavía tiene la cabeza?

—Algo así. —La voz de Hoyt es impasible, pero su tez está bastante más pálida que hace unos minutos. Con sumo cuidado evita inclinar la pantalla del teléfono en un ángulo desde el que Cheryl pueda verla—. Quienquiera que haya sido se aseguró de que el hombre sufriera.

Enterarse de la existencia de los Walker había supuesto un avance en el caso, un punto de anclaje que convertía una metedura de pata potencialmente mortal para su carrera en algo con dirección y propósito. Dar con el patriarca de la familia Walker se transformó en un objetivo claro a partir del cual todos podían unirse sin importar a qué organismo pertenecieran. Ahora con él muerto, todos los esfuerzos de McDiarmid han quedado a la deriva.

Puede imaginarse el plano del metro sin mirar el modelo en el ordenador. Todas las personas que había filtrado y descartado por no coincidir en edad o color de piel con los Walker podrían volver a ser posibles blancos. Son demasiados pasajeros para analizar, incluso para Seguridad Nacional, y no cree que llegue a verlos a todos antes de que el tren llegue a la 181.

Pero no hace falta. Solo una persona en el tren sabe qué sucedió con Emily Walker. Solo uno de ellos conoce a John Crane y conoce el tipo de juego que mantendría con sus víctimas. Solo uno de ellos habría tenido una razón para viajar hasta allí y cortar en pedazos a Patrick Walker.

Es el hombre que ha estado jugando con ellos todo este tiempo. Ben Cross. O como McDiarmid prefiere llamarlo ahora: Adam Crane.

CAPÍTULO 33

Cathedral Parkway Cuando la detective lee el mensaje en su teléfono y le comunica que la familia Walker ha muerto, Ben siente que el dolor de cabeza que ha estado presente todo el tiempo y que se ha extendido hasta la nuca se intensifica tan rápido que ni siquiera encuentra las palabras para decirle qué le está pasando. Es una presencia que se debilita, que empuja con fuerza hacia fuera y atraviesa como una estaca la parte posterior de sus senos paranasales, como si la cara se le fuese a dar la vuelta. Cada movimiento brusco del vagón amplifica el dolor, y Ben casi juraría que siente que el tren ha acelerado la marcha. Con las manos apretadas a ambos lados de la cabeza casi no puede oír a la detective, que le está pidiendo que se siente en el suelo.

"La cagaste. Y por eso estás aquí ahora".

Ben se endereza y baja los brazos. El dolor punzante persiste. No se va. No del todo. Es solo que se traslada a otro punto en su mente, desterrado por un sentimiento mucho más fuerte. Mucho más primitivo. Algo que Ben reconoce como un viejo amigo.

El miedo.

—Entonces lo encontraron muerto —busca confirmar Ben.

La detective asiente, con cuidado, como si intentara no hacer ningún movimiento brusco.

Como si él fuera peligroso.

—Eso es lo que me han dicho.

Había estado convencido de que el tipo de los escalones tenía algo que ver con todo esto, pero no: fue un desconocido intentando ayudar, intentando hacerle un favor.

Vaya favor.

—¿Le dijeron dónde lo encontraron?

—No dijeron nada.

Ben cierra los ojos. Casi puede verlo. La oscuridad bajo el búnker. Las paredes de ladrillo húmedas, el suelo de grava y el túnel que baja hasta el horno.

—Si tenía un sótano, allí es donde lo encontraron.

"La cagaste. Si hubieras hecho lo que se suponía que tenías que hacer, no estaríamos aquí".

—¿Cómo lo sabes?

Ben no puede verle las manos. La detective tiene una detrás de la espalda, como si estuviera a punto de sacar el arma. Y no puede culparla.

—Si tenían un horno, estoy seguro de que es allí donde lo encontraron.

"La cagaste. El fuego no hizo el trabajo por nosotros".

La voz en su cabeza suena más clara ahora. Más fuerte.

"Sabes lo que sucede cuando no haces lo que te digo".

Ben sabe de quién es esa voz. Siempre lo supo. Sabía quién era, quién sería. Los psiquiatras, los terapeutas y todos esos profesionales… se suponía que iban a ayudarlo a seguir adelante, a liberarlo de su pasado, pero al fin y al cabo, solo querían devolverlo a su padre.

"¿Por qué lo hizo? ¿Cómo las eligió? ¿Qué te dijo a ti? ¿Intentó enseñarte, Ben?".

Nada de eso estaba pensado para ayudarlo. Todos querían saber qué le había hecho a Ben, en qué había convertido a su hijo.

Lo único que Ben pudo hacer fue guardárselo todo, no decirles nada y enterrar cada maldito recuerdo, hundirlo hasta donde pudiera. Y tomó pastillas para dormir, pastillas para ignorar los susurros que resonaban desde lo más profundo de su ser.

Siempre es peor en la oscuridad. Siempre es peor en espacios cerrados. Cuando sabe que no puede zafarse, que no hay escape. Aquí en el tren, ha dejado de ser un susurro. Percibe la voz de su padre como si estuviera allí con él o metida en su cabeza.

—Acabas de descubrir algo —dice la detective. Su teléfono suena, pero ella

no responde. Le habla como si fueran solo ellos dos en esa cabina—. ¿Qué es?

"Si ella supiera…". Ben no ignora la voz: suena tan aterrorizada como él. "Ella sabría reconocer el miedo".

—No hay ninguna bomba en este tren.

La detective no esperaba que Ben dijera nada en particular, pero esto la toma por sorpresa. Se endereza y lo mira como si la coronilla se le hubiese abierto de golpe y ella viera a su padre controlándolo todo. Abre y cierra la boca un par de veces antes de dar con las palabras para responder con una pregunta.

—¿Cómo lo sabes?

—Quieren matarme —responde Ben.

—Eso no significa que no haya otra bomba.

Ben respira hondo. Lo tiene claro en su cabeza, pero no es sencillo de decir.

—La 181 es una de las estaciones más profundas del sistema. Por eso querían que el tren llegase hasta allí. —Jamás había estado en esa estación, pero se lo puede imaginar todo. Paredes de ladrillo húmedas al tacto, grava en el espacio entre los raíles.

—Di algo, Ben. ¿Por qué es importante?

—Me quieren bajo tierra.

Siente cómo su propia voz se vuelve más grave y hace un gran esfuerzo para no llorar. Sabe lo que sucederá si empieza a llorar.

—Mi padre… Las chicas que asesinó. Las mató estando bajo tierra. Las incineró.

La detective asiente con la cabeza, como si ya supiera todo esto.

"Siempre lo supo, estúpido".

Ben se tensa con el sonido de la voz, y la mujer se coloca en cuclillas delante de él y suaviza su tono cuando le habla.

—No basta con que te hayan traído hasta aquí, ¿verdad? Necesitan que llegues hasta la 181.

—Quieren matarme como él las mató.

—Entonces es allí donde encontraremos la siguiente bomba —sentencia la detective.

Ya han llegado a Cathedral Parkway. Incluso si el maquinista aminorase la marcha, deben de faltar menos de diez minutos para llegar.

—Tengo que llamar a Seguridad Nacional. Nos estamos dirigiendo directos hacia la bomba.

CAPÍTULO 34

Henry Hudson Parkway Con el Hudson a la izquierda y el puente George Washington haciéndose más y más imponente tras el cristal antibalas polarizado que separa los asientos traseros del conductor, cuesta resistirse a esa sensación de victoria que empieza a abrirse paso y a reclamar cada vez más la atención de McDiarmid, ya de por sí dividida.

Ha dado luz verde al equipo para activar las cámaras corporales cuando estén escoltando a Adam Crane hasta el andén: ya puede verlo, el cuerpo de Crane vencido y abatido, el equipo cargándolo con tan poco esfuerzo que bien podrían estar llevando una bolsa de patatas. Hoyt estará alerta esperando la orden para filtrar las imágenes en cuanto las suban al servidor central. Una acción heroica de los agentes de Seguridad Nacional para capturar a un terrorista peligroso: eso es lo que la gente verá y lo que recordará. Habrá, naturalmente, un enorme interés por el asesino de Tuxedo Park cuando la identidad de Crane se haga pública, y todos los locos de siempre tendrán su pequeño festín, pero para ese entonces la tinta en la orden de ascenso de McDiarmid ya estará seca, y a él no le importará en lo más mínimo.

Sin embargo, Hoyt será un problema. En el fondo, es ambicioso y tal vez no esté apuntando al viejo puesto de McDiarmid: quizá va a presentarse a esa reunión con artillería pesada. El detalle es que no está hecho para eso. Viene del Departamento de Tácticas, apartado de una prometedora carrera de derribar puertas y disparar armas de alto calibre por resbalarse en un maldito suelo mojado y romperse el menisco durante un operativo. Eso significa que es leal y sabe pensar sobre la marcha, pero también arrastra ese código de honor de "no dejar a nadie atrás" con el que Tácticas contagia a todos sus reclutas. Dirigir operaciones de campo exige cierto grado de flexibilidad moral a la hora

de decidir qué es necesario para alcanzar los objetivos y, por muy experimentado que sea Hoyt en los demás aspectos, simplemente no tiene las agallas para mandar a un hombre a la muerte.

McDiarmid percibió la desaprobación de Hoyt cuando la doctora habló de la probabilidad de terminar con más víctimas si se producía otra detonación. Si Hoyt fuera de verdad su sucesor, habría entendido que una detonación como la que él le había descrito —un explosivo de baja potencia en un compartimento cerrado, con múltiples muertos y heridos— no solo es un resultado aceptable, sino más bien favorable.

Cerrar Manhattan por salvar a un hombre que termina abatido por una bala y por una pequeña explosión no será visto como un verdadero éxito. Cuando los contables se dispongan a desmenuzar la operación (si es que no lo están haciendo ya), llegará el ajuste de cuentas: millones de dólares en negocios perdidos, cada policía agregando horas extras, cada reclamación de seguro por un choque menor… Todo eso irá a la columna del debe, y McDiarmid, como hombre de Seguridad Nacional, será considerado el responsable del haber.

La única manera de que todo cuadre es que la gente entienda la gravedad de la situación. Nadie le dirá a McDiarmid que ha hecho un buen trabajo si, al final de la jornada, lo que tiene para mostrar es una bomba que jamás explotó y que, para colmo de males, es pequeña. No será una imagen impactante. Nada de cuenta regresiva, ni pitidos, ni cables rojos y azules que cortar. Será solo un bolso o una mochila y, cuando el equipo de desactivación de explosivos le dispare con escopetas, ni siquiera eso quedará. No hay simulación informática ni demostración en el mundo capaz de convencer a nadie de que los restos hechos jirones de un bolso y cuatro kilos y medio de nitrato de amonio y aceite combustible justifican semejante despliegue.

Los cadáveres, en cambio, sí.

El tren no está completo, pero hay aproximadamente doscientas personas a bordo. Una detonación matará entre dos y diez pasajeros, dependiendo de dónde se sitúen y de lo apiñados que estén en cada vagón, y habrá algo así como diez heridos. Una tasa de entre el cinco y el diez por ciento de víctimas fatales es lo que está calculando McDiarmid como un verdadero éxito. Una o dos personas muertas no son un argumento lo suficientemente sólido cuando intentas justificar el incidente de gran magnitud que acabas de dirigir. Pero una docena es una masacre, y cruzado ese umbral, la gente ya no hace más preguntas y empieza a pensar que el resultado podría haber sido mucho peor.

No tiene nada que ver con la moral. Dejar que las cosas evolucionen como para que la gente descubra lo mal que puede salir todo es la estrategia correcta. La mayoría de los pasajeros saldrán de esto con vida. Saldrán de la oscuridad, ahogados por el humo, con una pérdida de audición momentánea y algo desorientados, y serán recibidos por un mundo agradecido por tenerlos de vuelta.

El resto será el coste de hacer negocios.

Hoyt le toca el codo a McDiarmid para pasarle el teléfono.

—Es Hendricks.

Hoyt pronuncia el nombre de la detective con el mismo menosprecio con que otras personas hablarían de la caca de perro que acaban de pisar en la calle.

—Ya era hora, joder —dice McDiarmid dejando sin tapar el micrófono. Quiere que Hendricks lo escuche. Se lleva el aparato a la oreja—. ¿Estaba demasiado ocupada como para atendernos, oficial Hendricks?

Hoyt ha intentado ponerse en contacto con ella porque creía que podría llegar a neutralizar a Crane antes de llegar a destino. McDiarmid la quiere de su lado, porque nada rompe más corazones que un héroe del servicio atrapado en la trágica explosión.

—Entiendo que está muy ocupado, pero tengo información nueva.

Por un momento, McDiarmid teme que Crane haya confesado y que ella ya lo haya reducido por su cuenta. Pero no. Un arresto de alto perfil como ese salvaría su carrera —y su reputación—, que ya estaba a la deriva. Si ya hubiera esposado a Adam Crane, Hendricks lo habría comunicado por radio para que todos lo oyeran.

—Adelante.

—No hay ninguna bomba en este tren —afirma ella—. Creemos que la han colocado en la 181. Y nosotros estamos llevando el tren directo allí.

McDiarmid no tiene energía ni para suspirar. Esta operación tiene que salir bien, sin sobresaltos y, aunque Hendricks pudo haber sido una herramienta útil para crear el modelo digital del tren, ahora comienza a parecer más bien como un bache en medio del camino.

—Recuérdeme otra vez esa extensa formación antiterrorista que tiene usted y que la autoriza a tomar esa decisión.

Se oye un ruido ahogado, como si el insulto de la detective estuviera siendo amortiguado contra la manga de su uniforme.

—Con el debido respeto —responde Hendricks—, he recorrido el tren de

punta a punta y no hay prueba alguna de que pueda haber un explosivo a bordo.

La distorsión corta algunas de sus palabras; la llamada está a punto de cortarse, y McDiarmid se pregunta si eso es lo que la hace sonar tan patética o si ese es su estado natural.

—Le pregunto de nuevo. ¿Podría decirme explícitamente qué experiencia tiene usted con explosivos como para hacer semejante afirmación? Recuerde esto, detective: he leído su expediente.

—Entonces, ¿por qué diablos estamos yendo a la 181? —le pregunta ella—. ¿Cree que lo hacen porque eligieron ese número en un sorteo?

McDiarmid aparta el teléfono de la oreja y esta vez sí cubre el micrófono con la palma de la mano. Puede oír la voz de Hendricks, lejana en el altavoz, llamándolo "imbécil".

—Hemos barrido y analizado todo el andén de la 181, ¿verdad? —pregunta a su equipo.

Hoyt le sostiene la mirada y asiente con la cabeza una sola vez. Probablemente, le haya molestado que McDiarmid creyera necesario preguntarlo.

McDiarmid vuelve al teléfono.

—La búsqueda resultó negativa en la estación. Nuestro equipo ha revisado todo el lugar. Y ellos están, a diferencia de usted, altamente capacitados para reaccionar ante esta posibilidad.

—Ben dice que su padre solía llevar a sus víctimas bajo tierra para matarlas. Que el asesino ahora estará imitando lo que su padre solía hacer. Si pudiéramos hablar y verificar esto con la Autoridad Metropolitana de Transporte, ver si hay algo que no estemos contemplando…

—No debería darle tanta importancia a lo que dice ese hombre —sentencia McDiarmid. Quiere cortar a la detective, pero no quiere echar todo a perder y arriesgarse a que la mujer decida abordar a Crane por su cuenta—. Al margen de si usted lo considera una víctima o no, sabemos que el hombre está demasiado cerca del terrorista y está comprometido emocionalmente. No podemos aceptar nada de lo que diga como una verdad absoluta.

La detective se ha quedado en silencio del otro lado. McDiarmid casi puede oír los engranajes en su cabeza funcionando a toda máquina mientras intenta salir con otro ángulo de ataque. Este es el momento ideal para desarticular su

pensamiento y ablandarla en su papel como mera espectadora y, tal vez, también como víctima.

—No quiero que piense que esto es algo personal, detective. Yo valoro muchísimo toda la información que usted nos ha proporcionado hasta ahora y también sus aportes más subjetivos. Pero hasta que no estemos cien por cien seguros, debemos suponer que sigue habiendo otra bomba dentro de ese tren.

—Si no hay nada en la 181, entonces… —Hendricks vacila; es la primera vez que no suena tan convencida de lo que está diciendo.

McDiarmid aprovecha la oportunidad.

—Hizo bien en dar aviso. Pondré a nuestro equipo sobre el terreno para que coordine con el personal de mantenimiento de la Autoridad Metropolitana de Transporte por si hubiera algo que se les haya pasado por alto.

Se dispone a devolverle el teléfono a Hoyt, pero Hendricks está hablando, así que decide seguir escuchando. Está convencido de que Hoyt no le concedería ni un minuto de su tiempo, pero él está decidido a tener el control directo sobre cualquier comunicación que se establezca con ella.

—¿Tenemos algún sospechoso al menos? Podría trabajar la lista de pasajeros desde aquí si sus técnicos la comparten conmigo.

—Tengo a todo un equipo revisando esa lista —le responde McDiarmid—. Su principal prioridad ahora mismo es no hacer nada que pueda provocar una detonación. Queremos cero víctimas, y no quiero que arriesgue usted la vida de nadie por una corazonada. ¿Queda claro?

—Sí.

La informalidad de su respuesta no pasa desapercibida.

—Hendricks, tengo plena jurisdicción operativa en esto. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Bien. Quédese donde está, detective. Esto ya casi ha terminado.

McDiarmid corrige el error de antes y corta la llamada antes de pasarle el teléfono a Hoyt.

—¿No está Crane con ella en ese vagón? —pregunta Hoyt.

McDiarmid ya estaba listo para responder esa pregunta.

—¿Quieres saber por qué no le dije que Crane es nuestro sospechoso número uno?

—Es una detective de la policía de Nueva York. Tal vez no sea todo lo que deseamos, pero ha recibido entrenamiento y está armada.

—Existen demasiados factores que no están bajo mi control —confiesa

McDiarmid—. Y eso me pone nervioso. Quién sabe, tal vez Crane pueda estar escuchando lo que yo digo. Hendricks podría revelarlo por error o creer que podría hablarle y convencerlo.

—Usted cree que él haría detonar la bomba.

—Por muy poco apego profesional que yo tenga con la policía de Nueva York, odiaría que uno de sus detectives resultase muerto porque yo le he proporcionado información en un momento vulnerable. —Suspira hondo y contiene la respiración un instante antes de hablar, como si estuviese armándose de valor para transmitir sabiduría—. De eso se trata presidir una operación como esta. Ya pronto lo vivirás en carne propia cuando estés en mis zapatos.

Hoyt no hace ningún gesto ante la mención de un ascenso, y McDiarmid se sorprende con el grado de control que demuestra. Tal vez sea el estrés de estar a cargo de esta operación lo que le crea dudas, pero McDiarmid presiente que ha estado subestimando a Hoyt.

—Para ser sincero, entiendo que dejar a la detective Hendricks a ciegas en ese lugar no me termina de convencer, pero sé que es la decisión correcta —sigue McDiarmid—. Si logramos meter ese tren en la estación, Hendricks tendrá una unidad táctica completa cubriéndole las espaldas. Crane nos quiere allí. Para negociar. Para presumir. —Extiende la mano izquierda con la palma hacia arriba y la golpea con el canto de la mano derecha—. No vamos a darle la oportunidad.

No ha sido su mejor actuación y lo sabe. El equipo de interrogatorios lo reprendería por haber usado la frase "para ser sincero", como si no fuera el equivalente de colgarse del cuello un enorme cartel de neón que dice "te estoy mintiendo".

Aun así, nunca se es demasiado cauteloso.

—¿Puedo contar contigo para ser mis ojos sobre el terreno? —le pregunta.

—¿Señor? —se sorprende Hoyt.

—Te quiero ahí abajo. Junto con el equipo de Tácticas. Contacta con Hendricks y asegúrate de que salga de allí.

La expresión de Hoyt cambia; algo ilegible asoma tras esa fachada estoica. Es escéptico, McDiarmid puede verlo con claridad meridiana, pero sabe lo suficiente como para no protestar. Ya está subido al carro de McDiarmid, para bien o para mal.

—Avisaré a los de Tácticas. Tendrán un equipo en reserva.

McDiarmid finge interés por las actualizaciones en su tableta para evitar tener que cruzar miradas con Hoyt. Se siente incómodo, expuesto, pero está aliviado porque sabe que esa sensación no durará mucho más. Cualquier sospecha que Hoyt pueda albergar sobre las motivaciones de McDiarmid pasará a un segundo plano frente al problema más inmediato de que los tímpanos se le hundan quince centímetros dentro de la cabeza cuando esa bomba explote.

Toca a Cheryl en la rodilla con la táblet, y ella da un respingo.

—Llama a la oficina del alcalde.

—¿Y qué les digo?

El éxito está tan cerca ahora que McDiarmid siente que podría estirar la mano y sostenerlo. Como si arrancara fruta de una vid.

—Diles que programen una conferencia de prensa.

CAPÍTULO 35

125th Street Lo más difícil de justificar es una corazonada. O es porque la sientes en las entrañas o porque tienes pruebas irrefutables, aunque hay muy pocas diferencias entre ambas. Tras recorrer el tren de punta a punta, Kelly siente que debe existir un punto intermedio, una instancia en la que nada es definitivo, pero cuando aparece algún indicio apunta en esa dirección.

No tiene forma de probarlo, pero está convencida de que no solo no hay ninguna bomba en el tren, sino que tampoco están dirigiéndose a la 181.

Durante el recorrido por los vagones del tren, estuvo todo el tiempo con los nervios a flor de piel y concentrada en dar con el terrorista mientras pensaba en qué sucedería si la veían y activaban el detonador en ese instante.

De regreso, empezó a sentirse más relajada. Siguió observando, siguió pensando, pero no se sobresaltó cada vez que alguien le hablaba o levantaba su móvil para hacer un selfi.

Kelly recuerda a la pareja inglesa que se dio cuenta, por sentido común, de que su explicación era una sarta de mentiras. Cuando ocurre, es como una de esas ilusiones ópticas que, una vez que ves el truco, ya no puedes dejar de verlo.

La razón por la que se relajó de regreso fue porque no logró identificar a nadie que pudiera ser el terrorista. Mucho antes de que Ben le metiera en la cabeza la idea de que la bomba no estaba en el tren, su instinto le decía que la amenaza era puro humo. Mucho antes de que McDiarmid descartara la posibilidad de que la 181 fuera a volar en pedazos, ella ya sabía que nunca llegarían a avanzar tan lejos en el recorrido.

Si hay una bomba —que no la hay—, entonces todo lo que el terrorista ha hecho hasta ahora ha sido contraproducente. No hay ninguna exigencia más allá de mover el tren hasta la 181; ha renunciado al poder de negociación que

supone estar bajo una de las zonas más caras de la ciudad para ir a un lugar que a nadie en el municipio le importa una mierda; y cualquier vía de escape que pudiera haber tenido en la mente queda descartada si se tiene en cuenta que el destino es una estación de las más profundas del recorrido que bien podría ser una tumba.

La palabra "tumba" resuena en la cabeza de Kelly. Tiene una corazonada (esta vez, de las de verdad, un presentimiento que le viene de las entrañas) que le dice que, sea lo que sea que el terrorista esté planeando, no incluye salir de allí con vida.

La voz de McDiarmid sonó fría por la radio, como si ya tuviera el desenlace perfectamente resuelto. Están esperando en la 181 a que el tren entre en la estación y, si Kelly sigue su instinto respecto del resultado más probable, el plan es dispararle a Ben y darlo por una victoria limpia. Y si ella decide cambiarles ese plan, necesita algo más que su instinto para respaldarlo.

Tener pruebas sería un buen comienzo. Mira a Ben, quien la observa como una presa que descubre a su depredador al acecho entre la maleza: los ojos fijos en ella, completamente inmóvil, pero tenso, listo para huir al menor movimiento.

Es un tipo de contextura mediana, pero Kelly sabe que no hay que confiar mucho en eso. La única vez que perdió los nervios, se había movido mucho más rápido de lo que ella esperaba, y está convencida de que también es más fuerte de lo que aparenta. Ha visto a adictos esqueléticos envueltos en una fina capa de piel tumbar a tipos con el equipo táctico completo. Nunca hay que calcular el problema que puede causar un sospechoso por el tamaño de su cuerpo. En la academia, les recuerdan a todos los reclutas que un chimpancé de apenas un metro veinte puede dominar y matar con facilidad a un humano si se le da la oportunidad.

Podría tener un gesto de buena voluntad, intentar crear un vínculo de confianza mutua, pero Kelly tiene la sensación de que no funcionaría. Ben fue criado por un asesino en serie y probablemente haya pasado los últimos quince años de su vida tumbado en el diván de algún terapeuta. Es más, puede contar con los dedos de una mano las veces en que una conversación con un adulto no acabó girando en torno a su padre. Dejó de estar a la defensiva cuando Kelly admitió que no tenía ni idea de quién era el asesino de Tuxedo Park.

"Así que haz que todo gire en torno a él. Ponlo a trabajar el problema

contigo. Si suelta algo sobre su padre, por muy capcioso que sea, ignóralo con cara de póker. A la mierda".

—Quiero que le eches un vistazo a la lista de pasajeros.

Ben se sobresalta y luego se pasa una mano por la cara, como si acabase de despertarse. Está pálido y tiembla, pero se contiene lo suficiente como para llegar a responderle.

—Sí, claro. ¿Qué tengo que buscar?

—Alguien te ha estado siguiendo. Puede que no lo hayas notado, pero no hay manera de que nadie supiera en qué tren ibas a subirte hoy sin saber de antemano todos tus movimientos.

Ben pestañea dos veces.

—¿Crees que podría haberlos visto?

—Es una posibilidad en un millón, pero quién sabe… Tal vez no puedas verlo hasta que sepas qué estás buscando. —Desbloquea el teléfono que le dieron los de Seguridad Nacional—. Haré que nos manden la lista.

Pasa un tiempo largo antes de que respondan, y es Hoyt quien coge la llamada.

—¿Qué ocurre? —pregunta. Se oyen muchas voces de fondo. Antes le había parecido que estaban dentro de un coche, así que ya deben haber llegado a la 181.

—Necesito tener acceso a la lista de pasajeros —solicita Kelly—. Fotos incluidas.

—McDiarmid ya le ha dicho que tenemos un equipo entero trabajando con esa lista. —Hoyt gruñe, y Kelly lo oye cerrar una cremallera y el chasquido del velcro. Sospecha que ambos sonidos son deliberadamente fuertes y hechos a propósito para que ella los escuche: quiere que ella se dé cuenta de que se está equipando y no quiere decirlo por una línea abierta—. Y usted no está autorizada.

—Yo recopilé esos datos para ustedes.

—Y cuenta con el agradecimiento de toda una nación.

Kelly intenta restarle importancia, pero percibe la tensión en su voz. Están poniendo a Hoyt contra las cuerdas y, aunque tenía el porte típico de jugador de fútbol americano acostumbrado a pasar mucho tiempo con chaleco antibalas, Kelly llegó a deducir, guiada por el hecho de que siempre iba un paso detrás de McDiarmid, que el tipo estaba aspirando a ascender en jerarquía.

Al parecer, no.

Aunque nunca vayan a enviarse tarjetas navideñas en diciembre, a Kelly no le gusta pensar que el mismo tipo que atrapó esa camilla cuando se estaba cayendo en la parte trasera del tren puede salir perjudicado por una información errónea.

—Ya que estamos comprobándolo todo, ¿se han contactado con la Autoridad Metropolitana de Transporte para preguntarles por la 181?

—Solo han dejado un ascensor funcionando, ¿se refiere a algo más?

—Esas cosas son un dolor de cabeza, lo sé, pero me imagino que no es lo único que lo tiene ahora a usted de tan mal humor —le corta Kelly.

Hoyt emite un sonido, un "ajá" grave y gutural para indicar que capta la idea.

—Tienen un problema de agua ahí abajo. Todos andan con botas de goma.

Kelly leyó una vez que, en un día seco, la Autoridad Metropolitana de Transporte bombea algo más de cincuenta millones de litros de agua fuera del sistema. Teniendo en cuenta que el Hudson corre prácticamente por encima de los túneles, no le resulta nada raro.

—Ya veo.

—Por eso están probando extintores de polvo. Quitaron todos los rociadores y los reemplazaron. Si algo sale mal ahí abajo, habrá más nieve artificial que en el parque temático de Dollywood en Navidad.

—¿Como los de la Segunda Avenida?

El vídeo de formación circuló por toda la comisaría. Ese polvo está diseñado para sofocar el fuego al instante sin asfixiar a quienes estén cerca. Sin embargo, lo que provoca en la práctica es un caos monumental donde uno no se ve ni su propia mano, y hay un castigo adicional para el que se olvide de llevar su inhalador.

—Exactamente, esos mismos —responde Hoyt.

Después de más de diez años trabajando en casos de este tipo, viendo montones de datos e intentando encontrar el hilo conductor, la pregunta comienza a tomar forma mientras su cerebro sigue ordenando las piezas.

—¿Creen que podría activarlos en cuanto el tren entre en la estación? —Hoyt no emite sonido—. Sería caótico. Y no le costaría mucho hacerlo.

—Se trata de una muy buena observación —asiente Hoyt—. Hablaré con el equipo de mantenimiento por otra vía y les pediré que les corten la corriente por si acaso.

—Tenga mucho cuidado, Hoyt. —Sabe que McDiarmid no le pedirá al grupo de operaciones especiales que se detenga, al menos no porque ella se lo

esté pidiendo. Lo mejor que puede hacer ahora es asegurarse de que Hoyt sepa que ella está de su lado—. Haré todo lo posible desde aquí para ayudar.

—Gracias. Le conseguiré esa lista en cuanto pueda.

—Gracias.

—Pero no se haga ilusiones.

Hoyt cuelga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ben.

—No creo que nos envíen la lista. Seguridad Nacional no tiene muchas ganas de compartir.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Háblame sobre tu trabajo. —Hay algo sobre los rociadores que le ha dado que pensar. No existen las coincidencias. No en su experiencia—. ¿Cómo te contrataron?

—Me reclutaron. Conocí al tipo en una feria laboral. Rellené un formulario. Una semana después, me llamaron para una entrevista.

—¿Conseguiste una entrevista de trabajo en una feria? ¿Qué le dijiste?

Ben comienza a parpadear más rápido, como si estuviese intentando por todos los medios recordar algo que su cerebro no se molestó en almacenar en la memoria a largo plazo. Kelly había asistido a una de esas ferias, justo cuando acababa de salir de la academia y buscaba unirse a algún equipo. Nada de eso había valido la pena.

—Nada especial —dice él.

—¿Así que conoces a un tipo en una feria laboral y te ofrece trabajo en el acto, y a ti ni se te cruza por la cabeza preguntarte por qué te eligió?

Ben se encoge de hombros.

—Pensé que era porque les resultaba barato. Cualquiera con diez años de experiencia pediría siete cifras o más.

Kelly lo mira fijamente.

—¿Siete?

—Te pasas el noventa y nueve por ciento de tus horas laborales haciendo hojas de cálculo o mirando las de otros —explica Ben—. La gente no se queda porque le guste su trabajo.

Kelly lo ve claro. Ben encajaba a la perfección. El sueldo era casi irrelevante, y lo que él buscaba era un trabajo de oficina común y corriente, ser uno más de los cientos de contables anónimos que llevan el mismo traje y corte de pelo.

Nadie se tomaría la molestia de mirarlo dos veces y mucho menos de ver quién había sido antes.

La oferta de un nuevo comienzo fue el cebo perfecto, y él la había aceptado sin dudar.

Hoyt no puede darle la lista de pasajeros. McDiarmid tampoco. Seguridad Nacional tiene la vista puesta en el desenlace de la 181, pero ella sabe que debe intentarlo. Le envía un mensaje a Hoyt para pedirle que investigue la empresa de la que despidieron a Ben. Tal vez el terrorista trabaje allí.

Ben emite un sonido que, de ser otras las circunstancias, sonaría a risa.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—Dijiste que quien sea que me haya puesto en este tren debe haber estado siguiéndome. Pero fue pura suerte que yo llegara a tiempo. Primero, ese tipo en las escaleras, y luego el tren no se movió durante, no sé, treinta segundos. —Echa la cabeza hacia atrás—. Creí que lo había perdido.

Kelly siente un vértigo repentino cuando se da cuenta. Claro que el terrorista no está entre los pasajeros. No hay manera de que pudiera enviar todos esos mensajes y arriesgarse a que lo vieran. Tendría que estar seguro de que nadie iría a interferir o a distraerlo y, lo más importante de todo, tendría que saber con certeza que Ben estaría en el tren.

Hay un solo lugar desde donde esto podría suceder, desde donde podrían permanecer a salvo y controlando toda la situación. El único lugar al que Kelly no había ido, porque el maquinista había cerrado la puerta y no le había permitido entrar.

—Sé dónde está el terrorista —dice Kelly de repente.

La parte trasera del tren da un salto al atravesar traqueteando por la 137, y Kelly ve cómo el andén pasa mucho más rápido que en cualquiera de las estaciones anteriores. No se había dado cuenta hasta ahora, pero el tren ha ido aumentando la velocidad lentamente.

Quedan tres estaciones antes de la 181.

Hace a Ben a un lado, toma la radio y presiona el botón que le permite comunicarse con la cabina del maquinista.

—Soy la detective Kelly Hendricks.

—Hola, detective. —No es la voz del maquinista. Es la voz de una mujer. Desde el rabillo del ojo, nota que Ben la observa y se pone pálido.

—¿Quién habla?

—Adam sabe quién soy yo.

Ben está temblando; los ojos muy abiertos.
—Es Emily Walker —dice finalmente—. Está viva.

CAPÍTULO 36

Quince años antes No ha habido un solo momento desde que se despertó en esa jaula en el que Emily no haya pensado en escapar. Lo ha pensado, y muy en el fondo, sabe que su sueño de escapar está condenado al fracaso.

Al menos, hasta ahora.

No sabía que John tenía un hijo. Sabía que estaba casado, o que al menos eso finge, según el anillo de bodas que lleva, pero hasta el instante en que hizo pasar al niño por la puerta y lo metió en el calabozo en el que la ha tenido prisionera todo ese tiempo, jamás había considerado que pudiera tener un hijo. Los monstruos no tienen hijos, o eso creía. Pensaba que no serían capaces de algo así.

A estas alturas, debería saber que no hay que subestimar lo que John puede ser capaz de hacer.

Emily lleva casi tres semanas en esa jaula. No necesita llevar la cuenta en un calendario para recordarlo. John se asegura de que no lo olvide.

Cada vez que baja para darle de comer y para cambiarle la cubeta donde hace sus necesidades, le dice qué fecha es y cuántos días han pasado desde que la secuestró. Es una de las pocas cosas que dice, y Emily sabe que solo lo hace para provocarla. El primer día en la jaula intentó descolocarlo diciéndole que sus padres sabían dónde estaba, que la seguían a todas partes y que la policía estaría en camino enseguida.

En ese momento, casi se lo creyó ella misma. Su madre siempre sabía dónde estaba, aunque ella cambiara de planes todo el tiempo o se escapara de casa a hurtadillas. Era casi sobrenatural la rapidez con la que su madre podía localizarla y enviar a su padre en su puto Volvo, del que tanto presumía, para avergonzarla y obligarla a volver.

Después de tres semanas, se dio cuenta de que no era que su madre tuviera un poder sobrenatural. Todas las madres conocen a las otras, y algunas sienten

que es su deber vigilar a los hijos de todo el mundo en todo momento. Antes las habría llamado cotillas, o algo peor, pero dadas las circunstancias, ahora debe admitir a regañadientes que quizá no era tan mala idea.

Emily sabe que el niño es su hijo. Para empezar, se parece muchísimo a él. Tiene el rostro más delgado, y el pelo más oscuro parece que le durará más tiempo del que le duró al padre, pero el parecido familiar es innegable.

La otra razón por la que sabe que es su hijo tiene que ver con que John todavía no lo ha matado.

Cuando llevó a la primera chica, tres días después de secuestrarla, Emily creyó que también la metería en la jaula. Sintió una oleada de emoción al pensarlo y, durante el instante en el que sus miradas se cruzaron antes de que él la arrastrara por un pasillo, imaginó que de algún modo se aliarían y podrían reducirlo entre las dos.

Luego oyó sus gruñidos, el esfuerzo que debía hacer para manejar la sierra mientras la chica intentaba zafarse, los gritos ahogados y, por último, el rugido de los quemadores cuando se encendió el horno y la quemó viva.

Emily recuerda los sonidos que hizo el cuerpo cuando se prendía fuego. No quiere recordarlos, pero son imposibles de olvidar.

Cinco días después, llevó a la segunda chica. Y cuando lo hizo, Emily le rogó que la dejara ir, lo amenazó con todas las torturas del infierno y los castigos que se le venían a la cabeza y le dijo que, fuese lo que fuese lo que estaba haciendo, no tenía que hacerlo.

A modo de respuesta, él empujó la jaula de esta otra chica por el túnel hasta el horno. Las soldaduras chirriaban con el arrastre, la grava rodaba y chirriaba mientras ella forcejeaba y luchaba para que sus pies y manos no quedaran atrapados bajo algún barrote.

Obligó a Emily a verlo todo: cómo la chica pateaba las paredes de acero mientras él intentaba meterla con los pies primero dentro del horno, cómo la inmovilizó con una rodilla para que dejara de mover la pierna que luego le serraría y el chirrido del alambre al seccionar el hueso.

También presenció cómo, incluso con la pierna ya amputada, la chica siguió oponiendo resistencia. Tuvo que ir despegándole los dedos de los barrotes uno por uno porque se había aferrado con tanta fuerza que llegó a sangrar. Emily apartó la mirada cuando él pulsó el botón; la chica gritaba "No, no, no" a través de la mordaza y, ya llegando al final, "Mamá, mamá", justo antes de que las llamas la devoraran. Y el humo, que una vez había sido ella, se desparramara

por la habitación y llenara el espacio, mientras cubría de la cabeza a los pies a Emily, asfixiándola dentro de su propia jaula.

Cuando trajo a la tercera chica, más de una semana después, Emily no dijo nada. Ni siquiera levantó la vista para mirar, aunque John se aseguró de darle una patada a la jaula y agitarla mientras pasaba arrastrando a la chica frente a ella. Al final, le quitó la mordaza y la dejó gritar hasta que se quedó sin voz mientras la empujaba dentro, para que Emily no se perdiera ni un solo segundo.

Fue casi un alivio cuando se encendieron los quemadores y el fuego la silenció.

Emily solo podía pensar en que al menos no había sido ella.

Pero quedó en el aire una pregunta: si no iba a quemarla como a las demás, ¿para qué la había metido en esa jaula?

La aparición de su hijo responde esa pregunta.

Es difícil ver qué está sucediendo —ella sabe que no debe dejar que John la descubra mirando, porque luego se lo hará pagar—, pero por el hueco entre sus brazos puede verlo hablar con el niño. No hay forma de confundir la hoja del cuchillo, que resplandece en medio de tanta oscuridad. Para eso la quiere. Por eso le ha estado escatimando la comida y la ha mantenido despierta los últimos días.

Quiere estrechar lazos con su hijo.

Emily observa al niño cuando se le acerca, y mantiene la cabeza gacha. Finge no haber visto el cuchillo. Finge no saber qué es lo que John quiere que haga el niño. Debe ocultar su furia y su fuerza hasta el último segundo posible. Será el final si la ataca ahora, cuando aún está en la jaula, pero sabe que eso no sería lo que John desea ver.

Ha ignorado todo lo que los hombres le han dicho o han opinado de ella desde que tenía siete años. John quiere que su hijo entre en la jaula con ella, que se haga hombre y que lo enorgullezca. Y si usa el cuchillo para lograrlo no cambia las cosas en el fondo.

El niño ha llegado hasta donde cuelga el candado, y Emily ve cómo se mece el cuchillo mientras él forcejea con la puerta sin saber muy bien qué hacer: intenta eliminar el óxido, mueve la llave de un lado al otro. Y ella está a punto de sucumbir a la tentación, de estirar la mano y arrebatárselo, pero ese cuchillo sería prácticamente inútil si ese candado no cede y no se descorre el cerrojo para que ella pueda salir.

El niño intenta abrir el cerrojo, lo deja fijo, y suelta un gruñido cuando hace fuerza para abrir la puerta. Siempre que John la dejaba sola en la oscuridad, ella pateaba y se arqueaba, intentando hundir la jaula lo más posible en la grava, solo para que él tuviera que esforzarse para abrirla. Cuando la puerta cede, el niño tiene que apoyarse con todo su peso, abriendo camino entre piedras y tierra, y Emily espera que, al volver a cerrarla, él tenga que hacer el mismo esfuerzo.

El niño está agazapado junto a la puerta de la jaula, pero no se acerca ni un centímetro más. Ella sabe exactamente lo que hará cuando él entre. Se pondrá boca arriba y lo pateará en la cara aprovechando la fuerza que aún tiene en las piernas y la dureza de los barrotes de acero para reducirlo y dejarlo sin sentido; y una vez que lo haya derribado, cogerá ese cuchillo y le mostrará a John lo que le sucederá a su hijo si no la deja ir.

El único problema es que el niño no se mueve. Emily levanta la cabeza para mirar al frente y, al instante, entiende el motivo de la demora: tiene miedo. Cualquier parecido que tenga con su padre se ha esfumado, y lo único que Emily ve es la misma mirada de horror que vio en las chicas cuando eran llevadas al horno, el mismo horror que probablemente ellas vieron en Emily al mirarla.

Habría sentido lástima por él en el pasado, pero ahora ese lujo ha quedado bien atrás en el tiempo. Si John se sale con la suya, será ella la que acabe dentro de aquel horno, sin brazos ni piernas que la ayuden, y ninguna compasión por un niñito lo impedirá.

Emily se endereza y lo fulmina con la mirada, esforzándose por abrir mucho los ojos para que resulten grandes y alarmantes. Al ver que él no reacciona, ella avanza con pequeños pasos y se acerca a la puerta de la jaula.

Él sostiene el cuchillo en la mano derecha, pero mantiene los brazos demasiado abiertos, casi tanto como el ancho de la puerta. Si él atacase ahora, lo único que conseguiría sería golpear los barrotes. Darse cuenta de eso le da a Emily el valor suficiente para fingir un ataque: un solo y rápido movimiento brusco de cabeza para medir su reacción.

Cuando ella se mueve, él brinca hacia atrás, lo bastante lejos como para que Emily pueda aferrarse a los barrotes. Entonces, una súbita oleada de fuerza la inunda mientras estira los brazos, y la sangre vuelve a circular libremente por ellos. Puede salir de la jaula.

Emily tiene hambre. Ha pasado demasiado tiempo desde que comió por

última vez, y el estómago se le contrae con espasmos cuando se pone de pie, tenso por la falta de alimento. Le duelen las articulaciones, un dolor agudo y punzante que se intensifica cuando estira las piernas y extiende los brazos. Tiene la boca tan seca que la lengua se le ha hinchado, y cuando sonríe para asustar al niño todavía más de lo que ya está, se le abre el labio superior y se le inundan los dientes con sangre.

El niño apunta con el cuchillo, pero mantiene la distancia. Da la impresión de que echará raíces antes de atreverse a dar un paso.

Emily necesita el cuchillo y necesita al niño. Necesita ambas cosas para poder escapar de las garras de John.

Se gira lo suficiente para alargar la mano y arrancar el candado del cerrojo. Le pesa en la mano, es un peso sólido; y la parte curva del candado le cuelga sobre los nudillos; el extremo dentado le recuerda a un anzuelo. Se imagina hundiéndolo con un golpe seco en la carne detrás de la clavícula de John y jalando con fuerza hacia abajo para clavárselo hasta el fondo.

Lo quiere ver sangrar, pero su hijo servirá si no hay opción.

—Vamos —dice ella. La voz sale ronca, pero quiere que él la escuche así. Quiere que sepa que está lista para luchar. Lista para matarlos a él y a su padre —. ¡Vamos!

Emily se cansa de esperar, de verlo allí plantado y le lanza un golpe. Es torpe: el peso del candado y el dolor en el brazo le hacen desviar la puntería, pero de algún modo logra acertarle. No es un golpe limpio, pero le alcanza de refilón la mandíbula. Siente tal emoción ante el impacto que casi olvida el cuchillo, y es solo por pura suerte que la punta le roza el brazo cuando el niño se defiende entre tanto zarandeo. Cuando Emily trata de quitarle el cuchillo, el filo le toca el brazo. Es solo un segundo, pero lo suficiente para abrirle una herida. El corte llega hasta el músculo.

Desde algún rincón de la habitación, John se ríe.

Esto es un juego para él. Dejará que su propio hijo se haga pis encima del miedo antes de cortarla en pedacitos, como si fuera un maldito deporte.

Emily es más fuerte, y sería más rápida también si no le doliera tanto moverse en estos momentos. Dos de los dedos de la mano derecha se le han entumecido por el corte. Puede sentir el calor de la sangre que chorrea por el antebrazo y oye el sonido de las gotas al caer en el suelo. Ella es más grande y fuerte, pero nada de eso importa. El cuchillo está tan afilado que lo único que el niño necesita es un buen corte, y ese será el final.

Pero Emily necesita hacer algo más, necesita atraparlo con la guardia baja.

—Ey —lo llama—. Quiero contarte algo. —Casi no tiene voz, pero la sangre en la boca ayuda a que pueda mover la lengua—. No soy la única que tu padre ha traído aquí.

Los ojos del niño están muy abiertos en medio de la oscuridad. Él mira a su padre, sin saber bien qué hacer. La voz de John resuena dura y autoritaria.

—No le hablamos a nuestra carne, hijo.

—Quemó a todas las demás —sigue Emily, ignorando la voz—. Lo gracioso es que, antes de matarlas, las vestía como niños pequeños. —Le sonríe con malicia—. Camisa y pantalones, tal como estás tú vestido ahora.

Suena la voz de John otra vez.

—¡No la escuches!

Emily lo ignora.

—Les decía "hijo" antes de matarlas.

Esa mentira es la gota que colma el vaso, incluso antes de terminar de pronunciarla. Es como si de repente el niño hubiese olvidado que ella está allí delante de él: la mano que tiene el cuchillo cae a un lado y se vuelve hacia su padre, para comprobar si ella está diciendo la verdad.

Emily no espera a que lo discutan. Se abalanza sobre el niño e intenta alcanzar el cuchillo. Baja la cabeza y lo embiste de lleno, haciéndolo caer de bruces. El cuchillo sale volando de su mano, y ella intenta no sujetarlo de la hoja, con más suerte que habilidad. Una vez que lo empuña bien, se vuelve hacia John para mostrarle lo afilado que está.

Al oírlo cargar la pistola, Emily se detiene en seco.

—Ha sido una muy buena pelea —dice él finalmente—. Creo que te había subestimado.

Emily no dice nada. Se olvidó de sujetar al niño. Simplemente, lo apartó de un empujón, fue directa al arma blanca y quedó completamente expuesta. Su única arma de negociación, perdida. Y ahora va a acabar en el horno, igual que las demás. No le sirve de consuelo saber que él tendrá que pegarle un tiro antes de conseguirlo. Le escupe. El escupitajo de sangre cae muy lejos del blanco, pero la intención es clara.

—Qué carácter —dice John—. Qué pena desperdiciarlo.

Apunta y aprieta el gatillo.

Emily no creció rodeada de armas, pero ha oído hablar lo suficiente de ellas como para saber que a veces la bala llega a atravesar un cuerpo: entra por un

lado y sale por el otro. Sea cual sea la munición que John carga en su pistola, no es de ese tipo. En la fracción de segundo que tarda en apretar el gatillo, su hijo termina de forcejear en el suelo, agitando los brazos y las piernas para intentar incorporarse, y se endereza justo entre Emily y el cañón del arma de su padre. La bala que entra en el pecho del muchacho no sale por el otro lado; no hace nada excepto hacer que dé un respingo, como si el estruendo lo hubiera asustado.

Emily no se queda para verlo caer. Echa a correr, no hacia John ni hacia la puerta ni hacia la certeza de otro disparo, sino por el pasillo, en dirección al horno. Corre encorvada, intentando hacerse más pequeña, con el cuchillo todavía apretado en la mano.

CAPÍTULO 37

145th Street La voz que sale de la radio es cálida y serena. Es el tipo de voz que contratan normalmente para grabar las advertencias de inundaciones y tormentas. Una voz que te hace sentir que estás en buenas manos. Emily Walker tiene la voz de alguien que no parece tener una sola preocupación en la vida, porque todo sale tal y como ella quiere.

—He estado pensando en tu papel en todo esto durante los últimos treinta minutos, detective. ¿Adam ya te ha hablado de mí?

—Me contó lo que pasó —responde Kelly—. Dijo que tú estabas muerta.

—Casi. Detective, no deberías meterte en esto.

—Sí, me temo que no me queda opción —contesta Kelly, y luego mira a Ben para ver cómo se encuentra, pero está acurrucado, hecho un ovillo a su lado, lo que confirma que no se siente nada bien—. Está todo esto de los asesinatos, Emily… Resulta que va contra la ley.

—El Departamento de Policía de Nueva York mata gente todo el tiempo.

"Dios santo, un puto respiro te pido". Kelly mira al techo. Se sabe que la confianza del público en la policía está por los suelos cuando hasta los psicópatas te dan lecciones sobre el tema. Acciona el micrófono.

—Entonces, ¿qué mejor manera de dejar al descubierto nuestra hipocresía que hacer lo correcto y entregarte antes de que alguien más salga herido?

Emily intenta reírse, pero la risa se le convierte en un ataque de tos que solo cesa cuando deja de transmitir.

Kelly aprovecha la pausa.

—No tienes que hacer esto. Esto no es venganza.

Emily acciona el micrófono, pero no habla. Kelly puede oír su respiración entrecortada, como si recuperarse del ataque de tos le estuviese costando un esfuerzo enorme.

—Esto no se trata de venganza —dice Emily por fin—. No lo es. Si quisiera justicia, si es que existe algo parecido a la justicia, la habría conseguido hace ya mucho tiempo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—No se trata de querer nada. Me hice una promesa. —Se detiene para corregirse—. Les hice una promesa a ellas. Ahora solo me queda cumplirla hasta el final.

El tren traquetea al pasar por la 145. Ahora sí va a toda marcha. Una parada más hasta llegar a donde está Seguridad Nacional, y los disparos que ellos decidan que bastarán para acabar con todo esto.

Lo único que puede hacer Kelly ahora es mantenerla hablando, con la esperanza de lograr algún tipo de avance.

—Debe haberte llevado mucho tiempo montar todo esto.

—No me creerías si te lo dijera.

—Sabías lo del juicio, y lo que pasó con tus padres.

—Me enteré, sí. Sabía que algo malo había sucedido, pero tardé años en conseguir los detalles.

—¿Nunca intentaste contactar a tu madre y tu padre?

No hay respuesta durante un buen rato, y Kelly cree que la ha perdido.

—Llamé a casa una vez. Respondió mi padre. Entonces todavía no sabía que mi madre había muerto.

Toda la seguridad ha desaparecido de su voz, y Kelly deja que el silencio pese un segundo antes de volver a presionarla.

Tal vez por aquí es por donde hay que seguir.

—¿Qué pasó entonces?

—Le dije que quería volver a casa. Me mandó a la mierda y me pidió que no volviera a llamarlo nunca más.

—¿Lo mataste porque él creyó que se trataba de una broma?

—Ni siquiera me dio una oportunidad. —Emily pronuncia cada palabra con odio, como si las estuviese clavando en la mismísima radio a martillazos—. Y luego, cuando finalmente fui a verlo, lo que quería era despedirme. Pensé que, aunque nos habíamos odiado tanto en su momento, él merecía saber la verdad. —Emily guarda silencio, pero Kelly puede oír su respiración—. Ni siquiera se alegró de verme. Me culpó de todo. Dijo que si yo no hubiera sido una mierda de persona, no me habría metido en líos. Y que mamá nunca se habría

suicidado. ¡Como si yo hubiera tenido, maldita sea, alguna opción en este asunto!

—Y entonces lo mataste.

—Se lo merecía.

Emily vuelve a toser. Es una tos violenta, ronca. Tan solo oírla resulta doloroso.

La está perdiendo. Si se ha abierto alguna herida sobre su padre, Kelly puede sentir cómo se cierra rápidamente.

—Eso tiene que haber sido muy duro… Pero matar no es la respuesta.

—Es la única que encontré que funciona —dice Emily. Suelta un soplido, y se oye un ruido amortiguado, como si el micrófono hubiese rozado la ropa. Se debe de estar limpiando la cara con la manga, supone Kelly—. ¿Y él sigue allí contigo? Dime, ¿lo notas asustado?

Kelly mira a Ben. Él no levanta la vista. No reacciona.

—Está aquí. A decir verdad, no creo que haya dejado de estar asustado ni un segundo desde que lo encontré.

—Lo recuerdo bien. Recuerdo su cara acercándose a mí en la oscuridad. Yo sabía que él me tenía miedo, pero a su padre le tenía más miedo. —Baja el tono de voz—. Me habría arrancado el corazón si yo se lo hubiese permitido.

Kelly aleja la radio y se presiona los nudillos contra los labios para evitar reaccionar. Aprieta con fuerza; la sensación no le desagrada porque la distrae de pensar en aquel niño acercándose en la oscuridad con un cuchillo afilado.

—No hagas esto. Solo deja que el tren llegue a la 181 y entrégate. Lárgate de aquí. Métete entre los pasajeros y vete. Habla con alguien. Busca ayuda.

—¿Hablar con alguien que escuche todos los problemas que tengo? —pregunta Emily—. Imagina cómo terminaría eso en el instante en que se enterasen de lo que sucedió conmigo. Me dirían que todo está bien, que lo comprenden, pero en el fondo estarían planeando el libro que escribirían sobre mí.

—Eso suena a un problema que podrías resolver con un abogado.

—Tú no puedes entenderlo —escupe Emily—. Hice una promesa.

El tren llega a la 168. Pasa de largo por el andén mucho más rápido de lo que la normativa de la Autoridad Metropolitana de Transporte permitiría jamás. La presión del viento golpea los lados del tren con un estruendo profundo y hueco que hace que Kelly sienta ganas de gritar.

—Te propongo algo —dice Emily—. Pégale un tiro a Adam por mí, y yo

dejo ir a toda esta gente.

Kelly se queda mirando el micrófono, atónita, como si no pudiera creer lo que acaba de oír. No es que no esperara que la mujer hiciera una oferta imposible de aceptar, pero hay algo en todo esto que no le termina de cuadrar.

Es la forma en que lo dice y el momento en que elige decirlo. Eso es lo que enciende las alarmas de Kelly. Es como si pasar por Washington Heights hubiera sido una sorpresa, y esa sorpresa la hubiese obligado a mostrar todas sus cartas. Kelly nunca ha sido jugadora, pero sabe reconocer un movimiento táctico cuando lo ve: Emily está mintiendo.

Kelly activa el micrófono.

—No hay ninguna bomba en este tren, ¿verdad, Emily?

Hay una pausa antes de la respuesta.

—Yo solo quiero a Adam. Tenéis que retiraros.

La derrota en la voz de la mujer hace que todo encaje en la cabeza de Kelly. Puede que no tenga todas las pruebas, pero tiene suficientes. Ella no quiere que esto termine en un enfrentamiento ni poner a Ben en la mira de Seguridad Nacional. Tiene algo más planeado.

Un escalofrío le recorre el cuerpo al pensar en un descarrilamiento y en qué pasaría si el tren se saliera de las vías.

—Tampoco hay ninguna bomba en la 181 —dice Kelly.

Sabe que la Autoridad Metropolitana de Transporte puede oírlas. Que Seguridad Nacional puede oírlas. Incluso con el tren yendo tan rápido, hay sistemas de seguridad en la línea que impedirán que se estrelle si llega a la estación a esa velocidad. Si se dan prisa, quizá hasta puedan cortar la corriente ahora mismo.

—Así es. —La voz de Emily ahora se oye distante, como si no fuera ella quien sostiene la radio—. Pero no nos dirigimos a la 181. Eso nunca iba a suceder.

Y antes de que Kelly pueda responder, se enciende una luz roja en la cabina y se activan los frenos de emergencia. No hay demora entre el cambio de la luz roja y la desaceleración repentina. Kelly no tiene tiempo de sujetarse de nada, y la inercia la lanza hacia delante, estampándola con fuerza contra la puerta de la cabina; su hombro izquierdo y su caja torácica se llevan la peor parte del impacto. Ben, que seguía acurrucado cuando el tren dio el frenazo, rueda contra sus piernas como una bola de bolos; ella cae y aterriza sobre él con todas sus fuerzas. Lo deja sin aire.

El tren avanza unos treinta metros más, y el suelo de la cabina vibra cuando las ruedas se bloquean. El chirrido del metal no solo es ensordecedor, sino que hace sentir a Kelly como si cada hueso de su cuerpo estuviera siendo triturado hasta reducirse a polvo. Hay que reconocer el trabajo de los ingenieros que lo diseñaron: el tren no se desarma ni descarrila. Nada se rompe ni se suelta y, con un solo movimiento brusco que hace crujir los huesos, el tren 2-1-5 de South Ferry se detiene por completo.

CAPÍTULO 38

Quince años antes

No se oyeron disparos cuando Emily salió corriendo por el pasillo directa al horno, pero se mueve como si esperara que alguno fuera a alcanzarla en cualquier momento. Sus pies resbalan en la grava mientras avanza a trompicones en una dirección y luego en la otra, y cada vez que sus manos se encuentran con una pared de hormigón, se apoya con fuerza, intentando aliviar un poco sus piernas. Cuando estaba en la jaula, evitaba pasar mucho tiempo sentada en la misma posición, pero el hecho de no haber podido extender las piernas en todo ese tiempo hizo que ahora su cuerpo esté en *shock* al descubrir que estar de pie no era solo un recuerdo. Las pantorrillas le tiemblan por el esfuerzo de correr, y a cada paso, cada músculo de la pierna parece estar a punto de contraérsele en señal de protesta y de encogerse en un ovillo terco e inútil detrás de la rodilla.

No hay dolor, pero ella sabe que pronto lo sentirá. Lo presiente, peligroso, acechándola por dentro, como el sabor del trueno en el aire en un día despejado. Y sabe que su cuerpo ha dejado toda dolencia a un lado, pidiéndole que espere para más tarde. Ya se ocupará de ese dolor, si es que sobrevive.

Un golpe hueco resuena por el pasillo, y Emily grita como si le hubieran disparado, pero no es más que la puerta de acero al cerrarse. No le consuela oírlo. Podría ser un truco. Todavía siente el calor de la mirada de John clavada en su espalda; ve en su mente el arco oscilante de su puntería mientras intenta encontrarla en la oscuridad.

Avanza a ciegas, fijando la vista en una oscuridad tan profunda que sus ojos inventan formas para desafiarla. Aun así, sabe cuándo está cerca del horno. El olor a matadero, a sangre vieja y a carne quemada se eleva ante ella como un muro, y sus pasos vacilan cuando se hunde de lleno en aquella densidad.

No hay una salida trasera en el búnker. No hay una segunda escalera ni una escalera secreta. Solo está la puerta por la que John la metió allí. Atravesarla significa aceptar que una bala la alcanzará tarde o temprano.

Podría esperar. Podría agazaparse con la esperanza de que el hijo de John esté tan gravemente herido que no tenga tiempo de bajar y rematarla, pero ella sabe, en lo más profundo de su corazón, que sería un error confiar en que John hiciera algo humano. Si espera, volverá por ella, y aunque tenga el cuchillo y la posibilidad de sorprenderlo, sabe que la matará.

Solo queda una opción: meterse dentro del horno y trepar por la chimenea de la parte de atrás.

A tientas, en la oscuridad, corta una tira de su camisa y se la envuelve alrededor del antebrazo donde la alcanzó el cuchillo del hijo de John. No parece sangrar tanto mientras mantiene el brazo apretado contra las costillas, pero trepar por la chimenea será otra historia. Tiene que usar los dientes para hacer el nudo, y la oleada de dolor al tensar el vendaje la hace atragantarse.

El tirador de la puerta del horno es una gruesa barra metálica que se levanta y deja al descubierto la ancha boca horizontal. Emily hace fuerza, esperando que sea pesada, pero se abre fácilmente: el peso de la puerta queda contrarrestado por el ruido sordo de un contrapeso que se desplaza en el interior de las paredes.

El esmero con el que John debe de haber tratado la puerta se pierde cuando ella escala hacia el interior.

No lo ha limpiado. Lo primero que toca con la mano es una leve curva, y en el segundo que tarda en descifrar que se está apoyando en un hueso humano, este se quiebra bajo su peso. Siente su propia sangre salir de la herida nueva y se apresura a quitarse todas las astillas de hueso que le han quedado clavadas en la mano antes de seguir avanzando.

Aparta las cenizas y los escombros a los lados. Mientras lo hace, piensa si estarán las otras tres víctimas allí con ella o solo son los restos de la última. A medida que va avanzando, la aterra cada vez más la idea de dar con algún cráneo, lo que le recordaría que su propia vida aún pende de un hilo.

Al llegar a la parte trasera del horno, da con dos hileras de anillos de metal con púas, ¡los quemadores!, que cuelgan en un ángulo ligero. Se mecen sueltos en el riel del que cuelgan y son fáciles de apartar, pero una vez que los ha dejado atrás, golpea accidentalmente uno de ellos con los pies y se da cuenta de que las hileras ceden en una sola dirección y de que ha quedado atrapada.

El pánico que había estado conteniendo hasta ahora se desata, y comienza a patalear y a golpear los quemadores. Grita con tanta fuerza que las cenizas de

las otras víctimas se arremolinan dentro de los estrechos muros de metal, lo que le provoca un ataque de tos que le hace olvidar el pánico que la provocó.

Ahora solo debe meterse en la chimenea. Es lo único que puede hacer.

Los cortes en la mano hechos por las astillas del hueso le empiezan a doler. El vendaje improvisado que se puso alrededor del brazo le aprieta demasiado y todo, desde ese punto hasta el meñique, se le ha quedado entumecido. Pero no puede detenerse en este momento. Debe salir de allí. No pudo hacer nada para evitar que murieran las otras, no pudo impedir que John las matara, pero sí puede asegurarse de que no las olviden.

"Prometo que saldré de aquí". Cierra la mano en un puño y siente la sangre caliente en la palma, y eso la ata a su promesa. "Prometo que no desperdiciaré esta oportunidad".

En la parte trasera del horno, hay una curva de noventa grados que se eleva hacia lo que parece un espacio vacío. Emily se desplaza sobre su lado izquierdo y luego sobre su espalda, arrastrándose hasta que la cabeza choca con la pared del fondo, más o menos alineada con el centro del horno. Usando la nuca y las manos para sostener su propio peso, empieza a impulsarse hacia arriba hasta que el borde metálico cortante de esa curva la detiene y debe ir moviéndose, una fracción de centímetro cada vez, hasta lograr sentarse lentamente.

El esfuerzo es agotador. Cuando puede sentarse derecha y su peso ya no recae solo en sus brazos, el primer atisbo de derrota se le cuela en sus pensamientos. Cree que morirá aquí, que nada de esto importa ya y que lo único que ha logrado es encerrarse en su propio ataúd.

Algo toca su rostro, y ella se estremece antes de comprender que es aire fresco y que hay una corriente descendiendo desde la superficie. Es fría, tanto como para hacerla temblar de pies a cabeza, y ese solo movimiento es lo que la vuelve a poner en marcha, lo que le permite pasar las rodillas por ese laberinto de ángulos metálicos y espacios estrechos para arrastrar las piernas hacia arriba, palpando con las manos la abertura de la chimenea.

La abertura tiene forma de cono achatado: la parte trasera del horno se estrecha hasta convertirse en un orificio circular a través del cual Emily mete la mano y encuentra el borde de un tubo metálico que da paso a lo que parece ladrillo. Al ponerse de pie, se da cuenta de que el tubo es lo suficientemente ancho como para que quepa ella de pie y ni un milímetro más, y que para escalarlo deberá tomar una decisión ahora: brazos estirados por encima de la cabeza o brazos pegados al cuerpo a ambos lados de la cintura. Como no

tendrá espacio para hacer fuerza, incluso si pudiera aferrarse de algo, se decide por la segunda opción: con los brazos inmovilizados del hombro al codo, patalea y se agita hasta que el pie se engancha con el borde metálico; la puntera de goma de su calzado cede como la piel de una naranja mientras se impulsa y sale, emergiendo del horno y adentrándose en el mismísimo infierno.

No sabe cuánto tiempo ha pasado en la chimenea. No hay luz. Todo es silencio. El único olor es el toque acre del hollín que hace que le queme la garganta y la nariz al respirar. Tampoco tiene los huesos de las otras niñas para que le hagan compañía.

Lo único que tiene es la certeza de que, si inspira todo lo que puede y presiona con fuerza los codos hacia fuera, logrará elevar los pies unos quince centímetros, y que al espirar podrá empujarse una fracción más arriba por la chimenea. Una fracción más cerca de la superficie.

Todo lo que alguna vez fue Emily ha desaparecido. Cada sueño, cada enamoramiento, cada esperanza secreta. Ahora no es más que esos mismos quince centímetros de movimiento que existen entre una respiración profunda y la siguiente, repetidos una y otra vez, y la atracción del aire frío que la espera más arriba. El resto de ella puede esperar.

Un olor asciende desde abajo. Es tenue, pero en la oscuridad, sin nada más en lo que su mente pueda fijar la atención, incluso ese mínimo indicio basta para poner sus sentidos en alerta máxima.

Es gas.

No se oye ningún rugido proveniente del horno; tampoco hay humo ascendiendo por la chimenea.

John no está allí con la mano en el botón, esperando a ver qué sucede. Ha aflojado una válvula en algún lado, y es eso lo que ahora está llenando el búnker con gas. Él dijo que el fuego es la única purificación verdadera, que cualquier otra cosa es algo menos eficaz.

Ha fallado, y ahora intenta eliminar por completo el rastro de ese fracaso.

Eso no la hace entrar en pánico. Ni sentir miedo. La Emily que alguna vez fue sí habría sentido miedo, pero aquí y ahora lo único que puede sentir es una fría sensación de resolución. Una certeza absoluta de lo que debe hacer: trepar y salir de esta chimenea, y luego demostrarle a John exactamente cuánto le ha enseñado él sobre el poder purificador del fuego.

Mira hacia arriba en medio de la oscuridad e intenta no imaginarse cuánto falta para ver el cielo. Por el contrario, piensa en lo que ocupa su cuerpo en la

chimenea y en que, si el aire fresco de arriba no logra pasar más allá de ella para mezclarse con el gas de abajo, tal vez no haya suficiente oxígeno para que se encienda.

Es una esperanza muy pequeña, pero es todo lo que tiene.

En algún lugar a su izquierda, se siente un leve temblor. Una explosión distante.

Emily aprieta la mandíbula con fuerza e intenta apartarlo de su mente.

Una oleada de calor se arremolina desde abajo y siente cómo la vejiga se le afloja en un terror ciego al pensar en lo mucho que empeorará su situación antes de alcanzar la superficie.

Piensa en lo que le hará a John para que pague todo esto. Y a su hijo también.

Toma una bocanada profunda, clava con fuerza los codos contra el ladrillo de la chimenea y trepa.

CAPÍTULO 39

168th Street-181st Street A MEDIDA QUE KELLY RECUPERA el oído, distingue gritos procedentes de más adelante en el tren, alaridos de alarma y de dolor. Procura no imaginar la cantidad ni la gravedad de las heridas que Emily Walker acaba de provocar. Confía en que, como mínimo, los pasajeros del tren estuvieran sentados.

Se apoya en la silla para volver a ponerse en pie; las manos y los dedos se le cierran con torpeza, entumecidos, como si la hubieran drogado, y cuando consigue afirmarse sobre los pies, ve que Ben se ha zafado de debajo de ella y ya está erguido. Murmura algo para sí, una y otra vez, pero el pitido en sus oídos hace que necesite oírlo tres veces antes de captar lo que dice.

"Está viva".

—Me dijiste que la habías matado, Ben. ¿Qué es todo esto?

Intenta controlar el volumen de su voz, pero no es fácil cuando casi no puede oírse a sí misma, así que mantiene la pregunta firme y deliberada.

Ben está de rodillas, con la espalda derecha y los puños en el aire a la altura de los muslos. Respira con dificultad y se agita cuando lo hace. Luego, responde.

—Creí que había muerto. Mi padre diseñó una manera de destruir nuestro búnker por si el Gobierno venía alguna vez a buscarlo. Decía que la única forma de purificar realmente algo era con fuego. Había una válvula escondida detrás de un panel bajo llave que usaba para liberar el propano dentro del búnker. Cuando llegamos allí, me dijo… —Se queda callado, incapaz de evitar los sollozos.

—¿Creíste que el fuego la había matado?

—Creí… —Ben asiente, pero parece que no puede pronunciarlo. Al menos, no ahora—. Mi padre… me subió a la parte de atrás de su camioneta y me

dijo… que todo se había acabado. Que yo ya había tomado una decisión. Me dijo que yo continuaría con su trabajo cuando él ya no estuviera.

—¿Y luego qué?

Ben levanta la cabeza y la mira fijamente.

—Acabé en una cama de hospital. Me llevó hasta allí dando tumbos en la camioneta como si fuese un saco de herramientas que se le había olvidado asegurar. Me arrastró hasta las escaleras del hospital y se volvió a casa. Alguien del hospital llamó a la policía y llegaron allá lo más rápido que pudieron. Para cuando aparecieron en casa, él ya había apuñalado a mi madre cuatro veces y se había preparado un café para tomárselo mientras esperaba a que se terminase de morir.

—Joder —murmura Kelly, procurando que Ben no la oiga.

Piensa en la pausa que hizo Ben antes de decir que había despertado en el hospital. Cuánto de esa historia es verdad y cuánto se ha visto obligado a confesar. El cerebro olvida los traumas no por falta de espacio para almacenarlos, sino como mecanismo de defensa. Incluso esa mínima distancia —un "me desmayé o no lo recuerdo"— podría haber bastado para evitar que se desmoronara por completo.

—Sobrevivió, pero no volvió a ser la misma. Entró en coma, y una parte de ella nunca regresó. —Ben baja la vista para mirarse las manos—. No quiso regresar.

—Y Emily Walker jamás te dio señales de que estaba viva, ¿verdad?

Ben no responde.

Si alguna vez en todos estos años intentó contactarlo, él no lo sabe. Kelly puede imaginarse cuántas llamadas habrán tenido que filtrar sus terapeutas, a cuántos chiflados se habrán tenido que quitar de encima. Con razón, le dieron un nombre nuevo y lo enviaron a otro estado.

El pitido en los oídos de Kelly ha disminuido lo suficiente y ahora se siente segura de que puede ponerse de pie sin vomitar ni caerse. Toma el arma que le dio Seguridad Nacional y comprueba que esté cargada.

Hay una bala en la recámara, y está puesto el seguro. Activa la mira láser y se enciende un haz de luz color verde que muestra el polvo que ha estado flotando, inadvertido, en el aire.

—¿Puedes describirla?

—¿Describirla?

—Sí. ¿Podrías describirla?

Ben se esfuerza por describir a la chica que Emily Walker fue alguna vez, pero sin mucho éxito. "Pelo rubio, cara redonda y bonita" son palabras que podrían describir a una de cada veinte mujeres en la ciudad. La manera en la que habla sobre Emily suena como si estuviera describiendo una fotografía, haciendo énfasis en su expresión y en su postura, y muy poco en su aspecto real. Mientras Ben habla, a Kelly le da la sensación de que puede imaginarse la escena completa. Su cerebro rellena el espacio en blanco del rostro de la chica con uno que seguramente haya visto en algún póster. Al intentar recordar la imagen mental del tren, lo único que ve es ese mismo rostro en el póster superpuesto de cada rostro de todas las personas en el vagón.

Kelly cambia de táctica.

—Tal vez te la hayas cruzado. Hoy, en DataDyne, o incluso antes. Seguramente, es mucho mayor de lo que tú la recuerdas. Debe de estar rondando los treinta años. Puede que se haya cambiado el pelo o que use gafas.

Ben lo intenta, o al menos eso parece. Niega con la cabeza cuando termina de intentar recordar.

—Todas parecían muy normales. Debería saber… Es decir, incluso si pensaba que estaba muerta, creo que debería haber podido reconocerla. —Piensa por un instante—. ¿Cuánto tiempo habrá estado vigilándome?

Kelly está demasiado distraída como para siquiera intentar responder su pregunta. Siente como si le arrancaran el cerebro ante la posibilidad de que cualquier mujer de las que ha visto hoy en el tren pueda ser Emily Walker.

O de que no fuera ninguna de ellas.

Se oye un siseo neumático que resuena a lo largo del tren, y se abren todas las puertas del vagón contiguo. Parece una maniobra distractiva: crear caos para ocultar algo más. Kelly se pregunta cuánto tardará el grupo de operaciones especiales de Seguridad Nacional en empezar a avanzar por las vías en cuanto la Autoridad Metropolitana de Transporte les informe de que el tren se ha detenido.

—Saca a todos del tren —le dice Kelly a Ben—. Llévalos de vuelta por las vías hasta la 168.

Él parpadea, como si esperara que ella diga otra cosa.

—¿Quieres que… me vaya?

Kelly suspira.

—Esto no es culpa tuya, Ben. Y desde ya no es tu maldito problema.

Da un paso hacia él, y Ben retrocede como si esperara algún tipo de

violencia. En lugar de eso, ella se quita el chaleco antibalas, el sonido del velcro rasgándose resuena con fuerza, y se lo saca por la cabeza para ofrecérselo.

—Póntelo. Si Emily logra pasar por Seguridad Nacional y pasar por mí también, podría encontrarte en el túnel. Seguramente, lleve una especie de sierra quirúrgica que podría usar para estrangularte, pero no des por hecho que no vaya a meterte una bala para intentar acabar con todo esto de una vez y para siempre.

Fuera del tren, los primeros pasajeros van dando tumbos por las vías, sus pasos iluminados por la luz de un centenar de linternas de móviles, todos intentando avanzar con prisa, pero no tanto como para caerse y provocar una avalancha. Kelly oye a por lo menos una persona hablando ya de compensaciones.

Kelly apoya su mano en el antebrazo de Ben mientras él se pasa el chaleco por la cabeza.

—No asomes la cabeza hasta que yo haya pasado el primer vagón —le advierte—. Emily está intentando hacer algo, pero nosotros podemos usar el caos a nuestro favor. Piérdete en él y ponte a salvo.

Ben la mira a los ojos y, por un instante, hasta se lo ve desafiante.

—Es muy probable que Seguridad Nacional vaya a arrestarte. Pero la cárcel es mucho mejor que la muerte, ¿no crees?

—Está bien.

Lo que sea que haya visto en su rostro hace unos segundos ya ha desaparecido. Ben se ajusta las correas del chaleco antibalas y se asegura de que haya quedado bien puesto. Es bastante corto para su altura, pero Kelly no tiene el valor para decirle que parece que lleva un top táctico.

—Lo siento mucho —dice Ben.

—¿Por qué?

—Por todo esto. —Señala el tren, las vías y la multitud que se acerca. Toma aire y duda antes de seguir hablando.

—¿Qué pasa, Ben?

—Debería haber dicho la verdad… en el juicio de mi padre. Debería haberles dicho lo que sucedió. Pero tenía mucho miedo. Tenía miedo de que me encerraran a mí también con él.

Kelly trata de no pensar en que el tiempo sigue corriendo para Emily Walker y en que debería ponerse en acción e intentar interceptarla. Hay muchísimos

túneles aquí abajo y sería fácil perderse, y cuanta más ventaja le dé, más sencillo será para Emily escabullirse.

—No te preocupes ya por eso —intenta tranquilizarlo Kelly—. Tú eres una víctima, no un asesino. —Camina hasta la puerta y acciona el picaporte—. Nada de esto es culpa tuya.

Kelly por fin baja del tren y enciende la linterna de su móvil enfocando a los primeros pasajeros que van llegando para guiarlos de vuelta a la 168, y a un lugar seguro.

Cuando se vuelve para mirar una vez más la cabina, Ben ya no está allí.

CAPÍTULO 40

Quince años antes A PESAR DE QUE NO puede ver nada, Adam sabe que su padre lo ha llevado hasta el primer nivel. Está tumbado sobre el hormigón, ya no es grava, y lo único que llega a oír es el zumbido del sistema de ventilación que aspira aire hacia el interior del búnker. Lo ha movido de lugar, pero siguen bajo tierra.

—¿Estás despierto ya?

Adam no cree haberse movido o haber hecho ningún ruido, pero su padre siempre lo sabe todo. Sabe, por ejemplo, que Adam está cansado por lo torpemente que está haciendo su trabajo o que Adam tiene hambre y por eso su puntería es una mierda. O sabe cuándo miente, incluso cuando el mismo Adam cree estar diciendo la verdad.

—Tardaste bastante en despertar.

Su padre suena furioso, y eso aterroriza a Adam. No siente el pecho. Es como si todo lo que va de las clavículas a la cintura hubiese desaparecido, como si se lo hubieran arrancado. Adam sabe que debería darle miedo, pero lo que realmente le asusta es saber que ha hecho enfurecer a su padre.

Siempre hay consecuencias cuando hace enfurecer a su padre.

Adam intenta disculparse, pero tiene un trapo en la boca y no puede hablar. Su padre le ha puesto una bolsa en la cabeza, por eso tampoco puede ver. Debajo del trapo, siente el suelo duro contra la nariz y los labios. No recuerda haber estado boca abajo, pero es difícil llevarle la contraria al hormigón. ¿Cuándo le había dado vuelta?

—Cálmate ahora.

Adam no sabe si está respirando con dificultad o si no respira en absoluto, y se pregunta si de verdad estará despierto o si esto es una pesadilla. Cuando era

pequeño, gritaba para intentar salirse de los malos sueños. Sabe muy bien que de nada servirá gritar para salirse de este ahora.

—Quédate quieto.

Sobre él, se oye el sonido del plástico al rasgarse y de algo que se vierte. Suena seco, como granos de alguna cosa.

—Esto va a doler.

Su padre apoya la mano abierta en la espalda de Adam, y el vacío donde estaba su pecho se llena de fuego, como si su padre hubiese tomado un soplete para encenderlo dentro de él. Adam intenta gritar, pero no puede: el dolor en el pecho es demasiado intenso incluso para respirar, y mucho menos para emitir sonido alguno.

El dolor disminuye, pero no desaparece del todo. Es como si lo hubieran marcado a fuego: un círculo de piel en la espalda que quema y que imprime una conciencia permanente de sí mismo en su mente. Cuando Adam toma una bocanada de aire, nota el sabor a hierro en la boca. Sabe lo que su padre le ha hecho. Hay bolsas de un sellador hemostático por todo el búnker, guardadas junto a las vendas, gasas y botellas de alcohol isopropílico, todo preparado para el día en que el mundo se venga abajo y no se pueda ir a la farmacia de la esquina. Su padre le dijo que, si alguna vez necesitaba usarlo, ardería como el infierno, pero que el dolor merecería la pena si eso lo mantenía con vida.

Adam recuerda lo que sucedió: se interpuso delante del arma, con la esperanza de que su padre no apretara el gatillo si veía que él estaba en medio. Si no le disparaba, quizá la chica lograría escapar.

En lugar de eso, su padre le disparó a él por la espalda.

Siente otra ola de dolor, pero está casi inconsciente. Cuando el dolor cesa, lo sienta contra una pared y le quita la bolsa de la cabeza.

Están en el búnker, tal como Adam había pensado. No puede mover mucho el cuello, pero sabe que están en la esclusa de aire, el sello de doble puerta que su padre construyó para mantener alejado el mundo exterior, por si alguna vez llegaba a hacer falta. Su padre ha abierto una escotilla empotrada en la pared, casi a la altura de la cabeza de Adam. Casi no alcanza a ver el interior, donde su padre ha introducido la llave en la cerradura y la ha girado por completo hacia la derecha, hasta que la llave queda perfectamente alineada con una etiqueta en la que se lee “Purga”. La etiqueta se está despegando por un lado, y su padre deja escapar un gruñido de disgusto y estira el pulgar para volver a alisarla contra la superficie mientras Adam lo observa.

Debajo de la llave en la cerradura, hay un botón redondo color rojo de superficie mate, donde su padre ha lijado las palabras "Parada de emergencia".

El padre no necesita preguntarle si sabe qué es. Se aseguró de que su último recurso fuera lo primero que le explicase a Adam cuando el búnker estuvo listo. Si pulsaba ese botón, las bombas de gas utilizadas como combustible se liberarían dentro del búnker, se mezclarían con el aire y se inflamarían. Todas las estructuras del búnker fueron especialmente diseñadas para colapsar con el calor de ese fuego. Lo que no ardiera quedaría aplastado cuando ochocientas toneladas de tierra vegetal y hormigón cayeran y terminaran compactándolo todo.

Su padre lo está mirando. No parece enfadado, pero Adam sabe que él nunca lo parece. Cada vez que lo deja a oscuras, tiene el mismo aspecto que cuando encuentra algo que tiene que arreglar y, antes de ponerse a hacer cualquier otra cosa, necesita arreglarlo.

—Todo esto es culpa mía —dice su padre—. Creí que estabas preparado. Que estarías a la altura. —Adam se encoge de hombros—. Está claro que me equivoqué. Me adelanté a los hechos.

Adam no puede hacer otra cosa más que esperar. Le cuesta respirar, como si cada aliento tuviera que ganárselo y, aunque piensa que puede hablar, sabe que no hay nada que pudiera decir ahora que no fuera a resultar otra decepción para su padre.

—Has perdido mucha sangre mientras subíamos hasta aquí. Seguramente, te sientas algo soñoliento ahora. Te veo abrir y cerrar los ojos. —Estira la mano, como si fuese a apoyarla en la mejilla de Adam, pero lo que hace es darle una bofetada seca. El dolor del golpe no es nada comparado con el latigazo que le recorre el cuello hasta la herida que tiene en la espalda. Se incorpora de repente, y todos sus sentidos se agudizan, como si pudiese ver cada línea y cada cicatriz en los nudillos de la mano derecha de su padre—. Necesito que estés bien despierto para lo que viene, hijo. Ahora que te he aplicado ese sellador hemostático, creo que no te vas a desangrar. Lo que te puede matar es la infección, y ya sabes que, cuando se trata de infecciones, el tiempo es un factor clave.

Adam recuerda todas sus lecciones: lo de los microbios que se te meten en el organismo y cómo pueden causarte fiebre. O matarte. Adam sabe cómo limpiar una herida y cómo cuidar de ella porque, cuando no haya hospitales ni médicos que puedan ayudarte, tampoco habrá antibióticos. Y sabe que, incluso

si logra hallar antibióticos, puede que no funcionen porque esos microbios son inteligentes y saben cómo defenderse.

—Hijo, yo sé que a veces las personas toman malas decisiones porque no saben lo que hacen. —Su padre lo mira para ver si lo está escuchando, y Adam se esfuerza muchísimo por asentir con la cabeza, moviéndola lo suficiente para que no le dé otra bofetada—. Puedes pasarte la vida entera entrenando para hacer frente a los momentos más importantes de tu vida con la cabeza fría, y aun así dejar que cualquier impulso te lo joda todo. —Levanta la pistola y la sostiene a la altura de la vista de Adam—. Cuando te interpusiste, lo jodiste todo para los dos. Y quiero darte la oportunidad de pensar en lo que hiciste. No te habrías interpuesto delante de mi rifle si hubiese tenido a un animal salvaje en la mira, ¿o sí?

Adam ve las manos de su padre manipular el seguro de la pistola mientras le habla; el punto color rojo junto a la corredera le guiña un ojo cada vez que desaparece y reaparece.

—Esa chica y el animal salvaje son la misma cosa, Adam. No hay ninguna diferencia entre ellos. Tú entiendes eso, ¿verdad?

Adam intenta respirar, pero algo se le atasca en la garganta y entra en pánico; casi se cae de lado mientras intenta toser para expulsarlo. Su padre espera a que se le pase y luego lo ayuda a incorporarse.

—Tú lo entiendes, ¿verdad, Adam?

Adam no quiere que su padre se enfade ni que se sienta decepcionado. No quiere que vuelva a pegarle.

No quiere morirse.

Intenta parpadear; nota que los párpados se mueven como con retraso: primero, se cierra uno, y luego el otro se apresura para alcanzarlo. Es suficiente para que su padre tome eso por un sí.

—Así que voy a esperar al otro lado de esta puerta —sigue su padre—. Y cuando estés preparado, quiero que pulses ese botón. Cuando lo hagas, entraré a buscarte antes de que el fuego llegue hasta aquí.

Su padre ladea la cabeza, y Adam se da cuenta de que ya no lo está mirando a él. Está mirando la pistola.

—Si no lo pulsas… Bueno, ya malgasté una bala contigo. No creas que tendré muchos motivos para volver a abrir esa puerta exterior si tú y yo no nos ponemos de acuerdo.

El seguro vuelve a su sitio, y la pistola regresa a la funda cuando su padre se

pone de pie. Se estira, alzando los brazos por encima de la cabeza y luego hacia los lados, sacando pecho como si estuviera calentando los músculos. Adam siente un latigazo de calor desde la herida de la espalda e imagina diminutas criaturas excavando hondo e instalándose en ella. Intenta mover el brazo, pero solo los dedos responden. Su padre ve el gesto y se inclina para mirar.

—Puedes mover ese brazo si realmente quieres —le dice, y coloca dos dedos sobre el hombro de Adam. El tacto es suave, como una bendición, y Adam siente cómo se le acumulan las lágrimas, calientes, bajo los párpados, a punto de caer. Su padre se inclina para hablarle—. Sé buen hijo… Y mata a esa hija de puta.

CAPÍTULO 41

168th Street-181st Street "La jodiste, hijo".

El dolor en la cabeza de Ben es muy vivo, como una presencia hinchada y pesada en la base del cráneo que se desplaza y palpita al compás de la voz de su padre.

"El fuego no la mató. Tú no la mataste".

Las palabras suenan tan fuertes en su cabeza que Ben decide responderle.

—No puede ser ella…

La cabina es demasiado pequeña, como si las paredes estuviesen encerrándose y a punto de aplastarlo. Se lleva ambas manos al chaleco antibalas. Las correas de velcro se desgarran cuando las afloja. El pánico crece tan rápido que Ben no puede controlarlo. No puede hacer nada para detenerlo.

—No puede ser…

Abre la puerta de la cabina y se apresura a avanzar ciegamente hacia el vagón trasero del tren. Aquí hay más espacio. El aire es más fresco. No es mucho, pero es suficiente para contener el miedo que empieza a apoderarse de él.

En todo en lo que Ben puede pensar ahora es en cómo se verá el rostro de Emily Walker. Piensa en la única fotografía que todos utilizaban, sus padres, la prensa, los abogados, los psiquiatras: ella riendo durante un paseo invernal, el gorro de lana echado hacia atrás, las mejillas enrojecidas por el frío, los ojos mirando a alguien a la derecha del fotógrafo. Se la enseñaron una y otra vez, se la restregaron en la cara, y con los años, casi llegó a aceptar que así era como se veía la chica.

No como el rostro que él había visto aquella última vez: cada centímetro cubierto de sangre y hollín, una única mirada hacia atrás antes de correr hacia su destino final.

—Está viva —dice Ben.

No hay nadie allí para oírlo. Pero a Ben no le importa.

"No la mataste".

—No la maté.

Oírlo con su propia voz es distinto. Como si no fuera una decepción.

Cuando Ben por fin pulsó el botón para purgar el búnker —le costó muchísimo hacerlo, gritando y movido solo por la desesperación de sobrevivir — creyó que la había matado. Cuando cerraba los ojos, la veía morir, y en su corazón, era lo mismo que si hubiera usado el cuchillo.

Saber que Emily logró escapar lo cambia todo. Él no es esa cosa en la que su padre quería convertirlo. No es un asesino.

—Está viva —dice.

Emily Walker está viva y quiere matarlo.

Lleva quince años muerta en su mente. Todo ese tiempo, ella seguramente supo que él había sobrevivido. Debe haber estado intentando cazarlo desde entonces. Podría haberse acercado a él en la calle y haberle metido una bala en la nuca. Él jamás lo habría visto venir. Podría haber incendiado su casa mientras dormía, o hasta atropellarlo con un coche. En cualquier momento, a cualquier distancia, podría haberlo matado.

Pero no lo hizo. Emily Walker lo quiere aquí abajo, en la oscuridad, atrapado en esta jaula de metal que ha construido para él. Quiere que sea testigo de su propia muerte y que sepa que es ella quien la ha provocado. Que siempre sería ella.

Un recuerdo de las muescas en el lomo de un cuchillo recién afilado aflora en su mente. El peso y la sensación, en su mano.

Lo fácil que fue para ella arrebatárselo.

Emily Walker no quiere poner fin a todo esto con una bala.

Quiere matarlo con un cuchillo.

Ben se pregunta si será el mismo cuchillo que le quitó a él ese día.

Debería haberlo sabido cuando el tren se puso en movimiento. Debería haber notado las paredes húmedas y sentido el peso de todo el planeta sobre él.

Jamás abandonó aquel búnker. Quince años de terapia, y lo único que aprendió fue mentirse a sí mismo sobre lo que había sucedido. Quince años, y aún puede ver el terror en el rostro de la chica cuando su padre apretó el gatillo, la manera en la que ella dio un brinco y cómo él creyó que su padre le había dado.

Que no la había salvado a tiempo.

Ben nota bajo los dedos la superficie lisa del chaleco antibalas. Hay algunas cosas que aún no recuerda, pero jamás ha podido olvidar la sensación de la bala dentro de su cuerpo. Un punto frío y muerto, más pesado que el resto de su ser e instalado en lo alto de su pecho, justo al lado del corazón.

Quince años y aún puede oír a su padre decirle que esta es su decisión: matarla o morir.

Suena el teléfono que Ben tiene en la mano.

Ben levanta la vista para vigilar el vagón, de alguna manera esperando encontrársela en la otra punta. Pero el vagón está completamente vacío. Los asientos y el suelo están cubiertos de envoltorios de comida y botellas, bolsas de plástico y libros: todo lo que los pasajeros abandonaron cuando el tren se detuvo entre dos estaciones. Hay algo inquietante en ese vacío. Aunque Ben está seguro de que allí no hay nadie más que él, puede sentir una presencia, como si alguien estuviera esperándolo.

Espera un poco más: respira profundo y contiene el aire, atento a cualquier movimiento o sonido, como si el teléfono que suena fuera solo un truco para distraerlo.

Nada. No hay nada.

Ben mira la pantalla del móvil. Lo que aparece allí es un número que jamás esperó ver, un número que grabó en su memoria hace mucho tiempo para saber que, si alguna vez lo veía, no debía responder. Su primer impulso es destruir el móvil, hacerlo añicos hasta dejarlo inservible. Quiere dar con la detective y pedirle que le meta una bala. Quiere echar a correr y no mirar atrás, dejar que Emily Walker encuentre por sí sola la salida, sin importar a cuántos acabe matando en el camino.

Ben deja que esos pensamientos sigan su curso sin llevar a cabo ninguno. No hay necesidad de evitar los pensamientos. No ahora. Se sienta para responder a la llamada.

—Hola, papá.

—Hola, Adam. ¿O debería llamarte Ben?

La voz de su padre no ha cambiado en nada ni por el encierro ni por el paso del tiempo. Es exactamente como Ben la recuerda y puede notar lo complacido que está. Como si estuviera inclinado sobre un motor desmontado sosteniendo la tuerca que se ha aflojado, o como si acabara de clavar en el centro su último tiro en el polígono.

—Te escribí varias cartas, pero me dijeron que era poco probable que llegaras a recibirlas. ¿Llegaste a recibir alguna carta, Ben?

Ben sabe que su padre le escribió. Ninguna de aquellas cartas llegó siquiera a cruzar el muro exterior de la unidad psiquiátrica de su padre, y mucho menos el servicio postal. Ben pidió que las destruyeran y tuvo que hacer que su

abogado se pusiera en contacto con el administrador de la unidad para confirmar que habían cumplido con su petición. Los de la unidad querían conservarlas. "Para la posteridad", dijeron. Pero en realidad era para satisfacer su propia curiosidad.

Como siempre, lo único que les había importado era John Crane.

—¿Qué quieres? —pregunta Ben.

—Les dije que debía hablar con mi abogado. Y yo… Sé que es difícil para ti procesar todo lo que está sucediendo ahora, pero me alegra que ahora tengamos la oportunidad de hablar. El tiempo que pasamos juntos fue uno de los más felices de mi vida.

Ben se asegura de que la puerta por la que entró no se haya abierto mientras su padre habla. Puede sentir la furia dentro de su cuerpo. Todos estos años, toda esa distancia… y ahora su padre lo ha derribado todo con una sola llamada telefónica.

—No respondiste a mi pregunta.

—Qué quiero… —dice John Crane—. Quiero que sepas que he pensado mucho en lo que pasó. Sé que tú también.

—He intentado no hacerlo.

La frase le sale más rápida y aguda de lo que Ben pretendía, casi frenética. No puede creer que haya acabado así. Su padre, un asesino, hablando como si fuera una especie de alcohólico recuperado que quiere revisar viejos remordimientos.

—Y durante esa introspección que hice, me pregunté si habría sido culpa mía. Algo en la forma en que te crie o te entrené. Tal vez te exigí demasiado. Tal vez te empujé a que hicieras cosas para las que aún no estabas preparado.

—Tenía once años, hijo de puta.

El teléfono le tiembla en la mano. Le arden los ojos y siente una necesidad desesperada de frotárselos, pero no es capaz de hacerlo. Una vez oyó que, cuando te electrocutan, todos los músculos del cuerpo se contraen, que no puedes soltar lo que te está matando, por mucho que lo intentes.

—Y entonces tuve una revelación. —Su padre espera al otro lado de la línea una pregunta que no llega y luego la responde de todas maneras—. Me di cuenta de que eras tú, hijo. Nunca te ha gustado ni cazar ni matar. Te daba rechazo… Pensé que era simple inmadurez, pero debería haber reconocido la verdad: que no lo llevabas en la sangre.

—Sí, ya, siento mucho decepcionarte. Siento no haber querido seguir tu gran

tradición de matar jovencitas para que se te pusiera la verga dura.

—No estoy decepcionado. Claro que no. —Su padre habla como siempre. Como si solo le importara la mitad de la conversación, la suya—. En realidad, fue un alivio saber que mi único error fue haber dejado que mis esperanzas se impusieran a mi juicio.

Ben tiene ganas de gritarle al teléfono, pero no encuentra la fuerza para hacerlo. Quince años de terapia, y lo único que puede hacer es quedarse sentado, mudo y furioso, mientras su padre lo deja en suspenso, como si no hubiera pasado ni un solo día desde que lo encerraron.

—¿Sabes? Cuando te interpusiste así frente a mi pistola, accionaste una serie de acontecimientos que ni yo mismo podría haber previsto. Cuando recibí la primera tarjeta de cumpleaños, pensé que habrías sido tú. Una mínima esperanza paternal, supongo, pero eso no fue más que otro error de mi parte. Cuando comenzó a enviarme cartas fingiendo que era una especie de reportera que quería saber más sobre mí, en ese momento, comprendí por primera vez que la chica seguía viva.

—¿Tú lo sabías? —A Ben le cuesta hablar.

—No me sorprendió. Después de todo, fui yo quien dejó que tú terminaras el trabajo.

—¿Y qué quería?

—Te quiere a ti, Ben. —Pronuncia su nombre como si fuese una especie de broma, un apodo secreto que comparten solo ellos dos—. Y a mí, por supuesto, pero luego entendió que jamás podría acabar conmigo, no mientras esté aquí.

—Pero tú no sabías dónde estaba yo.

Ben se ve obligado a escuchar cómo su padre deja el receptor del teléfono, se está riendo a carcajadas y no puede sostenerlo bien. Es la misma risa burlona que siempre usó en su contra cada vez que fallaba en algo, algún tiro errado, una letra o un número escrito al revés cuando era niño.

O cada vez que Ben lloraba frente a él.

—Hijo, siempre supe exactamente dónde estabas. Desde el día que cambiaste tu nombre, el instante en que te cambiaron de estado.

—¿Y tú se lo dijiste a Emily?

—¿Y dejar que ella acabase con esto? Claro que no. —Se oye el crujido de un movimiento, las patas de una silla de plástico sobre un suelo de vinilo, y Ben casi puede ver a su padre reclinándose y poniendo los pies en alto para saborear

el momento—. Le di migajas. Solo lo suficiente como para mantenerla hambrienta. Le sugerí algunas ideas que tenía sobre dónde podría llegar a encontrarte. —Se ríe—. Estaba ansiosa por empezar. Esos pobres chicos… Emily supo en cuanto los vio que ellos no eran tú, pero los mató igual a todos.

Su padre vacila un segundo, y Ben no sabe si está orgulloso o celoso.

—La manipulaste. Tú la obligaste a hacer todo esto.

—Ah, no, no. Yo solo le ofrecí un poco de ayuda. Un empujón en la dirección correcta. —Se oye un golpe seco cuando vuelve a acomodar la silla y apoya los pies en el suelo. Su voz es grave—. No puedes ni imaginarte el camino que ya ha recorrido. Desde el momento en que escapó de entre las llamas y la oscuridad. Es muy valiente. Y paciente. Y tenaz. Todo lo que me dije que veía en tu carita tímida lo veo ahora en ella.

Ben se sobresalta.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo digo muy en serio, hijo. Verás, ella desapareció después de que yo le sugerí que investigara el juicio más a fondo, y supuse entonces que ya te había encontrado y que ya no necesitaría mi ayuda ni mis consejos para dar el paso final. —Respira con dificultad al otro lado de la línea, incapaz de ocultar lo excitado que está—. Y estoy muy orgulloso. De los dos. Porque si tú no hubieras recibido esa bala por ella, yo habría acabado matando a la única persona digna de convertirse en mi sucesora. La hija que nunca tuve.

Ben lo ha entendido todo mal. No está aquí abajo para ser castigado por su parte en todo esto. Está aquí para ser sustituido.

—Y resulta que solo tienes amor suficiente para uno de nosotros, ¿verdad?

De nuevo, ese aliento precipitado y el placer en su voz.

—Siempre has sido muy listo, eso hay que reconocerlo. No pensé que ella montaría semejante espectáculo, para serte sincero. Creí que quizá me enviaría un dedo tuyo por correo. Pero, bueno… Aquí estamos… Es una pena que no haya sitio suficiente en el mundo para los dos.

Ben respira hondo e intenta recomponerse. No sirve de mucho. Se siente furioso y avergonzado al mismo tiempo, y no puede quitarse de la cabeza que su padre ha logrado alcanzarlo desde la celda acolchada donde lo tienen, atravesar cada cerradura y cada muro que los separa y volver a sujetar los mismos hilos que Ben creía cortados hace ya quince años. Todo este tiempo, pensó que su vida le pertenecía, y ahora aquí está, interpretando el papel que le

ha sido asignado, solo que esta vez él es el sacrificio, y la mujer que en su día estaba destinada a ser su víctima es ahora su verdugo.

—Te está esperando —dice su padre—. En los túneles.

Ben quiere decir algo que hiera a su padre en lo más profundo, algo que le grabe a fuego en el cerebro que, pase lo que pase, fue, es y siempre será una putísima mierda que creyó que matar gente lo hacía importante.

Pero ni siquiera lo intenta. Sabe que nada de eso funcionará. Su padre está loco. Es un impulso violento con patas, una bestia, y no un ser humano. La madre de Ben quizá vuelva algún día, pero no hay nada que él pueda decir o hacer para penetrar en la mente de su padre de alguna manera.

—Adiós, papá. Sea lo que sea que te destrozó por dentro, lamento que no te matara antes de que pusieras las manos sobre alguien más.

Su padre emite algún sonido del otro lado de la línea, el mismo murmullo desentonado y desagradable de siempre cuando Ben fallaba al hacer un nudo o si se le escapaba algún pez del anzuelo.

—Mucha suerte, hijo. Espero que no acabe contigo demasiado pronto.

Antes de que su padre pueda colgar, Ben arroja el móvil con fuerza contra el suelo y lo pisa; oye cómo cruje y se deshace bajo sus pies, y la voz de su padre se apaga por fin.

CAPÍTULO 42

168th Street-181st Street Mientras los pasajeros avanzan por el lado del tren hacia la 168, y hacia la promesa de llegar a un lugar seguro, Kelly los observa pasar y evita cualquier tipo de interacción. Algunos tienen preguntas sobre las posibilidades de terminar electrocutados si caminan por las vías, pero Kelly suelta un gruñido y los hace seguir. Espera que alguien en la Autoridad Metropolitana de Transporte se haya dado cuenta y haya cortado la corriente al ver que se activaron los frenos de emergencia.

Y si no fue así, bueno, probablemente sea mejor no decir nada al respecto. Pídele a un grupo de neoyorquinos que no toquen algo y organizarán una carrera para ver quién es el primero en tocarlo y en demostrarle al mundo que nadie les dice qué hacer y qué no.

No todos los pasajeros la reconocen al pasar, y Kelly nota que algunos están bastante afectados. Varios cojean, tal vez al perder el equilibrio durante la frenada en seco, y nadie se molesta en ir más rápido. A esta velocidad, Kelly calcula que les llevará entre cinco y diez minutos llegar al andén de la 168, y si no tienen un teléfono con linterna (¡y con suficiente batería!), será un desafío llegar sin tropezarse.

Parte de ella quiere ponerse al frente, marcar el ritmo, y ayudar a todas y a cada una de esas personas —incluida ella misma— a salir de aquel túnel cuanto antes y lo más humanamente posible. Sería la decisión más pragmática, y no solo la que la dejaría de nuevo en la superficie junto con los demás.

Pero Kelly se queda donde está. Cuenta cabezas a medida que pasan, observa los rostros, intenta llevar registro de toda la gente que vio mientras recorría el tren. Busca ver si Ben está, por alguna razón, entre todos ellos.

Su instinto le dice que debe de haber ido tras Emily Walker, pero aun así debe comprobarlo. La 181 queda lejos. Es más probable que Ben aún siga dentro o cerca del tren.

Kelly no tiene que esperar demasiado antes de que el maquinista dé la cara. Está segura de que todavía queda gente por salir de los últimos vagones, pero él aparece antes que ellos, adelantándose a los pasajeros más lentos como si intentara llegar primero a las ofertas del Black Friday. En la luz débil que proyecta la linterna que lleva en la mano, parece un roedor de tamaño humano: la piel pálida, el pelo peinado hacia atrás con gomina, la cabeza que gira nerviosa de un lado a otro mientras avanza a trompicones, movimientos rápidos y desordenados, solo le faltan los bigotes y la cola para completar la imagen. Esquiva a la última mujer de la fila. Pero cuando intenta colarse, Kelly lo toma de la camisa y tira hacia atrás antes de que pueda dar el siguiente paso.

Error.

En cuanto le pone las manos encima, antes incluso de poder tirar de él, el hombre suelta un grito tan fuerte y agudo que la mujer a la que acaba de adelantársele da un brinco y grita ella también. Al mirar hacia el interior del tren, Kelly ve cómo las pocas luces que cargan los pasajeros se frenan en seco y se vuelven hacia ella.

—Quítame tus malditas manos de encima.

El maquinista se recupera rápidamente. Su terror se transforma en ira y retrocede a toda velocidad, forcejeando para liberarse.

Kelly le retuerce la camisa de donde lo ha sujetado y lo acerca con fuerza hacia sí. La mujer a la que ha empujado pasa con cuidado junto a ellos, y él la mira, lascivo. Kelly nunca ha sentido un odio tan intenso a primera vista como el que siente por este tipo. Sabe que necesitará lavarse las manos después de haberlo tocado y que ni todo el jabón del mundo ni cien virutas de acero serían suficientes. Se promete que en cuanto salga de este maldito túnel, les pedirá a los de Delitos Informáticos que le echen un vistazo a su historial de internet, aunque tengan que quemar los servidores después de terminar.

—¿Ya han salido todos del tren? —pregunta Kelly. Él ignora la pregunta y hace el ademán de querer seguir su camino. Pero ella vuelve a sujetarlo y lo atrae hacia sí. Cuando él la mira, ve que el maquinista tiene la cara desencajada del miedo.

—¡No me toques, hija de puta!

Kelly quiere pegarle, pero no está dispuesta a darle la satisfacción de presentar

cargos por agresión.

—Responda mi pregunta. ¿Ya han salido todos del tren? Si no lo sabe, iremos juntos a comprobarlo.

Kelly extiende el brazo y lo empuja, obligándolo a retroceder por donde vino. Eso capta su atención, y la expresión desafiante en su cara desaparece en los diez pasos que ella avanza por las vías.

—El puto tren está vacío —dice. Se inclina sobre el brazo de ella y escupe a las vías con asco—. Todos menos tu chico.

—¿Mi chico?

—Lo vi caminando en esa dirección, dispuesto a sacrificarse. Mejor que sea él y no yo. Si estuviera en su lugar, habría salido corriendo.

Mientras habla levanta la barbilla y, cuando la sombra se aparta de su cuello, Kelly ve por primera vez la línea roja e irregular que le baja desde debajo de una oreja y le cruza la garganta de lado a lado. La herida parece estar aún en carne viva, y el cuello de la camisa está manchado de sangre allí donde lo que sea que haya tenido enrollado le ha rasgado la piel.

Kelly lo suelta. Puede que sea un hijo de puta, pero ver ahora lo que Emily Walker le ha hecho la hace reprimir el asco que siente. Una sierra quirúrgica: un bucle de alambre dentado capaz de lacerar piel, músculo y hueso como si atravesara la mantequilla. Nadie merece algo así.

—¿Cómo era ella? —pregunta Kelly.

—Está completamente loca. Imperturbable. No sé cuál será su plan, señorita, pero ese hombre… Ese hombre está muerto. —Se limpia la nariz—. Creí que iba a matarme a mí, pero luego saltó del tren y se echó a caminar.

—¿Caminar? ¿Y adónde iba?

—¿Cómo cojones iba yo a saberlo? —El maquinista le escupe las palabras y luego le da la espalda—. Caminaba entre los raíles. Seguramente, buscando uno de los viejos túneles. —Inclina la cabeza, más como un buitre que como una rata, se mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar—. Me pregunté por qué detuvo el tren cuando lo hizo.

—¿Cree que esto saldrá en televisión? —dice la mujer que había dado un brinco del susto y que no se ha movido del lado de Kelly en ningún momento, probablemente esperando a que el maquinista se marche para no arriesgarse a que la empuje o manosee en la oscuridad.

—¿Disculpe? —dice Kelly.

—Que si cree que esto llegará a las noticias. Me tomé el día libre en el

trabajo… Les dije que me había puesto enferma. Pero si me ven aquí…

En la cabeza de Kelly, solo cabe la imagen de Emily descendiendo del tren hacia la oscuridad absoluta y la pregunta de qué está planeando hacer con Ben, pero la parte de ella que sigue patrullando la escena responde sin titubear.

—Pida que alguien le cubra la cara con una sábana. En las ambulancias, hay a montones. Quizá pueda pedir una manta térmica. Los cámaras las evitan porque sus luces rebotan en ese tipo de material.

—No se me había ocurrido —dice la mujer. Su cara se ilumina, como si todos sus problemas acabaran de resolverse—. ¡Muchas gracias!

La mujer no se va a ningún lado, y Kelly se pregunta si estará esperando a alguien más antes de seguir caminando. Y así se quedan un rato. La mujer se mueve, cambiando el peso de una pierna a la otra, como si tuviese hormigas en los pantalones.

—Entonces… ¿Seguimos avanzando o qué? —pregunta.

Kelly ni siquiera se da cuenta de que la mujer la está esperando a ella. Solo piensa en los frenos de emergencia, en que Emily los accionó y que no fue por pánico. No fue un error.

Nunca iban a llegar a la 181. Emily detuvo el tren allí para que hubiera pánico; obligó al maquinista a acelerar para que hubiera más heridos, más caos. Hizo todo eso para poder quedarse con Ben para ella sola.

Kelly recuerda el cuello del maquinista, con magullones y cortes, y el grito que soltó cuando ella lo tocó. Emily le hizo eso solo porque se interpuso en su camino.

No puede ni imaginarse qué es lo que tiene planeado para Ben.

—Tengo que ir en la otra dirección —dice Kelly.

Ben podría estar siendo despellejado vivo mientras ella se toma un momento para pensar. Los de Seguridad Nacional tardarán demasiado en organizarse en la 181 como para comenzar a avanzar por el túnel y llegar a cubrirla. Tiene que moverse.

Kelly se lleva la mano a la espalda y toca el arma que lleva sujeta al arnés. La deja donde está hasta que la pasajera ansiosa se aleje, para evitar que entre en pánico. Sin embargo, el peso sólido bajo las yemas de sus dedos es como un talismán de buena suerte.

—Será mejor que retomen la marcha. Solo sigan las luces.

Kelly deja a la mujer allí plantada, acelera el paso y luego va deprisa hacia la parte delantera del tren. Entre las luces de posición y la improvisada galería de

tiro que ahora forman el tren y la pared del metro, lamenta haberle dado a Ben su chaleco antibalas. Un rescate no servirá de mucho si le disparan en el intento. Al ver que a bordo del tren hay más cobertura y un suelo más firme, entra de un brinco por la puerta abierta más cercana y echa a correr.

CAPÍTULO 43

168th Street-181st Street No se tapian los túneles viejos del metro. Solo basta con desconectar el empalme para que dejen de existir tanto para el tren como para los pasajeros. Y si se corta la corriente, nadie volverá a verlos jamás.

"Te está esperando… en los túneles".

Eso fue lo que le dijo su padre. Ben sabe que debería echar a correr, que debería llegar a la 168 y pedir protección policial. Ve con claridad, en el ojo de su mente, la imagen que ella le envió del abogado que mató, con la garganta cortada casi de lado a lado.

Debería escapar.

En vez de eso, Ben va a su encuentro.

Él no la mató. Durante mucho tiempo, Ben ha cargado con la culpa de esa muerte, con la certeza de que había sido un buen hijo y de que, por mucho que intentara negarlo, siempre sería el asesino en el que su padre lo había convertido. Saber que no acabó con su vida no es un alivio. No le ha quitado ningún peso de encima. No se siente distinto.

Ben no mató a Emily, pero tampoco la salvó. Lo que sucedió con ella en el búnker la ha destruido, tanto como lo destruyó a él. Pero mientras que Ben tuvo a sus psicólogos, a su equipo de asistencia y tuvo también el tiempo suficiente para intentar sanar, ella estuvo siempre sola. La esperanza que podría haberles quedado a sus padres se esfumó en el instante en que Ben se presentó a testificar en el juicio, y no pudo culpar a su padre por eso.

Él, Ben, es el único culpable.

No huirá porque sabe que ninguno de los dos abandonó aquel búnker. No de verdad.

No espera su perdón ni su misericordia después de lo que le hizo. Lo menos que puede hacer es intentar ofrecerle una salida a tanta oscuridad.

Él sabe que Emily intentará matarlo. Sabe que, si planeó todo esto, desde el

instante en que detuvo el tren hasta aquí, lo más probable es que lo logre.

Emily Walker se ha convertido en la asesina que su padre ansiaba, y Ben sabe que esto, en parte, es culpa suya. No porque haya apretado el botón para incinerarla, sino porque tuvo demasiado miedo de decir la verdad al mundo unos días después.

Ben va a responder a su llamada. El solo pensar en huir, en fallarle a ella una vez más, es demasiado para él.

Encuentra la boca del túnel al otro lado de las vías. Su instinto lo llevó a cruzar en ángulo recto al tren cuando saltó desde la cabina. Emily no regresará con los pasajeros ni se quedará en el tren estancado en medio del túnel porque fue obra suya. Así que la única opción ahora es atravesar las vías y adentrarse en uno de los túneles escondidos del otro lado.

La oscuridad le provoca un mareo. Ben puede sentir a su padre allí mismo, a su lado, con su voz exigiendo ser escuchada. Haberle respondido ha hecho que se vuelva más fuerte, más insistente, y ahora le repite una y otra vez que matar a la chica es la única salida.

"Te está cazando. Espera a que caigas en su trampa".

La entrada al túnel es un círculo de oscuridad absoluta recortado en la vía principal. Las vías muertas se desvían hacia el túnel en el que está Ben solo para ser devoradas por la oscuridad. La boca del túnel parece moverse, como si estuviera encogiéndose eternamente hacia el centro mientras su perímetro se mantiene igual, y Ben siente cómo tira de él, cómo lo atrae hacia delante, aunque sabe perfectamente lo que le espera allí dentro.

"El mejor momento para atacarte fue cuando bajabas del tren".

Ben no quiere estar de acuerdo con la voz, pero sabe que tiene razón. Una trampa tendida entre los vagones, o justo fuera del tren, lista para engancharle un tobillo al bajar, habría sido la oportunidad perfecta para neutralizarlo. Incluso si hubiera ido armado, habría sentido suficiente dolor y confusión como para darle tiempo a su cazadora a acortar la distancia muy rápido. Eso se lo había enseñado su padre.

Ben se pregunta qué habrá aprendido ella sobre la caza en los últimos quince años.

Podría estar allí mismo, en la oscuridad, simplemente fuera de su campo visual, esperando a que él se acercara aún más a la entrada.

Ben espera, atento a cualquier sonido —una respiración, un paso, o cualquier otra señal de impaciencia—, pero allí no hay nada. Había cogido una linterna

de la cabina del conductor en la parte delantera del tren: un tubo de aluminio casi tan largo como su antebrazo y muy pesado por las pilas. La enciende ahora y hace girar el haz alrededor del borde del túnel, buscando cualquier señal de Emily.

Ella no lo está esperando. No aquí.

Ben teme que Emily haya visto el haz y ahora sepa exactamente dónde está, así que apaga la linterna y deja que la atracción del viejo túnel lo arrastre hacia su interior, cruzando el horizonte de sucesos y adentrándose en la oscuridad.

Extiende la mano, con las yemas de los dedos busca la pared y la encuentra más lejos de lo que esperaba. Moverse en la oscuridad ralentiza el paso y debe adaptarse a eso. Su padre le habría golpeado cada dedo extendido con una vara como castigo por andar palpando a ciegas.

Roza con la mano el hormigón, se apoya en él para confirmar y lo nota húmedo al tacto. Con ese punto de referencia, comienza a caminar.

"Despacio. Un paso tras otro. Ella querrá que estés nervioso. Que saltes al menor ruido. Eso es lo que yo querría".

Fue en terapia cuando Ben pudo comprender la razón detrás de todo aquel entrenamiento de supervivencia con su padre. Lo que habían significado todos aquellos viajes en medio de la naturaleza. Le había enseñado cómo seguir a la presa, cómo arrastrarla hasta el lugar propicio para matarla. Le había enseñado cómo acechar y cuándo atacar. Le había enseñado sobre la oscuridad.

Quería que su hijo se convirtiese en un asesino.

Y por mucho que Ben intentaba negarlo, todo ese conocimiento seguía allí, cada retazo, cada fragmento de todo lo aprendido había quedado marcado a fuego por la desesperada necesidad de un hijo pequeño de ser igual a su padre.

Todo lo que Ben debe hacer para sobrevivir a esto es ceder a todo aquello.

"Cree que puede con nosotros. Esa puta…".

Ben coloca la palma de la mano contra la pared de hormigón y presiona con fuerza, intentando no hacer un solo ruido mientras su estómago se contrae en espasmos, una necesidad física y real de vomitar toda la maldad que le va subiendo por las entrañas. Quiere gritar, correr, escapar. Quiere hacer lo que sea para evitar que la voz se apodere de él. Las yemas de sus dedos van tallando surcos superficiales en la humedad de la pared a medida que su mano se va cerrando en un puño. Quince años de trabajo deshechos en una sola tarde, todo lo que había intentado hacer de sí mismo despojado ahora en un solo

acto, y en este momento, parece que lo único que separa a Ben de aquel Adam que su padre intentó crear es una sola decisión: asesinar o no a Emily Walker.

Está cansado de tener que elegir. Cansado de irse a dormir cada noche sabiendo que fue él quien pulsó el botón que acabaría con la vida de esa chica. Y que no solo lo hizo, sino que debió esforzarse para hacerlo. Cansado de pasar cada instante de vigilia sabiendo que hay cosas peores que perder la vida.

Por eso sigue oyendo a su padre, por eso no hay terapeuta ni pastilla capaz de borrar su voz. Porque terminó haciendo lo que él quería. Porque tomó la decisión equivocada.

Ben espera a que pase el espasmo: un largo hilo de saliva le cuelga de la boca abierta hasta que echa la cabeza hacia atrás de golpe para tratar de romperlo, como si dejar que toque el suelo pudiera envenenarlo de algún modo.

Se incorpora. Ben sabe qué decisión está tomando ahora. Una segunda oportunidad de intentar hacerlo bien. Quiere salvar a Emily Walker, aunque ella no se lo permita.

Aunque le cueste la vida.

Sigue avanzando y cuando siente que el suelo se eleva un poco, tantea con el pie hasta encontrar el borde y, un poco más arriba de la cintura, la barandilla que lo acompaña. Está en una pasarela, y eso significa que debe de haber un andén más adelante.

El metro está lleno de estaciones fantasma. Algunas son famosas: espacios grandiosos repletos de arquitectura y de detalles centenarios, limpiados con esmero y abiertos al público para visitas ocasionales. La mayoría no son más que cajas de acero en descomposición, relegadas al olvido porque algún urbanista desplazó dos líneas del plano de la ciudad medio centímetro hacia un lado. Cuando oye el goteo insistente del agua —el Hudson debe de estar cerca; no es de extrañar que lo trasladaran— y nota la total ausencia de turistas o curiosos de la arquitectura, Ben deduce que esta estación pertenece a la segunda categoría.

"Te va a atrapar en la curva, donde se abre".

Ben ignora la voz. No lo atrapó en ninguna de las otras curvas. No es más que la repetición de viejas ideas que su padre podría haber dicho, una válvula de escape para cada pensamiento paranoico que se arrastra desde su cerebro primitivo.

Encuentra la curva cuando el aire frío le golpea el hombro y el cuello: una corriente seca que baja desde algún conducto sin uso que aún sigue abierto en

la superficie. Confirma que es una curva cuando roza el borde de la esquina con el talón. Apoya la mano en la pared, percibe ladrillo en lugar de hormigón.

Emily tiene una sierra quirúrgica. Seguramente, se esconda en la oscuridad y espere la oportunidad de deslizarla sobre su cabeza. Ben sostiene la linterna en vertical, todavía apagada, con el mango pegado a su mejilla.

Claro que Emily podría usar el alambre como un lazo y tenerlo listo al ras del suelo para barrerle un tobillo, pero Ben siente que dejar el cuello expuesto es un riesgo mayor.

Mira hacia la oscuridad, girando lentamente ciento ochenta grados de izquierda a derecha, con la esperanza de que haya algún tipo de luz a la que sus ojos puedan adaptarse. Lo único que consigue ver son formas violáceas estallando en su campo visual por el esfuerzo de mirar a la nada absoluta. No puede ver ni su propia mano delante de sus ojos y mucho menos algo que esté más lejos.

Presta atención, se esfuerza por oír más allá del sonido de su propio pulso.

Una gota de agua aterriza en algún lugar del suelo a su derecha, justo donde deberían estar las vías. El ruido sugiere que ha caído en algo mucho más profundo que un simple charco. Ben se felicita por no haber caminado entre las vías: el sonido de sus pasos sobre agua lo habría convertido en una presa fácil.

La estación huele a podrido, como si todo llegase hasta aquí para morir. Ben huele a orina rancia y a alcohol, y se pregunta si no habrá algún otro camino, alguna escalera escondida que usen los vagabundos que duermen en estas estaciones. Aunque ¿quién diablos se adentraría tan abajo para emborracharse y pasar la noche?

Ha de haber columnas en la estación. Ningún espacio tan grande se sostiene sin ellas. Emily estará al acecho en algún punto cercano, esperando a que haga ruido o use una luz o cualquier otra cosa que sirva de blanco. Si logra encontrar las columnas, podrá calcular la distancia entre cada una, y eso le dará más detalles para imaginar el plano total de la estación.

Ella también estará haciendo sus propios cálculos. Aunque en sentido antihorario.

La mayoría de la gente traza sus círculos en sentido contrario a las agujas del reloj. También tienden a desplazarse de esa misma manera si los dejan a su aire. Ben no quiere hacerlo. Si va en sentido antihorario, quedaría de espaldas a las vías y, si lo empuja, podría caerse desde casi un metro de altura sobre ellas.

—Deberías haberme matado.

La voz de Emily no resuena. Es densa, un sonido grave y ondulante que rebota en las paredes como un trueno. Ben gira la cabeza para ubicar de dónde ha venido, pero el esfuerzo es inútil. Habló muy deprisa para que no pudiera aislar su voz real entre los ecos y calcular lo lejos o lo cerca que está en realidad.

"No lo sabrás hasta que la tengas encima".

—No quería matarte.

—Lo que hiciste… —Hace una pausa a mitad de la frase, y Ben se pregunta si estará herida— fue peor.

No está herida. Avanzó durante esa pausa. Avanzó unos pasos para acortar distancias. Ben puede sentirlo.

Se escabulle en la curva y se arriesga. Da un paso hacia delante.

—Hablé con mi padre —se apresura a decir Ben en voz bien alta. Da otro paso hacia delante mientras oye el eco de sus palabras—. Me dijo que habías contactado con él.

Tan pronto como termina de hablar, retrocede los dos pasos que había avanzado y se hace a un lado, con la espalda cerca de la pared. Oye una especie de raspón, como si ella se apresurara para acercarse, y entonces Ben comienza a moverse en el sentido contrario a las agujas del reloj, alejándose del ruido.

Hay otro sonido, una especie de barrido, como un alambre que azota el aire en la oscuridad y solo roza el vacío.

—¿Te dijo lo que pensaba de mí? —le pregunta Emily.

Ben puede oír el desánimo en su voz, pero todo esto solo le ha servido para ganar unos pocos segundos. Emily ni siquiera intenta ocultar dónde está ahora y arrastra los pies por el andén en cada paso. Sabe que lo tiene donde quiere.

Ben vuelve sobre sus pasos y proyecta la voz para que no parezca que ha avanzado tanto. Si ella corre hacia él, entonces tal vez pueda derribarla con un golpe de linterna.

—Dijo que tú serías mi reemplazo —le dice Ben. Y se aleja un poco más, fingiendo una retirada—. Que eras la hija que nunca tuvo.

Emily responde con una risa hueca. Otro latigazo en el aire, como si estuviese azotando con un lazo de alambre. Ben lo oye rebotar contra el metal.

—A mí me dijo exactamente lo mismo. Qué imbécil.

Otro latigazo. Más cerca. No le da a nada. Ben oye el sonido que hace el alambre al cortar el aire.

—No tuve que esforzarme demasiado. Una sola carta, y en lo único en lo que

pensó fue en cómo yo podría hacer honor a su legado.

Emily no corre. Ha cambiado su estrategia. Ben sabe exactamente dónde está ella ahora, porque sigue dando latigazos al aire con su sierra mientras avanza hacia él en la oscuridad.

—Sois todos iguales. Lo único que hacía era pensar en sí mismo.

Ben comienza a moverse, tantea en busca de una columna que pueda quedar entre ambos. Si ella va a arremeter contra él, quiere que haya algo en el medio.

—Cuando salí arrastrándome del búnker —sigue Emily—, las quemaduras en las piernas eran tan graves que creí que se me había caído toda la piel. —Su voz suena severa—. Sentía tanto dolor que estaba segura de que estaban en llamas. De que aún me estaba quemando.

Ben no responde. La sierra corta el aire muy cerca, tanto que casi la siente, pero se aguanta, porque sabe que tendrá tiempo para moverse un poco más cuando ella vuelva a hablar.

—Un tipo del servicio forestal me encontró tratando de apagarme el fuego con tierra —dice ella mientras Ben se escabulle, colocándose del otro lado de otra columna. Cree saber dónde estará la siguiente. No tiene un plan, más allá de ponerse lo más lejos posible de esa sierra mientras piensa qué hacer para zafarse—. Me metió en la parte de atrás de su coche y me llevó a una cabaña que tenía.

Ben puede oír sus pasos. Ella sigue avanzando pegada a la pared, mientras él cruza el andén. Está ganando distancia y eso significa que también está ganando tiempo.

—Recuerdo que me dijo que su cabaña estaba más cerca que el hospital y que conseguiría ayuda —sigue Emily. Hace restallar la sierra en el aire como un látigo—. Como si yo estuviera en condiciones de discutírselo.

Si Ben logra ponerse detrás de ella, podría usar la linterna para desarmarla. La golpearía justo en el momento en que intentase usar el arma.

—Me limpió, me lavó las piernas, me cubrió las heridas con ese papel film transparente —continúa—. Me metió en una cama y me dijo que no me moviera, que podía infectarme si lo hacía. Dijo que una infección me mataría.

Emily arremete con la sierra, no una sino tres veces, y luego otras tres, y Ben da un respingo cuando una pequeña astilla de cemento sale disparada en medio de la oscuridad y le golpea la mejilla.

—Un día me desperté y lo encontré tratando de quitarme la ropa interior. La bajó hasta donde llegaba el film, pero luego siguió un poco más, y la piel

empezó a despegarse. Me despertó el dolor. Pero ni siquiera eso le impidió meterme la mano entre las piernas.

Ben siente la sangre en la cara, caliente, en el aire frío. No se anima a pronunciar palabra. Sospecha que no está usando el alambre ahora porque quiere que la escuche con atención.

—Él no sabía que yo conservaba tu cuchillo. Y yo estaba segura de una cosa: sabía que no existía otra alma en el mundo en la que yo pudiera confiar.

Ben sigue callado. Intenta sentir el ritmo de la respiración de Emily, buscando imitarlo lo más posible. No intenta quedarse inmóvil; su padre le ha enseñado que, si tratas de quedarte completamente quieto, el cuerpo te traiciona.

—Estuve en esa cabaña hasta que se acabó la comida. El hombre había conseguido provisiones mientras yo seguía inconsciente. Supongo que tenía otros planes. Nadie vino a preguntar por él. Mientras me quedé allí, en lo único en lo que podía pensar era en qué iba a decirles a mi madre y a mi padre. Qué iba a contarles de todo eso. —Se queda en silencio un segundo—. Cuando finalmente pude marcharme, cuando conseguí un teléfono para poder hablarles, mi madre ya había muerto.

Emily ya no usa la sierra. Aun así, Ben todavía puede saber más o menos dónde está. Ella avanzó pegada a la pared y giró a la derecha, y ahora está casi a la misma altura de donde está Ben escondido, tal vez a unos seis metros de distancia.

—Mientras trepaba para salir del horno, me prometí a mí misma que le haría pagar a John por todo lo que les hizo a esas otras chicas. Pero a medida que pasaba el tiempo, me fui dando cuenta de que ya no lo hacía por ellas.

Ben se pregunta si hay una pared al fondo o si es que Emily camina ahora por el otro borde del andén.

—Lo hago por mí.

Si era el otro borde del andén, entonces podría lanzarse sobre ella.

"O ella podría dar un paso a la izquierda y ver cómo tú caes de boca al suelo, maldito idiota".

—Hay muy pocas maneras de llegar a John. Intenté conseguir trabajo en ese lugar donde está encerrado, pero los antecedentes me habrían delatado. Siempre esperé que le detectaran un soplo en el corazón para poder encontrarlo esposado a una cama en algún hospital.

La seguridad es la mejor opción. Ganar distancia; ganar tiempo. Ben quiere

hablar con ella, pero ella está en modo cazadora y cualquier sonido que él haga lo delatará. Incluso si pudiera hablar libremente, duda que hubiese algo que a ella le interesara escuchar. Su mejor opción ahora es intentar inutilizarla de algún modo. Tentarla para que pase de largo por donde cree que él está y golpearla en la cabeza con la linterna.

—Le escribí, eso sí —dice ella—. Te sorprendería lo fácil que es contactar con un asesino en serie. ¿Sabías que a los tipos que friegan los suelos allí dentro les pagan el salario mínimo? Montaron un negocio pasándole a tu padre cartas de sus seguidores. Yo solo fui una clienta más.

Ben retrocede, tanteando con ambas manos en busca de la siguiente columna. Sabe que está más o menos en el centro del andén, así que aún deberían quedarle al menos dos columnas más antes de correr el riesgo de caer por el borde.

—Y al cabo de un tiempo me di cuenta de que, si yo no podía llegar hasta él, quizá dejarían que él viniera a mí. Pero para eso necesitaba encontrar algo a lo que no pudiera resistirse. Algún tipo de circo mediático.

Dos pasos rápidos y ella acorta la distancia entre ambos como si hubiera sabido todo el tiempo dónde estaba él. La sierra sale disparada, sisea al desenrollarse, y surca el espacio donde Ben estaba de pie hace un instante. Le pasa tan cerca que siente cómo se desplaza el aire.

—Algo como el funeral de su hijo, por ejemplo —dice Emily, y Ben puede oírla respirar con dificultad por el esfuerzo de blandir la sierra—. Puede que le importe un bledo lo que te pase, pero no va a poder resistirse a estar delante de una cámara una última vez.

Las tácticas han vuelto a cambiar. Ya no se trata de no hacer ruido. Ahora se trata de sobrevivir.

Ben se mueve tan rápido como puede, en diagonal por el andén, rebotando de una columna a otra, concentrado exclusivamente en poner la mayor distancia posible entre él y la sierra. Al llegar a la siguiente columna, casi al final del andén (o eso cree), pisa algo líquido y se resbala. No puede controlar la caída, los pies se le escapan por debajo del cuerpo y cae pesadamente sobre el lado izquierdo.

El olor a alcohol emana del líquido espeso en el que ha caído Ben, y comprende, demasiado tarde, que esta es la zona de muerte y que Emily lo ha conducido hasta allí.

Se oye un chisporroteo, y estalla una luz color anaranjado cuando Emily

enciende una bengala de emergencia.

Los ojos de Ben no están preparados para tanta luz, y alza una mano para protegerlos del resplandor.

Emily Walker es poco más que una silueta y, aun así, siente que la reconoce al instante.

"Deberías haberla matado".

En lo único en lo que Ben puede pensar ahora es en la chica de la jaula, con la espalda contra los barrotes. En lo asustado que él estaba. En cómo no quería que muriera.

—Lo siento mucho —dice él.

Ben sabe que debería tener miedo, pero el miedo no llega a apoderarse de él. Se siente vacío, como si no quedara nada que temer.

Emily sostiene la bengala frente a ella y, cuando Ben logra que sus ojos finalmente se adapten a esa luz, logra distinguir la expresión en su cara. No es ira ni frustración, ni siquiera triunfo.

Parece completamente en paz.

—Díselo a Dios cuando lo veas —le responde ella, y arroja la bengala al charco de gel de etanol donde yace Ben. La llama color anaranjado desaparece y, durante un instante, Ben se queda mirándola fijamente, dudando si el combustible habrá llegado a prender.

En ese momento, hay una ráfaga de viento repentina, como si la estación del metro acabara de tomar aire, y una llama azul brillante atraviesa la oscuridad a toda velocidad y lo devora entero.

CAPÍTULO 44

168th Street-181st Street A Kelly le lleva un buen rato descifrar adónde ha ido Ben. En el fondo, esperaba encontrarlo en el tren, pero una vez que ha pasado la cabina del conductor, se tomó su tiempo para revisar la otra punta de las vías antes de dar con el túnel por el que se debe haber adentrado.

Mientras mira fijamente la boca del túnel, ese tramo de oscuridad que se desvía de la vía principal en dirección al Hudson, cada fibra de su ser le grita lo mismo: que no debería haber dejado que Ben fuera solo.

Debería haber traído una puta linterna más grande que la del móvil. Sirve para ver por dónde caminar o para detectar cualquier movimiento a tres o cuatro metros de distancia, pero para cualquier otra cosa, el haz de luz se dispersa demasiado para serle útil. La oscuridad simplemente se lo devora.

Kelly revisa el arma que le han proporcionado los de Seguridad Nacional. En ese aspecto, no tiene ninguna queja. Probablemente, sea mejor que su pistola reglamentaria, aunque le habría gustado que hubieran sustituido el puntero láser por un soporte para linterna, incluso si llevarla a cuestas le hubiese desalineado un par de vértebras.

Encuentra una plataforma de acceso que sube hasta una pasarela a un lado de la vía y ve también un par de marcas de rozaduras que podrían ser huellas.

Ben ha pasado por aquí.

No debería haberlo dejado ir solo tras Emily.

En ese momento, le pareció la decisión más acertada. Incluso con el tren detenido y todas las puertas abiertas, y con la absoluta convicción de que no había ninguna bomba a bordo, seguía sin tener pruebas concluyentes. Y sin pruebas, no podía arriesgarse a poner en peligro al maquinista ni a nadie más por si acaso Emily Walker llevaba encima un segundo dispositivo.

Dejar a Ben en la cabina fue lo correcto en ese momento.

Seguridad Nacional habría hecho lo mismo, está segura. Su capitán probablemente también estará de acuerdo. Y cuando terminen la investigación de todo este incidente, lo más factible es que reciba una condecoración.

Pero Kelly, y cualquier otro policía que lea las transcripciones, sabrá que fue la decisión equivocada.

Tal vez, si hubiesen regresado a la 168 junto con el resto de los pasajeros, Emily Walker se habría entregado. Debía saber que, en el instante mismo en que el tren se detuviera, perdería el poco control que aún tenía sobre la situación: con una multitud que camina a oscuras y avanza a trompicones por las vías hacia la 168, habría demasiada confusión como para apuntar a Ben, y una vez en la superficie, ya habría sido demasiado tarde. Tal vez, si Kelly hubiera encontrado alguna manera de sacarla de quicio por radio, habría evitado que Emily detuviera el tren y habrían caído directamente en las garras del grupo de operaciones especiales que los esperaba en la 181.

Si tan solo hubiera hecho algo distinto, habría habido opciones mejores que dejar que Ben se lanzara de cabeza contra una maldita psicópata porque se sentía culpable de todo lo que el hijo de puta de su padre le había hecho.

O quizá no habría cambiado nada y estarían exactamente en la misma situación que ahora, solo que con más cadáveres.

Cuanto más se adentra en el túnel, la duda más la aqueja y la frena. Recuerda su entrenamiento. Todo se reduce al momento presente. A la concentración.

"Comenzaste el día quejándote de tu trabajo de mierda. Bueno, aquí tienes tu deseo cumplido".

Más adelante, hay una curva. Kelly alcanza a ver el borde donde la pared desaparece por completo y supone que podría tratarse de un andén en desuso. Desacelera y apunta su linterna hacia el suelo, tratando de no anunciar su llegada.

Uno de los instructores del grupo de operaciones especiales que dirigía los entrenamientos de combate en espacios cerrados le dijo una vez que, cuando estuviese lista para entrar en acción, debía recitar la plegaria del astronauta. Kelly pronuncia las palabras en silencio hacia la oscuridad.

"Señor, oh, Señor, no dejes que la cague".

Se alza una ráfaga de viento a su alrededor que le mueve el pelo al pasar, y desde el andén, llega el estruendo de un fogonazo. Todo el andén, más adelante, estalla en un color azul antinatural, y Kelly oye los gritos de Ben.

No hay tiempo para pensar. Kelly quita el seguro de su arma y corre hacia la

luz.

Ya no hay lugar para la discreción. Emily Walker quiere ver a Ben muerto. Quiere quemarlo vivo en la oscuridad y ya ha encendido la llama. No va a quedarse esperando a ver si alguien acude en su ayuda. Esto es lo que ella quería. No es ningún señuelo ni una trampa.

Consciente de ello, Kelly dobla la curva y sale al espacio abierto del andén, con el arma en alto, avanzando entre las columnas que sostienen el techo de la estación e intentando obtener una línea de disparo despejada.

Justo en el centro del andén, Kelly ve a Ben luchando por zafarse de Emily Walker.

Atrapados en el haz de su linterna, no parece que ninguno de los dos esté ardiendo. Las llamas color azul que los rodean desaparecen en la luz tenue, pero Kelly puede sentir el calor desde donde está.

Un fuego de etanol. No es una bomba, pero Emily Walker tenía un plan después de todo.

Ben está de rodillas, con el torso erguido, la espalda arqueada y ambos brazos en alto protegiéndose la cara mientras trata de impedir que un grueso alambre gris plateado y sucio se cierre alrededor de su cuello. En una mano, sostiene una linterna, de unos cuarenta centímetros, que hace el trabajo pesado de mantener la sierra alejada de la cara. El otro brazo ha quedado atrapado, y el alambre le ha provocado un corte profundo en el antebrazo. La sangre que mana de la herida burbujea, se cuece con el calor de un fuego invisible.

Emily se yergue detrás de él, con un pie levantado y apoyado en el centro de la espalda de Ben, las manos aferradas a dos mangos unidos a ambos lados del alambre, con los dientes apretados mientras tira con todas sus fuerzas, como si intentara atravesarlo de lado a lado. Su ropa también ha comenzado a prenderse fuego, pero parece no darse cuenta.

El aire espeso está cargado del olor a quemado: la ropa, el pelo, la carne. Cada bocanada alcanza algún lugar primitivo del alma de Kelly, inundando su cuerpo de adrenalina pura.

Kelly no hace ninguna advertencia. No es necesario. Emily la está mirando fijamente, con el rostro convertido en una máscara de furia, con todos los dientes al descubierto mientras sigue tirando del alambre con más fuerza aún, desesperada por terminar lo que ha empezado.

Un tiroteo en la vida real no se parece en nada a disparar en un campo de tiro. El campo sirve para trabajar los fundamentos: asegurar el arma,

prepararla; alinear el objetivo y las miras; disparar y aprender a controlar el retroceso. El campo es un lugar donde se machacan los fundamentos una y otra vez, dejando que la memoria de disparar al centro de masa se grabe en las neuronas hasta convertirse en algo instintivo.

Un tiroteo real no es algo que se pueda replicar en algún tipo de ejercicio.

Tiene más que ver con esa última decisión cuando todas las demás han quedado descartadas: que estás listo y dispuesto a emplear fuerza letal.

Que estás a punto de matar a alguien.

Kelly saca el arma, alcanza la línea de tiro con mucha facilidad porque esa arma es más ligera de la que está acostumbrada a usar, pero su brazo corrige el movimiento antes de que sobrepase la línea de fuego prevista.

Aunque Emily no alcanza a ver el arma, ve cómo se mueve Kelly y sabe lo que se avecina. Intenta cambiar la sujeción y forcejear con Ben para colocar su cuerpo entre ambas.

Pero no puede. Lo arrastra con todas sus fuerzas, usando cada kilo y cada gramo de dolor para mover a Ben como ella quiere, pero él se le resiste centímetro a centímetro. Con ambos pies plantados y todo su cuerpo tensándose contra la tracción del alambre, Ben busca liberarse. No ve a Kelly, y ella no puede estar segura de que él vea nada. Ben solo lucha contra Emily porque lo único que le queda es la voluntad de sobrevivir.

El arma podrá ser más ligera, pero el gatillo tiene los dos mismos kilos de resistencia que la pistola con la que Kelly ha practicado en la academia. No le opone la más mínima resistencia. No hay vacilación alguna entre la decisión final de matar a Emily Walker en el acto y el momento en que dispara el arma.

Kelly no espera tras el primer disparo. Dispara tres veces, con los ojos abiertos y fijos en el objetivo, dejando que la memoria muscular haga su trabajo. Los tres impactos limpios en el centro de masa de Emily Walker, formando un patrón compacto y preciso que Kelly puede lograr. Disparar a Emily —matar a Emily— le lleva menos de cuatro segundos.

Cuando Kelly hace su tercer disparo, es consciente de que Emily ha empezado a caer. Ha ido ajustando la puntería todo el tiempo, siguiendo el cuerpo de Emily hacia abajo tras el impacto del primer tiro. Kelly levanta la cabeza, afloja el dedo del gatillo, y ve cómo la sierra quirúrgica cae junto a Ben. El cuerpo de Emily Walker se desploma, una pierna se le dobla debajo de ella, y cae como un peso muerto en el charco de su propio fuego. Las llamas crepitan a su alrededor, una oleada azul, y vuelven a extinguirse.

Para cuando Emily Walker toca el suelo, Kelly está corriendo directa hacia el fuego. Suelta el arma y el teléfono al prendérsele los pantalones; el dolor estalla como una llamarada aguda que le recorre la pierna en un instante. Cuando alcanza a Ben y lo saca a rastras del charco ardiente en el que yace, oye un grito.

Kelly intenta ignorar el hecho de que ese grito es el suyo.

CAPÍTULO 45

168th Street-181st Street Ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo. Esa fue la frase de despedida que su predecesor le dirigió a McDiarmid cuando asumió su cargo. Tras escuchar esa máxima de un mariscal de campo del siglo XIX sobre las maniobras en el campo de batalla, McDiarmid estuvo seguro en aquel momento, y cada día desde entonces, de que el viejo la había elegido más porque sonaba contundente que por una convicción real de lo que estaba diciendo.

Esa certeza duró hasta el instante en que el tren 2-1-5 procedente de South Ferry se detuvo por completo y de forma inesperada en el túnel, en algún punto entre la 168 y la 181. Había estado escuchando la conversación entre Adam Crane y la mujer que aseguraba ser Emily Walker, como todos los demás, pero ese intercambio no lo había sorprendido. Crane estaba intentando enturbiar las aguas antes de que el tren llegara a la estación, buscando sembrar el mismo tipo de duda que había impedido que Hendricks le colocara las esposas en cuanto subió al tren. Trataba de controlar la situación, sin darse cuenta de que, al hacerlo, estaba siguiendo el juego de McDiarmid.

El sobresalto llegó cuando el tren se detuvo.

En la transmisión se desató el infierno, la Autoridad Metropolitana de Transporte irrumpió en el canal principal para preguntar si debían cortar la corriente de la vía de inmediato; alguien más interpretó eso como una admisión táctica de que ya la habían cortado y de que el tren se había detenido por culpa de ellos. Lo que venía siendo una comunicación clara se convirtió de pronto en una batalla a gritos entre las distintas agencias implicadas, todas

desesperadas por ser la primera en dejar constancia de que no había sido su maldita culpa.

En lugar de perder tiempo intentando acallar el debate, McDiarmid adoptó el procedimiento operativo estándar que Seguridad Nacional recomienda ante enfrentamientos interinstitucionales hostiles: alejarse y dejar que gasten toda su energía peleándose entre ellos. Hoyt y el equipo táctico estaban en un canal separado, y su disciplina radiofónica era, por necesidad, excelente. Haría falta mucho más que las frustraciones personales de todos ellos por la detención del tren para romperla.

El silencio en la radio resulta más inquietante que el caos en la otra línea, así que pulsa el botón para comenzar a transmitir.

—Aquí McDiarmid. Informe de situación.

—Manteniendo posición.

La voz de Hoyt es inconfundible, incluso a través de la radio. Quizá por primera vez desde que incorporó a Hoyt, McDiarmid siente envidia de él. Allí abajo, en el andén de la estación, seguramente reine el silencio y, aunque no sea calma (pues la tensión latente de una operación a punto de comenzar está muy lejos de ser calma), haya un sentido de propósito compartido que allí, a nivel de la calle, brilla por su ausencia.

Una oleada de estridentes cláxones capta la atención de McDiarmid, que alza la vista y mira más allá de la barricada de ambulancias y patrulleros para ver qué mierda es lo que está sucediendo. Dos de las unidades móviles de noticias, dos de las más cercanas a la acción, intentan volverse y regresar a una calle que ya está completamente colapsada. Parecen tener mucha prisa. Una de las furgonetas tiene las puertas abiertas, y los técnicos arrojan sus equipos dentro mientras el conductor mueve el vehículo hacia delante y hacia atrás, buscando encontrar un espacio que no existe. Los cámaras de la otra unidad ya están corriendo, intentando abrirse paso entre la multitud, y se alejan por si su furgoneta no se libera nunca.

"Ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo". McDiarmid siempre creyó que su predecesor decía estupideces, pero tal vez no había construido bien la frase. Tal vez lo que debería haber dicho es "Si la prensa se entera de que algo está pasando antes que tú, estás jodido".

McDiarmid ve a Cheryl y le hace señas para que se le acerque. Cheryl tiene puesto un auricular en una oreja y un teléfono en la otra, pero aun así ve el gesto y se dirige a él de inmediato.

—¿Qué cojones es lo que está sucediendo aquí? —pregunta McDiarmid.

—Nos llegan informes que dicen que hay gente en las vías y que están caminando hasta la 168 —explica Cheryl. Si le sorprende que McDiarmid no lo sepa, no lo demuestra—. Parece que todos los pasajeros se han bajado del tren. Los del Departamento de Policía de Nueva York ya están allí y están listos para recibirlos.

Al ver que no hay nada más que decir, Cheryl vuelve a estar atenta al teléfono.

McDiarmid siente una repentina necesidad de arrebatarle el teléfono de la mano y de tirarlo por la ventana, pero contiene el impulso.

Ese idiota de Crane ha perdido la cabeza, y ahora McDiarmid perderá los estribos. La operación entera se cae a pedazos antes de haber comenzado siquiera, y lo único que quedará después será un puñado de preguntas incisivas respecto de su falta de previsión para adelantarse a los hechos e impedir que esto se convierta en un verdadero circo.

McDiarmid aprieta con más fuerza el teléfono en su mano. Su equipo de Tácticas sigue en el andén. Si puede provocar un enfrentamiento entre ellos y Crane en el túnel del metro, tal vez tenga la oportunidad de salvar la situación. Al menos, lograrían imponerse sobre la policía de Nueva York. O tal vez, viendo cómo se están desarrollando las cosas, Crane recobre el valor y haga volar todo en pedazos.

McDiarmid coge la radio.

—Aquí, McDiarmid. Entrad ya mismo en el túnel e iniciad contacto con el objetivo.

De pie en medio del andén, mirando hacia la boca del túnel, Hoyt no acusa recibo de la transmisión de McDiarmid. La unidad táctica tiene una muy buena posición en el andén: hay mucha luz, buena cobertura para cada uno de los hombres y poco riesgo de fuego cruzado. El túnel será todo lo contrario: allí estarán completamente expuestos, desplegados en fila, y sus linternas no serán lo suficientemente potentes como para penetrar la oscuridad, y encima delatarán su posición ante cualquiera que se encuentre más allá en el túnel.

Uno de los hombres al otro lado del andén capta su mirada mientras señala hacia el túnel con la misma falta de entusiasmo que siente Hoyt, que levanta una mano y responde con una señal. “Espera, un momento”.

No hay ningún motivo para que entren. Toda la unidad ha estado

escuchando el canal de la policía y, a oídos de Hoyt, la situación se parece bastante al mejor desenlace que podrían haber esperado. El Departamento de Policía de Nueva York tendrá el dudoso honor de encauzar a un par de cientos de viajeros furiosos que saldrán en tromba de la 168, y cualquiera que decida dirigirse hacia el norte caminará directo al punto de mira del equipo táctico. Las prioridades de Hoyt son la seguridad del público y la de su equipo, y con ambas garantizadas, le da igual ante quién se rinda Crane.

La radio de Hoyt crepita en el auricular.

—¿Me escuchas, Hoyt? —McDiarmid suena furioso—. Métete en el túnel ahora y encárgate de ese tren.

A McDiarmid sí le importa. No hay otra razón para dar una orden así. Le dice a Hoyt que reflexione y piense en el panorama general, pero todo indica que ese panorama tiene más que ver con McDiarmid, que quiere asegurarse de que su carrera quede a salvo. Y Hoyt no piensa poner en riesgo ni a uno solo de sus hombres por eso.

—Recibido —dice Hoyt al aire vacío, mientras el micrófono de garganta capta el sonido de su voz y lo transmite. Al mismo tiempo, hace una señal al resto del equipo táctico. "Mantened vuestras posiciones".

Hay una sola cosa que le preocupa. La detective Hendricks. Si ella hubiese arrestado a Crane o si de alguna manera se las estuviese arreglando para disuadirlo, ya habría contactado con ellos. Hoyt no es el tipo de persona que se pasa mucho tiempo dándoles vueltas a los casos hipotéticos, pero el silencio de la detective comienza a irritarle.

En el instante en que Hendricks aceptó la orden de sujetar la otra punta de la camilla con él, se volvió parte de su equipo, y Hoyt no piensa dejarla sola allí abajo.

Levanta una mano y presiona el botón en su arnés para iniciar la transmisión.

—Si piensa enviar a alguien a una trampa mortal, prefiero ser yo, señor —dice Hoyt, manteniendo el botón presionado para que McDiarmid no pueda responderle—, ya que usted es demasiado cobarde para hacerlo. Todas las unidades, mantened vuestras posiciones. Si hay una detonación, despejaremos la superficie lo antes posible. Nada de hacerse los héroes. Si baja alguien más al túnel que no sea yo, arrestadlo.

Apaga la radio antes de terminar la transmisión. Podrá ser una infracción menor del protocolo en comparación con la insubordinación, pero si en verdad

va a adentrarse en ese túnel, Hoyt prefiere no tener a McDiarmid hablándole al oído todo el trayecto.

Hoyt se deshace de su radio y revisa su arma antes de echarse a correr por el andén. Cuando pasa junto al oficial Murphy, llega a oír el sonido metálico y zumbante de McDiarmid volviéndose loco a través del auricular del otro hombre.

Mientras Hoyt desciende por el túnel, Murphy sonríe y le levanta ambos pulgares en señal de aprobación.

Incluso cuando se adentra en la oscuridad del túnel, Hoyt no puede evitar sentir que todo habrá valido la pena si eso significa sacar de quicio a McDiarmid.

CAPÍTULO 46

168th Street-181st Street Hay un charco de agua en las vías. Kelly no lo ve, no dirige la linterna hacia ese lado, pero sabe que está allí con la misma certeza con la que sabe que, de no ser así, tanto ella como Ben ya estarían muertos.

No existe una plegaria para esto, ni ningún tipo de entrenamiento para prepararse. Kelly carga a Ben sobre el hombro y siente cómo se le quema el pelo en el lado izquierdo de la cara. Corre hasta donde sus piernas le permiten y luego lo empuja hacia delante, haciéndolo caer por el borde del andén. Mientras rueda tras él, Kelly casi no percibe el chapoteo de Ben al impactar en el agua, y la oleada de alivio hace que el duro golpe resulte mucho más fácil de soportar.

Kelly no puede distinguir qué es agua y qué es hormigón al caer. Lo único que siente es una agitación que le recorre el cuerpo entero, de la cabeza a los pies, helada y brutalmente dura al mismo tiempo.

La cabeza se le hunde bajo el agua y sufre un espasmo. Sus brazos y piernas se agitan violentamente para tratar de incorporarse y salir del agua. Escupe agua salada, intenta recuperar el aliento y se retuerce cuando una ráfaga de llamas color azul alcanza el borde del andén, como si fueran dedos largos que buscaran atraparla.

Ya no está envuelta en llamas.

Seguramente, va a sentir mucho dolor, lo sabe, pero ahora lo importante es que no está ardiendo.

"Ben".

Lo ve echado sobre el charco a menos de un metro de distancia. Está boca arriba y, cuando se le acerca para comprobar si aún respira, se da cuenta de que está temblando como si estuviese convulsionando.

Cuando lo toma de la mano derecha, se encuentra con la linterna que había sostenido consigo hasta ese momento. Debe hacer fuerza para poder quitársela.

Cuando la enciende, la luz es tan brillante que tarda un momento en darse cuenta de qué es lo que está viendo.

Ben yace en el suelo con los ojos abiertos porque, al parecer, se ha quedado sin párpados. Tiene quemada la mayor parte del lado izquierdo de la cara y, de ese mismo lado, el traje se está desintegrando a jirones. El alambre con el que Emily lo cortó sigue colgándole del antebrazo, pero no parece que esté sangrando.

Es como si el fuego hubiera cauterizado la herida, sellándola y atrapando el alambre en su interior.

Habrá sanitarios en camino. Incluso hay un hospital en la 168. Kelly sabe que él no tiene tiempo. Necesita ponerlo en movimiento.

Necesita llevarlo de vuelta al tren.

No hay humo —el alcohol arde rápido y no deja cenizas cuando se apaga—, pero el aire es distinto. Duele respirarlo, y Kelly siente como si estuviera masticando papel de aluminio al hablar.

—¿Puedes oírme, Ben? ¿Te encuentras bien? —Hace la pregunta sabiendo que no es así—. Necesito moverte.

Él no dice nada, pero los ojos se dirigen muy levemente hacia ella. Una de sus piernas se mueve, como si intentara caminar. Puede oírla hablar y, por la forma en que patea el pie, parece que él también quiere ponerse en marcha. Está mucho más cerca de cooperar de lo que ella verdaderamente esperaba.

Kelly manotea el cinturón, desabrocha la hebilla y se lo quita de las trabillas del pantalón. Puede que Ben no esté sangrando, pero cuando lo incorpore, la herida del antebrazo va a abrirse y entonces no importará lo cerca que esté el hospital: perderá mucha sangre antes de volver a ver la superficie.

Se agacha a su lado y encaja la linterna detrás de su propia rodilla para tener las dos manos libres. Hay solo luz suficiente para ver lo que está haciendo, pero no para ver el destrozo que una vez fue el brazo de Ben.

—Voy a colocarte un torniquete —le empieza a decir Kelly. Él ni siquiera se estremece, pero ella sigue hablándole. Se siente más segura si va relatando en voz alta—. Volveremos al tren, y desde allí, pediremos ayuda por radio.

No es solo el aire lo que le dificulta el habla. Kelly huele a pelo quemado y se resiste a tocarse la cabeza para comprobar cuánto del suyo también se ha quemado después de lanzarse entre las llamas para rescatar a Ben.

Ben grita de dolor mientras Kelly le pasa el cinturón por debajo del brazo y

se lo ata al torso tan fuerte como puede. Ben deja escapar un sonido que se parece al de una tetera hirviendo hasta secarse sobre la cocina.

Cuando ella se incorpora, nota que todavía hay algo de espacio entre el cinturón y la ropa. No está ajustado lo suficiente. Se le rompe el corazón al pensar que tendrá que someterlo a ese mismo sufrimiento una vez más. Se arma de valor y, por un momento, considera no decirle qué es lo que está a punto de hacer.

Pero será mejor que lo sepa.

—Una última vez —dice mientras se inclina sobre él—. Lo prometo.

Kelly vuelve a ajustar el cinturón, y Ben no hace ningún ruido. Todo su cuerpo ha quedado rígido después de tanto dolor. Como si hubieran descargado cincuenta mil voltios sobre él de una sola vez.

Ahora que Ben está todo lo estable que podría estar, Kelly intenta ponerse de pie. Cuando por fin logra levantarse, las piernas le tiemblan tanto que siente que van a ceder bajo su peso. Simplemente salir de allí le va a consumir todas sus fuerzas. Sabe, sin siquiera intentarlo, que nunca podrá cargar con Ben hasta la salida. Tendrá que arrastrarlo.

Kelly le levanta un brazo después de otro y se los cruza sobre el pecho, dejando arriba el herido; luego se deshace de la linterna. Necesita ambas manos para arrastrarlo, y la linterna pesa tanto que desprenderse de ella es como soltar una carga absolutamente innecesaria. Sujetándolo por la ropa bajo cada axila, lo gira de modo que la cabeza y los hombros apunten hacia el túnel principal. Así comienza a sacarlo del charco, paso a paso, usando los bordes de las vías para impulsarse con las piernas lo máximo posible.

Cuando salen del charco, Kelly se da cuenta de que el agua fría estaba amortiguando sus propias heridas y, mientras retrocede por el túnel en dirección al tren, comienza a sentir cómo las quemaduras de las piernas y de los brazos laten al ritmo de su respiración, con cada inhalación áspera del aire envenenado resonando en su piel.

Arrastra a Ben, haciendo un gran esfuerzo por no moverlo demasiado, por no concentrarse en lo poco que avanza ni en lo lejos que aún están. El olor metálico del residuo químico que ardió junto con el etanol sigue en el aire, y solo cuando empieza a disiparse —esa sensación fina y pegajosa en la cara y las manos, barrida por remolinos de aire caliente procedentes del túnel principal —, Kelly sabe que están cerca.

Justo cuando Kelly alcanza a ver el tren, pierde el equilibrio y cae sentada

sobre la grava.

Suelta a Ben y libera las piernas primero para poder incorporarse nuevamente. Es como si hubiese olvidado cómo mantener el equilibrio con ambas piernas, como si su memoria se hubiese salido de su cuerpo con la caída. Deja a Ben en el suelo por un momento para descansar los brazos, y aunque se siente apenas un poco mejor ahora, no está segura de ser capaz de volver a levantarlo.

—Ya casi hemos llegado —sigue diciendo Kelly, más para darse ánimos que para cualquier otra cosa, y el sonido de una voz que ya no parece ser la suya le provoca un mareo. Suena mucho más mayor, más áspera, e intenta mantenerse firme mientras piensa en que suena igual que su madre la última vez que estuvo con ella. Esa vez que la extubaron para que pudiera despedirse.

Kelly casi no puede caminar, y aun si dejara a Ben allí para que esperara al equipo de rescate, se siente demasiado débil como para seguir avanzando sola. Los brazos y las piernas le pesan una tonelada, y la cabeza le da vueltas. Lo único que quiere es sentarse y quedarse dormida.

"No vamos a lograrlo".

La duda le cae como ácido directo al cerebro. Pensar en rendirse la enfurece más de lo que jamás se ha enfurecido. El tren está allí, maldito sea, y ella no lanzó a un imbécil de noventa kilos por encima de una puta mesa llena de cócteles para terminar muriendo en este estúpido túnel.

El tren está allí. Las luces siguen encendidas. Sigue habiendo corriente.

Entre ellos y el tren está el tercer carril electrificado.

Pueden hacerlo, pero va a tener que levantarlo.

"Puedes hacerlo".

Kelly se coloca junto a los pies de Ben. Se inclina, le junta las rodillas y toma con una mano la muñeca sana y con la otra el extremo suelto del cinturón-torniquete.

"Debes hacerlo".

Respira hondo por la nariz y lleva el aire hasta lo más profundo de su ser, sintiendo cómo todo el torso se le tensa para proteger la espalda. Tira con todas sus fuerzas, levantando a Ben hasta ponerlo de pie. Mientras él se incorpora, ella se acuclilla, de modo que cuando se desploma como peso muerto sobre sus hombros, ella pueda impulsar el cuerpo hacia arriba para recibirlo. Kelly suelta el cinturón para que el cuerpo de Ben quede cruzado sobre su espalda como

haría un bombero y, con un único paso corto para no perder el equilibrio, lo sostiene.

Kelly siente como un desgarro en la pierna izquierda. El músculo del cuádriceps late con mucha fuerza, como si quisiera desprenderse de la rótula, entonces Kelly comienza a moverse antes de que eso suceda. Pasa por encima del tercer carril sin bajar la mirada ni detenerse, y se tropieza justo frente al tren antes de tropezar con sus propios pies y caer hacia delante. Ben sale despedido de sus hombros y cae sobre la grava.

Kelly vuelve a sujetarlo, pero cuando intenta retroceder unos pasos y levantarlo para meterlo dentro del tren, le resulta demasiado pesado.

No puede dejarlo allí, pero tampoco tiene fuerzas suficientes para moverlo.

Ben va a tener que ayudar.

—Lo siento mucho —dice Kelly.

Sujeta el alambre que sigue incrustado en el brazo de Ben; el metal le produce un corte en la palma cuando cierra el puño y tira con fuerza. Ben grita y se agita. Aparentemente, eso lo hace regresar a un estado que quizá no sea del todo consciente, pero al menos logra que las piernas se le muevan. Kelly suelta el alambre y tira de él, trepando como puede los escalones hasta que lo arroja en el suelo del tren.

Entra en la cabina y se sienta frente al panel de control. Los mandos le parecen un galimatías, pero distingue dónde está la radio. Si logra comunicarse con la Central, ellos podrán guiarla.

Kelly levanta el micrófono y aprieta el botón con el pulgar.

Nada.

Ni luces, ni transmisión, ni estática. Nada.

Tiene que haber otro botón. Kelly busca, pero las etiquetas la confunden. Baja la cabeza para mirar más de cerca.

Una bala atraviesa el parabrisas del tren, y Kelly siente cómo se incrusta en el reposacabezas con un sonido como el de un impacto con un bate. Trozos de cuero sintético y espuma estallan contra su cara, y ella se desplaza unos centímetros hacia la derecha antes de levantar la cabeza y mirar por la ventana. Fuera, sobre la vía, justo delante del tren, el cadáver andante que alguna vez fue Emily Walker le está apuntando directamente con la pistola que ella había dejado atrás.

Kelly no se queda a ver nada más y se echa al suelo. Dos disparos más atraviesan la ventanilla de la cabina, y cada uno rebota contra la pared del

fondo con un estruendo más fuerte que el propio disparo, pero Kelly ya ha salido por la puerta, gateando a toda velocidad mientras se adentra en el vagón en busca de refugio. Casi tropieza con Ben al salir corriendo de la cabina. De algún modo, él ha encontrado fuerzas para arrastrarse por el suelo tras ella y está despatarrado en el charco de su propia sangre a un paso de la puerta. Kelly pasa por encima de él —no tiene tiempo ni fuerzas para arrastrarlo dentro y usar la puerta para protegerse— y busca desesperadamente algo, lo que sea, para defenderse.

No encuentra nada. Solo se tiene a sí misma, y ahora que el tren comenzará a moverse, todas las luces están encendidas. No hay donde esconderse.

Emily trepa por la puerta abierta del tren, y Kelly nota que la parte inferior de su cuerpo está bañada en sangre. Sin importar lo que haya hecho el fuego para sellar las heridas de bala y mantenerla con vida, la persecución ha vuelto a abrirlas.

Está malherida, y por un instante Kelly piensa en pedir ayuda. Pero Emily levanta el arma. Semejante esfuerzo en su estado hace que le tiemble la mano. Intenta apuntar. No es posible que falle. No a esta distancia.

Hay un disparo, y Emily cae hacia la derecha. La mitad superior de su cabeza desaparece en un destello rojizo mientras cae. Kelly la observa, aunque sin poder conectar el disparo con la caída.

Solo cuando Hoyt aparece por la puerta del tren, con el rifle todavía apuntando al cadáver en el suelo en caso de que se le ocurra haber sobrevivido, Kelly comprende que todo ha terminado.

Emily Walker está muerta.

—¿Estás bien? —le pregunta Hoyt.

Kelly trata de asentir con la cabeza, pero el dolor en la cara y en el cuello la convence de no hacer movimiento alguno.

—Herida —responde.

—Los sanitarios están en camino. ¿Dónde está Adam Crane?

—Ben está allí —señala Kelly—. No está bien. —No cree poder decir mucho más que eso. La adrenalina que la ha mantenido con la energía suficiente para llegar hasta allí ha desaparecido y ahora siente que se va a desmayar.

Hoyt la mira con los ojos bien abiertos, sorprendido de que siga consciente.

—Sácame de aquí —llega a decir antes de desvanecerse.

CAPÍTULO 47

Hospital Presbiteriano de Nueva York Cuando Kelly se despierta, el televisor fijado a la pared en la esquina superior izquierda de su habitación la pone al día sobre todo lo que se ha estado perdiendo.

Hay una toma desde un helicóptero que se repite una y otra vez, y que muestra el caos en las inmediaciones de la 181. El piloto y el cámara deben de haber estado buscando ganar algún premio, porque vuelan desde el sur siguiendo la línea del metro con tal precisión que la cadena ha agregado un plano superpuesto que muestra exactamente dónde se detuvo el tren.

El helicóptero vuela directo hacia la 181 y luego se desvía en el último segundo para trazar un amplio círculo y captar así todo el circo mediático, y volver a enfocar la estación al final.

Puede ver a los de Seguridad Nacional en el centro de ese lío, con sus coches sin distintivos y las lunas tintadas. El grupo de operaciones especiales y el FBI también están en la escena, junto con lo que parecen ser todas las ambulancias y camiones de bomberos que han podido meter en St. Nicholas Avenue.

La policía hizo lo posible por establecer un perímetro, cerrando todo desde la intersección en la 179 hasta Bennett Park, pero no previeron que los pasajeros del tren que venían de la 168 se toparían directamente con la avalancha de medios que buscaban sus testimonios. Lo que al principio era un público tranquilo se convirtió en un caos mediático de noticias locales y nacionales intentando discernir quiénes eran las verdaderas víctimas y quiénes habían bajado de su apartamento solo para ver si podían salir en televisión.

Es una toma verdaderamente impresionante, y Kelly se alegra de haber estado inconsciente durante la mayor parte de todo aquello.

Su capitán no ha ido a hablar con ella. Hay unas flores que envió la comisaría, y Hernández la ha puesto al día: hay un aire general de vergüenza por su implicación en todo esto, y ninguno de los jefes sabe qué hacer al respecto. Ponerla a hacer tareas pasivas había sido el primer paso de un plan de

varias etapas para cargarse su carrera, pero ahora la oficina del alcalde no deja de llamar para preguntar cuándo van a programar una ceremonia de condecoración.

Unos golpes en la puerta le indican que Hoyt ha vuelto. Siempre llama de la misma manera; Kelly jamás habría pensado que alguien pudiera hacerlo así, de una manera tan formal, hasta que oyó sus golpes. El personal del hospital llama como si fueran vecinos de visita. Hoyt lo hace como si lo hubieran citado para un consejo de guerra.

—Adelante —dice Kelly con suavidad. Todavía no ha recuperado la voz y no sabe si alguna vez mejorará o si simplemente deberá acostumbrarse.

Hoyt entra en la habitación. Lleva un traje azul que necesita urgentemente un sastre. Parece un luchador de segunda de pie en los escalones de un juzgado esperando noticias sobre su multa por haber estado conduciendo ebrio.

Kelly no le dice nada de eso.

—Me alegra ver que estás despierta. —Trae dos cafés y deja uno sobre la mesa frente a ella. No debería tomar café, pero Hoyt conoce su oficio. La gente que sale de un incendio con los muslos fritos puede beber lo que le dé la gana —. ¿Has podido andar?

Por lo que sabe, él la cargó en brazos cuando la rescató. Debió de haber caminado hasta la 181 para luego subir corriendo los ciento veinte escalones hasta dejarla en la unidad médica que los esperaba. Hay una foto que inmortalizó la escena, pero Kelly se las ha arreglado para no verla todavía.

—Logré orinar sin un guardia de honor a mi lado esta mañana —le responde —. Para serte sincera, ya me había acostumbrado a tener gente conmigo.

Hoyt no esboza siquiera una sonrisa, pero el hecho de no haberla reprendido por ese último comentario cuenta como un punto a favor. La primera vez que fue a verla, inspeccionó sus vendajes con los modales de un sargento instructor y la reprendió más de una vez por enfrentarse al fuego sin el equipo adecuado ni un entrenamiento previo.

Señala el café.

—¿Vas a beber esa cosa antes de que se enfríe?

Kelly coge la taza. Bebe un sorbo y hace una mueca; luego se obliga a tomar un buen trago, y detesta cada segundo que está en su boca antes de poder tragarlo. No es el peor café que ha tomado en su vida, pero anda muy cerca.

—Gracias —responde Kelly. Sabe que Hoyt podría conseguirle un café mucho mejor. Supone que lo hace para obligarla a levantarse de la cama e ir a

buscarlo ella misma. Para un tipo que actúa como si tuviera que tomarse una pastilla en cuanto nota que se asoma la emoción, esta acción resulta sorprendentemente considerada de su parte—. ¿Cómo está Ben?

—Está vivo.

Es asombroso todo lo que puede decir sin decir prácticamente nada. Ben sobrevivió a las quemaduras y a los cortes, pero una infección en la unidad de cuidados intensivos casi lo mata. Le queda un camino largo por recorrer hasta volver a la normalidad.

—¿Ya puede hablar?

—Al parecer, escribió la palabra "policía" con el dedo en la palma de la mano de una de las enfermeras. Creen que estaba preguntando por ti.

—¿Qué le dijeron?

—Que fuiste tú quien lo sacó de ahí.

Kelly se queda con eso. Se despierta pensando en ello. Cuando el hospital está en silencio, y le pican las piernas bajo los vendajes, y no hay nada que hacer salvo mirar hacia la oscuridad y sentir cómo la atrapa y envuelve, arrastrándola de nuevo bajo tierra, eso es en lo que piensa.

No puede imaginar cómo debe sentirse Ben.

Espera que, en algún rincón de su ser, encuentre algo de alivio.

Hoyt la observa, y Kelly se siente incómoda bajo su escrutinio.

—¿Qué?

—Tienes preguntas —asevera él.

—¿Cómo lo sabes?

—No serías detective si no las tuvieras.

—¿Tenemos más información sobre los últimos días de Emily Walker?

Hoyt niega con la cabeza.

—Falta mucho. Encontramos un bolso en los túneles con una identificación falsa. El nombre coincide con algunas solicitudes laborales en la firma que terminó por colocar a nuestra primera víctima en el tren.

—¿Cooperaron?

—Se supone que cada paquete tiene que haber sido revisado por un equipo de seguridad —conjetura Hoyt—. Cooperaron sin poner ni una sola objeción.

—Dijiste que todavía falta mucho.

—No parece que hubiera usado solo un nombre falso —continúa Hoyt—. Alguien contactó por correo electrónico con la empresa que contrató a Ben para decir que ponían en riesgo su reputación al tener al hijo de un asesino en

serie en nómina, pero todavía estamos investigando ese asunto, aunque los tiempos coinciden.

Kelly da un pequeño resoplido; no está satisfecha con la respuesta, pero tampoco enfadada. Ha tenido suficiente de Emily Walker como para durarle toda la vida, y reconstruir sus movimientos antes del secuestro de un tren de metro es un ovillo que tendrá que desenredar otro.

Pero hay algo que está claro: tampoco será un asunto para Seguridad Nacional.

—¿Qué dice tu jefe? —pregunta Kelly.

La última vez que vio a McDiarmid fue cuando se llevaron a Ben en camilla. McDiarmid había intentado hacer que arrestaran a Ben de camino a la ambulancia. Pero a un escuadrón de tipos enormes con equipo táctico completo se les metió en la cabeza que fue Ben quien había detenido el tren. Y según ellos, se expuso a las quemaduras hasta quedar carbonizado, lo que los salvó de tener que intervenir en un atentado. Pasaron por encima de McDiarmid como si el tipo ni siquiera estuviera allí.

—El director ordenó al equipo de Analítica que revisara las llamadas y todo lo grabado durante el incidente. —Algo en la expresión de Hoyt cambia, como si le diera vergüenza tener que decirlo—. Sospechan que estuvo reteniendo información para escalar deliberadamente la situación.

Kelly habría respondido con un silbido ante semejante revelación de no ser porque sabe que sus encías podrían comenzar a sangrar si lo intenta.

—Eso es muy malo —responde en cambio.

—Entró la lista negra universal de todos los agentes operativos del estado. Apuesto a que en dos días ya no está ahí.

—Supongo que alguna cabeza tendrá que rodar. Y por una vez, está bien que sea la del tipo en la cima de la pirámide… ¿Y tú qué tal?

—Me han pedido que ocupe el puesto de McDiarmid.

—Enhorabuena.

—A la espera de una resolución clara sobre el tiroteo, por supuesto.

Kelly tarda un segundo en darse cuenta de que eso es lo más parecido a tener sentido del humor para Hoyt. Por primera vez en la historia, se mueve nervioso, como si no estuviera seguro del suelo que pisa.

—Rechacé la oferta.

Si Kelly hubiese conservado sus cejas, las habría levantado ahora.

—¿En serio? ¿Y qué harás entonces?

—Estuve repasándolo todo con el FBI. Resulta que Emily asesinó a más personas en todos estos años. Otros hombres de la misma edad que Ben con expedientes judiciales confidenciales.

—Lo estaba buscando a él.

—Todos esos crímenes habían quedado sin resolver hasta ahora. Había muchísimas similitudes que pasaron inadvertidas.

Kelly ata los cabos ella sola.

—¿Trabajarás en casos archivados con el FBI? Eso suena a retiro.

—No va a ser el FBI. La policía de Nueva York y Seguridad Nacional quieren cubrirse el culo y por eso han ofrecido su cooperación.

—Tú… —Kelly se echa hacia atrás para apoyar la espalda contra la almohada. Intenta imaginar por qué alguien se ofrecería como voluntario para hacer algo así. Que tres comisarías lo reclamen ya es bastante problemático. Esto es una mierda de alto nivel, más de lo que ella ha visto jamás, y él casi parece deseoso de seguir adelante con la propuesta.

Respira hondo, trata de descifrar qué decir.

Felicitar a alguien por buscarse un pico de hipertensión no parece lo correcto.

—Consigue que te aprueben la financiación cuanto antes —le sugiere Kelly. El poder mediático del héroe de la historia se desvanece muy rápido, así que no durará mucho más. Una semana máximo, a la velocidad con la que se renuevan las noticias hoy en día—. Consigue tres años. Cinco, si es posible. Sin condiciones.

—¿Crees que quedará todo en agua de borrajas?

—No quiero que todos piensen que alguien más se hará cargo de esa factura —continúa ella—. Y asegúrate de saber a quién le rindes cuentas. Quién se lleva el crédito de los avances. Quién habla con la prensa.

—Lo tienes todo pensado —dice Hoyt.

—Cuando te encuentras hundida hasta el cuello, aprendes a nadar más rápido.

Kelly se pregunta si Hoyt busca algún tipo de aprobación de su parte. Como si ir hasta allí fuera algo que le hubiera sugerido su terapeuta.

Aún puede recrear en su mente cómo voló la cabeza de Emily Walker cuando la bala la atravesó, el derrame grisáceo de sus sesos, un detalle que se esfuerza mucho por olvidar. Hoyt pasó por lo mismo y, cuando ella se desmayó, le tocó a él recoger todos los pedazos, incluida ella.

Con cualquier otro, Kelly habría andado con rodeos. Pero a Hoyt le van las

respuestas directas. Él puede con esta pregunta.

—¿Por qué sigues viniendo a verme, Hoyt?

Él la mira fijamente, como nunca la han mirado, con ojos del color del acero. Por un segundo interminable, Kelly tiene el presentimiento de que va a invitarla a salir.

—Quiero ofrecerte un trabajo —le responde Hoyt.

CAPÍTULO 48

Seis meses después Ben hace el crucigrama mientras espera en la recepción. No tanto por el crucigrama en sí, sino porque escribir le ayuda a mantener los dedos activos. Es parte de la rehabilitación. A veces se imagina que puede sentir algo más que rigidez o dolor, pero como también percibe sensaciones en los dos dedos que perdió, reconoce esa sensación como un fantasma de lo que podría llegar a ser más que de lo que realmente es.

Una mujer llega justo cuando él se cansa y empieza a rellenar las casillas aún vacías con letras del alfabeto al azar, coge el papel con ambas manos, lo dobla y se lo guarda. Ben no está seguro de que la mujer vaya a reconocer su cara o su nombre ni de que va a interpretar o no algo en su crucigrama estropeado más allá de la simple práctica de escribir con media mano.

Lo acompaña hasta la puerta de la oficina y se va sin mirar atrás ni una sola vez.

"Cómo han cambiado los tiempos".

La voz casi no se percibe ahora. Ben sabe que todavía está ahí, pero hoy en día casi no le presta atención. Alguien de la policía o del FBI —todos se mezclan, fueron muchos aquellos con quienes tuvo que hablar del asunto— vino a informarle de que han bloqueado el acceso de su padre al mundo exterior. Que hubiera podido intercambiar correspondencia con Emily Walker y comunicarse con Ben terminó siendo una vergüenza para los involucrados, así que se llevó a cabo una revisión exhaustiva sobre cómo estaban gestionando las comunicaciones. Temían que su padre intentara obtener algún provecho de todo aquello —otro libro, entrevistas, un especial en televisión—, así que

recurrieron a un juez para conseguir una orden judicial de silencio, citando el riesgo que representaba John Crane para la seguridad pública.

Su padre pasaría el resto de su vida haciendo llamadas que no irían más allá de la oficina de su abogado y enviando cartas que acabarían directas en una caja de pruebas del FBI. Nadie volverá a escucharlo nunca, y saber eso ayuda a Ben a mantener la voz de su padre bajo control.

Llama a la puerta y aguarda a que le den permiso antes de entrar. La doctora Hardy no lo espera detrás del escritorio, sino que está de pie en medio de la sala, un paso por delante de la silla donde normalmente se sentaría un paciente, con la espalda recta y las manos entrelazadas.

—Hola, Ben.

—Doctora.

No parece haber envejecido ni un poco, aunque Ben se da cuenta de que, la última vez que la vio, él era un niño. Para sus once años, ella podría haber tenido veinticinco o cien años, y él solo habría notado que era una persona mayor.

—¿Te encuentras… bien?

Ben se señala la cara con los restos de su mano. Su cirujano plástico declaró que estaba extremadamente orgulloso del trabajo que había hecho con los párpados de Ben.

—Los injertos salieron bien. —Evita los espejos tanto como puede. Lleva gafas de sol, aunque sea solo para que la gente no se quede mirándolo fijamente —. Me alegra verla.

La última frase la sorprende, como si él hubiera abierto el juego, y ella respira hondo antes de soltar sus palabras de una vez.

—Quería decir que lamento mucho lo que te hice. Creí que estaba haciendo lo correcto, pero lo único que logré fue hacerte daño.

—Está bien —responde Ben. La inmediatez de la confesión de la doctora lo incomoda. Probablemente, sea algo que ella ha querido decirle desde hace mucho tiempo, pero también lo obliga a responder.

—Estabas bajo mi cuidado, Ben, y te fallé.

—Tenía sus razones.

Ella percibe su titubeo (no la perdona del todo) y corta en seco lo que estaba a punto de añadir.

—Tienes buen aspecto, Ben… Después de todo lo que has pasado.

—Gracias.

No menciona su mano, no cuando puede evitarlo, pero los dedos que le quedan se retuercen involuntariamente, y él siente que la mirada de la doctora se desvía hacia ellos.

—¿Te sientes bien?

Ben respira hondo, contiene el aliento y luego lo suelta. Derribar los muros que ha levantado requiere de un gran esfuerzo. Cada ladrillo debe ser aflojado para que él pueda quitarlo de su lugar, y eso le permita hablar con libertad.

—En absoluto —responde Ben—. Esperaba que pudiéramos hablar.

Puede ver el cambio de expresión en la doctora, que intenta ocultar con su aplomo y con su estudiada quietud. Es como si se liberara de una carga: se la quita de encima y se pone de pie más erguida. Ben siente una punzada de envidia al ver lo fácil que le resulta hacerlo a ella. Pero por eso mismo ha vuelto: no puede hacerlo solo y no se imagina hacerlo con alguien que no haya recorrido ya parte de ese camino. La culpa y la vergüenza son todo lo que le queda del legado de su padre. Y ahora quiere deshacerse de eso también.

—Estaré encantada, Ben —dice la doctora Hardy. Vuelve su mirada al escritorio, a su bloc de notas y a los archivos ordenados, tal como lo había dispuesto aquel día en que el niño Ben había entrado a su oficina por primera vez, y parece reconsiderar la propuesta—. Hay un café aquí cerca y no suele haber mucha gente a estas horas. ¿Qué te parece si nos tomamos un café y caminamos por el parque? Para hablar de todo.

—Me parece un buen plan —responde Ben.

Ella sonríe.

—Entonces comencemos.

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Te recomendamos *Ojos de asesina*, de Charlie Donlea.

Alex Quinlan fue acusada de asesinar a su familia cuando era una adolescente; años después, bajo otra identidad, investiga la desaparición de una joven universitaria… hasta descubrir que el caso está relacionado con la masacre que marcó su vida.

Al igual que Ben en *El asesino del metro*, Alex no fue elegida al azar. Detrás de ambos casos hay alguien que ha planeado cada paso para obligarlos a enfrentarse a sus más oscuros secretos.

El equipo editorial



Escanear el código QR
para ver más información de *Ojos de asesina*



Foto del autor: Rickard Croy

Andrew Reid nació en Escocia y trabajó como investigador científico en Estados Unidos y el Reino Unido. Actualmente da clases en Estocolmo, donde vive junto a su esposa, sus tres hijos y sus dos gatos. Tras el éxito de su primera novela, *The Hunter*, hace su debut en español con *El asesino del metro*, un *thriller* ambientado en el metro de Nueva York.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:









MotusThriller

www.motus-thriller.com